CRONICAS DE AMERICA 9

CRISTOBAL COLON

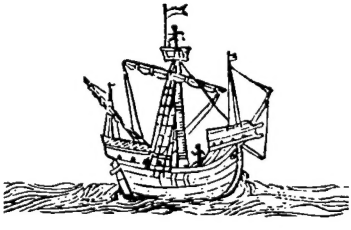
Diario de a bordo

Edición de Luis Arranz

E
118
.C782
1985

historia 16

CRONICAS DE AMERICA

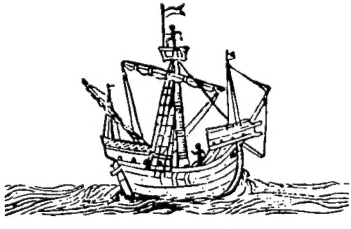


historia 16

CRISTOBAL COLON

Diario de a bordo

Edición de Luis Arranz



historia 16

Director de colección: Manuel Ballesteros Gaibrois.
Edición, introducción y notas: Luis Arranz Márquez.
Primera edición: Mayo de 1985.
Diseño colección: Neslé Soulé.

© Historia 16, 1985 - Información y Revistas, S.A.
Hermanos García Noblejas, 41
28037 Madrid

I.S.B.N. 84-85229-67-3
Depósito legal: M. 15.193.—1985
Impreso en España - *Printed in Spain*
Fotocomposición: LUMIMAR, S.A. Albasanz, 48-50. 28037 Madrid.
Impreso en RAYCAR, S.A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.

DIARIO DE A BORDO

INTRODUCCION

Pocos personajes registra la Historia tan discutidos y polémicos, tan enigmáticos y contradictorios como aquel gran navegante, descubridor afortunado del Nuevo Mundo. Desde su nacimiento hasta su muerte, cada momento de la vida de Colón ha sido abundantemente estudiado, lo mismo por el investigador serio que por el aficionado de turno. Es tal el panorama que lo que escapa a unos, otros lo recogen; lo que a éste nada le dice, a aquél le parece de trascendental importancia; esto sin olvidar a tantos espíritus esforzados prestos a revisar todo lo anterior. Por ello, el balance de lo publicado arroja miles y miles de páginas con don Cristóbal siempre en candelero.

Por citar tan sólo los dos momentos que jalonan su vida, ¿cuánto no se ha escrito sobre la patria de Colón? ¿Y cuánto sobre el paradero de sus restos? A guisa de ejemplo, estos dos casos —principio y fin del personaje— deben servir como adelanto de lo que nos espera: una trayectoria histórica sembrada de incógnitas y muy controvertida.

No es intención del autor de estas líneas sumar nuevas hipótesis a las muchas, muchísimas interpretaciones dadas sobre la vida y gesta colombinas. Ni lo puede hacer ni incurrir quiere en la reprobación de plumas con media vida dedicada a explicar los entresijos de tan singular figura. Tampoco una introducción es el lugar más apto para tan alto y comprometido menester.

Lo que nos anima, en primer lugar, es poder facilitar, simplificadamente, a un público mucho más numeroso que el de la propia especialización los momentos más polémicos de la trayectoria colombina hasta el regreso del gran viaje.

Un segundo objetivo podría quedar resumido en las siguientes frases, que pretenden transmitir mucha cautela y prevención al lector: si los historiadores que más y mejor conocen esta época apenas se po-

nen de acuerdo sobre ciertas interpretaciones debe ser por la complejidad —principalmente— de este gran capítulo de la Historia; complejidad en los personajes —y Colón el primero—, en los medios, en la época toda. En consecuencia, quienquiera que aspire a comprender este período histórico debe hacerlo con grandes dosis de curiosidad, ánimo bien dispuesto (no predispuesto para tal o cual fin) y amplitud de perspectivas, porque de la confluencia de todo ello surgirá el camino hacia un mejor conocimiento del pasado en general, y de éste muy en particular.

De Cristóbal Colón dicen que era *de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña, los ojos garzos; la color blanca, que tiraba a rojo encendido; la barba y cabellos, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos.*

Aseguran también que *representaba en su presencia y aspecto venerable persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia. Era sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar.*

Tocante a su comportamiento religioso, ninguna mancha le atribuyen: *sin duda era católico y de mucha devoción*, punto más que cumplidor.

Su ánimo esforzado le inclinó a emprender *hechos y obras egregias y señaladas.* Le cuentan —como así fue— paciente y muy sufridor de trabajos y adversidades. Y a pesar de cierta literatura, no dio muestras de infidelidad para con sus reyes (1).

Hechos registrados confirman, sin embargo, que no siempre era *grave con moderación* o afable con los suyos y los ajenos. Como ejemplo de su temperamento excesivo valórese aquella reacción que tuvo con el oficial real Jimeno de Briviesca al tiempo de preparar el tercer viaje: *Y aguardó el día que se hizo a la vela* [y], *o en la nao que entró, por ventura, el dicho oficial, o en tierra cuando quería embarcarse, arrebátalo el Almirante y dale muchas coces y remesones, por manera que lo trató mal* (2). También en la alegría podía desbordarse.

De sus actividades marítimas, a la vez que de sus aficiones científicas y técnicas, cuenta Colón allá por el año de 1501: *De muy pequeña edad entré en la mar navegando, e lo he continuado fasta hoy... Ya pasan de cuarenta años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta hoy se navega, todo lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, e con otros muchos de otras sectas.*

A este mi deseo fallé a Nuestro Señor muy propicio, y hube de El para ello espíritu de inteligencia. En la marinería me hizo abundoso; de astrología me dio lo que abastaba, y ansí de geometría y aritmé-

(1) Las Casas, *Historia*, I, cap. II; H. Colón, *Historia del Almirante*, cap. III.

(2) Las Casas, *Historia*, I, cap. CXXVI.

tica; y ingenio en el ánima y manos para dibujar esfera, y en ellas las cibdades, ríos y montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio (3).

Por muy familiares y conocidos que nos resulten algunos retratos supuestamente de Colón, no dejan de ser más que eso: *supuestos*, incluso lo más antiguos. No se sabe que pintor alguno plasmara en dibujo o grabado el verdadero rostro del descubridor de América. Lo único que conocemos contemporáneo suyo son trazos literarios. Nada más.

¿Patria o patrias de Colón?

Empezando por el gran Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón y siguiendo por sus hermanos, hijos, nietos y parientes colaterales, de unos a otros, sucesivamente, hasta los albores de la Edad contemporánea, todos practicaron la ambigüedad a la hora de matizar nacimiento, lugar de origen y primeros pasos del inventor de América.

Don Cristóbal y sus hermanos se declararon insistente y machacosamente sólo extranjeros. Y extranjero era un término muy indeterminado que en Castilla abarcaba lo mismo a un genovés o portugués que a un aragonés o catalán. Los Colón no emplearon nunca la fórmula que era habitual para estos casos y que podía concretarse así: *soy extranjero de Génova, de Venecia, florentino, etc.*, como hicieron muchos italianos aquí residentes.

Esta indeterminación y falta de claridad de los mismos protagonistas ha dado alas, sobre todo, a los enemigos de la tesis genovesa. Su grito de guerra ha sido: ¿por qué durante las muchas oportunidades que tienen en España para confesar su origen, sea en declaraciones notariales, pleitos, cartas, etc., sólo dicen que son extranjeros, sin concretar más? Al son de una interrogante así los campanazos podían llegar muy lejos.

Gran creador de confusiones fue don Hernando Colón, hijo natural del navegante y autor de una historia sobre su padre. Tal personaje, que vela en todo momento por la gloria paterna, que revisa y ordena —en muchos casos valdría decir desordena— los papeles de su progenitor, estampilla estas frases sobre su lugar de nacimiento: *Algunos, que en cierta manera piensan oscurecer su fama, dicen que fue de Nervi; otros, que de Cugureo, y otros de Buyasco, que todos son lugares pequeños, cerca de la ciudad de Génova y en su misma ribera; y otros, que quieren engrandecerle más, dicen que era de Savona, y otros que genovés; y aun los que más le suben a la cumbre, le hacen de Plasencia, en la cual ciudad hay algunas personas honradas de su familia, y sepulturas con armas y epitafios de Colombo* (4). He aquí un esplén-

(3) Navarrete, *Colección de viajes*, T.I, p. 459.
(4) H. Colón, *Historia del Almirante*, cap. I.

dido modelo de despiste y confusión. Cuando llegue la hora de disputar la cuna colombina este pasaje será un buen asidero para todos.

A raíz del cuarto Centenario del Descubrimiento de América —décadas antes y décadas después de 1892— se desató en Europa una desaforada pugna por buscarle patrias a Colón. Ya se sabe que en tales casos quien busca suele encontrar, a poco que tenga claros los objetivos. Y lo que muchos pretendían entonces era incorporar a los panteones de hombres ilustres de sus respectivas patrias —algunas nacientes— a una celebridad como don Cristóbal Colón, hombre de moda en todo el mundo. Semejante fiebre iba muy unida a dos cuestiones que conviene tener presentes: el auge de los nacionalismos europeos y la apertura y ordenación de muchos archivos nacionales y locales. En tal ambiente brotaron algunos eruditos desaprensivos que buscando y rebuscando papeles viejos *encontraban* lo que querían, enrareciendo así el panorama histórico y trayendo como un zarandillo al apellido del descubridor.

Tesis atrevidas por demás querían convertirlo en francés, inglés, griego y hasta suizo. No han merecido los honores de la refutación por ser demasiado evidente su falta de consistencia. Nacieron como resultado de una extraña mezcla de leyendas, tradiciones y trabajo interesado de genealogistas, pero no pudieron sostenerse (5).

Tampoco faltaron los defensores del Colón castellano. En este sentido dos regiones, Galicia y Extremadura, rivalizaron por hacerlo suyo. La teoría del *Colón gallego* estuvo en candelero durante varias décadas (desde 1892 a 1929) siendo seguida con mucho interés especialmente por la importante colonia de emigrantes afincada en América. Su origen partió de una serie de documentos auténticos descubiertos en Pontevedra poco después de 1892. En ellos aparecían varios nombres y apellidos que podían ser perfectamente identificables con algunos de la familia Colón. En 1929 una comisión de expertos de la Real Academia de la Historia dictaminó que tales documentos habían sido manipulados en época reciente, y ciertas abreviaturas se habían interpretado arbitrariamente. En consecuencia, la investigación histórica debía rechazar tales pruebas. Y con el derrumbe de las pruebas la tesis quedó desarmada.

La hipótesis sobre el *Colón extremeño* nació de una confusión geográfica al mezclar Plasencia de Extremadura con la Piacenza o Plasencia italiana, de la Lombardía. Se veía a Colón como miembro de una familia de judíos conversos que tuvo que emigrar de esa villa durante las luchas religiosas de mediados del siglo XV.

Años antes de 1892 la isla de Córcega, espoleada por la pluma de dos abates corsos, quiso hacer suyo a don Cristóbal. El montaje de es-

(5) Remitimos a la importante obra de Ballesteros, muy detallada en estos aspectos y con abundante bibliografía hasta la fecha de su publicación en 1945.

tos eclesiásticos —que tanto gustaron de oír algunos, incluido el gobierno francés, de quien dependía la isla— duró poco.

Algo más tardías, pero más constantes, han sido las hipótesis que hacen a Colón oriundo de tierras catalanas o mallorquinas. Luis de Ulloa (6), en 1927, defendía el origen catalán del descubridor de América. Partía del apellido *Colom*, originario de Cataluña y que después se extendería por el Mediterráneo (Mallorca, Génova, etc.), de los catalanismos sembrados en sus escritos, para continuar por caminos resbaladizos interpretando símbolos y enigmas colombinos con opinión muy particular, y dando por demostrado lo que con criterios imparciales cuesta muchísimo aceptar. A pesar de ello, la llama sigue viva aún en algunos. Y la tesis mallorquina ha recrecido en los últimos años (7).

En el recorrido de hipótesis y teorías que venimos exponiendo no podía faltar la del *Colón portugués*. Se ha de reconocer que no es oponión madrugadora (entre 1915-1930), pero cuando surge lo hace con el ambiente caldeado. Lo extraño —dice Ballesteros— es que no apareciera antes. Sus defensores cayeron excesivamente en lo anecdótico (desciframiento de la misteriosa firma colombina). ¿Es acaso por ese cariz novelesco y fatuo por lo que no dio seguidores contumaces, a pesar de las bazas de que dispone esa tierra: portuguesismos de la lengua de Colón, estancia prolongada en Portugal, silencio absoluto de sus archivos aunque el personaje demostrara tener cierto relieve social? (8).

Por último, cerremos este apartado con la tesis del *Cristóbal Colón genovés*, que hasta la fecha es la más aceptada. Remontándonos todo lo que es posible en el tiempo, localizamos ya a principios del siglo XV a una familia Colombo en tierra de Génova (9). Su repentina aparición ahí ha provocado en algunos historiadores la pregunta siguiente: ¿vino huido de algún otro sitio al socaire de problemas religiosos o políticos tan frecuentes por esos años en las tierras del Mediterráneo, como por ejemplo Castilla, Cataluña o Mallorca? No se sabe y tampoco es un disparate pensarlo. Lo cierto es que Colombo, Colomb, Colomo, Colom abundan en el triángulo Génova, Cataluña y Baleares.

(6) Luis de Ulloa, *Christophe Colomb catalán,* París, 1927.

(7) Una crítica ajustada de los trabajos publicados sobre esta materia en M. Alvarez de Sotomayor: ¿Colón mallorquín? Juicio crítico de la tesis del Colón balear (en *Historia de Mallorca*, Palma de Mallorca, 1971, pp. 209 y ss.).

(8) En un libro reciente, A. Rumeu de Armas, *El «portugués» Cristóbal Colón en Castilla*, Madrid, 1982, nos ofrece la versión de un Cristóbal Colón no nacido, sino naturalizado portugués, y como tal —dice Rumeu— sería conocido en la corte castellana. A nuestro modo de ver es poco convincente.

(9) Las informaciones de la etapa genovesa se basan en la gran labor llevaba a cabo a fines del siglo pasado por el equipo que realizó la *Raccolta* con C. de Lollis a la cabeza.

El que más sabia y perspicazmente ha tratado de conciliar la ascendencia hispánica de los Colón con el nacimiento en Génova del descubridor de América ha sido Salvador de Madariaga (10). Por medio de su *tesis sefardita* los ascendientes colombinos serían judíos españoles (probablemente catalanes o mallorquines) que, tras las persecuciones de 1391, se vieron obligados a huir y refugiarse en tierra de Génova. Allí nacería posteriormente el futuro descubridor de América. Pero ello no impediría —siempre según Madariaga— que su ascendencia familiar judaica le dejara huella en su formación intelectual y lingüística (su lengua escrita fue el castellano), religiosa (extraordinarios conocimientos bíblicos y judaicos) y en ciertos hábitos y comportamiento personal (11).

Siguiendo con la tesis genovesa, muchos encuentran la prueba definitiva sobre su cuna sacando a colación la institución de mayorazgo hecha por el Almirante el 22 de febrero de 1498, y en que por primera vez es rotundo sobre este particular: *que siendo yo nacido en Génova les vine a servir aquí en Castilla... Mando al dicho don Diego, mi hijo, o a la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje que tenga allí casa e mujer, e le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan llegada a nuestro linaje, y haga pie y raíz en la dicha ciudad como natural della, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda e favor en las cosas del menester suyo, pues que della salí y en ella nací* (12).

Tras esta declaración tan terminante el lector puede quedar muy confundido y preguntarse no sin recelo: ¿hace falta mayor diafanidad? Evidentemente que no, si el documento en cuestión no tuviera alguna sombra. Dirán los críticos del mismo que no se trata del documento original, aún desconocido, sino de un traslado, es decir copia del documento original; que está amañado por intereses; y que las circunstancias de su aparición abonan todavía más la sospecha, pues surge durante un proceso, presentado repentinamente como prueba, notándose en él irregularidades con respecto a otros documentos colombinos. De nuevo la polémica, porque los historiadores del bando contrario, no menos rotundos, sentenciarán que se trata de un documento que refleja el auténtico, y es por tanto irrebatible en favor de Génova.

Sabemos de un Giovanni Colombo establecido en esa tierra italiana y padre de dos varones: Antonio y Doménico. En 1429 Doménico entraba en un taller como aprendiz de tejedor, lo que hace suponer que la familia se dedicaba a este oficio. Por otro lado, los hijos de Antonio Colombo fueron todos sastres y tejedores.

(10) S. Madariaga: *Vida...*, cap. III.

(11) J. Gil: «Colón y la Casa Santa». En *Historiografía* y *Bibliografía Americanistas*, E.E.H.A., vol. XXI, 1977.

(12) Navarrete, *Colección...*, T.I, p. 437.

Casó Doménico con Susana Fontanarossa —nombre y apellido de claro resabio judaico, dirán con razón los que se inclinan por esa herencia— y les nacieron cuatro varones y una mujer. El buen Doménico se hizo pronto maestro en el tejer. Compaginaba esta actividad con la de guardián de la Torre y Puerta dell'Olivella, vía de penetración por tierra a la ciudad de Génova. A su hermano Antonio se le encargaría la torre del Cabo del Faro, es decir, la vía marítima.

En esto ocupaba su vida Doménico cuando en 1451 fue padre de un niño que se llamó Cristóforo Colombo. Aunque no es irrefutable esta fecha, parece la más aceptable, según documentos oficiales posteriores en que interviene el dicho Cristóforo. El segundo hijo fue Giovanni, que murió pronto. Más tarde, en 1461, la familia aumentó con otro hijo, Bartolomeo. El menor de los hermanos, Giácomo (Diego), nació en 1468 y aprendió el oficio de tejedor. En cuanto a Cristóforo y Bartolomeo tuvieron vocación marinera desde muy jóvenes. De la hija no se conservan datos.

Durante todo este tiempo, la realidad demuestra que la familia de Doménico ha crecido más que su economía, y así los vemos peregrinando entre Génova y Savona con dificultades monetarias evidentes, porque sus oficios de lanero, tejedor o tabernero no daban para mucho.

Documentos notariales de Génova nos dicen que en 1489 Doménico, ya viudo, se declara administrador de los bienes de sus tres hijos ausentes: Cristóforo, Bartolomeo y Giácomo. Y en 1501, varios vecinos de Génova, muerto ya Doménico, declaran bajo juramento que los tres hermanos están ausentes de la ciudad y viven en España. Planteado así el tema, pueden identificarse perfectamente los Colombo genoveses con aquellos Colón que tanto tienen que ver con el descubrimiento y primera colonización de América. Coinciden nombres y apellidos (13), castellanizados, por cierto; e incluso las fechas de nacimiento son también compatibles con las de don Cristóbal, Bartolomé y Diego Colón, que por aquel entonces se paseaban ya triunfantes por tierras de Castilla e Indias.

Las constantes y estrechas relaciones del apellido Colón con banqueros, prestamistas, comerciantes y embajadores de Génova, especialmente intensas a partir del Descubrimiento, avalan para lo más la teoría del Colón genovés.

¿A qué pudo obedecer tanto celo familiar por silenciar cuna y familia? Pensando en la España de ese momento, podría bastar con una explicación sencilla, pero de gran fuerza y arraigo en la mentalidad social castellana: la procedencia familiar plebeya, su condición social baja y humilde. Un hombre que llega a Castilla con un gran secreto bajo su magín; que se entrevista, discute y se ofrece a los mismísimos

(13) Varios críticos de la oriundez diferenciaban al Cristóforo Colombo genovés del Colón descubridor de América. Son —dirán— personas diferentes.

reyes para enseñar un camino nuevo de llegar a las Indias, exigiendo a cambio de tan gran servicio compensaciones económicas y honoríficas casi regias; un hombre así —repetimos— que quisiera ser tenido en algo por los castellanos de honra, es decir, por la nobleza, podría presumir ante ellos de laureles navigatorios, incluso de trofeos ganados en actividades corsarias, todo ello adobado con secretos bien calculados; pero de ninguna manera se le abrirían puertas pregonando actividades mecánicas, oficios artesanos, manualidades laneras. Este quehacer era considerado bajo y deshonroso.

La lengua de Colón

Este capítulo no se puede desligar del anterior. Ambos caminan inseparablemente unidos, hasta el punto de que la mayor parte de los que han polemizado sobre la patria política de Colón lo han hecho desde las dudas que ofrece su patria lingüística, su formación cultural primera.

En algo coinciden todos los testigos castellanos que conocieron y trataron al futuro descubridor antes de 1492: lo veían *ageno a su lengua* (14), a la lengua castellana. Dirán que conocía el español y se expresaba en él, pero con claros matices diferenciadores.

Un eminente lingüista como don Ramón Menéndez Pidal quiso esclarecer las particularidades de la *Lengua de Cristóbal Colón* (15), y tras un estudio profundo de los escritos colombinos que se conocen, llegó a conclusiones muy significativas que otros autores corroboran, matizan o complementan. Los principales puntos de acuerdo son los siguientes:

— La primera lengua en que Colón aprendió a escribir fue el castellano. Y lo hizo antes de llegar a Castilla. Es posible que durante su estancia portuguesa. También escribía en latín, pero nunca en italiano ni en portugués. Muchos se extrañan de cómo habiendo vivido casi diez años en Portugal aprendiese en ese reino a escribir castellano y no portugués; este idioma debía hablarlo.

Sorprende también su nulo conocimiento del italiano escrito. La abundante correspondencia colombina con sus hermanos, con genoveses e italianos importantes se produce siempre en castellano y sólo en castellano. Unicamente conocemos dos notas marginales del des-

(14) Así consta por testimonio del físico de Palos García Hernández en la visita que Colón hizo a la Rábida en 1491. Las Casas, *Historia*, basándose en los escritos colombinos que manejó, insistirá en lo mismo. Ver su *Historia*, caps. 48, 124, 141, 150.

(15) Representa un hito importante sobre esta faceta del descubridor, hasta entonces muy ligeramente tratada.

cubridor (una en el *Libro de las Profecías* y la otra en la *Historia Natural* de Plinio) como que quieren ser italianas, pero resultan una extraña y grosera mezcla de castellano e italiano. Indudablemente desconocía este último idioma. Acaso supiera hablarlo, lo mismo que podría conocer el dialecto genovés, pero no escribirlo.

— El español que escribe Colón está lleno de portuguesismos, que se notan sobre todo en la grafía y en el vocalismo. No distingue a menudo entre la l y la ll; confunde el diptongo ue por oe, y no capta la diferencia ortográfica entre gue/ge o gui/gi, por citar algunos ejemplos. Se atribuye a influencia portuguesa (M. Pidal); en algunos casos a italianismos (Arce); o a ambas cosas a la vez con clara preponderancia portuguesa (Varela).

— El latín que escribe Colón en notas marginales a la *Imago Mundi*, *Historia Rerum*, etc., suele hacerlo repitiendo las palabras y frases del original que quiere resaltar; no lo domina, comete frecuentes errores que son hispanismos (De Lollis). Es decir, no parece que aprendiera un latín genovesco, sino un latín hispánico, con grafía hispánica.

— Tampoco faltan en sus escritos algún que otro catalanismo.

En consecuencia, la nota más característica de los escritos colombinos es su complejidad. Más parece —apunta Varela— que estemos ante el típico hombre de mar que chapurrea mil lenguas sin lograr expresarse bien en ninguna. Acaso practicara una jerga *levantisca*, o habla marinera del Mediterráneo en general, ampliada más tarde con expresiones oceánicas aprendidas de marineros portugueses y andaluces.

Todo lo dicho aclara bien poco los orígenes y primeros pasos colombinos, si acaso incita más a la duda. ¿Puede sorprender a alguien que haya quienes intenten buscar entronques castellanos a don Cristóbal Colón? Si la lengua significa tanto para reflejar mundos interiores y perspectivas vitales de las personas, Castilla y lo castellano adquieren sitial de protagonista en el mundo del descubridor. Colón pudo nacer físicamente en Génova, pero a la cultura y a la elaboración ideológica de su proyecto descubridor nació de la mano de lo castellano.

La etapa mediterránea de Colón

Aunque su hijo Hernando se esfuerce en presentarnos a un Cristóbal Colón sabio y ducho en letras (16), lo que engrandecería aún más al personaje y explicaría de forma más lógica y no tan casual el descubrimiento de América, careció de una formación científica sólida. Sus estudios universitarios son leyenda pura. Es un autodidacta, un hombre que va aprendiendo al contacto con los que le rodean; un espíritu inquieto que observa la naturaleza y busca, siempre que puede, res-

(16) Los estudios de Colón en la Universidad de Pavía sólo son citados por don Hernando, *Historia*, cap. III. Hoy nadie acepta estos estudios.

puesta a aquello que le interesa; un hombre, en suma, que sintetiza ejemplarmente la época contradictoria que le tocó vivir.

Su niñez, más que abundante en letras, fue necesidad, iniciación al trabajo manual, y, sobre todo, inclinación al mar. El escenario en que pasa su adolescencia —desde que nació, en el año de gracia de 1451— no puede ser más propicio. Génova vive condicionada por esa vía abierta y comercial que es el mar Mediterráneo, por donde le llega la prosperidad y también el peligro. Luchas y rivalidades, tanto políticas como económicas, son cada vez más frecuentes, y Génova participa en ellas activamente. Aragoneses, venecianos, florentinos, franceses, etc., pugnan por mantener posiciones privilegiadas e incluso ampliarlas, siempre a costa del rival. Estamos ante un emporio de riqueza y, por ello, ante un punto caliente, que diríamos hoy. La difícil situación de Génova se comprende mejor teniendo presentes las ambiciones de sus poderosos vecinos.

Venecia ya la había limitado por el oriente mediterráneo. Y por si esto fuera poco, desde el siglo XIII la amenaza llegaba del expansionismo aragonés con Barcelona como eje impulsor: Baleares, Sicilia, Cerdeña, y a mediados del siglo XV la conquista de Nápoles. Génova se opondrá a esta expansión política que precederá, sin duda, a otra económica mucho más temible para ella.

El reino de Nápoles, escenario de grandes pugnas, era rico y poblado. Lo gobernaba una reina muy singular llamada Juana II, quien haciendo gala de ligereza política había logrado enfrentar a la casa real de Aragón con la de Anjou (17); y cuando uno, cuando otro, miembros de ambas casas —Alfonso V de Aragón y Luis de Anjou— habían sido nombrados en distintos momentos herederos al trono de Nápoles una vez que ella muriera. Y murió en 1435, pero un año antes había fallecido también su entonces favorito a la sucesión Luis de Anjou. Estas muertes, sin embargo, no trajeron la paz a la zona. Un caballero entusiasta, hijo y sucesor de Luis de Anjou, y por tanto al trono de Nápoles, llamado Renato, se dispuso a defender la corona. Apoyado por Génova y Francia, mantendrá inalterable durante casi medio siglo una lucha intermitente, pero firme, con los de Aragón. Y exceptuando alguna que otra defección como la sucedida en 1461, en que los genoveses se oponen a Renato y matan indiscriminadamente a franceses, Génova defendió siempre al de Anjou.

Entre 1466 y 1473 volvía a recrudecerse la guerra entre Juan II, rey de Aragón, y Renato de Anjou. Esta vez la contienda tuvo como escenario las tierras catalanas. La burguesía y los gremios barceloneses, enemigos del autoritario Juan II, ofrecieron la corona condal a Renato de Anjou, quien encontró derechos suficientes —ser hijo de una princesa de la Casa de Aragón— para ponerse al frente de los revoltosos y

(17) Este episodio ha sido ampliamente tratado por Ballesteros, *Cristóbal Colón*, T.I, pp. 226 y ss.

justificar la guerra. Guerra al fin que se resolvió a favor de Juan II y en la que tuvo un papel muy activo su hijo, el príncipe Fernando y futuro Rey Católico.

En medio de este conflicto, Cristóforo Colombo, estaba en puertas de iniciar su vocación marinera; alicientes no le faltaban. Cuatro o cinco años de grumete aprendiendo técnicas y saberes le consolidarían a los catorce o quince años como tripulante fijo de barco.

Ya a los 21 ó 22 años, era capitán de una galera que apoyaba al de Anjou. Corría el año de 1472 y la guerra civil catalana estaba a punto de concluir. Sólo Barcelona resistía ya, aunque pronto quedó asediada y Renato de Anjou intentó romper el cerco marítimo con el apoyo de naves genovesas (18). Capitaneaba una de ellas el futuro descubridor de América. Al parecer, no le faltaba autoridad en el mar, y así nos cuenta él mismo cómo engañó a su tripulación *mudando la punta de la brújula* cuando Renato de Anjou le envió a Túnez a tomar la galera aragonesa *Fernandina*. Al enterarse los marineros de que iba protegida por dos navíos y una carraca se echan para atrás y Colón aprovecha la noche para poner en práctica ese ardid —costumbre muy suya que repetirá en otras ocasiones— y seguir su propósito. A la mañana siguiente *nos hallamos dentro del cabo de Cartagena, estando todos en concepto firme de que íbamos a Marsella*, cuenta él mismo a los Reyes Católicos en una carta de 1495 (19).

¿Cristóbal Colón corsario?

Seguramente esa fue su actividad entre los 20 y los 25 años (1472-1476) y no la de lanero en Génova. El corso o corsario había nacido y se había desarrollado en el Mediterráneo al amparo de tanta guerra entre vecinos. El pirata, más tarde, será como la degeneración del corso: puro bandolerismo que no conoce patria ni religión; más cruel y sanguinario, y también más característico del Atlántico. Pero a pesar de esta matización, corsario y pirata serán términos empleados con frecuencia indistintamente.

En suma, una actividad corsaria —como la que se puede atribuir durante esos años a Colón— era una forma lícita de guerra, legalizada por patentes de corso, es decir, autorizaciones de una ciudad o de un estado para actuar contra el adversario, sin olvidar ciertas reglas de juego, compromisos y negociaciones, como llegar a un acuerdo entre el ata-

(18) Barcelona se rindió a finales de 1472. Este hecho debió suceder durante el otoño.

(19) Nos lo cuenta Hernando, *Historia del Almirante*, cap. IV, y Las Casas, *Historia*, I, cap. III. Algunos historiadores (Vignaud, Harrisse) han puesto en duda el episodio. Otros, la mayoría, piensan que no hay motivos para ello. Todo este momento es ampliamente desarrollado en Ballesteros, T.I, pp. 239 y ss.

cante y su presa. En tal ambiente y zona como la del Mediterráneo tanto da hablar de guerra política como de guerra comercial, que ambas formaban un entramado perfecto.

Quizá esta experiencia de corsario le haga exclamar en 1500, al recordar el duro despojo que sufrió a manos de Bobadilla, despojo y proceder inusuales en un código corsario: *Corsario nunca tal usó con mercader* (20). Cuando en sus tiempos de balance recuerde a los mismos Reyes Católicos experiencias marineras y hazañas de juventud, los que no lo imaginan corsario lo tacharán de embustero o en el mejor de los casos de fantasioso. ¿Por qué dudar de una persona que confiesa en 1501: *De muy pequeña edad entré en la mar navegando, e lo he continuado fasta hoy... Ya pasan de cuarenta años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta hoy se navega, todo lo he andado?* (21).

Cristóbal Colón es un ejemplo consumado de saber náutico adquirido en cien experiencias y observaciones. Su estancia portuguesa desde 1476 a 1485 será trascendental para poder surcar el Atlántico; pero es en el Mediterráneo donde se curte primero, donde adquiere hábitos y capacidades que le preparan precisamente para sacar el máximo provecho cuando tome contacto con el Océano.

Sólo un hombre que conoce a la perfección el Mediterráneo y la ruta comercial entre la Península Ibérica e Italia podía dar el 6 de febrero de 1502 el siguiente consejo: *estos que han de ir de Cádiz a Nápoles, si es tiempo de invierno, van a vista del cabo de Creo en Catalunya; por el golfo de Narbona entonzes vienta muy rezio y las veces las naos conviene le obedezcan y corran por fuerza hasta Berbería, y por esto van más al cabo Creo por sostener más la bolina y cobrar las Pomegas de Marsella o las Islas de Eres, y después jamás se desabarcan de la costa hasta llegar donde quier. Si de Cádiz ovieren de ir a Nápoles en tiempo de verano, navegan por la costa de Berbería hasta Cerdeña, ansí como está dicho de la otra costa de la Tramontana* (22).

Entre 1470 y 1473 se conocen cinco documentos pertenecientes al genovés Cristóforo Colombo que reflejan sus actividades comerciales: por el primero (de 22 de septiembre de 1470) Cristóforo, asociado con su padre Doménico Colombo, tiene que pagar 35 libras genovesas al mercader Girolamo del Porto; en el segundo (31 de octubre de 1470), denota solvencia económica al declararse mayor de 19 años y reconocer una deuda contraída con el mercader Pietro Bellesio; en el tercero (20 de marzo de 1472) firma como testigo de un testamento; en el cuarto (26 de agosto de 1472) reconoce con su padre una deuda contraída con el mercader Giovanni di Signorio; y en el quinto (7 de agosto de 1473) aparece asistiendo con su firma a una escritura de venta de

(20) Carta de Colón al Ama del Príncipe don Juan. Varela, *Textos*, p. 251.
(21) Navarrete, *Colección*, I, p.459.
(22) Varela, *Textos*, p. 280.

una casa que Doménico Colombo efectúa en favor de su mujer Susana Fontanarossa (23).

Ante estas fechas, queda clara su gran movilidad, característica de un mercader-navegante de la muy comercial República italiana. No se detiene en Génova o Savona sino esporádicamente, como final o inicio de algún negocio.

Tampoco tales datos entran en contradicción con el episodio ya citado de la guerra entre Renato de Anjou y Juan II. La persecución de la galera aragonesa *Fernandina* de la que alardea Colón pudo llevarse a cabo durante el otoño de 1472. En ese balance bélico, el mercader navegante se trocaría en fuerza de apoyo o actividad corsaria en favor del de Anjou. Visto con ojos de la época, una ocupación tan honrosa como otras, y a veces más lucrativa.

¿Es nuestro Cristóforo Colombo el mismo corsario llamado Colón que en octubre de 1473, y tras derrotar a la flota aragonesa, atacaba en las costas valencianas y amenazaba las catalanas? El *curioso* dato procede de un documento (24) descubierto hace años y debe relacionarse con uno de los episodios finales de la guerra entre la casa aragonesa y la de Anjou, donde tan gran papel jugaron naves y marineros genoveses. No se puede afirmar rotundamente que el futuro descubridor de América sea este mismo corsario, pero tampoco se puede negar. Pudiera tratarse del famoso Almirante-corsario francés Guillaume de Casanove-Coullon, conocido en España por Colón el Viejo. Aún en el caso de que ello fuera así, no debe olvidarse que el descubridor de América formaba entonces parte de su flota.

Un dato más para terminar con la etapa mediterránea del navegante genovés: el conocimiento de la isla de Quío o Chío, posesión genovesa en pleno mar Egeo. En el *Diario de a bordo* y en la *Carta a Santángel* el mismo Colón nos ha dejado referencias muy puntuales sobre la citada isla y su principal riqueza: la almáciga *que la cogen por marzo*. Este y otros detalles dejan traslucir no un viaje esporádico, sino viajes y acaso estancias, relación periódica. Nadie lo pone en duda. Y se apuntan como fechas más probables de su realización los años inmediatos a su arribo a Portugal en 1476.

El Océano, Portugal y Castilla

Como la historia no suele ajustarse bien a los saltos en el vacío, lo mismo que un hombre no es analfabeto por la noche y sabio a la mañana siguiente, así tampoco el descubrimiento de América debe

(23) Todos estos documentos se hallan reunidos en la *Raccolta*, parte III, V.I, pp. 107, 112, 120, 123 y 130.

(24) El documento fue descubierto por Carreras Candi. Recogemos el dato en Ballesteros, *Cristóbal Colón*, T.I, p. 243.

ser considerado como un fruto tempranero y casual, o como genialidad exclusiva de un solo individuo, sino algo más metódico, todo un proceso que necesitó hombres capaces, medios, conocimientos y preparación científico-técnica imprescindible para hacerlo posible. Esas condiciones se daban en Portugal (25) y Castilla (26) mejor que en ningún otro sitio de Europa —no se olvide—; y en esos reinos Colón aprende, conoce, sueña, proyecta y prepara la gran travesía del Atlántico.

Dos regiones pertenecientes a coronas distintas: el Algarve portugués y la Andalucía del reino castellano, estaban de antiguo hermanadas por el mar. El golfo de Cádiz era ruta de intereses y actividades comunes. Y los marineros de uno y otro lado del Guadiana apenas conocieron fronteras hasta el siglo XV. Pero algo cambió en el sur de la Península cuando Portugal y Castilla se embarcaron en una expansión marítima de horizontes parecidos y alimentada en los puertos del golfo de Cádiz.

Portugal tiene un nombre propio (Enrique el Navegante), una ciudad (Ceuta) y una fecha (1415) que fueron verdaderos hitos en sus aventuras oceánicas. Todo cambió para Portugal, y acaso para el mundo entero, cuando el infante don Enrique, hijo tercero del rey don Juan I de Portugal, de la nueva dinastía de Avis, sin corona que ceñir sobre sus sienes, hizo del Océano su feudo, más aún, su imperio, logrando que sus ideas y proyectos fueran asumidos y continuados por el pueblo y la monarquía lusitana. En este sentido, la figura del príncipe llamado el Navegante —aunque nunca navegó— se funde con la grandeza del Portugal marinero.

Cuentan que este infante, taciturno y enérgico, entre místico y aventurero y más medieval que renacentista, proyectaba llegar a la India (Asia) siguiendo la ruta africana, es decir, circunvalando el continente negro que se suponía abierto al sur. Y dicen que para más tarde quedaría la exploración del Océano Atlántico por el Oeste (la ruta que siguió Colón). Demostró que no quería competencia de ninguna otra nación, pues lo había imaginado como una empresa exclusivamente lusitana, y nunca regateó esfuerzos ni dinero.

La primera fase exigía tomar posiciones en el Estrecho de Gibraltar, llave natural de la navegación europea. Con ese fin se proyectó la conquista de Ceuta, realizada en 1415. La forma de culminar esta empresa merece ser contada, pues contiene enseñanzas para el futuro. El rey lusitano Juan I engañó a todos con embustes y mentiras durante los seis años que duraron los preparativos de la empresa, y disimuló

(25) Para las exploraciones portuguesas son imprescindibles los trabajos de J. Cortes, Leite y Godinho.

(26) Para las actividades castellanas en el Atlántico la obra fundamental es la de Pérez Embid, *Los descubrimientos*. También deben utilizarse Rumeu de Armas, *Africa Atlántica*; V. Cortés Alonso, *Algunos viajes de las gentes de Huelva al Atlántico (1470-1488)*, Sevilla, 1969.

a la perfección los verdaderos objetivos. Y cuenta el cronista portugués Azurara que llegó a declarar públicamente la guerra al duque de Holanda advirtiéndole en secreto que se trataba de una simulación para no sobresaltar a Venecia, que pudiera sentir ya alguna amenaza comercial, ni a Castilla, que aspiraba a una expansión por el Norte de Africa.

Ceuta significaba participar en la ruta económica, cada vez más activa, del Estrecho de Gibraltar. También en la riqueza de oro, esclavos y trigo del Magreb. Estamos ante el primer paso expansionista portugués para penetrar y conquistar la zona norteafricana, al mismo tiempo que se agravará la rivalidad con Castilla durante décadas.

Sintiendo que Lisboa quedaba muy lejos, el Navegante abandonó la corte y en 1438 montó sus cuarteles al pie del promontorio de Sagres, junto al cabo de San Vicente, y allí fundó un gran centro de investigación náutica, único en su tiempo. Reunió a sabios de nacionalidades diversas y en él la ciencia de navegar avanzó sin cesar. El arrojo de los marineros lusitanos completó el saber teórico de Sagres y ambos, bien conjuntados, ensancharon el mundo conocido, convirtiendo a Portugal en avanzada del Océano.

Después de Ceuta, el punto de mira se dirigió hacia los archipiélagos de Canarias, Madera y Azores. Estos archipiélagos, conocidos desde la antigüedad, redescubiertos durante el siglo XIV, empezaron a conquistarse y colonizarse a mediados del XV. Difícil por sus vientos variables, tempestades frecuentes, aguas revueltas, resultaba la mejor escuela de aprendizaje para la navegación de altura. Serán punto de partida y escalas obligadas para expediciones futuras.

En lo comercial, el clima tropical de estas islas favorecerá la adaptación de la caña de azúcar, sobre todo en el archipiélago de Madera. Durante los años que preceden al descubrimiento de América el comercio azucarero se convertía en un firme negocio. Los genoveses intervendrán en este tráfico (27). También Colón, como veremos.

Al comenzar el segundo tercio del siglo XV el infante don Enrique y los científicos de Sagres se hacían esta pregunta: ¿qué hay al sur de las Canarias? De hacer caso al habla popular el mar hacia el sur se teñía de miedos, supersticiones y leyendas. Los árabes de la zona alimentaban aún más esos temores.

El cabo *Nâo* o *Nun* refleja con su mismo nombre el gran temor a pasar adelante. Sin embargo, el gran obstáculo de esa zona fue el Cabo Bojador o Cabo del Miedo, puerta del Mar Tenebroso. Y cierto es que el paraje resulta singular: peñascos escarpados; fuerte corriente marina que levanta olas gigantescas reventando en los acantilados y arrecifes con ruidos ensordecedores, acrecidos cuando sopla el viento del Oeste; terrible resaca, brumas espesas. Un infierno para cualquier

(27) Heers: *Gênes*, pp. 230, 260, 454 y 462, sobre tráficos comerciales y de esclavos.

embarcación que se despistara. Aún hoy se evita en lo posible, dicen los hombres de la mar.

El año de 1434, fecha trascendental en los descubrimientos del Océano, Gil Eanes salva esta gran barrera. Había fracasado un año antes y ahora por fin lo consigue; pero se da cuenta y comprueba un año después que la ida es fácil y rápida aprovechando la corriente canaria que va hacia el sur lamiendo la costa. Sin embargo, la *volta* o regreso era factible penetrando en el Océano y desde ahí, en navegación de altura, penetrando más al oeste de las Azores, dibujar un gran arco hasta llegar a Portugal. Gil Eanes acababa no sólo de salvar ese obstáculo natural, sino también de enseñar la ruta que debían seguir las expediciones futuras. De ahí que sea tan importante esta experiencia. En adelante todo irá más rápido. Guinea estaba bien cerca, a un par de meses de navegación.

¿Qué entendían los portugueses por Guinea? Esa indeterminada zona comenzaba al sur de la desembocadura del río Senegal o Río del Oro, y tenía un interés especial para los lusitanos: interés descubridor desvelando Africa y sus mares adyacentes, como etapas de proyectos más ambiciosos; e interés económico cada vez más tangible.

Los navegantes portugueses que harán posibles los avances descubridores desde Río del Oro hasta el corazón del golfo de Guinea, durante casi cuarenta años tendrán que enfrentarse y aprender a evitar las temibles calmas ecuatoriales (el *pot au noir* de los franceses, el *doldrums* de los ingleses), verdadera amenaza siempre para un velero. Caer en ellas significa sufrir un calor húmedo y agobiante, lluvias repentinas y torrenciales y, sobre todo, una falta casi total de viento que inmovilizaba cualquier navío. Y si duraba mucho las tripulaciones se veían diezmadas a causa del escorbuto, disentería y fiebres. En 1479, una carabela portuguesa, en plena costa guineana, tardó doce días en recorrer aproximadamente dos leguas (unos 10 kms.), cuando con brisa favorable lo hacía en menos de una hora.

Aprenderán también que ese mar está sometido a vientos y corrientes caprichosas y hay que atravesarlo a mucha distancia de la costa.

En lo económico, Guinea se convirtió en objetivo prioritario para Portugal (primero para Enrique el Navegante hasta su muerte, en 1460, y después para los reyes lusitanos). La explotación se proyectó en régimen de factoría al estilo italiano. En este sentido, destacarán dos centros: el enclave de Arguim, en la costa del Río del Oro (1443-1461) y la fortaleza de San Jorge de la Mina (1482), en la costa de Oro, actual Cape Coast, en el corazón del golfo de Guinea. Ambos representan dos etapas de la expansión y explotación africana.

Desde estas factorías las armadas de rescate entraban en contacto con las comunidades locales a través de operaciones de trueque o cambalache. Los europeos empleaban en los intercambios objetos de cobre y latón, de estaño, quincallería diversa, tejidos vistosos de calidad o vulgares y sal, tan importante para la ganadería. Se decía que en

Mali (1450) se cambiaba la sal por su peso en oro. A cambio, los naturales aportaban oro, obtenido por el procedimiento del lavado en las cuencas altas del Senegal, Níger y costa guineana. A falta de oro vendían hombres, intensificándose así el comercio de esclavos, auténtica sangría para Africa. También aportaban especias baratas —las ricas procedían de Asia—, como la malagueta o grana del Paraíso y la pimienta de Benín o pimienta de rabo.

Vistas así las cosas, a nadie puede extrañar que se pusiera todo el empeño imaginable en asegurar la exclusiva sobre la ruta de Guinea y en evitar la intromisión extranjera, sobre todo castellana. Con una tenacidad ejemplar, unas veces por las buenas y otras por las malas, Portugal fue convirtiendo esas aguas en un *mare clausum*, en un mar cerrado a intereses extraños.

Hasta 1480 y durante casi cincuenta años la rivalidad hispanoportuguesa fue una constante. Principalmente, dos problemas habían estado avivando las tensiones entre ambos reinos: Canarias y Guinea; o dicho en otras palabras, las navegaciones atlánticas.

Portugal esgrimía como derecho sobre Canarias que las había *redescubierto* primero, mientras que Castilla desenterraba aquello de ser heredada de los visigodos. A antigüedad, antigüedad doble. Portugal había intentado desde comprarlas hasta el empleo de la fuerza, en una especie de guerra solapada. Pero Castilla no cedió.

Tampoco deben olvidarse los intereses privados andaluces en juego, con la nobleza al frente, defendiendo los caladeros de pesca del banco canario-sahariano junto a un activo comercio con los naturales de la zona a base de trigo, vino, cueros, armas y esclavos, principalmente.

Tal como estaban los tiempos, Canarias era rentable. Pero cuando se descubre Guinea, intrépidos marineros y comerciantes soñarán con esa tierra, después de lo que cuentan de ella. Y para intrépidos —portugueses aparte— ahí estaban los hombres de Palos, Sanlúcar, Cádiz, Rota y Chipiona, Sevilla o Tarifa.

Se creyó que lo más eficaz para defender Canarias era atacar por donde más dolía a Portugal: Guinea. El trueque parecía inminente. En efecto, el 8 de enero de 1455 el papa Nicolás V, en calidad de árbitro, concedía la bula *Romanus Pontifex*, que confirmaba la exclusiva de Portugal sobre toda la costa africana desde los cabos Nâo y Bojador al sur. Implícitamente, las Islas Afortunadas quedaban para entretener a Castilla.

Pero el poder temporal del Pontífice tenía sentido cuando se trataba de pueblos infieles y la concesión territorial iba seguida de una obligación evangelizadora. En este sentido, Calixto III, un año después, en la bula *Inter Caetera* concedió a la Orden de Cristo Lusitana todo el poder y jurisdicción espiritual sobre la región reservada a Portugal. Estas bulas son un precedente claro de las que se darán a los Reyes Católicos cuarenta años después, tras el descubrimiento de América.

Entre 1454 y 1474 reina en Castilla Enrique IV, a quien se acusa de debilidad y abulia. No supo dominar a la nobleza, ni tampoco se enfrentó a Portugal como debiera haberlo hecho. Los intereses del Océano quedan, ahora más que nunca, a merced de la iniciativa particular de los puertos andaluces.

Dos referencias de un contemporáneo, Alonso de Palencia, nos aclaran muy bien cómo se desarrollan los acontecimientos en el Atlántico: *La osadía de estos envalentonados marineros a que dio pábulo la apatía del rey Don Enrique, les impulsó a atacar a los barcos de pesca andaluces que por las costas del mar de Marruecos empleaban las redes llamadas jábegas para sacar cierto pescado, muy abundante en las aguas próximas a Tánger. Pronto se apoderaron de muchos de aquellos barcos con sus tripulantes y aparejos.* Como se ve, los problemas pesqueros de la zona vienen de antiguo. Mas no todo era sufrir tales atropellos. Ahí queda a réplica, en la más estricta correspondencia: *tres o cuatro pescadores de Palos, curtidos en las cosas del mar, habían refrenado la ferocidad portuguesa, apresándoles muchas embarcaciones al regreso de Etiopía, dando muerte a la tripulación y apoderándose de las mercaderías, esclavos y esclavas que traían...* Los hombres de Palos fueron ganando fama de intrépidos y expertos marineros. No parece casualidad que la flota que descubre América parta de ahí.

A la muerte de Enrique IV estalla en Castilla la guerra civil. Los partidarios de Isabel la Católica y los de Juana la Beltraneja, a quien apoya Portugal, se enfrentan durante cinco años (1474-79) por la sucesión al trono castellano. Y la guerra se hace notar tanto en Castilla como en el Océano.

La actividad marítima de los Reyes Católicos no ofrece grandes variantes con respecto a la que Andalucía había vivido en años anteriores, si bien Castilla reclama ahora su derecho a Guinea, e incita a los marineros del sur a comerciar e interceptar a sus rivales portugueses. ¡Qué más querían oír aquellos! Si en tiempos de paz lo hacían siempre que podían, ahora con más motivo. Por lo demás, el resultado es el mismo: los portugueses capturan a los castellanos y éstos hacen lo mismo con los portugueses. La suerte de las armas es alterna, aunque parece seguro que la mejor organización lusitana sacaría mayores ventajas, dice Pérez Embid.

El 4 de de septiembre de 1479 se firmaba en Alcaçovas el *Tratado de las paces,* más conocido como el *Tratado de Alcaçovas-Toledo (1479-1480)* entre Castilla y Portugal, que ponía fin a las hostilidades. La ratificación de lo pactado la harán los Reyes Católicos al año siguiente en Toledo (marzo de 1480). Aparte de regular el problema dinástico (28) entre los dos reinos, interesa destacar aquí el segundo acuerdo

(28) Para resolver los problemas dinásticos se acordó: 1) La unión entre el príncipe heredero portugués y la hija mayor de los Reyes Católicos. 2) Que doña Juana la Beltraneja o Excelente Señora, como la llamaban los portugue-

o tratado de paz perpetua que ponía fin a la rivalidad hispano-portuguesa en el Atlántico. Por él se reservan a Portugal los archipiélagos de Azores, Madera y Cabo Verde; todas las tierras descubiertas y por descubrir al sur de las Canarias y el control absoluto de la navegación en el Océano camino de Guinea o *Contra Guinea*, bajo compromiso de los Reyes Católicos de no enviar navíos e incluso defender que ningún súbdito acuda a esos mares y tierras a negociar o descubrir sin permiso del rey portugués. Castilla, por su parte, puede navegar tranquilamente hasta Canarias y controlar todo el archipiélago.

Entre otras muchas cláusulas concertadas bien se puede terminar este apartado resaltando aquélla que establecía que los marineros que no cumpliesen la repartición del Océano fueran considerados como prisioneros de guerra, de manera que si los navegantes portugueses encontraban a algunos españoles o de cualquier otra nación los apresaran y echasen al mar *para que mueran luego naturalmente.*

Muchos puertos andaluces y también portugueses estaban preparados —no sería presunción decir que los mejor preparados de Europa— para hacer la travesía atlántica más gloriosa y trascendental de la historia: el descubrimiento de América. Diversas circunstancias decidieron en favor de Castilla. Pudo haberlo protagonizado igualmente Portugal. Pero de cualquier manera, se llevó a cabo desde un puerto (Palos) del Golfo de Cádiz. Y esos aires, ese mar y ese ambiente es el primero que respira Colón cuando llega a Portugal.

Colón en Portugal

Hablar a estas alturas de dudas, enigmas, secretos y demás oscuros designios relativos a nuestro descubridor suena ya casi a familiar. Más de uno podrá decir con razón: ¿qué otra cosa se ha hecho hasta ahora? Así es, en efecto. Sin embargo, la estancia portuguesa, por larga y trascendental para el descubrimiento de América, cobra tintes especiales. Casi una década (1476-1485) viviendo en Portugal y siendo como vecino y natural de ese Reino, casándose allí y emparentando con una familia, dicen que de cierto relieve social, navegando por mares celosamente reservados a los portugueses, alcanzando predicamento en la corte y ante el rey; casi diez años —repetimos— y todo lo que conocemos de tan larga etapa se debe exclusivamente a recuerdos posteriores del propio Colón, a cronistas que escribirán tras el triunfo o a documentos guardados en archivos españoles, como aquella carta de 1488 que Juan II de Portugal envió a Colón, ya entonces en Castilla

ses, fuese confinada en el convento de Santa Clara de Coimbra, asignándole cierta renta. Se puso mucho empeño en este detalle —preocupaba mucho a Isabel la Católica— para tener asegurada la tranquilidad castellana en el futuro. Ya había costado una guerra civil.

gestionando su proyecto descubridor, dándole garantías para que regresara a su corte y llamándole *nuestro especial amigo* (29).

Pues bien, este especial amigo del monarca portugués no ha dejado rastro documental alguno en tierra lusitana. Algunos historiadores explican este hecho tan insólito recurriendo al destino fatídico que en forma de terremoto destruyó Lisboa y el Archivo de Marinharía en 1755. Sin embargo, no han podido responder a preguntas tan simples como las siguientes: ¿por qué se salvaron otros papeles de la misma época relativos también a empresas y hombres de mar? ¿Cómo es posible que no haya aparecido ni un informe ni un documento privado, personal en ése o en cualquier otro archivo relacionado directa o indirectamente con Colón? Ciertamente cuesta creer que dicho terremoto tuviera carácter tan selectivo.

En mayo de 1505 escribe don Cristóbal al Rey Católico y le dice: *Dios Nuestro Señor, milagrosamente me envió acá* (Castilla) *porque yo sirviese a Vuestra Alteza; dije milagrosamente, porque yo fui a aportar a Portugal, a donde el rey de allí entendía en el descubrir más que otro; El le atajó la vista, oído y todos los sentidos, que en catorce años no le pude hacer entender lo que yo dixe* (30).

Hoy por hoy suele aceptarse casi por unanimidad el año de 1476 como fecha de arribada de Colón a Portugal (31). Lo haría el 13 de agosto de ese mismo año como consecuencia de un combate naval en que el futuro descubridor estuvo a punto de perder la vida. Sin embargo, la polémica brota cuando se intentan explicar las circunstancias de su llegada. Merece la pena ambientar este señalado episodio de la vida colombina.

Habíamos dejado a Cristóforo Colombo merodeando por las costas mediterráneas, yendo y viniendo de un sitio para otro y alternando oficios de mercader con otros de corsario. No se puede precisar rotundamente si esta última actividad la ejerció solo o formando parte de una flota más poderosa. Tal como se presenta para el historiador el panorama corsario, es razonable pensar que —al menos en torno al año 1476— formó compañía con otros.

Dos figuras han dejado rastro (32) documental como afamados corsarios: uno Guillaume Casanove-Coullón, almirante-corsario francés, conocido en Italia por Colombo y en España por Colón el Viejo.

(29) Carta del rey de Portugal a Cristóbal Colón en Sevilla, 20 de marzo de 1488, en Navarrete, *Colección*, I, p. 302.

(30) Las Casas, *Historia*, I, cap. 37.

(31) Algunos habían aventurado hace tiempo otras fechas de entrada, 1470, 1473, 1474 y 1481, pero eso no se sostiene. Rumeu ha vuelto sobre esta cuestión y habla, sin que resulte muy convincente, de los años 1468-73.

(32) Harrisse, *Les Colombo de France et d'Italie, fameux marins du XV^e siecle*, París, 1874, pp. 1 y ss. Vignaud, *Etudes critiques sur la vie de Christophe Colomb*, París, 1905, pp. 131 y ss.

Estaba al servicio de Francia, y ésta a su vez era aliada de Portugal; ambos Estados apoyaban los derechos dinásticos de doña Juana la Beltraneja al trono castellano en contra del partido de su tía Isabel la Católica. La guerra de sucesión castellana (1475-79), con implicación de vecinos, resultaba una oportunidad inmejorable para cualquiera que ejerciese de corso. El ataque a una flota genovesa el 13 de agosto de 1476 junto al cabo de San Vicente es obra suya.

El otro corsario con fama en los mares europeos se llama Jorge Bissipat; era griego de origen y se le conocía como Colombo el Mozo. Estando al servicio del monarca galo Luis XI llevó a cabo empresas señaladas, sobre todo entre 1474 y 1485. Atacó las costas de los Estados rivales de Francia, especialmente Borgoña, y colaboró con los reyes portugueses, teniendo sus costas y puertos por aliados. La captura de la flota veneciana en 1485 junto al mismo cabo de San Vicente la dirigió él con gran éxito.

Antes de detenernos en los puntos controvertidos, empecemos por lo que casi todos aceptan: el 13 de agosto de 1476, a la altura del cabo de San Vicente, la poderosa escuadra de Casanove-Coullón (Colombo el Viejo) divisó una flota comercial en ruta hacia Inglaterra compuesta por cuatro naves genovesas y una urca flamenca. A pesar de que los genoveses estaban en paz con el rey francés y llevaban un salvoconducto suyo no se les respetó, bien porque les creyeran venecianos o porque la embarcación flamenca llevara visible el estandarte de Borgoña, enemiga declarada de Francia. Se entabló un violento combate que duró desde la mañana hasta la tarde y fue desastroso para ambas partes. El corsario perdió cuatro naves y los genoveses tres. Los muertos fueron numerosos. A Cristóbal Colón, presente en el escenario, se le incendió su barco, pero salvó la vida arrojándose al mar y nadando hasta la orilla con la ayuda de un remo *que a ratos le sostenía mientras descansaba* (33). Un hombre como Colón debió convencerse pronto de que tras el remo se escondía la mano de la Providencia. Acababa de salvar *milagrosamente* su vida.

Cuando Hernando Colón (34), seguido fielmente por Las Casas, transmite su versión sobre este episodio colombino mezclando batallas, años y contendientes no sólo está levantando un monumento a la confusión, sino también encendiendo futuras polémicas.

En primer lugar, mezcla dos combates navales ocurridos en aguas próximas al cabo de San Vicente, pero en distinta fecha: durante el combate de 1476 Colombo el Viejo, como ya hemos dicho, se enfrenta a una flota genovesa, resultando un choque muy violento y de grandes pérdidas humanas y materiales; mientras que en 1485, Colombo el Mozo se opone a una flota veneciana que regresaba de Flandes sin que a ello siguiera un combate sangriento, sino simple rendición ve-

(33) El relato en Las Casas, *Historia*, I. cap. IV.
(34) *Historia del Almirante*, cap. VI; Las Casas, *Historia*, I, cap. IV.

neciana. Y por último, Hernando relaciona al futuro descubridor de América con la compañía de Colombo el Mozo —por tanto con el suave enfrentamiento de 1485 entre dicho corsario y los venecianos, —y no se olvide que en esta fecha don Cristóbal estaba ya en Castilla—, mientras que lo que describe minuciosamente es el violento combate naval de 1476 protagonizado por Colombo el Viejo y los genoveses.

¿Cómo explicar esta refundición hernandina, verdadero alarde de ligereza informativa, cuando no de tergiversación manifiesta? Si se leen con detenimiento los primeros capítulos de la Historia del Almirante no deja de tener lógica esta argucia: pugna por demostrar antecedentes nobles del apellido Colón y combate apasionadamente el origen humilde pregonado por escritores como Giustiniani; para Hernando, tan necesitado de sangre distinguida, vale más el renombre de un corsario que además fue almirante cual Colombo el Mozo, aunque su fama llegara a extremos tales *que con su nombre espantaban a los niños en la cuna*, que no de anónimos y despreciados tejedores o laneros. La mejor síntesis de estos pensamientos queda resaltada cuando pone en boca de su padre: *Yo no soy el primer Almirante de mi familia; pónganme, pues, el nombre que quieran, que al fin David, Rey sapientísimo, fue guarda de ovejas, y después fue hecho Rey de Jerusalem, y yo siervo soy de aquel mismo Señor que le puso a él en tal estado* (35).

En 1537-39, cuando Hernando escribía tan confuso pasaje, mezclar batallas, años y contendientes podía ser un recurso airoso que eliminara cualquier mancha entre el apellido Colón y Génova, metiendo en danza a rivales venecianos y a su vencedor Colombo el Mozo. De esta manera no se sabría, al menos por pluma de un Colón, que el descubridor de América con quien participó fue con Colombo el Viejo en el combate naval de 1476, y contra mercaderes genoveses y de su misma tierra, algunos de cuyos herederos directos estaban desde un principio ligados a los negocios colombinos.

La crítica histórica ha interpretado este episodio dando versiones para casi todos los gustos. Los apasionados del Colón genovés (36) claman defendiendo la imposibilidad de que un hombre tan *amantísimo* de su patria luchara contra sus mismos conciudadanos. No hay lógica, argüirán. Y entonces lo colocan en el combate, sí, pero mandando una nave genovesa, y siendo, por tanto, una víctima más del pérfido corsario Casanove-Coullón o Colombo el Viejo. Desde esquemas patrióticos actuales o del siglo pasado no les falta razón. Pero se olvida con frecuencia que en aquel entonces y para nuestro descubridor —tan grande como complejo— podría no ser válida la lógica actual.

(35) *Historia del Almirante*, cap. II.

(36) En este grupo destacan entre otros Vignaud, Altolaguirre, Morison, Ballesteros, Taviani, Rumeu, etc.

Otros (37) contestarán rotundos: nada se opone a que un personaje que ha ejercido de corsario durante los años inmediatos a 1476 siga siéndolo ahora con más mar por delante y más compañía. Es posible que sus obsesiones económicas, con una pizca menos de misticismo que años después, se encaminen a la búsqueda de botín y de riqueza, riqueza que se convertiría pronto en oro, que *del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas del Paraíso* (38).

Los que ven a Cristóbal Colón cual honorable mercader genovés, además de patriota y, por ende, víctima, no han contestado de manera concluyente a preguntas como las siguientes: ¿Por qué, si fue así, su nombre no aparece entre los tripulantes de esta flota genovesa, a pesar de considerársele capitán de una embarcación, cuando se conoce el de los demás? ¿Por qué no se refugia en la bahía de Cádiz, donde fueron a parar las dos naves genovesas que lograron salvarse? ¿Por qué en su testamento ordena que se paguen *secretamente* unas cantidades a genoveses (di Negro, Spínola) que resultaron perjudicados precisamente en esta batalla, si no es como descargo de conciencia? Y puestos a poner sobre el tapete su patriotismo, ¿por qué no se declara constantemente genovés, y en cambio dice una y otra vez que es extranjero? Por todo ello, lo del patriotismo colombino no sirve aquí.

De las demás posturas críticas, unas eclécticas, otras más matizadas, sirva para terminar aquella discutible y discutida que considera este episodio colombino contenido en la Historia del Almirante, raíz de donde parte la polémica de los historiadores, como una burda superchería (39) no atribuible a la pluma hernandina. De ninguna manera estamos de acuerdo con esta interpretación.

Veíamos a Colón tras la batalla del cabo de San Vicente salvando su vida de milagro. Repuesto de tanto susto y tan forzado baño, demos respiro al náufrago y dejémosle que se reponga en Lagos, población marinera del sur de Portugal. Observémosle conversando con los naturales y contemplando el misterioso Océano, fuente de aventuras, de relatos fantásticos, de algo que atrae a un espíritu inquieto como Colón. E incluso acercaría su curiosidad a Sagres, peñón roquero junto al cabo de San Vicente, academia del saber marinero en los tiempos gloriosos y aún cercanos de D. Enrique el Navegante, lugar donde se habían reunido habilidosos dibujantes de cartas marinas, inventores de nuevas técnicas y aparatos con que progresaron los grandes viajes, maestros astrólogos, expertos navegantes. Y aunque Lisboa, —de la mano firme del futuro rey don Juan II, encargado de las empresas oceánicas— empezaba a centrar toda la actividad marinera de Portugal, aún significaba mucho ese balcón atlántico situado al sur. Suerte

(37) El más perspicaz y coherente es Salvador de Madariaga.
(38) Carta de Colón desde Jamaica (1503), en Varela, *Textos*, p. 302.
(39) Rumeu, *Hernando Colón*, p. 106 y 399.

o providencia, Colón se encontraba en la costa más sugestiva para un navegante de altos vuelos.

Si en ciencia y técnica Portugal era toda una escuela, no era menos incitante para el hombre dedicado al comercio. Así sucedía que aventureros, proyectistas, soñadores de tierras y mundos nuevos, comerciantes de esclavos, mercaderes, prestamistas —el futuro descubridor era una rara mezcla de todo esto— todos encontraban grandes alicientes en Portugal.

Cristóbal Colón llegó a esta tierra en 1476, cuando Castilla y Portugal estaban en guerra, cuando el golfo de Cádiz hervía por la parte del mar, cuando los intereses comerciales de las grandes compañías europeas ponían a navegar carabelas y flotas, cuando Lisboa o Valencia, por poner dos casos representativos, ennegrecían una pizca más su piel a costa de esclavos guineanos. ¿Influye este ambiente portugués en la formación y personalidad colombina? En lo que se refiere a alicientes comerciales, apenas nada o muy poco. Las repúblicas mercantiles italianas fueron escuela para toda Europa, y a través de caminos interiores o del Estrecho de Gibraltar su prosperidad económica terminó desbordándose y enriqueciendo al Atlántico costero. Personajes como Colón, bebiendo en las mejores fuentes, lo tenían bien aprendido; casi lo sabían todo.

Otra cosa bien distinta es lo referente a la navegación oceánica. Sobre todo este punto, un marinero mediterráneo, como fue nuestro nauta hasta su arribada a Portugal, tenía mucho que aprender de los grandes navegantes luso-castellanos, habituados al Atlántico (40). Tuvo que aprender y lo hizo pronto.

La escuela de navegación mediterránea, acostumbrada al cabotaje, o dicho en frase más expresiva a que *un marinero almuerce en un puerto y cene en otro*, navegando siempre cerca de tierra por un mar bastante calmo difería grandemente de la escuela oceánica enfrentándose a una mar más fuerte, con vientos y corrientes que había que conocer, y a una navegación de altura en que los viajes duran muchos días, a veces hasta meses, sin ver ni pisar tierra. Un experto navegante del Atlántico podía brillar igualmente en el Mediterráneo; lo contrario será más difícil, sobre todo entonces.

Casamiento de Colón y andanzas portuguesas

Habíamos dejado al futuro descubridor reponiéndose en la costa de Lagos, visitando Sagres y empapándose de océano y relatos de gestas marineras que los de la zona conocían tan bien.

(40) A. Teixeira de Mota,: *Colón y los portugueses*. Cuadernos Colombinos, 5. Valladolid, 1975, pp. 33 y ss.

Hernando Colón y sobre todo Las Casas lo ponen rápidamente en movimiento camino de Lisboa (41) para empezar a cumplir los designios divinos: conocer a mujer adecuada, casarse, actuar *como persona ya vecino y cuasi natural de Portugal*, que dice Las Casas, y participar en las exploraciones atlánticas de los portugueses. El descubrimiento de América espera al hombre elegido por la Providencia; y para dar cima a tal evento tenía que ingresar en el coto cerrado de los maestros oceánicos, hacerse uno de ellos y navegar a su vera. Así nos cuentan los citados cronistas que pasó y así también repiten muchos historiadores.

Para unos y para otros, el casamiento de Colón con Felipa Moñiz es previo a todo lo demás, entre lo que se cuenta la génesis del descubrimiento de América, el proyecto de atravesar el Océano por la vía de Occidente para llegar a las Indias. Defienden que gracias al rápido matrimonio (según algunos celebrado a finales de 1476) a Colón se le abren las puertas de Portugal; participa más fácilmente con los lusitanos en sus viajes descubridores y de comercio; se adentra en el cogollo marítimo formado entre las Azores, Madera y Canarias; y consigue participar en ese mar cerrado que es Guinea.

Pero esto resulta insuficiente para poder comprender los pasos colombinos. De nuevo, y como ya es habitual, reina la discrepancia a la hora de reconstruir algún momento importante de su vida; y para momentos importantes, estos años son —por fuerza— trascendentales. Lo que nadie discute es que de Lagos marcha pronto a Lisboa, ciudad cosmopolita, bullanguera, comerciante como pocas de su tiempo. Los que buscan noticias sobre el Océano encuentran en ella de todo: lo último que ha visto tal o cual navegante, o lo ricas que son aquellas tierras, o lo seguro que se va en cualquier navío con los aparatos a la venta en cien tiendas lisboetas, o lo que aseguran las últimas novedades científicas que se pueden comprar. Lisboa no tendrá desperdicio para Colón. Los intercambios comerciales entre el norte de Europa y el Mediterráneo son cada vez más intensos, y por lo general suelen hacerse por mar. Lisboa es escala de esas grandes rutas; y es también almacén de lo que se embarca hacia Guinea y mercado de productos procedentes de Africa.

En la capital portuguesa coincide Cristóbal con su hermano Bartolomé Colón. Ambos trabajan algún tiempo en una librería y como delineantes de mapas, especialidad en la que los dos hermanos demostraron una gran pericia.

Para otros historiadores, el casamiento colombino es más tardío y debe tener aires interesados. Aconsejan que para comprender esta etapa se relacionen con tres aspectos del máximo interés: las actividades comerciales de don Cristóbal; el preconocimiento y seguridad colombi-

(41) *Historia del Almirante*, cap. II; Las Casas, *Historia*, I, cap. III. Ballesteros los sigue detallándolo en muchas páginas (*Cristóbal Colón*, I, pp. 263 y 276).

na de encontrar tierras al otro lado del Océano y también la distancia aproximada a la que se encontraban; y su casamiento, fechado por algún autor de este grupo alrededor de 1480. Detallemos algo estos puntos.

1) Lo primero que parece claro es que en Lisboa, con ayuda de amigos y compatriotas (42), pone casa *y hecha con él compañía comienza a acreditarse y restaurarse*. Poner casa exigía recursos económicos, como medio de adquirir prestigio y respetabilidad ante los demás. Para un mercader-navegante como Colón el medio más lógico de lograrlo tuvo que ser el comercio.

Sabemos que por el mes de febrero de 1477 hizo un viaje a Inglaterra y Tulé. A pesar de que algunos historiadores (Vignaud a la cabeza) ponen en duda navegaciones de Colón por esas regiones septentrionales tachándolo de jactancioso cuando no de mentiroso incorregible, la forma de expresar Colón esta experiencia inclina a los más a no dudar de su palabra: *Yo navegué el año de cuatrocientos y setenta y siete, en el mes de hebrero, ultra Tile, isla, cien leguas, cuya parte austral dista del equinocial setenta y tres grados, y no sesenta y tres, como algunos dicen, y no está dentro de la línea que incluye el occidente, como dice Ptolomeo, sino mucho más occidental, y a esta isla, que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercadería, especialmente los de Bristol, y al tiempo que yo a ella fui, no estaba congelado el mar, aunque había grandísimas mareas, tanto que en algunas partes dos veces al día subían veinte y cinco brazas, y descendía otras tantas en altura* (43).

Conocemos también que durante 1478 participó en gráficos de azúcar procedentes de Madera, bien como agente comercial, bien como socio comanditario de la Casa Centurione, y acaso también de alguna otra, como di Negro, Spínola, etc.

En una operación comercial con la Casa Centurione, se verá implicado Colón, hasta el punto de que tendrá que comparecer en Génova el 25 de agosto de 1479 para deponer ante notario y aclarar responsabilidades sobre la fallida compra de azúcar. Estos detalles se conocen a través de una declaración notarial conocida como el documento Assereto. El incidente comercial en cuestión finalizó dejando a Colón libre de responsabilidad. Tiene prisa y declara que al día siguiente saldrá para Lisboa. Dice también llamarse Cristóforo Colombo; tener 27 años y ser ciudadano de Génova. Ni qué decir que los críticos del Colón genovés no admiten este testimonio documental por haber aparecido en una hoja suelta en vez de cosido en el libro notarial. Por el contrario, los defensores responderán que otros muchos documentos que nadie discute han aparecido de la misma forma.

(42) Vignaud y Madariaga lo retrasan hacia 1478. Para nosotros es más tardío —hacia 1480—. Arranz, *Diego Colón*, p. 39.

(43) *Historia del Almirante*, cap. III. Las Casas, *Historia*, I. cap. III.

Algo empezaba a estar claro tocante a Colón: que entre 1478 y 1483 frecuentaba las rutas oceánicas hasta Guinea. Es casi seguro que las actividades comerciales del futuro descubridor no se redujeran sólo al noble comercio del azúcar, sino también, según fundadas sospechas, al transporte de esclavos guineanos. Para Portugal, este fue uno de los negocios más lucrativos. Y a través de Lisboa se fue desparramando por Europa esta *carne de trabajo* (44).

Sólo habiendo vivido muy de cerca este problema se entenderá el posterior comportamiento colombino en América. Recuérdese el párrafo de una carta del Almirante de 1496, que cita Las Casas todo escandalizado: *De acá se pueden, con el nombre de la Santa Trinidad, enviar todos los esclavos que se pudieran vender... de los cuales, si la información que yo tengo es cierta, me dicen que se podrán vender cuatro mil, y que, a poco valer, valdrán veinte cuentos* (millones) (45). Solución de un mercader al problema de cómo financiar en tiempos bajos la empresa de las Indias. Y en 1496, ciertamente atravesaba un mal momento.

Un gran amigo y colaborador de Colón desde la primera hora, el florentino Juanoto Berardi, era esclavista hasta la médula.

2) Al mismo tiempo que andaba metido en estos afanes (1477-78?) pudo suceder el predescubrimiento de América, o mejor dicho, el conocimiento personal y secreto que alcanza Colón sobre la existencia de tierras al otro lado del Océano. En palabras ambiguas de Colón podía quedar formulado así: *Me abrió Nuestro Señor el entendimiento con mano palpable, a que era hacedero navegar de aquí a las Indias, y me abrió la voluntad para la ejecución dello* (46). Este hecho tan trascendental le hará buscar apoyos, siendo el matrimonio uno de ellos. Pero dejemos este capítulo para ser desarrollado aparte, pues bien lo merece. El avance apuntado aquí sirva tan sólo para no perder perspectiva en lo que toca a casamiento.

3) Cuentan que el bueno de don Cristóbal, mientras residía en Lisboa, acostumbraba cumplir sus deberes de cristiano en un monasterio perteneciente a la orden de Santiago llamado de los *Santos*; y que las damas —no monjas— que lo habitaban pertenecían a familias de alta posición social y se titulaban comendadoras. Las mismas autoridades informativas nos aseguran que el futuro descubridor poseía *buena disposición y no menos... gentil presencia.* La pluma lascasiana, con la naturalidad que hace al caso, termina el lance con aquello de *acaeció tener plática y conversación con una comendadora dellas,*

(44) Cortes a, *Os descobrimentos*, T.I, pp. 289 y ss. Las Canarias también participaban de lleno en este tráfico. M. Lobo Cabrera, *La esclavitud en las Canarias orientales en el siglo XVI (negros, moros y moriscos)*, y M. Marrero Rodríguez. *La esclavitud en Tenerife a raíz de la conquista*, La Laguna, 1966.

(45) Las Casas, *Historia*, I, cap. CL.

(46) Navarrete, *Colección*, I, p. 459.

que se llama Felipa Moñiz, a quien no faltaba nobleza de linaje, la cual hobo finalmente con él de casarse (47).

Doña Felipa Moñiz o Muñiz, a la que Las Casas y Hernando añaden como segundo apellido el de *Perestrello*, de la que dicen que era rica hembra de *noble linaje*, se nos presenta en la vida colombina con mucha nebulosa a su alrededor, como para no desentonar de su enigmático marido. Algo raro se percibe en torno a esta mujer. ¿Qué es? No se sabe por ahora. Mas, de ser tan noble como dicen, es difícil que se le escapara a Hernando Colón la satisfacción de vocear encumbrados linajes; y no que, cuando tiene que citar al padre de Felipa, lo haga llamándole Pedro Muñiz Perestrello. Mayor desinformación o confusión no cabe, pues ese nombre así de completo y correspondiendo a un distinguido caballero o hidalgo no aparece en los anales portugueses. Existe un Bartolomé Perestrello, pero no Pedro, ni Muñiz. Las Casas tampoco afinó demasiado y habla de Bartolomé Muñiz Perestrello.

Habrá que esperar a Diego Colón, segundo Almirante de las Indias cuyo hijo era joven, para que la cite en sus testamentos como Felipa Moñiz, sin más. Interesa esta cita porque añade el dato de pertenecer al linaje noble de los Muñices. Igualmente Diego Colón informará en 1519 a Las Casas que él nació en la isla de Porto Santo, del archipiélago de Madera. La citada isla pertenecía por merced regia a los Perestrello. Don Bartolomé, el que dicen padre de Felipa Moñiz, había sido nombrado capitán donatario del Porto Santo para él y sus descendientes el año 1446.

Dando por aceptables estos datos —que no todos siguen— vemos a doña Felipa Moñiz emparentada por ambas ramas (Muñices y Perestrellos) con personas influyentes de la corte portuguesa y con tradición marinera, uno de cuyos nombres —por la vena Moñiz— sostienen que fue el canónigo lisboeta Fernando Martins, receptor de la correspondencia de Toscanelli que tanta trascendencia tendría para Colón.

Vistas así las cosas puede ser que ahora —alrededor de 1480— cuando Colón calcule la conveniencia de algún apoyo familiar que le abra las puertas de la corte y también de los documentos oficiales (48). Y puede ser también el momento en que *como persona ya vecino y cuasi natural de Portugal* lleve a cabo viajes interesados a Guinea, sin que se descarte alguno anterior. Ahora tienen sentido pleno las expresiones colombinas de *he andado la Guinea; navegando muchas veces desde Lisboa a Guinea consideré diligentemente que el grado corresponde en la tierra a 56 millas y dos tercios; yo estuve en el castillo de San*

(47) Las Casas, *Historia*, I. cap. IV.

(48) En relación con la consulta de los documentos de Toscanelli que tanta importancia pueden tener para él (Jos, *Fernando Colón y la Historia del Almirante*, Rev. de Hª de América, n.º 9) mantiene que Fernando Martins, receptor de la carta del florentino, estaba emparentado con la mujer de Colón.

Jorge de la Mina [levantado en 1482] *del rey de Portugal* (49). El *Diario de a bordo* está salpicado de referencias que delatan un buen conocimiento de la tierra africana. Esta sirve frecuentemente a Colón como punto de comparación ante la novedad indiana (50).

La *Volta da Mina*, adentrándose en pleno Océano y dibujando un gran arco desde el corazón de Africa hasta Lisboa la hizo en contacto con la avanzada escuela de navegación portuguesa. Vientos y corrientes, las calmas, del océano, los mares revueltos y, sobre todo, los vientos alisios soplando permanentemente del Nordeste también los conoció allí. Y tras este aprendizaje Colón llevó a cabo el viaje de 1492 con pleno éxito y siguiendo la ruta adecuada.

El sigilo portugués y Colón

Sagacidad, perspicacia, aprendizaje rápido, capacidad de observación son algunas cualidades que nadie le discute a Cristóbal Colón. Inmerso en la vida portuguesa, se dio cuenta de que una cosa era lo que Portugal daba a conocer sobre sus descubridores en el Océano y otra bien distinta la que permanecía bien guardada, como secreto de Estado, en las bibliotecas y archivos reales.

El reino portugués, en cualquier otro acto trascendente de su vida colectiva, nunca olvidaba mirar, aunque fuera de reojo, a sus vecinos castellanos. Desconfiando siempre, a pesar del triunfo en Aljubarrota frente a Castilla, y con el temor de perder sus independencia, procuraba hacer el menor ruido posible cuando emprendía grandes empresas. El mar era una de ellas, por ser su única vía de expansión, convirtiéndose a lo largo de unas décadas en avanzada de Europa. Mas, como Castilla no olvidaba su tradición marinera, pronto se encontraron en agua comunes ambos reinos ibéricos. El mar de las Canarias fue zona de forcejeo diplomático y violento. A los lusitanos les iba más en el empeño; por ello, pusieron más tenacidad y sus reyes lo convirtieron en cuestión de Estado. Todo quedaba justificado con tal de cortar el paso a la expansión castellana. Portugal se salió con la suya —y no sería la última vez—: según quedó estipulado en el tratado de Alcaçova, Castilla no podría navegar al sur de Canarias.

Pues bien: el éxito que acompañaría a los reyes portugueses, se debió en buena medida a la llamada *política de sigilo* (51), es decir, el secreto a toda costa en materia de descubrimientos, navegaciones y rutas comerciales. Hay quienes consideran que se le da más importancia de

(49) *Historia del Almirante*, cap. IV.

(50) *Diario de a bordo*, días 28 y 30 de octubre; 12 y 27 de noviembre; 15 y 21 de diciembre; 9 de enero.

(51) Cortesao, *Los portugueses*, pp. 521 y ss. Sostiene que para el investigador esta política ha sido desastrosa.

la que realmente tuvo. Tal vez desconocemos lo que de verdad significó para el pueblo portugués este período de su historia.

Todos los monarcas lusos siguieron, en mayor o menor medida, esta política. Quien alcanzó su mayor altura fue don Juan II, digno rival de los católicos Isabel y Fernando. El *Príncipe Perfeito* lo llamaban sus compatriotas. Para la reina de Castilla era el *Hombre*, nadie sabe por qué, pero suena mucho a elogio. Debía admirar la firmeza con que gobernaba el Estado y la energía que mostró al enfrentarse a los poderosos nobles y eliminar a su cabeza, el duque de Braganza. ¡Cómo supo manejar a la Excelente Señora doña Juana la Beltraneja, sombra política de Isabel la Católica y de la sucesión castellana, aún no consolidada! Le dio un convento por palacio con mucho servicio y atenciones, pero siempre aireaba su nombre cuando Castilla amenazaba. Fue una baza que no dudó en jugar cuando hacía el caso.

Desde muy pronto demostró Juan II una capacidad extraordinaria para las cosas del mar. Ya se encargó de ellas cuando era príncipe (1475), y luego continuó cuando era rey (1481-1495). Era expeditivo y sus órdenes tajantes para los navíos intrusos: hundirlos sin contemplación en el mismo sitio en que se les hallara. Sus navegantes debían guardar secreto de lo que vieran; el traidor sería perseguido aún en tierra extranjera. Y sobre los castigos, ¡para qué contar! Los culpables terminaban a veces descuartizados.

Sobre las leyendas y peligros que rodeaban al Océano o Mar Tenebroso, quien menos los creía era él; ahora bien, hacía todo lo posible por propagarlos a los cuatro vientos, incluso entre sus cortesanos. Una anécdota muy repetida puede reflejar gráficamente lo que decimos. Cuentan que un buen día el rey afirmaba rotundamente en presencia de otros cortesanos, que las naves redondas no podían regresar de Guinea. El piloto Pedro Alenquer mostró su desacuerdo y se comprometió públicamente a demostrarlo con cualquier embarcación de este tipo. Enfadado Juan II, lo tildó de inepto y fanfarrón e hízole callar. Pero a poco lo llamó a solas y le dio explicación de por qué lo había tratado de esa manera, advirtiéndole, eso sí, que mantuviera en secreto lo de Guinea (52). Hubo veces en que el astuto monarca empleaba naves redondas, viejas y gastadas para transportar mercancías a Guinea, y una vez allí las desguazaban, haciendo creer que no podían regresar.

El Príncipe perfecto tenía entre las principales cortes un servicio de espionaje muy efectivo. Junto a los Reyes Católicos se esmeró, de ahí que estuviera al tanto de todo lo que se discutía entre los monarcar y sus colaboradores. Un cronista portugués nos cuenta, a este respecto, una táctica que empleó con frecuencia, en especial para estar al día de todo lo que se cocía en la corte castellana: *obraba* (D. Juan II) *de manera que al duque del Infantado y a otros señores mandaba dádivas y favores públicos para que los reyes de Castilla se guardasen*

(52) *Ibidem*, p. 544.

y no fiasen de ellos, porque sabía que no eran de su secreto, y a aquellos de quienes más se fiaban daban dádivas tan grandes y secretas, que todos los consejos y secretos le eran descubiertos antes de que cosa alguna se hiciese (53).

De esta manera las técnicas de navegación, descubrimientos y avances astronómicos quedaron muchas veces guardados y bien guardados o tardaron mucho en difundirse, a la par que se reafirmaba la hegemonía marítima de Portugal.

¿Hicieron desaparecer los monarcas amantes del sigilo —porque Juan II fue sólo el capitán de ellos— documentos oficiales, crónicas y papeles indiscretos? Muchos historiadores han llegado a ese convencimiento y han puesto un ejemplo: Cristóbal Colón.

Diez años aproximadamente pasó en Portugal; años de actividad, fecundos; etapa clave, sin duda, y oficialmente no ha dejado, hasta la fecha, rastro documental alguno. Como si no hubiera existido allí, al menos con ese nombre. ¿Fueron acaso los partidarios del sigilo, los expertos del secreto de Estado quienes borraron su huella? Si tal sucedió, muy bien lo hicieron, demasiado perfecto. Pero, de ninguna manera puede pensarse en la insignificancia del personaje hasta tal punto que no mereciera la más mínima alusión escrita. Un hombre que cuando estaba en Castilla recibió una carta de Juan II llamándole *Nuestro especial amigo* debió haber tenido mejor tratamiento. Quizá lo tuvo y se nos oculta. Cierto es que existió un Cristóforo Colombo, genovés, cuyo paso por la vida ha dejado alguna huella. Y más cierto aún que siete años antes de 1492 se paseó por Castilla el Cristóbal Colón que descubriría América. En medio, un silencio absoluto, un vacío de casi diez años, dominado por muchas conjeturas y ninguna certeza. ¡Cuántos enigmas colombinos se aclararían si se supiera algo cierto, seguro, firme sobre su estancia portuguesa! Es posible que ahí esté la clave de tantas dudas y contradicciones como lo envuelven.

¿Conocía Colón las tierras que quería descubrir?

Viejo asunto éste que empezó a gastar tinta y papel a poco de descubrirse América. Los primeros cronistas de Indias recogieron en forma de tradición o leyenda algo que con escasas variantes tenía un mismo fondo: el preconocimiento colombino de lo que descubrió en 1492.

La historiografía colombina y del Descubrimiento ha seguido en este tema dos posturas bien definidas: la de los que rechazan de plano tal supuesto y, por otro lado, la de aquellos que lo aceptan. Aquí no valen las medias tintas ni las matizaciones. Tanto la persona de Colón

(53) *Ibidem*, p. 544. Juan II y los demás reyes portugueses lo practicarán siempre que el asunto sea de importancia: en torno al Tratado de Tordesillas (1493-94) y en las Juntas de Badajoz (1524), por citar dos ejemplos.

como su proyecto descubridor cobran distinta dimensión según se analice desde una perspectiva u otra.

Hasta hace bien poco el panorama colombinista estaba abrumadoramente a favor del rechazo sistemático, sin paliativos, de cuanto sonase a predescubrimiento o preconocimiento de tierras al otro lado del Océano por parte de don Cristóbal. Continuaba la línea interpretativa brindada por Hernando Colón y Bartolomé de Las Casas, cantores como nadie del Colón genial, intuitivo, soñador, especulativo y sabio, a la par que luchador incansable contra todo y contra todos.

El siglo XIX, con sus aires románticos y de celebraciones centenarias, sintonizaba perfectamente con el enfoque dado a esta figura, encaramada entre brumas y nebulosas al primer plano de la Historia Universal. El reto para los estudiosos posteriores fue intentar explicar razonablemente tantos enigmas y contradicciones como envolvían al descubridor desde la perspectiva, eso sí, del rechazo rotundo del predescubrimiento (54).

Los defensores de la teoría del preconocimiento colombino o predescubrimiento pueden ser divididos en dos grupos: el primero se remonta a los años finales del siglo pasado y se prolonga hasta los años treinta aproximadamente. Son muy contados nombres, algunos excesivamente hipercríticos, y de ánimo muy polémico, lo que desdibujó un tanto sus tesis (55). Más que abrir camino hacia el reconocimiento público de dicha teoría y ganar partidarios, sirvieron de revulsivo a sus oponentes, que multiplicaron sus trabajos ensanchando en algunos casos los conocimientos colombinos y en otros enturbiándolos, que de todo hubo.

El segundo grupo data, como quien dice, de anteayer. De anteayer sus trabajos, se entiende, porque no les faltan ni años de colombinismo activo ni mucho menos conocimiento profundo del descubridor y del Descubrimiento. Dos nombres pueden ser elevados a la categoría de renovadores definitivos de esta teoría, y a la luz de la misma de todos los estudios colombinos y del descubrimiento de América: Juan Manzano y Manzano y Juan Pérez de Tudela y Bueso.

Manzano, hace sólo ocho años, sacó a la luz un libro de larga resonancia, pormenorizado y exhaustivo que tituló *Colón y su secreto*. Significaba la revisión más completa, sugestiva y novedosa del predescubrimiento de América; una idea que se creía arrinconada ya, y que ahora, de la mano de una pluma bien distinta de las de antaño, reverdecía con gran rigor histórico. A través de la *leyenda del piloto anónimo*, informante de Colón allá por 1477-78, año más, año menos, según Manzano, cobraba nuevo sentido interpretativo todo lo re-

(54) Por señalar algunos, destaquemos a De Lollis, Boyd, Thacher, Morison, Ballesteros, Taviani, Heers, etc.

(55) El más significado de esta línea fue Luis de Ulloa, *El predescubrimiento hispano-catalán de América en 1477*, París, 1928.

lacionado con el descubrimiento de América y su protagonista. No es exageración si definimos este libro como un hito merecedor de poder decir que la teoría de predescubrimiento era una cosa antes de Manzano y después de él, otra muy distinta.

Hace un año y poco más, Pérez de Tudela, cuando muchos, infundadamente, lo creían alejado del colombinismo, nos sorprendió con un trabajo denso y muy compacto, propio tan sólo de un hombre de ancha preparación humanística y saberes varios, que tituló *Mirabilis in altis*. Partiendo del reconocimiento del hecho predescubridor que había hecho Manzano, discrepa no obstante de él en la forma o canal transmisor, a través del cual dicho conocimiento llega a Colón. Para Pérez de Tudela se producirá a través del *encuentro* e información de unas Amazonas amerindias —hacia 1482-83— y no de un *piloto anónimo*. Pero no es lo anecdótico de esas mujeres aguerridas lo que importa destacar aquí sino las asociaciones de ideas, relaciones culturales y religiosas producidas en la mente colombina que adquieren protagonismo en este libro. De cualquier manera, la grandeza de esta obra radica, a nuestro entender, sobre todo y por encima de todo en la explicación coherente y lógica del mundo interior colombino, de ese edificio ideológico, articulado a partir de unos hechos conocidos por el gran navegante, que conforman su plan descubridor, haciéndolo muy razonable desde esas claves.

Para concluir, sirva decir que el gran punto de coincidencia de estas dos importantes obras reside en el hecho capital de hacer a Colón conocedor de lo que hay en la otra Orilla del Océano. Defienden sus autores que dicho conocimiento le ha llegado al navegante a través de otras personas, no por sí mismo; es decir, descartan rotundamente un viaje secreto de ida y vuelta por parte de Colón.

Sin embargo, y dejando a un lado lo llamativo de si fue un piloto anónimo (tesis, por otro lado, con más visos de verosimilitud) o bien unas Amazonas amerindias que perdieron su rumbo en plena huida o a las que el mar se lo hizo perder, conviene resaltar otra discrepancia mucho más profunda: la valoración que cada uno de estos autores hace del descubridor y de sus ideas.

Para Manzano, Colón es una personalidad *sorprendente* y *genial* sólo mientras trate de demostrar a los demás lo que sabe de antemano. Fuera de eso, le merece una consideración bastante pobre, con errores de principiante, fruto de una formación muy escasa, y que hace gala de un gran empecinamiento.

Pérez de Tudela, por el contrario, asigna a la personalidad colombina un sentido religioso-profético capital, que empapa todas sus acciones, ideas y proyectos con esa trascendencia de sentirse siervo elegido por la Providencia para cumplir su misión. Con la seguridad del predestinado rectifica a quien haya que rectificar y elabora teorías originales y grandiosas.

Indicios y sospechas de que el gran navegante del Océano sabía mucho las tenemos por doquier. Y aunque procuró guardar su secreto con extraordinario celo, no siempre lo logró. Este hombre —pensaban muchos y escribían algunos acompañantes de sus viajes hasta 1492— parecía moverse como por mares y tierras conocidos. Sorpresas aparte, empecemos por la prueba documental más completa y clara que se tiene, siguiendo el estudio crítico del Manzano (56).

La capitulación de Santa Fe, firmada por los Reyes Católicos y don Cristóbal Colón el 17 de abril de 1492, era un contrato privado que obligaba a ambas partes a cumplir lo estipulado. Y como documento cumbre, sin el cual don Cristóbal Colón no se pondría a navegar, fue cuidadosamente elaborado; máxime cuando los Reyes Isabel y Fernando, parcos siempre ante este tipo de concesiones, se comprometían a otorgar al futuro Almirante del Mar Océano privilegios amplísimos. No cabía el error en asunto que tanto importaba al Reino.

Pues bien, el preámbulo de documento tan capital reza así: *Las cosas suplicadas e que Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christoval de Colon en alguna satisfacción de lo que* ha descubierto *en los Mares Océanos y del viaje que agora, con el ayuda de Dios ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas, son las que se siguen.*

A continuación, la primera claúsula dice *que Vueltras Altezas como* Señores que son de las dichas Mares Océanas, *fazen dende agora al dicho Cristoval Colon su Almirante en todas aquellas islas e tierras firmes que por su mano o industria se descubrirán o ganarán en las dichas mares océanas...* Los cronistas Bartolomé de Las Casas y Alonso de Santa Cruz consideraron error del copista ese *ha descubierto* y lo cambiaron por *ha de descubrir* o *había de descubrir.* Lo mismo hará tiempo después Navarrete, y con esto se sembró la confusión.

Hoy, sin embargo, según copias conservadas del original perdido, se acepta ya por todos el *ha descubierto* del preámbulo; lo que quiere decir, ni más ni menos, que Colón se atribuye navegaciones por el Océano y descubrimientos de tierras antes de 1492.

El Océano y las tierras de que se trata en este documento no se refieren al mar limítrofe al continente africano, ni tampoco a las tierras que pudieran descubrirse en esa dirección, porque todo eso estaba ya repartido entre Castilla y Portugal, según se había concertado en el tratado de Alcaçova: un mar y unas tierras para Castilla (las Canarias y el mar adyacente), mientras que Portugal se reservaba todo lo demás al sur de Canarias (la ruta hacia Guinea con tierras y mares incluidos).

Sin embargo, lo que está ahora en juego es el mar libre hacia occidente, el Océano no navegado, esa parte del Atlántico alejada de la

(56) El primer capítulo de *Colón y su secreto* es muy sutil.

actividad de castellanos y portugueses; mar, por tanto, común a todos los pueblos y sobre el que nadie tenía aún derecho ni señorío por no haberlo descubierto ni conquistado. Para hacerlo, según el derecho vigente, y alcanzar así el señorío, cualquier monarca podía mandar a sus súbditos a navegar por él y reservárselo desde ese momento. En consecuencia, si ahora los Reyes Católicos se titulan Señores del Mar Océano es en virtud de que alguien lo ha navegado en su nombre. Ese alguien fue Colón desde el momento en que Isabel y Fernando lo aceptan a su servicio y le reconocen haber descubierto tierras anteriormente. A partir de entonces puden ya titularse dichos monarcas Señores del Mar Océano y recompensar a Colón con amplios privilegios sobre lo que descubra oficialmente por esa parte en lo venidero.

Colón se hizo a la mar. Sólo descubrió unas pocas islas y regresó. Encontróse con los Reyes en Barcelona y le confirmaron los oficios de Almirante, Virrey y Gobernador de *las dichas islas e tierra firme que habeis fallado e descubierto e de las otras islas e tierra firma que por vos o por vuestra industria se hallaren e descubrieren de aquí adelante en la dicha parte de las Indias.*

Acaban los Reyes Católicos de reconocer a Colón, dice Manzano, *el predescubrimiento de una de las tierras firmes*, es decir, la tierra firme de *acá* (57) o más cercana a Europa (costa septentrional de América del Sur), frente a la tierra firme de *allá* o del Gran Khan, a la que ni siquiera se había acercado durante su primer viaje, en que sólo descubrió islas, como señala con toda claridad en la carta a Santángel.

El proyecto colombino de descubrimiento

Difícil, muy difícil ha sido reconstruir un plan descubridor de las características del que ideó Colón. Es verdad lo que dice Pérez de Tudela de que *constituye una de las creaciones más originales, más grandiosas, que haya realizado el humano ingenio*, pues en él se cruzan realidades y sueños geográficos, mandatos de la Sagrada Escritura e imaginaciones históricas.

La enjundia ha radicado en el cómo y por qué lo hizo: en cuál fue el proceso vivido por este hombre para idear, convencerse, contagiar su seguridad, ganar apoyos y triunfar, a despecho de la opinión general, y sobre todo de la opinión de sabios y expertos.

Empecemos por el choque que sufrió un hombre como él, convertido de repente en dueño y señor de los secretos del Océano, merced a unas informaciones que fueron adquiriendo en la mente colombina tintes de hecho portentoso, de *milagro evidentísimo.*

(57) Esta interpretación sobre los términos *acá* y *allá* no es aceptada por algunos historiadores (Pérez de Tudela, Cioranesucu, Varela) que entienden el *acá* como las tierras pertenecientes al Viejo Continente, y el *allá* como las recién descubiertas.

Lo primero que saltaba a la vista era que por mucha maravilla que el Altísimo operara en él, no podía llevar a cabo la empresa solo. Tenía que buscar apoyos, *convidar* —verbo muy significativo que emplea con frecuencia— a algún príncipe que le *hiciese espaldas*; para lo cual debía convencer —cosa nada fácil— de que su idea era viable a sabios en cosmografía o astrología.

Sólo queda el camino de la preparación y el estudio. Pone a prueba sus grandes virtudes de tenacidad e inteligencia natural y se va cargando poco a poco de ciencia matemática y de conocimientos cosmográficos. Todo ello para tratar de armonizar las noticias que posee de las nuevas tierras y mares con lo que piensa la ciencia de su tiempo. Utilizará también sus influencias familiares para conseguir una información cada vez más necesaria y buscada. Lisboa, la de los conocimientos científicos de vanguardia, la de los archivos y bibliotecas oficiales, se le abre cada vez más. Estamos aproximadamente —año más, año menos— hacia 1480.

Por esas fechas está devorando o a punto de hacerlo, algunas obras que eran como el compendio del saber cosmográfico de su tiempo y que todo aprendiz o iniciado debía consultar. Dejando a un lado obras de consulta secundaria o tardía (Geografía de Ptolomeo, Marco Polo, Historia Natural de Plinio, etc.), para Colón son dos principalmente: *Historia rerum ubique gestarum*, de Eneas Silvio Piccolomini (Papa Pío II); y la *Imago Mundi*, del cardenal Pierre d'Ailly o Petrus de Alliaco. A estas dos obras (58) acudió Colón buscando lo que le interesaba para apoyar sus ideas, como reflejan las cerca de 1.800 apostillas o anotaciones al margen (59).

Una tercera fuente informativa de gran valor para Colón fue sin duda, la del sabio florentino Paolo del Pozzo Toscanelli. Era buen físico, astrónomo y matemático y gozaba de gran prestigio en los salones intelectuales de Europa. A su pluma se deben una carta dirigida al canónigo lisboeta Fernando Martins en 1474, para que la diera a conocer a su rey, y un mapa posterior. Ambos documentos condensaban el nuevo proyecto ofrecido a Portugal: posibilidad de llegar a las Indias atravesando el Atlántico, en lugar de la ruta africana. Algo semejante al plan colombino, pero no igual, como ha demostrado Manzano.

Toscanelli calculaba una extensión para el Océano Atlántico casi el doble de la actual. Atravesarlo con los medios de la época resultaba poco menos que imposible. Sin embargo Colón sabía que en este punto

(58) El incunable de la *Historia Rerum*, propiedad de Colón, pertenece a la edición de Venecia de 1477; mientras que el de la *Imago Mundi* pertenece a una edición de Lovaina entre 1480 y 1483.

(59) Pérez de Tudela, *Mirabilis*, pp. 329 y ss., dedica unas páginas muy esclarecedoras sobre las apostillas. Se discute mucho cuáles son de Cristóbal Colón y cuáles de su hermano Bartolomé. Los estudios paleográficos no resultan concluyentes.

estaba equivocado el florentino quien, por otro lado, añadía algo muy sugestivo y concreto: localizaba en el camino, 1.500 millas antes del continente asiático, las islas Antilia y Cipango. A pesar de estas escalas isleñas, nuestro navegante sabía que erraba en las distancias.

Lo de la Antilia no era muy de creer por la fantasía que la rodeaba. Muchos marineros afirmaban que la habían visto aparecer y desaparecer.

De la isla del Cipango, ese misterioso e indomable territorio en la lejanía (Japón), Marco Polo había hablado e inspiró a Toscanelli al decir que era una isla fertilísima de oro, perlas y piedras preciosas, y en las que los templos y casas reales se cubrían de oro puro. El Cipango —no se olvide— fue el objeto principal del primer viaje colombino.

El sabio florentino había dibujado también en su mapa la tierra firme oriental, es decir, las extensas regiones del Catay, Mangi y Ciamba señoreadas por el Gran Khan. Colón aceptará esto de Toscanelli, aunque rectificándole la distancia que lo separaba de las Canarias — aproximadamente 1/4 mayores para el florentino, usando las medidas ya restringidas de Colón: 1 legua = 4 millas, en lugar de 1 legua = 3 millas en Toscanelli—. También aceptará del sabio astrónomo la distancia dada por Marco Polo entre la isla de Cipango y tierra firme: 1.500 millas o 375 leguas colombinas.

Poco se entusiasmaron los expertos portugueses con este plan y, tras su estudio y discusión, lo archivaron. Salvar 120 grados de Océano les pareció técnicamente muy difícil. La decisión debió tomarse en torno a 1481-82, en que definitivamente se deciden por la ruta africana y construyen la fortaleza de San Jorge de la Mina (1482).

Los documentos de Toscanelli, mientras tanto, quedaron fuera del alcance de miradas curiosas. Mas, no de todas. Por esferas al parecer influyentes se movía nuestro buen Cristóbal Colón, que acabó consultando y copiando tales informaciones.

Si las apostillas o anotaciones que nos dejó en las márgenes de sus libros dicen algo —que lo dicen, sin duda— es lo siguiente: a la altura de 1485, aproximadamente, estamos ante un hombre con una formación científica muy limitada, casi de niño de escuela, que dice Madariaga; un hombre que resaltará en los márgenes de aquellos que lee cosas como las siguientes: *Una persona que se mueve de Este a Oeste pasa a un meridiano distinto.* O aquella otra: *La mitad* (del cielo que está sobre el horizonte) *se llama hemisferio. También es curiosa la de que cada país tiene su propio Este y su propio Oeste referidos a su propio horizonte*, o *la tierra es redonda y esférica.* Iba encontrando autoridades que decían que la distancia por tierra entre la parte más occidental (Portugal) y el extremo oriental de la India o Asia era muy larga, quedando una franja de mar ocupada por el Océano Atlántico perfectamente navegable. A estas opiniones se agarraba con la fuerza del que sabe la verdad. Por eso no tendrá empacho ninguno en utilizar al pseudo profeta Esdrás para que con sus mágicas palabras enseñe

a los entendidos, por boca de Colón, que el mundo se hallaba repartido en seis partes de tierra y una de mar. Esta proporción empezaba a entusiasmar cada vez más a Colón. ¡Seis partes de tierra y una de mar! Reducir esto a distancias concretas significaba calcular, primero, la longitud del arco correspondiente a un grado terrestre en el Ecuador. Sabiendo eso, se obtendrían las dimensiones del Ecuador (360 grados), y después las del Océano que ocuparía una parte por seis de tierra.

Colón iba empapándose de opiniones ajenas que le permitirían, andando el tiempo, elaborar su propia teoría de la tierra. También observaba y hacía mediciones por su cuenta. Estaba de acuerdo con Alfragano, y con los que de él habían aprendido, en señalar a un grado terrestre la longitud de 56 millas y 2/3. El Ecuador, por tanto, mediría 20.400 millas o 5.100 leguas, dando a la legua la medida de 4 millas, como insistentemente repite en el *Diario de a bordo*

Sin embargo, la milla del sabio árabe del siglo II, lo mismo que la de toda la ciencia del momento, era 1/4 superior aproximadamente a la milla colombina (60). De esta manera, el cálculo total dado por Alfragano a la circunferencia del Ecuador apenas difería de los 40.007 kms. que mide en realidad, mientras que el de Colón era aproximadamente de unos 30.000 kms., es decir, una cuarta parte menos. La ciencia de nuestro navegante acababa de comprimir el globo terráqueo y borraba de un plumazo, o mejor de un golpe de cálculo, la zona ocupada por el Pacífico y América. Todo empezaba a encajar y las 750 leguas que separaban los bordes del océano desde las Canarias hasta las nuevas tierras coincidían, según sus particulares cálculos, con lo que él previamente sabía.

El problema clave para nuestro proyectista se le presentará cuando tenga que vérselas y convencer a la familia de entendidos, cosmógrafos y astrólogos. Nadie sabe qué argumentos científicos emplearía un hombre que no aceptaba ni creía en los postulados de la ciencia del momento, como no fueran los de la vaguedad para no ser tomado por un farsante. Harto dice que no lo tomaron en serio ni las juntas dictaminadoras de portugueses ni las de castellanos, *todos aquellos que supieron de mi empresa con risa la negaron, burlando. Todas las ciencias de que dije arriba non me aprovecharon ni las autoridades dellas* (61). Ciertamente hubo otras razones, no científicas, que decidieron a su favor. De ellas hablaremos más adelante.

(60) Una milla árabe de Alfragano medía 1973,50 mts.; y una milla itálica 1.477,50 mts. Hay quienes rebajan algunos metros tanto una como otra.

(61) Navarrete, *Colección*, I, p. 459.

Unas tierras bien localizadas

Descendiendo a lo concreto de tener que señalar distancias, tierras y gentes sobre las que Colón tenía noticia, destaquemos algunas que resultaban muy significativas.

Al abandonar las Canarias e iniciar la travesía del Atlántico en el primer viaje descubridor, dijo repetidas veces a la expedición que no pensaba encontrar tierra hasta no haber recorrido 750 leguas. Esta precisión sorprende más aún a la vista del primer capítulo de las instrucciones que él, como capitán mayor de la flota, dio a los navíos: *que después de haber navegado por poniente setecientas leguas sin haber encontrado tierra, no caminasen desde la media noche hasta ser de día.* Estas concreciones se las debemos precisamente a su hijo Hernando Colón (62). A no ser que estuviera muy seguro, la afirmación era arriesgada en grado extremo. ¿Cómo reaccionaría una tripulación si, recorrida esta distancia, fallaran estos cálculos? Y fallaron en el primer viaje, acaso porque el informante de Colón se equivocó en dar la latitud por la que debían navegar. Cualquier marinero, en unas circunstancias parecidas a ésta podía ser capaz de todo, hasta de echar por la borda a su capitán, como estuvo a punto de sufrir el Almirante al no encontrarse tierra donde había prometido.

Durante el segundo viaje se demostrará que a esa distancia se sitúa la peligrosísima zona de las Once Mil Vírgenes, zona de mar sembrada de islotes y bajíos extremadamente peligrosos si no se navegaba con sumo cuidado. En el citado segundo viaje navegará por este paraje Colón, dice el testigo doctor Chanca, *como si por camino sabido e seguido viniéramos* (63).

En esa misma zona de las Antillas Menores o *Entrada* de las Indias, en la Isla de Guadalupe y también en el segundo viaje, un cristiano encontrará en una choza indígena *un madero de navío que llaman los marineros quodaste*, al igual que un *cazuelo de hierro* (64).

Lugar preeminente para Colón ocupaba la Isla Española, donde el Almirante localizó el Cipango, y cuya búsqueda fue el objetivo principal de la primera navegación. La manera como se produjo esta identificación ha sido ampliamente comentada por Manzano.

El 12 de octubre de 1492, tras recorrer más de mil cien leguas, todo hacía pensar al descubridor que había dejado a un lado el Cipango, encontrándose entonces en alguna isla cercana a la tierra continental asiática o Catay. De esta manera, le encajaban las distancias que él sabía con otras dadas por Toscanelli: 750 leguas de Canarias al Cipango, que decía Colón, con lo que decía el florentino: que la separación entre el Cipango y Catay era de 1.500 millas o 375 leguas; en total, las más de mil cien leguas recorridas.

(62) *Historia del Almirante*, caps. XXI y XXII.
(63) Navarrete, *Colección*, I, p. 185.

Durante las jornadas que siguen al 12 de octubre no cesará de descubrir islas e inventar nombres. El 30 de este mes llegaba a tierras cubanas, que bautizó con el nombre de Juana; y, tras comprobar la extensión de sus costas, creyó pisar la tierra firme del Catay, a pesar de no encontrar ciudades ni riquezas propias de un imperio como el del Gran Khan. El 6 de diciembre pasaba a la costa de Haití o isla Española, separada tan sólo de Cuba 18 leguas. En principio no creía que la nueva isla fuera el Cipango. Tampoco llamaban la atención sus perspectivas auríferas. Sin embargo, los indígenas empezaban a mentar de vez en cuando el término Cibao, nombre que al oírlo el Almirante *siempre se le alegraba el corazón*. ¿Llamarían ellos Cibao a lo que él Cipango? A pesar del interés colombino nadie le aclaraba la duda. Todos apuntaban al este, sin precisar a cuántas jornadas de distancia y si era isla. El Almirante no entendía a los indios, repetirá insistentmente, y no sabía a qué atenerse.

El 4 de enero de 1493 abandonó el fuerte de la Navidad siguiendo la costa al este. De pronto, a no muchas leguas de allí, divisó un monte muy singular, inconfundible, al que llamará Monte Cristi (65). Solitario en medio de una gran llanura litoral, pelado, semejante a un alfaneque o pabellón de campana, en palabras de Colón, o parecido a un montón de trigo como los que se formaban en las eras de Castilla durante el veano, dice Las Casas. Próximo a este monte, situado en el límite de una gran bahía, se hallaba un islote, y en el lado opuesto desembocaba un caudaloso río. Todo ello perfectamente identificable para una persona que lo hubiera visto anteriormente o a la que se lo hubieran descrito.

Que el Cipango estaba en aquella isla y que hay mucho oro y especería y almáciga y ruybarbo, dirá en ese momento don Cristóbal con rotundidad sorprendente. Y poco después, sin haber recibido nuevas informaciones, será aún más tajante y preciso: que de allí (zona de Monte Cristi) a las minas de oro del Cibao —su Cipango— *no había veinte leguas*. Todo ello como si las informaciones que bailaban en la cabeza del gran Almirante del Mar Océano acabaran de pronto de encajar. ¿Llegaba a zona conocida? Lo parece.

En efecto, no muy lejos de aquella costa, hacia el interior, quedaba la región llamada por los indígenas Cibao, rica en minas de oro y señoreada por el poderoso cacique *Caonaboa* (*Caona* = oro y *boa* = casa), el *Señor de la Casa del Oro*. La semejanza de palabras y la riqueza aurífera que rodeaba a tal región de la isla Española no hay duda que ofrecía cierto paralelismo con lo que habían escrito Marco Polo y Toscanelli sobre el Cipango asiático. Bien dispuesto como esta-

(64) En estos detalles se detiene abundantemente Manzano, *Colón y su secreto*, pp. 431 y ss.

(65) *Ibid.* pp. 350 y ss. Manzano defiende que este singular monte es un punto de referencia para orientarse sobre la zona. Pérez de Tudela discrepa.

ba siempre a tales asociaciones y sin quebrarse mucho la cabeza, Colón *había hallado lo que buscaba*, dirá el 9 de enero de ese mismo año. El Cipango no era una isla, como había escrito, sino una región (Cibao) de la isla llamada por él Española.

Durante el segundo viaje, después de fundar la villa de la Isabela en la costa donde Colón se figuraba *que era tierra más cercana a la provincia de Cibao*, se decidió a inspeccionarla. El 16 de marzo de 1494, tras cinco días de marcha, llegaba al Cibao, y cuando calculó que *ya se había alejado dieciocho leguas de la Isabela* se detuvo junto a un cerro, al parecer inconfundible, *cuasi poco menos que cercado de un admirable y fresquísimo río*. Elegido el sitio donde había de levantarse la fortaleza de Santo Tomás, comienzan a cavar los cimientos y ante la sorpresa general, dicen Hernando, *cuando llegaron a dos brazas bajo la peña, encontraron nidos de barro y paja que en vez de huevos tenían tres o cuatro piedras redondas, tan grandes como una naranja gruesa, que parecían haber sido hechas de intento para artillería, de lo que se maravillaron mucho* (66). Las Casas, por su cuenta, añadirá: *como si hobiera pocos años que allí hobieran sido puestas* (67).

Volviendo al primer viaje, la fecha del 6 de enero de 1493 es altamente esclarecedora del punto que tratamos. Parece como si la rivalidad con Martín Alonso Pinzón, quien acababa de unirse de nuevo al Almirante después de una larga deserción, provocara en don Cristóbal la necesidad de demostrar quién era el que de verdad sabía cosas de la zona que recorrían. Y así destapaba lo siguiente: *También diz que supo que detrás de la isla Juana, de la parte del Sur, hay otra isla grande, en que hay muy mayor cantidad de oro que en ésta, en tanto grado que cogían los pedazos mayores que habas, y en la isla Española se cogían los pedazos de oro de las minas como granos de trigo. Llamábase diz que aquella isla Yamae. Tambien diz que supo el Almirante que allí, hacia el Leste, había una isla a donde no había sino solas mujeres, y esto diz que de muchas personas lo sabía. Y que aquella isla Española, o la otra isla Yamaye, estaba cerca de tierra firme, diez jornadas de canoa, que podía ser sesenta o setenta leguas, y que era la gente vestida allí* (68). No se olvide que durante las fechas inmediatamente anteriores repetirá varias veces que no se entiende bien con los indios. Sin embargo, ahora, habla con precisión de Jamaica, Tierra Firme, isla de las mujeres, y la distancia entre Jamaica y el Continente, añadiendo, además, la pintoresca noticia de encontrarse allí gente vestida. Y curioso debía parecer este hecho, por lo que iban viendo casi resultaba tan raro encontrar gente vestida en las nuevas tierras como desnuda en el Viejo Continente.

Parece que la zona continental a la que se refiere Colón era la zona de Paria, en la costa norte de América del Sur. Cuando la expedi-

(66) *Historia del Almirante*, cap. LII.
(67) Las Casas, *Historia*, I, cap. XCI.
(68) *Diario de a bordo*, 6 de enero.

ción colombina pise esa tierra en su tercer viaje (1498) serán recibidos apoteósicamente, cuenta Anglería. Comprueban además que cada uno *traía su pañizuelo tan labrado a colores, que parecía un almaizar, con uno atada la cabeza, y con otro cubrían lo demás*, dice Las Casas (69).

Además de islas, Colón situaba en su proyecto de descubrimiento dos tierras firmes: una que suponía más lejana, la de *más allá*, y que correspondería a los dominios asiáticos del Gran Khan, siguiendo en este caso a Toscanelli; y la otra tierra firme de *más acá* (70), desconocida por todos excepto por él, a la que llamará *tierra incógnita* o *nuevo mundo*, supuestamente asiático.

Decíamos supuestamente asiático porque dudaba si era una gran península de las tierras extremo-orientales —en este caso tierra incógnita— o quedaba separada del Continente, con lo cual formaba un mundo nuevo e ignorado por todos menos por él.

Capítulo especial merece la gran revelación hecha por Colón ese mismo día 6 de enero de 1493 sobre la *isla de las mujeres*, ampliada con detalles muy sugestivos en fechas siguientes. Dentro de ese soltar algo de lo que sabe entre también lo relativo a la *isla de Carib, caribes o caníbales.*

Va destapando que la isla de las mujeres o Matininó estaba poblada sólo por mujeres, las cuales se juntaban durante una época del año, con fines procreadores, con los hombres de Carib (poblada sólo por hombres), de modo que *si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo.* Señalaba también que los de Carib, llamados en algunas islas Caniba *debe de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber.* De Matininó sabía que era rica en labranzas, pensando visitarla con el fin de cargar vituallas y lastrar la Niña de cara al tornaviaje a Castilla (tras encallar la nao Santa María tuvo que dejar a 39 hombres en el fuerte de la navidad con abundantes mantenimientos, el 2 de enero de 1493). Al final no lo hizo y se lamentaba de ello cuando padecía aquella espantosa tormenta cerca de las Azores (14 de febrero).

Tenía también noticia de que ambas islas distaban entre sí *diez o doce leguas.* Y en la carta a Luis de Santángel llegará a precisar aún que la isla de Carib es *la segunda a la entrada de las Indias*, mientras que Matininó *es la primera isla, partiendo de España para las Indias, que se halla.*

En lo tocante a costumbres, los caribes o caníbales, aparte de ser tenidos como muy feroces, antropófagos y grandes navegantes por sus vecinos, *no son más disformes que los otros, salvo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto*

(69) Las Casas, *Historia*, II, cap. CXXXIV. Manzano, *Colón y su secreto*, pp. 640 y ss.

(70) Ver nota 57.

de hierro que no tienen. Y las mujeres de Matininó *no usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con planchas de cobre* (launas de arambre) *de que tienen mucho.*

En lugar de recorrer lo que tan puntualmente sabía Colón decidió regresar a Castilla; y a poco de abandonar el Golfo de las Flechas nos dirá *que aquellas islas no debían distar de donde había partido quince o veinte leguas, y creía que era al Sueste, y que los indios no le supieron señalar la derrota* (71).

Si el Almirante no entendía a los indios, o como mucho *entendía algunas palabras, y por ellas diz que saca otras cosas*; si tampoco le ayudaban gran cosa los intérpretes indígenas que llevaba, porque el habla ciguaya (Golfo de las Flechas) tenía diferencias; si dudaba de que los mismos indios ciguayos *supiesen bien la derrota* de las dichas islas, ¿de dónde le había llegado la información? Bien seguro y rotundo se mostraba: *diz que era cierto que las había.* Y por toda aclaración sabremos que el Almirante *había por muchas personas noticia* (72).

¿A qué personas se podía referir? Los dos grandes historiadores del predescubrimiento a los que seguimos dan cada uno una respuesta, como dicho está. Para Manzano es el piloto anónimo, superviviente —sólo hasta que informa a Colón— de una expedición, acaso portuguesa, que a su vuelta de Guinea se ve arrastrada hasta las Indias, entrando por las Antillas Menores. Se ha querido imaginar a sus componentes tomando contacto con los naturales, informándose, recorriendo la zona que se extiende desde la costa norte de América del Sur hasta Haití o Isla Española, dejando huella de su paso en esos muchachos y muchachas *harto blancos, cuasi tan blancos como en España, muchos son blancos como nosotros,* que se van encontrando los castellanos, según vocean cronistas y testigos y recoge ampliamente Manzano. Este mismo historiador considera cargado de sugerencia —no casual— el nombre puesto por el descubridor a ciertos lugares: Valle del Paraíso (costa norte de la isla Española), o los Jardines (Cumaná).

Cumplir su misión, adentrarse en el Océano para regresar, encontrarse con Colón, informarle y morir fue el papel de este piloto. El siguiente acto le tocaba representarlo a don Cristóbal, con derroche de tenacidad e imaginación.

Para Pérez de Tudela, la fuente informante de Colón tuvo que ser necesariamente indígena, y más concretamente mujeres, amazonas amerindias, féminas guerreras de Matininó que al huir de su tierra —se supone que forzadas por algún imprevisto de la naturaleza— se adentraron en el Atlántico. Perdidas en el ancho mar, serían recogidas a unas 400 leguas de Canarias por algún barco que regresara de Guinea, y alguna de ellas terminaría informando a Colón.

(71) *Diario de a bordo*, 16 de enero.
(72) *Ibidem*. 13, 15 y 16 de enero.

Por una u otra vía, lo incuestionable es que don Cristóbal conocía la parte de América reseñada. Cuanto ese preconocimiento tenga de especulación razonable o fantástica en la mente colombina se verá a continuación.

Tierras y lugares de fantasía en el proyecto colombino

Hasta ahora, una de las cosas más sorprendentes del descubridor era la seguridad con que localizaba en las nuevas tierras ciertos parajes bíblicos, tierras de fantasía, gentes y pueblos rodeados de mitos y leyendas. ¿Cómo es posible —se preguntaban muchos— que un hombre que pasa por símbolo adelantado de los nuevos tiempos caiga en semejantes fantasía y se le desborde la imaginación de esa manera? Con mentalidad y vivencia actuales no es extraño esbozar sonrisas de amable condescendencia al oír a don Cristóbal que el Paraíso Terrenal está en tal lugar, o que los Reyes Magos partieron camino de Belén del sitio que él señala, o que el Tarsis, el Ofir y los montes de oro de Salomón los tiene vistos y bien localizados, o que descendientes de las Amazonas de la Antigüedad se han refugiado en una isla que él conoce y da detalles, etc., etc.

Para comprender la compleja mente colombina que construye todo esto, es preciso hacer dos observaciones: la primera es que en el plano religioso y cultural estamos ante un hombre medieval, con la imaginación, credulidad e ignoracia típicas del Medievo.

La segunda observación, capital para entender a Colón, es el mesianismo profético que lo embarga, la profunda convicción de ser el siervo elegido por la Providencia, el apóstol o portador de Cristo (Cristóferens) o apóstol de los nuevos pueblos a través de cuya acción acción descubridora conocerán el Evangelio (73). Está firmemente convencido de que se ha operado en él, *pecador gravísimo*, un *milagro evidentísimo*, cual era que la Divinidad *me puso en memoria, y después llegó a perfecta inteligencia que podría navegar e ir a las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente* (74).

Con estas credenciales se siente autorizado a disputar con sabios y filósofos, a rectificar a astrónomos y astrólogos, a completar lo que han dicho santos doctores y sacros teólogos. Con este convencimiento por guía, oigámosle cómo confecciona su mundo de fantasía, con qué fe y seguridad.

(73) Pérez de Tudela articula todo su libro *Mirabilis in altis* convirtiendo su profundo convencimiento de ser el siervo elegido en la clave para entender la actuación colombina. Otro importante libro, salido de la imprenta casi al mismo tiempo, A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*, incidía sobre la misma cuestión.

(74) Navarrete, *Colección*, I, p. 437.

Según el contenido de las apostillas colombinas hechas en los libros de Ailly y Piccolomini, el hallar explicación coherente a las mujeres guerreras o Amazonas de las Indias era asunto que mucho le preocupaba, como ha demostrado Pérez de Tudela.

Una isla (Matininó) ocupada sólo por mujeres y organizada en república femenina, y cuyos componentes se dedican a ejercicios varoniles, especialmente la guerra; que demuestran capacidad de navegación; que se unen a hombre (antropófagos caribes de un estadio cultural inferior) con fines exclusivamente procreadores; que practican el nomadismo y una vida silvestre no podían ser asociadas con la mente colombina nada más que a las Amazonas de la Antigüedad. Pertenecían a la misma raza.

En consecuencia, si esas Amazonas del mito antiguo tuvieron su asiento originario en las regiones del Cáucaso, Ponto y Mar Caspio, Cristóferens, el llamado a esclarecer hechos portentosos, tenía que seguir ahora su movimiento migratorio que terminó en su asiento actual, es decir, en la isla más extrema de las tierras asiáticas, que era lo que creía haber descubierto.

Colón las imaginará recorriendo las inmensidades del Asia, siguiendo los cursos fluviales, bosques y montañas, como en una prolongación de su asiento originario, y hallando las condiciones adecuadas para su peregrinaje junto a los pueblos nómadas y cazadores de las estepas asiáticas hasta llegar al *fin del oriente* y ocupar la isla de las mujeres (Matininó), la más extrema de la *India* o la primera que encontraría cualquier navegante al atravesar el Océano.

La autorizada pluma del cardenal francés Ailly había propagado que en los confines del Oriente existían el reino de Tarsis y la isla de Ofir con los montes auríferos de Sophora, a donde el rey Salomón enviaba a buscar tesoros para levantar su famoso templo.

Después de conocer la isla Española, las minas auríferas del Cibao —su Cipango— y saber que al sur, a una distancia de no más de seis o siete leguas de la costa, había otras minas —las futuras de San Cristóbal— declarará tajante: Tarsis, Ofir y los montes todos de oro o Sophora es una región de la isla Española situada al sur. Pero una salvedad: Colón se ve obligado a rectificar a los *imaginativos* escritores medievales, que rodeaban estas regiones de monstruos y dragones, porque él no ha encontrado ninguno y, en cambio, sí *gente de muy lindo acatamiento.*

Hablar de Salomón y sus relaciones con pueblos orientales significaba al mismo tiempo reservar un hueco para el reino de Saba. Importa resaltar aquí la forma en que dio a conocer tal descubrimiento a sus compañeros de viaje.

Sucedió durante el segundo viaje colombino. Nos cuenta el testigo Cuneo que poco antes de llegar a la *isla grossa* (75) y ante la expec-

(75) No hay acuerdo sobre la localización de esta isla. Para Manzano se

tación lógica de tener a la vista una nueva tierra, se dirigió a los expedicionarios con estas palabras: «*Señores míos: os quiero llevar al lugar de donde salió uno de los tres reyes magos que vinieron a adorar a Cristo; el cual lugar se llama Saba*». *Y cuando hubimos llegado a aquel lugar* (sigue narrando Cuneo) *y preguntamos a los naturales su nombre nos dijeron que se llamaba Sobo. Entonces el señor Almirante nos dijo que Saba y Sobo era la misma palabra pero que no la pronunciaban bien allí* (76).

Durante la Edad Media el Paraíso Terrenal se convirtió en un tema altamente sugestivo. Sabios y filósofos, pintores, poetas y demás humanos con capacidades imaginativas anduvieron tras su rastro y localización. La Cristiandad lo creía lejano no sólo en el tiempo sino también en el espacio. Encajaba así en el impreciso oriente, o sea tanto como no decir nada.

Habían escrito que el Paraíso estaba en lugar prominente, entre montañas tan altas, tan altas que quedó a salvo del Diluvio, y que de su fuente manaban aguas abundantísimas que descendían en cuatro grandes ríos paradisiales —Nilo, Ganges, Tigris y Eufrates— regando el Jardín de las Delicias y distribuyendo el agua por la tierra, que esas aguas al caer provocaban un ruido ensordecedor y formaban un gran lago, que su clima era suave y estaba en un lugar lejano e impreciso del Oriente para unos, mientras que otros hablaban de zonas equinociales o australes.

El 21 de febrero de 1493, de regreso de las Indias y tras sufrir una gran tormenta en las Azores, el Almirante, por medio de la pluma lascasiana, del *Diario,* se expresaba así: *Dice que estaba maravillado de tan mal tiempo como había en aquellas islas y partes, porque en las Indias navego todo aquel invierno sin surgir, e había siempre buenos tiempos e que una sola hora no vido la mar que no se pudiese bien navegar, y en aquellas islas había padecido tan grave tormenta, y lo mismo le acaeció a la ida hasta las islas de Canaria; pero, pasado de ellas, siempre halló los aires y la mar con gran templanza. Concluyendo, dice el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque, es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubierto, es —dice él — el fin del Oriente* (77).

Clima por clima a don Cristóbal se le hacía difícil que el del Paraíso aventajase mucho al que había disfrutado durante gran parte de la travesía y en las Indias. Y para pregonar esta templanza del ambiente y esos aires bonancibles nada como la desnudez indígena.

trata *sin lugar a dudas* de Jamaica. Para Morison, de San Cristóbal, una de las pequeñas Antillas. Gil la identifica con la Guadalupe.

(76) Todo lo relacionado con eso en Manzano, pp. 509 y ss.

(77) *Diario*, 21 de febrero.

Durante la primera travesía hay un punto o línea océanica (78) que en Colón se irá reafirmando cual verdadera frontera: el meridiano que pasa a 100 leguas al oeste de las Azores. Los signos externos que encuentra al transportar ese mojón colombino serán registrados puntualmente por él, y serán piezas de apoyo a la hora de elaborar su teoría cosmo-geográfica de la tierra.

La forma de la tierra que imagina Colón no es propiamente esférica, sino *que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçon, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda, y en un lugar della fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este peçon sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debaxo de la línea equinocial* (79).

Imagina que ese meridiano que pasa a 100 leguas de las Azores es línea divisoria de dos partes terrestres: la occidental es semiesférica; y la oriental, donde están las Indias, en forma de pera, con un vértice o pezón situado debajo de la línea equinoccial. En esa zona prominente, *la más propinca al cielo*, en ese vértice o pezón de la tierra imaginada por Colón situaba el Paraíso Terrenal. Si esto era así, y para él no había la menor duda, al atravesar el Océano marchaba en pos del Paraíso, signos externos ciertos se lo tenían que confirmar.

Antes de llegar a su meridiano divisorio, Colón ha sufrido tempestades (en Canarias a la ida y en Azores a la vuelta del primer viaje). Sin embargo pasada esa línea, el 16 de septiembre, registra en el Diario: *hoy y siempre de aquí adelante hallaron aires temperantísimos, que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores*. Más gráfico aún: *era el tiempo como en abril en el Andalucía*.

Ese mismo día coincide con la llegada al mar de los Sargazos, *esas manadas de hierba muy verde* y *que parecía hierbas de ríos*, dirá al día siguiente.

El 17 de septiembre nos espetará: *el agua de la mar hallaba menos salada desde que salieron de las Canarias*. Pura imaginación, claro, pero ahí queda. Del Paraíso fluyen los cuatro grandes ríos, decía la tradición. Con una buena predisposición, que a Colón no le falta, asociará las hierbas (que crecen en el lecho fluvial) con el río que llega de Poniente (corriente oceánica), tan gigantesco que es capaz de arrancar esa enorme cantidad de hierba; en consecuencia, una masa de agua así —que hasta era capaz de endulzar el Océano—, creía él no puede proceder más que de un quinto río que tenga su nacimiento en el Paraíso.

Los problemas con la aguja de marear llenaron de zozobra a los marineros durante el primer viaje en esta zona también, es decir, en

(78) Pérez de Tudela defiende además que a esa línea de meridiano se suma otra no menos importante: el paralelo de las Canarias.

(79) Pertenece a la tercera navegación (1498). En Varela, *Textos*, p. 215.

ese meridiano divisorio que pasa a 100 leguas al occidente de las Azores. La explicación colombina era que *en pasando de allí al Poniente, ya van los navíos alçandose hacia el cielo suavemente* y era, sigue diciendo *como quien traspone una cuesta.*

En 1498 sintió el Almirante que estaba cerca, muy cerca de ese vértice o pezón de la tierra donde ubicaba su paraíso. Recorría el golfo de Paria y las tierras limítrofes. A uno de esos parajes lo denominó los Jardines. ¿Se referirá a los Jardines del Edén? El mismo nos lo cuenta: *Grandes indiçios son estos del Paraíso Terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de esos santos y sacros teólogos. Y así mismo las señales son muy conformes, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro e vezina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavísima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, pareçe aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan hondo* (80).

El golfo de Paria, casi cerrado al mar, parecía un gran lago de agua dulce por la aportación de los caudalosos ríos continentales que desembocaban allí. Impresionó al Almirante cómo esa masa de agua dulce chocaba violentamente con la salada del mar, originándose ruidos continuos e intensos, muy parecido a lo que Pierre de Ailly contaba del Paraíso. No es aventurado creer que ese nombre de Jardines lo puso don Cristóbal pensando en los del Edén, en los mismísimos Jardines del Edén.

Vicisitudes del proyecto colombino

Sabemos que en 1484 Cristóbal Colón disponía ya de un proyecto descubridor claro en sus objetivos, pero incompleto en sus detalles y, sobre todo, necesitado de fundamentación científica; aspectos que irá ajustando en años sucesivos.

Conocemos también que hasta 1492 cuantas veces el nauta genovés presentó y defendió dicho proyecto ante juntas de expertos, otras tantas se le rechazó, tanto en Portugal como en Castilla.

Si atendemos a los cantores de la gloria colombina, de su genialidad y sabiduría, de su tenacidad y providencial figura —léase don Hernando y el Padre Las Casas— el rechazo del proyecto descubridor se debió a la ignorancia de los miembros que componían las juntas dictaminadoras, incapaces de entender las hondas razones del descubridor de América.

Las Casas apunta otra razón muy relacionada con la anterior y que tuvo gran peso: *Hacía más difícil la aceptación deste negocio lo mucho que Cristóbal Colón en remuneración de sus trabajos y servicios e industria pedía, conviene a saber: estado, Almirante, visorrey e go-*

(80) *Ibidem*, p. 218.

bernador perpetuo, etc., cosas que, a la verdad, entonces se juzgaban por muy grandes y soberanas, como lo eran (81). He aquí un escollo difícil de salvar.

En consecuencia, hasta 1492 la discusión del proyecto colombino va a quedar planteada en dos planos: a) el teórico-científico, es decir, qué posibilidades de viabilidad le concede la ciencia del momento; b) el costo de la empresa.

a) *Consistencia o inconsistencia científica del proyecto colombino.* De los intentos llevados a cabo por don Cristóbal ante los expertos portugueses sólo conocemos su rechazo más absoluto. Ni el rey Juan II lo tomó en consideración, si creemos al cronista Barros, ni sus asesores astrólogos y cosmógrafos creyeron las vanas palabras de Cristóbal Colón por fundarse en fantasías, *em imaginaçaos,* como la isla de Cipango, de la que habló Marco Polo. En suma: diéronle *pouco credito*. Por otro lado, el proyecto colombino tenía gran paralelismo con el plan que años antes había brindado Toscanelli a los reyes portugeses, y que ellos en su día ya habían discutido y rechazado.

Si algún pueblo podía considerarse avanzado en ciencia astronómica y cosmográfica, ese era Portugal, sin duda alguna. Reunía como ninguno saberes teóricos y experiencia práctica en navegaciones oceánicas. Había perfeccionado los instrumentos técnicos y el saber desde Ptolomeo hasta Alfragano, y Toscanelli estaba siendo matizado o rectificado por ellos a través de observaciones diarias.

Es difícil imaginar cómo se desarrollaría la disputa *científica* entre Colón y sus oponentes portugueses en asuntos tan concretos como los siguientes: medidas de la línea ecuatorial; dimensión del grado terrestre; longitud de la milla; dimensiones del Océano.

Para mantener sus opiniones, los expertos lusitanos se apoyaban en autoridades reconocidas y en constataciones propias que tenían muy bien calculadas, prácticamente exactas, mientras que don Cristóbal gustaba siempre de acomodar la teoría a sus propios conocimientos, lo que dificultaría en extremo el poder salir airoso en una discusión científica. Nadie sabe, si como hará después, sacaría a colocación la teoría —que tanto se ajustaba a su propósito— del pseudo profeta Esdrás que reducía el Océano a menos de la mitad de las dimensiones que le daban los portugueses. Si lo hizo, no es de extrañar que don Juan II y sus expertos, como dice Barros, tuvieran a Colón por *homem falador e glorioso,* más fantástico e imaginativo *que certo*; merecedor, por tanto, de *pouco credito.*

Así estaban las cosas cuando Colón, huyendo (82) de Portugal, se

(81) Casas, *Historia,* I, cap. XXXI.

(82) Lo único que se sabe cierto es que tenía una deuda con la justicia (Ver Carta del rey de Portugal a Cristóbal Colón en Sevilla, 20 de marzo de 1488, en Navarrete, Colección, I, p. 302). No faltan quienes relacionan la copia, adulteración o sustracción de los archivos portugueses que pudo hacer Colón de la carta de Toscanelli con su huida Portugal.

dirigió a Castilla a proseguir su empeño. Corría la primavera de 1485 y el reino que ahora pisaba no le iba muy a la zaga al vecino, ni en conocimientos, ni en deseo de llevar a cabo hechos singulares. Vuelta a tener que convencer a unos y a otros de la viabilidad de su plan.

El 20 de enero de 1486 Cristóbal Colón se entrevistó por primera vez con los Reyes Católicos en Alcalá de Henares (83). Dicha entrevista, de creer a Bernáldez, suscitó duda y curiosidad en los monarcas, *no daban mucho crédito,* pero al mismo tiempo *les puso en deseo de saber de aquellas tierras.* Para afrontar asunto tan recio encomendaron a fray Hernando de Talavera formar una Junta de expertos compuesta de letrados, sabios en astronomía, cosmografía y astrología, a la vez que de prestigiosos navegantes para que examinaran el proyecto colombino.

Apuestan los historiadores (84) que fue en Salamanca donde la citada comisión se reunió con el extranjero para discutir su *fantasía* descubridora. En la ciudad del Tormes la corte encontraba algo de reposo (de noviembre de 1486 a enero del 87), además de reconocido prestigio científico y universitario.

Un componente de la Junta dictaminadora, el doctor Rodrigo Maldonado, declararía años después que todos *concordaban que era imposible ser verdad lo que el Almirante decía.* La ciencia española no era más complaciente con este extranjero que lo había sido la portuguesa. Y en ello no cabe achacar terquedad ni falta de preparación, sino coherencia con el sentir científico de la época. Las Casas nos dibuja a Colón *dando razones y autoridades para convencer a los oyentes, aunque callando las más urgentes.*

El dictamen de la Junta fue negativo, transmitiéndoselo a los Reyes en la primavera de 1487. Mas efectos, en lugar de dejarle partir, lo retienen algún tiempo. Incluso cuando lo hagan, no cierran la puerta a la esperanza de que un día, cuando estén menos ocupados —vivían momentos claves de la guerra de Granada—, vuelvan de nuevo a estudiar su proyecto. Ahora bien, cuando eso se produzca y los Reyes Católicos decidan apoyar la empresa, será movidos por otros resortes e ignorando la voz de la ciencia que en todo momento fue negativa.

b) *El costo de la empresa y los apoyos al descubridor.*

No era el costo material de la flota que hizo el descubrimiento lo que preocupaba en exceso a los Reyes Católicos. El verdadero escollo que estuvo a punto de dar al traste con todo fueron los amplísimos privilegios que exigía Colón antes de hacerse a la mar. (Obsérvese el contenido de las Capitulaciones de Santa Fe y se comprenderá la resistencia regia).

(83) Para los siete decisivos años de Colón en Castilla es insustituible el libro ya clásico de Manzano, *Siete años;* véase en este caso el cap. III.

(84) *Ibidem,* cap. IV.

Sin embargo y a pesar de todo alguien puede hacerse este razonamiento: si tenía en contra a la ciencia y era tanto lo que exigía, ¿por qué no se le despidió en hora buena?

Desde muy pronto, los mayores y más constantes benefactores de Colón fueron frailes con influencia ante los reyes. A fray Antonio de Marchena (85) lo debió conocer en Alcalá durante la primera entrevista de Colón con los reyes. Era buen astrólogo y siempre apoyó incondicionalmente al nauta genovés. Su papel fue decisivo en los primeros momentos.

Otro religioso influyente, maestro del príncipe don Juan, y siempre favorable a Colón fue fray Diego de Deza. Pudo actuar activamente a raíz de la Junta dictaminadora de Salamanca.

Se ha barajado la posibilidad de que el descubridor revelase a ambos frailes sus conocimientos en secreto de confesión.

Fray Juan Pérez jugará un papel decisivo durante 1491-92. Retuvo a Colón en la Rábida cuando éste se disponía a abandonar España en busca de otro príncipe. Convenció a la Reina para que se volviese a reconsiderar el *negocio* colombino y mereció ser nombrado representate de don Cristóbal al discutirse las Capitulaciones de Santa Fe.

Además de hombres de religión, don Cristóbal contó con el apoyo de algunos cortesanos distinguidos, especialmente activos durante la última fase de la negociación (Santángel, Cabrero, Sánchez, etc.). Sin la intervención de estas figuras sobresalientes de la política castellana difícilmente los reyes hubieran avalado el descubrimiento de América.

Ultimas negociaciones colombinas

Entrado el mes de enero de aquel histórico año de 1492 y por iniciativa de la reina doña Isabel, tornóse de nuevo a discutir el proyecto colombino. Y otra vez como antaño la ciencia dijo rotundamente no. Consiguientemente, los reyes despidieron a Colón.

Parecía una comedia preparada, dice Ballesteros. No se había alejado de Granada más que dos leguas cuando Colón, con su orgullo a cuestas y sus pretensiones intactas, era alcanzado *en la puente que se dice de Pinos* por un alguacil de corte enviado de parte de su Alteza para que *le dijese cómo lo mandaba tornar y lo trujese.* Los cronistas atribuyen esta repentina orden a la intervención directa de Luis de Santángel ante la Reina. Al parecer, todos los protectores del nauta actuaron conjuntamente no sólo ante doña Isabel sino también ante el Rey Católico que es quien, a partir de estos momentos, lleva la iniciativa.

(85) A. Rumeu de Armas, *La Rábida y el descubrimiento de América,* Madrid, 1985, pp. 22, 42, 49, 133.

Estaba claro que no se trataba ya de comisiones o juntas científicas, sino de una decisión personal de los soberanos. Que el riesgo era grande, de acuerdo, mas no era muy costoso, argumentaba Santángel a la Reina, y de correr esa aventura podría derivarse servicio a Dios, a la iglesia, además de acrecentamiento y gloria de sus reinos y Estados. Para más ilustración, ahí estaba el vecino Portugal embarcado en una empresa dudosa al principio y siempre arriesgada que estaba dando ya por estos años espectaculares frutos, y rectificando algunos supuestos científicos. ¿Por qué no podría suceder ahora lo mismo, clamaban los Santángel, Deza, Cabrero, Mendoza, Pérez,...? Ese por qué, salido de fieles servidores, hizo a los Reyes Católicos desoír la voz de la ciencia y apoyar a Colón. Y se ganó también al influyente confesor fray Hernando de Talavera.

El converso y acaudalado Luis de Santángel se ofreció a prestar a la Corona, exhausta de fondos, los dos mil quinientos ducados pedidos por el marino extranjero para organizar la armada. Aceptó doña Isabel este ofrecimiento sin que fuera necesario tocar para nada sus joyas (86), muchas de las cuales —o acaso todas, nadie lo sabe— habían sido anteriormente hipotecadas para terminar la guerra de Granada.

Para gloria de Aragón (escribe Manzano), *fueron en su mayoría personas de este reino las que intervinieron y decidieron en esta hora postrera el descubrimiento del Nuevo Mundo. Y este Nuevo Mundo iba a ser andando el tiempo, por la generosidad y la visión política del rey de Aragón, ganancia exclusiva de los reinos de Castilla.* Con orgullo y no menos razón podía decir don Fernando años después: *haber sido yo la principal causa que aquellas islas se hayan descubierto* (87).

Las Capitulaciones de Santa Fe

Por el mes de febrero de 1492, Colón había superado ya el largo calvario de siete años por tierras castellanas y sólo faltaba concretar por escrito las condiciones que ambas partes interesadas en la empresa, los Reyes y Colón, se comprometerían a cumplir. El 17 de abril de dicho año de 1492 se firmaban las Capitulaciones de Santa Fe, carta magna en la historia del descubrimiento de América y garantía de su descubridor.

La iniciativa de este documento y de su contenido la llevó siempre Colón. Jamás Fernando e Isabel hubieran concedido por propia voluntad privilegios tan amplios y tan medievales de no haber sido for-

(86) Esta leyenda iniciada en don Hernando y Las Casas no puede creerse hoy. Ballesteros, *Cristóbal Colón*, I, pp. 515 y ss.

(87) Manzano, *Siete años*, p. 276.

zados a ello por exigencia colombina. Bien dice Las Casas refiriéndose a momentos anteriores que *hacía más difícil la aceptación deste negocio lo mucho que Cristóbal Colón, en remuneración de sus trabajos y servicios e industria pedía.* Era el precio del descubrimiento.

Elaboradas cuidadosamente, las Capitulaciones fueron redactadas por el secretario aragonés Juan de Coloma y por el religioso fray Juan Pérez; aquel representando a los Reyes y éste a Cristóbal Colón.

Sobre su validez jurídica, los estudiosos se han planteado si el citado documento fue una merced o un contrato (88). Ambas interpretaciones tienen sus partidarios y también influencia diversa en la organización de los primeros años de vida indiana. Si merced, quiere decir concesión graciosa y, por ende, revocable siempre que los monarcas lo creyeran oportuno; mientras que si se trata de un contrato, es un acto bilateral del que emanan derechos y obligaciones para las partes que intervienen. Esta interpretación es para nosotros la correcta, y solamente así se explica la razón de los pleitos colombinos o reclamaciones hechas por vía judicial contra la Corona por los descendientes de Colón cuando entendieron que había habido incumplimiento de lo capitulado en Santa Fe.

Como ya habíamos visto, empieza el documento de las citadas Capitulaciones con un preámbulo curioso, pues reconoce navegaciones y descubrimientos colombinos anteriores a 1492: *Vuestras Altezas dan e otorgan a don Christóval de Colón en alguna satisfación de lo que HA DESCUBIERTO en las Mares Océanas y del viage que agora con el ayuda de Dios ha de fazer por ellas en servicio de Vuestras Altezas.* En función de ello, Colón se atribuía la posesión de esa parte del Océano o mar libre. Y podía hacerlo porque lo navegó primero que nadie. Mas, como no tiene recursos para ejercer su dominio, busca el apoyo de un príncipe a quien *se las dí como cosa que era mía* dirá con increíble soberbia posesiva; *porque en su mano estaba del dicho Almirante, después de Dios Nuestro Señor, de las dar a cualquier príncipe con quien él se concertase,* insistirá su hijo Diego. Es decir, Cristóbal Colón transfiere la posesión o señorío a los Reyes Católicos, y éstos entonces *como señores que son de las dichas mares océanas* podrán corresponder a cambio *en alguna satisfación* a Colón. Hasta aquí, el compromiso colombino.

El resto de la Capitulación obliga directamente a los Reyes, concretándose sus obligaciones en cinco capítulos que detallan honores y privilegios a recibir por el descubridor y que se resumen a los siguientes:

— El oficio de Almirante de la Mar Océana en todas aquellas islas y tierras firmes *que por su mano o industria se descubrirán o ganarán.* También se concreta que el dicho oficio sea vitalicio *para durante*

(88) Una visión actualizada de este tratamiento en Manzano, *Colón y su secreto,* p. 39, rectificando opiniones suyas anteriores.

su vida y hereditario *de uno en otro perpetuamente,* además de equiparar su Almirantazgo en prerrogativas y preeminencias al del Almirante Mayor de Castilla don Alfonso Enríquez.

— Don Cristóbal Colón es nombrado Virrey y Gobernador general de todo lo que *el descubriere o ganare en las dichas mares.* Nada se dice en esos oficios de hereditariedad. Sí se le reconoce, sin embargo, el derecho a proponer a los Reyes tres personas para los cargos de oficiales —regidores, alcaldes, alguaciles, etc.— entre las que sus Altezas elegirán a uno.

— La décima parte de todas las ganancias habidas dentro de los límites de su Almirantazgo.

— El cuarto capítulo encontrará cierta prevención por parte de los Reyes —todo lo que sonara a merma de la justicia real les ponía rápidamente en alerta— pues don Cristóbal, personalmente o a través de sus tenientes, pretendía resolver todos los pleitos derivados del tráfico con las nuevas tierras. Su aprobación quedaba condicionada a si disfrutaba de este derecho don Alfonso Enríquez y a que fuera justo. Nunca se cumplió.

— Por último, se le concede a Colón el derecho a contribuir, si así lo deseare, con la octava parte de los gastos de cualquier armada, recibiendo a cambio la octava parte de los beneficios.

La experiencia adquirida por Colón en Castilla, a más de la vida en Portugal, le ha enseñado mucho acerca de la nobleza, sobre todo de la de más rango y dignidad que sigue inmediatamente a los reyes. Ha observado que lleva una vida rodeada de lujo y refinamiento; que ocupa cargos de preeminencia; que posee amplísimos señoríos y que dispone de rentas muy cuantiosas.

Cristóbal Colón aspira a formar parte de la misma, al igual que cualquiera de aquel entonces. Y pone un modelo: nada más y nada menos que don Alfonso Enríquez, miembro de una familia entroncada con la realeza, tío carnal del rey Católico y primo de la Reina, Almirante mayor de Castilla de forma vitalicia y virrey-gobernador temporal *allende los puertos* —territorio castellano-leonés comprendido entre el Sistema Central y el Cantábrico— mientras los Reyes Católicos acudían a la guerra de Granada. ¡Qué se le podía pedir a un hombre —don Cristóbal Colón— que en un rasgo de sinceridad llegaba a decir: *pensando lo que yo era me confundía mi humildad; pero pensando en lo que yo llevaba, me sentía igual a las dos Coronas!*

Por las Capitulaciones de Santa Fe, Colón tenía asegurados sobre el papel títulos semejantes a los de la más alta nobleza y ganancias cuidadosamente concretadas que le permitieran mantener esa grandeza nobiliaria. Como Almirante controlaría toda actividad por el mar oceánico hasta donde llegase el agua salada dentro de su demarcación. Y como virrey y gobernador se reservaría ejercer los máximos poderes jurisdiccionales y de gobierno sobre las nuevas tierras que se descubrieran y ganasen, siempre, eso sí, en delegación de los monarcas cas-

tellanos. De hacerse realidad todo esto, un imperio esperaba a la dinastía de los Colón.

Faltaba por concretar un detalle para que las aspiraciones colombinas quedasen satisfechas: hacer hereditario no sólo el Almirantazgo, sino también el Virreinato y la Gobernación. Fue así que el 30 de abril, en Granada, los monarcas dictaron una Real Provisión por la que *vos fazemos merced de los dichos oficios de Almirantazgo e visorrey e governador por juro de heredad para siempre jamás.* Pero este documento no es contrato, sino merced; por tanto revocable, como así sucederá pocos años después. Cuando los Reyes Católicos estaban manteniendo aquí en Castilla una dura pugna por recuperar el control último de la justicia, no era lógico que hipotecaran la de unos territorios tan alejados en favor de una familia.

Preparativos del gran viaje

Una vez satisfechas las demandas personales y familiares de Colón, el mismo día 30 de abril ordenaron los reyes todo lo necesario para armar la flota que habría de surcar el Océano. A través de siete documentos (89) podremos seguir brevemente la actividad desarrollada durante los tres importantes meses que precedieron al gran viaje.

— Se mandaba a las autoridades de la zona poner a disposición colombina *tres carabelas* que él eligiera. Al final los barcos del descubrimiento no fueron tres carabelas, sino una nao —la Santa María— y dos carabelas —la Pinta y la Niña—. La nao *Santa María* o capitana de la flota iba mandaba por Colón. Su propietario era el marino cántabro y más tarde célebre cosmógrafo Juan de la Cosa, natural de Santoña y vecino de la villa del Puerto de Santa María. Los tripulantes de esta nao, también llamada la Gallega, eran todos o casi todos del Norte de España.

La Pinta y la Niña fueron costeadas por los vecinos de Palos. Aquella era capitaneada por Martín Alonso Pinzón y la Niña por su hermano Vicente Yáñes Pinzón. Se distinguían por tener menor capacidad de carga, pero eran más veleras que la Santa María. El nombre oficial de la Niña era el de Santa Clara.

— Se ordenó a los vecinos de Palos que en diez días armasen a su costa dos carabelas y se las entregasen a Colón. Por alguna desobediencia o fechoría cometida años atrás esta villa había sido condenada por el Consejo Real a servir a los reyes a su costa durante dos meses. Ahora había llegado el momento y los monarcas ordenaron que se cumpliera. A pesar de ser tan rotundo el documento real, los paleños respondieron con desidia y desinterés. Fueron lentos en disponer las embarcaciones y más lentos aún en alistarse para este viaje. Sólo cuan-

(89) Ampliamente tratado en Manzano, *Siete Años*, caps. XIV y 88.

do Martín Alonso Pinzón se decidió a ir a descubrir con Colón, los marinos paleños respondieron positivamente. Nadie se fiaba de un extranjero sin prestigio. Martín Alonso, sin embargo, era respetado en toda la comarca como hombre experto, rico y valiente, además de estar respaldado por una nutrida clientela de deudos y amigos que lo seguían allá donde él fuera.

— Para equipar la armada con todo lo necesario ante un viaje de estas características, los monarcas enviaron a las autoridades de la zona y de sus reinos en general la orden de colaborar en todo con el capitán Cristóbal Colón.

— Igualmente se ordenó a los recaudadores que todo el cargamento de esta armada estuviese exento de pagar derecho ninguno.

— Por una carta de seguro, los reyes ordenaron suspender las causas criminales de los marineros que participasen en la armada hasta dos meses después de finalizado el viaje. Gracias a este documento los primeros que se alistaron fueron *los del crimen*, es decir, cuatro condenados a muerte —y no más— que por tradición y según las leyes castellanas los Almirantes de Castilla podían sacar de prisión para que participasen en una armada de la Corona. En este caso, los reyes concedieron el mismo privilegio a don Cristóbal.

— Cristóbal Colón recibía el nombramiento de Capitán mayor de la armada, y como tal debía ser reconocido y obedecido por todos.

— Como capitán, Colón sería también portador de una singular carta de los reyes castellanos dirigida al Gran Khan o a cualquier otro príncipe de la India.

Con estas normas nuestro navegante salía de Granada el 12 de mayo, para llegar pocas jornadas después a Palos, poner a punto su flota y hacerse a la mar en busca del Cipango asiático y del Gran Khan de la China.

El Diario de a bordo

El texto original del *Diario de a bordo* escrito por Colón se ha perdido. Lo que conocemos hoy de este documento trascendental se debe a un extracto amplio, alternando con muchos párrafos textuales, hecho por Bartolomé de Las Casas. No se sabe si el original colombino quedó en poder del descubridor o fue a parar a los Reyes. Consta, sin embargo, que los Monarcas dispusieron de un ejemplar, que probablemente les sería entregado por el Almirante cuando fue recibido por ellos en Barcelona.

Lo que sí está claro es que del original se hicieron varias copias, una de las cuales fue la que sirvió a Hernando Colón para historiar el primer viaje de su padre; otra, o acaso la misma, fue la utilizada más tarde por Bartolomé de Las Casas, que tuvo acceso a la documentación de la Biblioteca colombina.

El clérigo sevillano tiene ganada fama de transmisor fiable de documentos. Sus resúmenes o copias, cuando han sido contrastados con originales descubiertos posteriormente,, han demostrado la honestidad con que ejerció su trabajo. Ante el manuscrito del Diario podemos lamentar que no nos transmitiera una copia textual del original colombino, pero de ninguna manera se debe pensar en ningún tipo de la falsificación o mutilación atribuible a Las Casas. Tiene algunos errores comunes de poca monta; se percibe con claridad alguna interpolación del clérigo sevillano; pero es falsa la acusación de que Las Casas u otro cualquiera mutilaran el Diario, dice Morison, uno de los mejores conocedores del mismo. Añade más aún: *Afirmamos que nadie que no sea un marino, y ningún marino que no haya seguido la ruta de Colón, puede haber forjado este documento, tan exactos son los rumbos, los cursos y las observaciones* (90).

Ha servido de texto base para esta edición el realizado por Carlos Sanz, historiador distinguido de esta pieza colombina. Como él, hemos optado por diferenciar con letra distinta lo que consideraremos extracto lascasiano de lo que puede ser original de Colón. Se han hecho algunas modificaciones, más de puntuación que de léxico.

Respecto al contenido del *Diario de a bordo,* no sólo es pieza insustituible para reconstruir la más grande navegación de la Historia, sino que es retrato insuperable de su protagonista, don Cristóbal Colón. Sus conocimientos y noticias, sus observaciones y deducciones personales, sus creencias, sus proyectos, sus temores, miedos y angustias, sus obsesiones, esto y mucho más está reflejado en estas páginas escritas día a día y sin retocar después. Es más, mucho más que un diario marino común. En él no podían faltar rutas, singladuras, distancias recorridas, registro meticuloso de lo observado en el mar, de tierras descubiertas y costas recorridas. Todo lo que le sorprendía, que era mucho (fauna, flora, población indígena, etc.), ha quedado reflejado magistralmente en las imperecederas páginas del *Diario de a bordo.*

La Carta de Colón

Aunque los textos originales de Colón se han perdido, sabemos que el Almirante escribió en castellano varias cartas anunciando el descubrimiento de las Indias. Una se la envió al escribano de ración del reino aragonés, Luis de Santángel; otra al tesorero, también de Aragón, Gabriel Sánchez; ambas son epístolas diferentes, aunque de texto similar; y es probable que una tercera tuviera como destinatarios a los mismos monarcas. Las dos primeras se conocen; la de los reyes no ha llegado a nosotros. Existe también una copia coetánea que se guarda en el Archivo de Simancas.

(90) Morison, *El Almirante,* p. 209.

El texto que ofrecemos aquí corresponde a la transcripción y publicación hecha por Carlos Sanz del original impreso en Barcelona en los talleres de Pedro Posa, a primeros de abril de 1493. La citada carta lleva fecha de 15 de febrero y termina con un *anima* o *postcriptum* añadido a la carta y fechado el 14 de marzo de 1493.

Si grande es el hecho del descubrimiento, mayor —si cabe— es el momento en que se divulgó la noticia, y toda la Cristiandad tomó conciencia del suceso. Un suceso —convenía pregonarlo a los cuatro vientos— que tuvo a los reyes de Castilla como impulsores máximos, y a don Cristóbal Colón como ejecutor en su nombre.

Los documentos colombinos debieron tomar rumbo a la corte el mismo día de desembarcar en Palos (15 de marzo de 1493) o poco más. El 22 hay constancia de que ya se conocían en el cabildo de Córdoba, y el 30 los Reyes, desde Barcelona, escribían al Almirante y le rogaban que fuera pronto a encontrarse con ellos.

Pocos días después, probablemente a primeros de abril, la *Carta de Colón* se imprimía ya en la ciudad condal. El texto original colombino estaba escrito en castellano y en dicho idioma se hizo la primera edición. Poco después Leander del Cosco traducía al latín la carta de Gabriel Sánchez, conociéndose nueve ediciones de la misma. Dati la tradujo al italiano y se conocen cinco ediciones. Una segunda edición castellana data de 1497 y fue impresa en Valladolid; de ésta sólo se conserva el ejemplar de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. No faltaron ediciones en catalán, alemán, francés e inglés.

Se ha dicho de la *Carta de Colón* que es el primer noticiario en lengua castellana que recorre el mundo; el primer documento impreso referente a la Historia de América; es, en suma, una llamada a la Cristiandad para que celebre con *alegría* y *grandes fiestas* el acto portentoso que acaba de cumplirse, con la esperanza de que no sólo España sino toda la Cristiandad tendrá en el Nuevo Mundo *refrigerio y ganancia.*

Luis Arranz Márquez
La Aguilera, Burgos, marzo de 1985

BIBLIOGRAFIA

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE, Angel (1903): *Cristóbal Colón y Pablo del Pozzo Toscanelli*, Madrid.

ALVAR, Manuel (1976): *Diario del Descubrimiento,* Cabildo Insular de Gran Canaria.

ARCE, J. (1971): *Diario de a bordo.*

ARRANZ, Luis (1972): *Diego Colón*, Madrid.

ASENSIO, J.M. (1891): *Cristóbal Colón. Su vida. Sus viajes. Sus Descubrimientos*, Barcelona.

BALLESTEROS BERETTA, A. (1945): *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, (T. IV y V de la *Historia de América y de los pueblos americanos),* Barcelona. (1947): *Génesis del descubrimiento,* (T. III de la *Historia General de América y de los pueblos americanos),* Barcelona-Madrid.

BOYD THACHER, J. (1903-4): *Christopher Columbus: his life, his work, his remains*, New York, 3 vols.

CASAS, Bartolomé de Las (1957): *Historia de las Indias*, B.A.E., 95-96, Madrid.

CIORANESCU, A. (1960): *Primera biografía de Cristóbal Colón*, Tenerife.

COLON, Hernando (1984): *Historia del Almirante*, (Crónicas de América, Vol. 1), Madrid.

CORTESAO, J. (1947): *Los portugueses,* (T. III de la *Historia General de América y de los pueblos americanos),* Madrid-Barcelona. (1960): *Os descobrimentos portugueses,* Lisboa, 2 Vols.

CHAUNU, P. (1977): *La expansión europea (siglo XIII al XV),* (Vol. 26 de Nuevo Clío.), Barcelona.

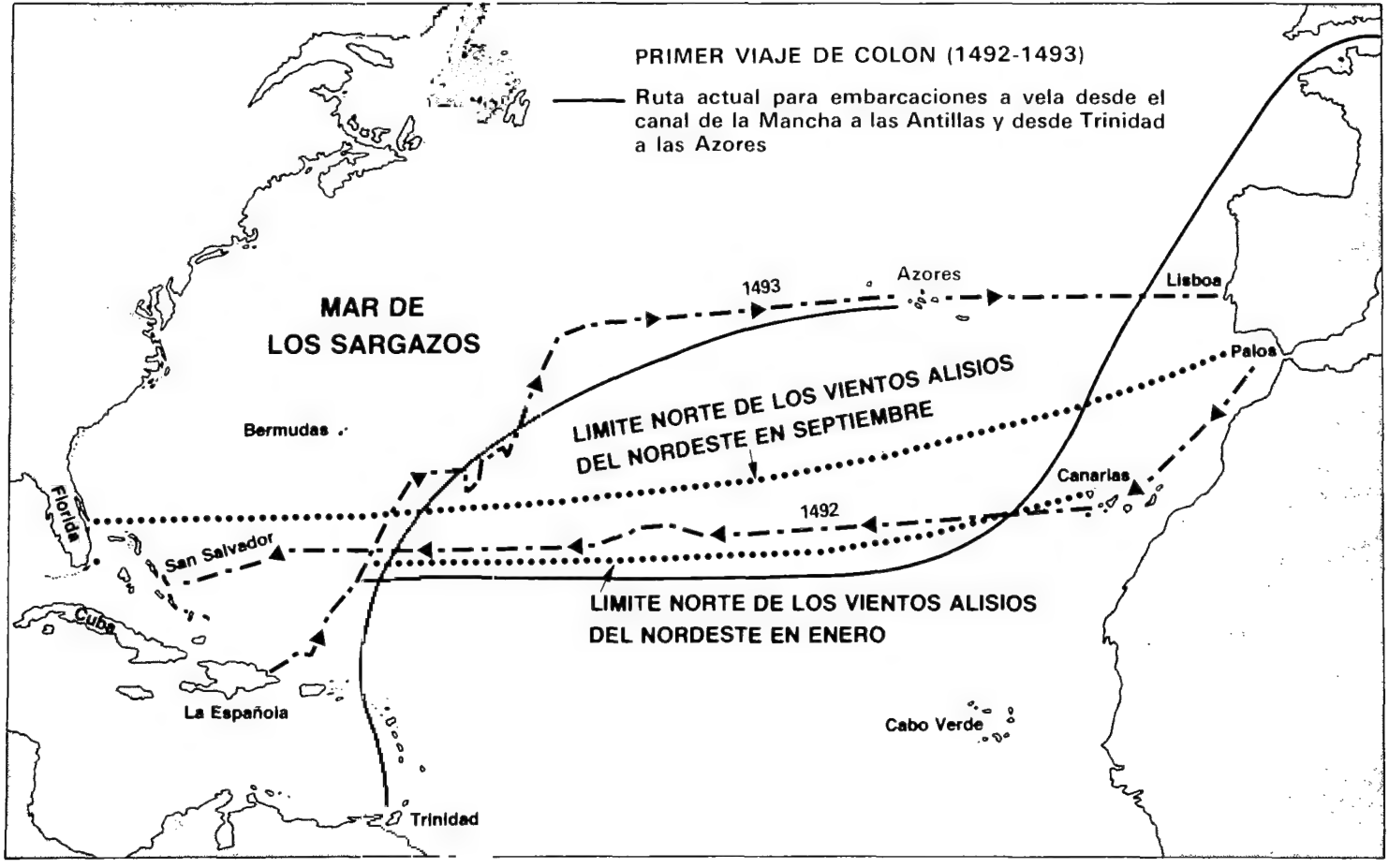
FERNANDEZ DE OVIEDO, G. (1959): *Historia general y natural de las Indias*, B.A.E., 117, 118, 119, 120, Madrid.

GANDIA, E. (1942): *Historia de Colón*, Buenos Aires.

GOULD, A. (1920-1944): «Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492», Bol. de la R.A. de la Hª, tomos 76, 85, 86, 87, 88, 90, 92, 110, 111 y 115, Madrid.
HARISSE, H. (1884): *Christophe Colomb, son origine, sa vie, ses voyages et ses descendants*, París, 2 Vols.
HEERS, J. (1981): *Christophe Colomb*, París. (1971): *Gênes au XV^e siècle*, París.
JOS, E. (1979-1980): *El plan y la génesis del descubrimiento colombino*, Valladolid.
GODINHO, V.M. (1944): *A expansâo quatrocentista portuguesa*, Lisboa.
GIL, J. y VARELA, V. (1984): *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid.
LEITE, D. (1959-1962): *História dos Descobrimentos. Colectánea de esparsos*, Lisboa, 2 Vols.
DE LOLLIS, C.: Scriti di Cristoforo Colombo en *Raccolta*.
MADARIAGA, S. (1975): *Vida del Muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón*, Madrid.
MANZANO Y MANZANO, J. (1964): *Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida. 1485-1499*, Madrid. (1972): *Colón descubrió América del Sur en 1494*, Caracas. (1976): *Colón y su secreto*, Madrid.
MARAÑON, G. (1972): *Diario de Colón*, Madrid.
MENENDEZ PIDAL, R. (1942): *La lengua de Cristóbal Colón y otros ensayos*, Madrid.
MILHOU, A. (1983): *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid.
MORISON. S.E. (1945): *El almirante de la Mar Océano*, Buenos Aires. (1956): *Christopher Columbus, mariner*, Londres.
NAVARRETE, M. FERNANDEZ de (1954): *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, B.A.E., vols. 75, 76 y 77, Madrid.
ORTEGA, A. (1925-26): *La Rábida, histora documental crítica indiana*, Sevilla, 4 Vols.
PARRY, J.H. (1964): *La época de los descubrimientos geográficos. 1450-1620*, Madrid.
PEREZ BUSTAMANTE, C. (1951): *Libro de los privilegios del Almirante don Cristóbal Colón (1498)*, Madrid.
PEREZ EMBID, F. (1948): *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla.
PEREZ EMBID, F. y VERLINDEN, Ch. (1967): *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Madrid.
PEREZ DE TUDELA Y BUESO, J. (1956): *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización (1492-1505)*, Madrid. (1983): *Mirabilis in altis*, Madrid.

RACCOLTA DI DOCUMENTI E STUDI PUBLICATI DALLA REALE COMISSIONE COLOMBIANA (1892-1894): XII Vols., dirigida por Cesare de Lollis.
RAMOS, D. (1971)): *Los contactos trasatlánticos decisivos, como precedentes del viaje de Colón,* Madrid-Las Palmas. (1983): *La Carta de Colón sobre el descubrimiento*, Granada.
RUMEU DE ARMAS, A. (1973): *Hernando Colón, historiador del Descubrimiento de América*, Madrid. (1956): *España en el Africa Atlántica*, Madrid, 2 Vols.
SANZ, C. (1962): *Diario de Colón. Libro de la primera navegación y Descubrimiento de las Indias*, Madrid. (1962): *La Carta de Colón*, Madrid.
TAVIANI, P. E. (1977): *Cristóbal Colón: génesis del gran descubrimiento*, Barcelona, 2 Vols.
VARELA, C. (1982): *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*, Madrid.
VIGNAUD, H. (1911): *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*, París, 2 Vols.

DIARIO DE A BORDO


PRIMER VIAJE DE COLON (1492-1493)
Ruta actual para embarcaciones a vela desde el canal de la Mancha a las Antillas y desde Trinidad a las Azores
MAR DE LOS SARGAZOS
1493
Azores
Lisboa
Palos
LIMITE NORTE DE LOS VIENTOS ALISIOS DEL NORDESTE EN SEPTIEMBRE
Bermudas
Canarias
1492
Florida
San Salvador
Cuba
LIMITE NORTE DE LOS VIENTOS ALISIOS DEL NORDESTE EN ENERO
La Española
Cabo Verde
Trinidad

Este es el primer viaje y las derrotas y camino que hizo el Almirante don Cristóbal Colón cuando descubrió las Indias, puesto sumariamente, sin el Prólogo que hizo a los reyes, que va a la letra y comienzo de esta manera (1)

IN NOMINE DOMINI NOSTRI IHESU CHRISTI

Porquè, cristianísimos y muy altos y muy excelentes y muy poderosos príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, Nuestros Señores, este presente año de 1942, después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa y haber acabado la guerra en la muy grande Ciudad de Granada, adonde este presente año, a dos días del mes de enero, por fuerza de armas vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la Alhambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor, y luego en aquel presente mes (2), por la información que yo había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India (3) y de un príncipe que es llamado Gran

(1) El original colombino sobre su primer viaje se ha perdido. El texto manuscrito hecho por el Padre Las Casas se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. Vitr. 6.

(2) Ha sido muy discutida esta imprecisión cronológica porque, según se sabe, las *Capitulaciones* entre Colón y los Reyes Católicos para llevar a cabo el descubrimiento fueron firmadas en Santa Fe el 17 de abril de 1492, y no en enero. Precisamos más aún: en enero se rompían las negociaciones con los Reyes por las excesivas exigencias colombinas.

(3) He aquí el objetivo claro del primer viaje: llegar por la ruta de Occi-

Can, que quiere decir en nuestro romance Rey de los Reyes, como muchas veces él, y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en nuestra Santa fe porque le enseñasen en ella y que nunca el Santo Padre le había proveído, y se perdían tantos pueblos cayendo en idolatrías e recibiendo en sí sectas de perdición, y Vuestras Altezas como Católicos cristianos y príncipes amadores de la Santa fe cristiana y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas idolatrías y herejías, pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas (4) de India para ver los dichos príncipes y los pueblos y las tierras y la disposición de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión de ellas a nuestra santa fe; y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fe que haya pasado nadie. Así que, después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros Reinos y Señoríos, en el mismo mes de enero (5) mandaron Vuestras Altezas a mí, que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India; y para ello me hicieron grandes mercedes y me ennoblecieron, que dende en adelante yo me llamase Don y fuese Almirante Mayor de la mar océana y Visorrey e Gobernador perpetuo de todas las islas y tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí adelante se descubriesen y ganasen en la mar Océano, y así sucediese mi hijo mayor, y él así de grado en grado para siempre jamás (6). Y partí yo de la Ciudad de Granada a 12 días del mes de mayo del mismo año de 1492, en sábado, y vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, a donde yo armé tres navíos muy aptos para semejante hecho, y partí de dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de agosto de dicho año, en un viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas Canarias de Vuestras Altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota y navegar tanto que yo llegase a las In-

dente a los dominios orientales de la India del Gran Khan, a quien se conocía en Europa por los escritos que dos siglos antes hiciera Marco Polo.

(4) En el sentido de partes.

(5) El decreto de expulsión de los judíos fue firmado el 31 de marzo de 1492. Se les daba de plazo tres meses para abandonar España.

(6) Más que a las *Capitulaciones* de Santa Fe, estas concesiones se refieren a la Merced o gracia regia, considerada por Colón como capitulación-contrato, firmada en Granada el 30 de abril de 1492.

dias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente, de día en día, todo lo que yo hiciese y viese y pasase, como adelante se verá. También, Señores Príncipes, allende de escribir cada noche lo que el día pasare, y el día lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares, debajo su viento, y más, componer un libro y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinocial y longitud del Occidente (7), y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar, porque así cumple, las cuales serán gran trabajo (8).

Viernes, 3 de agosto

Partimos viernes 3 días de agosto de 1492 años, de la barra de Saltes (9), a las ocho horas. Anduvimos con fuerte virazón

(7) Consta que no lo hizo así, por lo que los Reyes Católicos le reclamarán en 1493, para su conocimiento y uso personal, el cumplimiento de dicha promesa.

(8) Todo este prólogo ha sido muy discutido por los historiadores, sin que la polémica haya concluido aún. Ello se debe a los deslices cronológicos y espaciales, incomprensibles cuando el recuerdo de tales acontecimientos estaba aún tan reciente. Para su explicación se han expuesto cuatro teorías: 1) Que todo el prólogo sea una interpolación total o parcial realizada por Colón o por algún miembro de su familia después del viaje. Esto sostienen, entre otros, H. Vignaud y E. Jos. 2) Que se trate de una síntesis colombina que soslaye la ruptura que se produce en enero de 1492 entre los reyes y el descubridor por haber rectificado la reina Isabel con prontitud. En este mismo sentido cabría la posibilidad de que la expulsión de los judíos se hubiera decidido en enero, aunque el decreto se formalizara el 31 de marzo (Navarrete y Cioranescu). 3) Que estos errores sean defectos de transcripción, achacables a Bartolomé de Las Casas a través de cuya pluma conocemos hoy el Diario (M. Alvar). 4) Que tales errores cronológicos y de lugar hayan sido supeditados a la prioridad de un orden ideológico, al poner Colón en un mismo plano sucesos de igual importancia, como eran la toma de Granada, la expulsión de los judíos y la expedición política y misionera hacia el Catay (Madariaga y A. Milhou). Una exposición reciente y muy detallada de estos aspectos en A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*, Valladolid, 1983, pp. 172 y ss.

(9) Cristóbal Colón mandó embarcar a toda su gente el jueves 2 de agosto en el puerto de Palos, y en la madrugada del día 3, media hora antes de salir el sol, ordenó soltar amarras (Las Casas, *Historia I*, cap. 34). La barra de Saltés es la ría que forman en su desembocadura los ríos Tinto y Odiel.

(10) hasta el poner del Sol hacia el Sur sesenta millas, que son 15 leguas (11); después al Sudueste y al Sur cuarta del Sudueste (12), que era el camino para las Canarias.

Sábado, 4 de agosto

Anduvieron al Sudueste cuarta del Sur.

Domingo, 5 de agosto

Anduvieron su vía entre día y noche más de cuarenta leguas.

Lunes, 6 de agosto

Saltó o desencajóse el gobernario (13) a la carabela *Pinta*, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó o sospechó por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir aquel viaje, y dice el Almirante que antes que partiesen había hallado en ciertos reveses y grisquetas (14), como dicen, a los dichos. Vídose allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha carabela sin su peligro, y dice que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinzón era persona esforzada y de buen ingenio. En fin, anduvieron entre día y noche veinte y nueve leguas.

Martes, 7 de agosto

Tornóse a saltar el gobernalle a la *Pinta*, y adobáronlo y anduvieron en demanda de la isla de Lanzarote que es una de las

(10) *Virazón* es el viento que en las costas sopla de la parte del mar durante el día, alternando con el terral, que sopla de noche, y sucediéndose ambos con bastante regularidad en todo el curso del año, mientras no hay temporal.

(11) La legua equivalía en los cálculos colombinos a 4 millas itálicas o romanas. Y una milla de estas tenía entre 1.477 y 1.480 metros.

(12) En la época de Colón la navegación no se hacía en función de grados sino de vientos. Los vientos principales se habían reducido a ocho; los rumbos intermedios eran los medios vientos, y la *cuarta* era el nombre de cada una de las 32 partes en que se dividía la *rosa de los vientos*.

(13) Timón. El 7 de agosto en lugar de *gobernario* emplea *gobernalle*.

(14) Diminutivo de *grescas*; disputas.

islas de Canarias, y anduvieron entre día y noche veinticinco leguas.

Miércoles, 8 de agosto

Hubo entre los pilotos de las tres carabelas opiniones diversas dónde estaban, y el Almirante salió más verdadero, y quisiera ir a Gran Canaria por dejar la carabela *Pinta*, porque iba mal acondicionada del gobernario y hacía agua, y quisiera tomar allí otra si la hallara; no pudieron tomarla aquel día.

Jueves, 9 de agosto

Hasta el domingo en la noche no pudo el Almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedóse en aquella costa de Gran Canaria por mandado del Almirante, porque no podía navegar. Después tornó el Almirante a Canaria y adobaron muy bien la *Pinta* con mucho trabajo y diligencia del Almirante, de Martín Alonso y de los demás, y al cabo vinieron a la Gomera. Vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife (15), que es muy alta en gran manera. Hicieron la *Pinta* redonda, porque era latina (16); tornó a la Gomera, domingo a dos de septiembre con la *Pinta* adobada.

Dice el Almirante que juraban muchos hombres honrados españoles que en la Gomera estaban con doña Inés Peraza (17), madre de Guillén Peraza que después fue el primer Conde de la Gomera, que eran vecinos de la isla del Hierro, que cada año veían tierra (18) al Oeste de las Canarias, que es al Poniente,

(15) Parece comprobado que Colón no estuvo en Tenerife. Sin embargo, es evidente que se refiere al Teide aunque no haya constancia histórica de su erupción por esas fechas.

(16) Según Hernando Colón (*Historia del Almirante*, cap. XVII) el aparejo que se cambió fue el de la *Niña,* transformando la vela latina en redonda para que ganase seguridad. Aparte de cualquier modificación que pudiera sufrir el aparejo de la *Pinta,* lo seguro fue el arreglo del timón.

(17) Doña Inés de Peraza era señora de Canarias en 1454. En estos momentos de 1492 ocupaba esta posición doña Beatriz de Bobadilla, viuda de Hernán Peraza de Ayala y Rojas, señor de Canarias, muerto en 1487.

(18) A lo largo de estos años los marineros de la zona decían ver aparecer y desaparecer en el Océano islas de leyendas, que fueron bautizando con el

y otros de la Gomera afirmaban otro tanto con juramento. Dice aquí el Almirante que se acuerda que estando en Portugal el año de 1484 vino uno (19) de la isla de la Madera al rey a le perdir una carabela para ir a esta tierra que venía, el cual juraba que cada año la veía y siempre de una manera. Y también dice que se acuerda que lo mismo decían en las islas de los Azores y todos éstos en una derrota y en una manera de señal y en una grandeza. Tomada, pues, agua y leña y carnes y lo demás que tenían los hombres que dejó en la Gomera el Almirante cuando fue a la isla de Canarias a adobar la carabela *Pinta,* finalmente se hizo a la vela de la dicha isla de la Gomera con sus tres carabelas, jueves a seis días de septiembre (20).

Jueves, 6 de septiembre

Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera y tomó la vuelta para ir su viaje y supo el Almirante de una carabela que venía de la Isla del Hierro que andaban por allí tres carabelas de Portugal para lo tomar (21); debía de ser de envidia que el Rey tenía por haberse ido a Castilla. Y anduvo todo aquel día y noche en calma y a la mañana se halló entre la Gomera y Tenerife.

Viernes, 7 de septiembre

Todo el viernes y el sábado, hasta tres horas de noche, estuvo en calmas.

nombre de San Brandan o San Borondón, de las Siete ciudades y Antilla. Todavía en el siglo XVIII la isla de San Borondón tenía tanta fuerza sugestiva como para que una expedición se empeñara en descubrirla.

(19) Acaso se refiera a Vicente Díaz.

(20) Del puerto de San Sebastián en la Gomera. Este día, dice Hernando, *se puede contar como principio de la empresa y del viaje por el Océano* (*Historia del Almirante*, c. XVIII).

(21) Esta apreciación lascasiana ha sido considerada simplista. En el eje de la cuestión, al menos a la hora de dejar las Canarias, está el Tratado de Alcoçava (1479) entre Castilla y Portugal, por el que se prohibía a cualquier embarcación castellana navegar al sur del paralelo canario. (Manzano, *Colón y su secreto*, Madrid, 1976, p. 251). En este sentido, los Reyes Católicos habían dado instrucciones tajantes a Colón.

Sábado, 8 de septiembre

Tres horas de noche sábado comenzó a ventar Nordeste, y tomó su vía y camino al Oeste. Tuvo mucha mar por proa que le estorbaba el camino; y andarían aquel día nueve leguas con su noche.

Domingo, 9 de septiembre

Anduvo aquel día 15 leguas, y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje fuese luengo no se espantase y desmayase la gente. En la noche anduvo ciento y veinte millas, a diez millas por hora, que son 30 leguas. Los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del Norueste y aún a la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces.

Lunes, 10 de septiembre

En aquel día con su noche anduvo sesenta leguas, a diez millas por hora, que son dos leguas y media; pero no contaba sino cuarenta y ocho leguas, porque no se asombrase la gente si el viaje fuese largo.

Martes, 11 de septiembre

Aquel día navegaron a su vía, que era el Oueste, y anduvieron 20 leguas y más, y vieron un gran trozo de mástil de nao de ciento y veinte toneles, y no lo pudieron tomar. La noche anduvieron cerca de veinte leguas, y contó no más de diez y seis por la causa dicha.

Miércoles, 12 de septiembre

Aquel día, yendo su vía, anduvieron en noche y día 33 leguas, contando menos por la dicha causa.

Jueves, 13 de septiembre

Aquel día con su noche, yendo a su vía, que era el Oueste, anduvieron treinta y tres leguas, y contaba tres o cuatro menos.

Las corrientes le eran contrarias. En este día, al comienzo de la noche, las agujas noruestaban, y la mañana nordesteaban algún tanto (22).

Viernes, 14 de septiembre

Navegaron aquel día su camino al Oueste con su noche, y anduvieron 20 leguas; contó alguna menos. Aquí dijeron los de la carabela *Niña* que habían visto un garjao y un rabo de junco; y estas aves nunca se apartan de tierra, cuando más veinticinco leguas.

Sábado, 15 de septiembre

Navegó aquel día con su noche 27 leguas su camino al Oueste y algunas más. Y en esta noche al principio de ella vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego en la mar, lejos de ellos cuatro o cinco leguas.

Domingo, 16 de septiembre

Navegó aquel día y la noche a su camino el Oueste. Andarían treinta y nueve leguas, pero no contó sino 36. Tuvo aquel día algunos nublados; lloviznó. Dice aquí el Almirante que hoy y siempre de allí adelante hallaron aires temperantísimos, que era placer grande el gusto de las mañanas, que no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él: «*y era el tiempo como por abril en el Andalucía.*» Aquí comenzaron a ver muchas manadas de hierba (23) muy verde que poco había, según le parecía, que se ha-

(22) Es el primero en señalar la variación de las agujas de la brújula. Acababa de descubrir la rotación diurna de la Estrella Polar, y por tanto la diferencia entre el norte magnético y el norte geográfico. Durante la Edad Media se creía que la Estrella Polar permanecía inmutable y señalaba el verdadero Norte. Equivocadamente muchos han atribuido la primera observación de este fenómeno a Sebastián Caboto, que comenzó sus viajes en 1497, o a Grignon en 1534 (S. E. Morison, *El Almirante de la Mar Océano*, p. 265). Para este autor, lo verdaderamente asombroso fue que esta pequeña variación fuera observada en rosas de los vientos como las que llevaban aquellos marineros.

(23) Se trata del Mar de los Sargazos, inmenso prado de algas que ocupa el centro del Océano en forma de una gigantesca elipse y con una extensión

bía desapegado de tierra, por lo cual todos juzgaban que estaban cerca de alguna isla, pero no de tierra firme, según el Almirante, que dice: «*porque la tierra firme hago más adelante*».

Lunes, 17 de septiembre

Navegó a su camino el Oueste, y andarían en día y noche cincuenta leguas y más; no asentó sino 47. Ayudábales la corriente.

Vieron mucha hierba, y muy a menudo, y era hierba de peñas y venían las hierbas de hacia Poniente. Juzgaban estar cerca de tierra. Tomaron los pilotos el Norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noruesteaban una gran cuarta, y temían los marineros y estaban penados y no decían de qué. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen a marcar el Norte en amaneciendo, y fue porque la estrella que parece hace movimiento y no las agujas (24). En amaneciendo, aquel lunes vieron muchas más yerbas y que parecían hierbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo (25), el cual guardó el Almirante. Y dice que aquellas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallan ochenta leguas de tierra. El agua de la mar hallaban menos salada desde que salieron de las Canarias (26), los aires siempre más suaves. Iban muy alegres todos, y los navíos, quien más podía andar andaba por ver primero tierra. Vieron muchas toninas (27), y los de la *Niña* mataron una. Dice aquí el Almirante que aquellas señales eran del Poniente, «*donde espero en aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra*». En aquella mañana dice que vido una ave blanca que se llama rabo de junco que no suele dormir en la mar.

semejante a la de Europa. La teoría colombina de que se trataba de hierbas que crecían en los fondos submarinos y eran arrancadas por las tormentas fue aceptada hasta hace un siglo, en que se demostró la inexistencia de tales fondos.

(24) He aquí la acertada respuesta de un gran observador muy seguro de sí mismo. Lo mismo hará el 30 de septiembre.

(25) Se trata del *Nautilus grapsus minutus,* un cangrejo del tamaño de un pulgar.

(26) Esta afirmación, fruto exclusivo de su fantasía, debe ser relacionada con el convencimiento colombino de que se acercaba al Paraíso Terrenal.

(27) Atunes.

Martes, 18 de septiembre

Navegó aquel día con su noche, y andarían más de cincuenta y cinco leguas, pero no asentó sino 48. Llevaba en todos estos días mar muy bonanza, como en el río de Sevilla. Este día Martín Alonso con la *Pinta*, que era gran velera, no esperó, porque dijo al Almirante desde su carabela que había visto gran multitud de aves ir hacia el Poniente, y que aquella noche esperaba ver tierra y por eso andaba tanto. Apareció a la parte del Norte una gran cerrazón, que es señal de estar sobre la tierra.

Miércoles, 19 de septiembre

Navegó su camino, y entre día y noche andaría veinticinco leguas, porque tuvieron calma; escribió veintidós. Este día, a las diez horas, vino a la nao un alcatraz y a la tarde vieron otro, que no suelen apartarse veinte leguas de tierra. Vinieron unos llovizneos sin viento, lo que es señal cierta de tierra. No quiso detenerse barloventeando el Almirante para averiguar si había tierra, más de que tuvo por cierto que a la banda de Norte y de sur había algunas Islas (28), como en la verdad lo estaban y él iba por medios de ellas. Porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias, «*y el tiempo es bueno, porque placiendo a Dios a la vuelta todo se vería*»; Estas son sus palabras.

Aquí descubrieron sus puntos los pilotos: el de la *Niña* se hallaba de las Canarias 440 leguas; el de la *Pinta* 420; el de la donde iba el Almirante 400 justas (29).

Jueves, 20 de septiembre

Navegó este día al Oueste cuarta del Norueste y a la media partida, porque se mudaron muchos vientos con la calma que

(28) A esta distancia —aproximadamente 400-450 leguas al Oeste de las Canarias— Colón situaba en su mapa una tierra firme desconocida más meridional —América del Sur— de la que tenía conocimiento previo (Manzano, *Colón y su secreto*, p. 231). Para Pérez de Tudela, se trata de islas imaginadas que fueron cobrando fuerza en relación directa con la aparición del Sargazo (*Mirabilis in altis*, Madrid, 1983, p. 132).

(29) Sancho Ruiz era piloto de la *Niña;* Cristóbal García Sarmiento de la *Pinta* y Peralonso Niño de la *Santa María.*

había. Andarían hasta siete y ocho leguas. Vinieron a la nao dos alcatraces y después otro, que fue señal de estar cerca de tierra; y vieron mucha hierba (30), aunque el día pasado no habían visto de ella. Tomaron un pájaro con la mano que era como garjao; era pájaro de río y no de mar, los pies tenía como gaviota. Vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del Sol salido, desaparecieron. Después vino un alcatraz; venía de Ouesnorueste; iba al Sueste, que era señal que dejaba la tierra al Ouesnorueste, porque estas aves duermen en tierra y por la mañana van a la mar a buscar su vida, y no se alejan veinte leguas.

Viernes, 21 de septiembre

Aquel día fue todo lo más calma y después algún viento. Andarían entre día y noche, de ello a la vía (31) y de ello no, hasta 13 leguas. En amaneciendo, hallaron tanta hierba que parecía ser la mar cuajada de ellas, y venía del Oueste. Vieron un alcatraz. La mar muy llana como un río y los aires los mejores del mundo. Vieron un alcatraz. La mar muy llana como un río y los aires los mejores del mundo. Vieron una ballena, que es señal que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.

Sábado, 22 de septiembre

Navegó al Ouesnorueste más o menos, acostándose a una y a otra parte. Andarían treinta leguas. No veían casi hierba. Vieron unas pardelas (32) y otra ave. Dice aquí el Almirante: «*Mucho me fue necesario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados, que pensaban que no ventaban en estos mares vientos para volver a España.*» (33)

Por un pedazo de día no hubo hierba, después muy espesa.

(30) Cuenta Hernando (*Historia del Almirante*, c. XIX) que en este punto lanzaron la sonda de profundidad sin que 200 brazas de cuerda tocaran fondo.

(31) *Andar a la vía* era seguir su camino sin desplazarse.

(32) Ave acuática parecida a la gaviota, aunque más pequeña. Otras veces se la identifica con una especie de pato marino.

(33) Todos los conocedores de la navegación a vela por el Océano reconocen la inmensa fortuna que acompañó a esta primera expedición descubridora. Hoy nadie recomendaría utilizar en tales fechas —septiembre-octubre—

Domingo, 23 de septiembre

Navegó al Norueste y a las veces a la cuarta de Norte y a las veces a su camino, que era el Oueste; y andaría hasta ventidós leguas. Vieron una tórtola y un alcatraz y otro pajarito de río y otras aves blancas. Las hierbas eran muchas, y hallaban cangrejos en ellas.

Como la mar estuviese mansa y llana, murmuraba la gente diciendo que, pues por allí no había mar grande, que nunca ventaría para volver a España. Pero después alzóse mucho la mar y sin viento, que los asombraba, por lo cual dice aquí el Almirante: «*Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacaba de cautiverio.*»

Lunes, 24 de septiembre

Navegó a su camino al Oueste día y noche, y andaría catorce leguas y media; contó doce. Vino al navío un alcatraz y vieron muchas pardelas.

Martes, 25 de septiembre

Este día hubo mucha calma, y después ventó, y fueron su camino al Oueste hasta la noche. Iba hablando el Almirante con Martín Alonso Pinzón, capitán de la otra carabela *Pinta*, sobre una carta que le había enviado tres días había a la carabala, donde según parece tenía pintadas el Almirante ciertas Islas por aquella mar; y decía el Martín Alonso que estaban en aquella comarca, y respondía el Almirante que así le parecía a él; pero, puesto que no hobiesen dado con ellas, lo debían de haber causado las corrientes que siempre habían echado los navíos al Nordeste, y que no habían andado tanto como los pilotos decían.

la latitud del paralelo de las Canarias (28° norte) por corresponder al límite septentrional de los alisios del nordeste y estar expuesto a soportar calmas y vientos variables. Lo más aconsejable ha sido y será siempre navegar entre los 15° y 20° de latitud norte (paralelo de Cabo Verde) que entra de lleno en los alisios, esos vientos constantes que arrastran a cualquier velero hasta las costas americanas. Sin embargo, durante el verano de 1492 los alisios soplaron muy al norte. De ahí el éxito.

Y estando en esto díjole el Almirante que le enviase la carta dicha; y enviada con alguna cuerda, comenzó el Almirante a cartear en ella con su piloto y marineros. Al Sol puesto, subió el Martín Alonso en la popa de su navío, y con mucha alegría llamó al Almirante, pidiéndole albricias que veía tierra. Y cuando se lo oyó decir con afirmación el Almirante dize que se echó a dar gracias a Nuestro Señor de rodillas, y el Martín Alonso decía *gloria in excelsis Deo* con su gente. Lo mismo hizo la gente del Almirante y los de la *Niña*. Subiéronse todos sobre el mástil y en la jarcía, y todos afirmaron que era tierra; y el Almirante así pareció y que habría a ella 25 leguas. Estuvieron hasta la noche afirmando todos ser tierra. Mandó el Almirante dejar su camino, que era el Oueste, y que fuesen todos al Sudueste, adonde había parecido la tierra. Habrían andado aquel día al Oueste, cuatro leguas, porque siempre fingía a la gente que hacía poco camino, porque no les pareciese largo, por manera que escribió por dos caminos aquel viaje: el menor fue el fingido y el mayor el verdadero.

Anduvo la mar muy llana, por lo cual se echaron a nadar muchos marineros. Vieron muchos dorados y otros peces.

Miércoles, 26 de septiembre

Navegó a su camino al Oueste hasta después de medio día; de allí fueron al Sudueste hasta conocer que lo que decían que había sido tierra no lo era, sino cielo. Anduvieron día y noche 31 leguas, y contó a la gente veinticuatro. La mar era como un río, los aires dulces y suavísimos.

Jueves, 27 de septiembre

Navegó a su vía al Oueste. Anduvo entre día y noche 24 leguas; contó a la gente 20 leguas. Vinieron muchos dorados; mataron uno. Vieron un rabo de junco.

Viernes, 28 de septiembre

Navegó a su camino al Oueste. Anduvieron día y noche con calma 14 leguas; contó trece. Hallaron poca hierba. Tomaron dos peces dorados, y en los otros navíos más.

Sábado, 29 de septiembre

Navegó a su camino al Oueste. Anduvieron 24 leguas; contó a la gente veintiuna. Por calmas que tuvieron anduvieron entre día y noche poco. Vieron un ave que se llama rabiforcado, que hace vomitar a los alcatraces lo que comen para comerlo ella, y no se mantiene de otra cosa. Es ave de la mar, pero no posa en la mar ni se aparta de tierra 20 leguas. Hay de estas muchas en las Islas de Cabo Verde. Después vieron dos alcatraces. Los aires eran muy dulces y sabrosos, que diz que no faltaba sino oir el ruiseñor, y la mar llana como un río. Parecieron después en tres veces tres alcatraces y un forzado. Vieron mucha hierba.

Domingo, 30 de septiembre

Navegó su camino al Oueste. Anduvo entre día y noche por las calmas 14 leguas; contó once. Vinieron al navío cuatro rabos de junco, que es gran señal de tierra, porque tantas aves de una naturaleza juntas es señal que no andan desmandadas ni perdidas. Viéronse cuatro alcatraces en dos veces, hierba mucha. Nota que las estrellas que se llaman las *guardias*, cuando anochece, están junto al brazo de la parte del Poniente, y cuando amanece están en la línea debajo del brazo al Nordeste, que parece que en toda la noche no andan salvo tres líneas, que son 9 horas, y esto cada noche; esto dice aquí el Almirante. También en anocheciendo las agujas noruestean una cuarta, y en amaneciendo están con la estrella justo. Por lo cual parece que la estrella hace movimiento como las otras estrellas, y las agujas piden siempre la verdad.

Lunes, 1 de octubre

Navegó su camino al Oueste. Anduvieron 25 leguas; contó a la gente 20 leguas. Tuvieron grande aguacero. El piloto del Almirante tenía hoy, en amaneciendo, que habían andado desde la Isla de Hierro hasta aquí 578 leguas al Oueste. La cuenta menor que el Almirante mostraba a la gente eran 584, pero la verdadera que el Almirante juzgaba y guardaba eran 707.

Martes, 2 de octubre

Navegó a su camino al Oueste noche y día 39 leguas; contó a la gente obra de 30 leguas. La mar llana y buena siempre. A

Dios muchas gracias sean dadas, dijo aquí el Almirante. Hierba venía del Este a Oueste, por el contrario de lo que solía. Parecieron muchos peces, matóse uno. Vieron un ave blanca que parecía gaviota.

Miércoles, 3 de octubre

Navegó su vía ordinaria. Anduvieron 47 leguas; contó a la gente 40. Aparecieron pardelas, hierba mucha, alguna muy vieja y otra muy fresca, y traía como fruta. No vieron aves algunas, y creía el Almirante que le quedaban atrás las Islas que traía pintadas en su Carta.

Dice aquí el Almirante que no se quiso detener barloventeando la semana pasada y estos días que veía tantas señales de tierra, aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, por no detener, pues su fin era pasar a las Indias (34), y si se detuviera, dice él, que no fuera bueno seso.

Jueves, 4 de octubre

Navegó a su camino al Oueste. Anduvieron entre día y noche 63 leguas; contó a la gente 46 leguas. Vinieron al navío más de cuarenta pardelas juntas y dos alcatraces, y al uno dio una pedrada un mozo de la carabela. Vino a la nao un rabiforcado y una blanca como gaviota.

Viernes, 5 de octubre

Navegó a su camino. Andarían once millas por hora. Por noche y día andarían 57 leguas, porque aflojó la noche algo el viento; contó a su gente 45. La mar bonanza y llana «*A Dios, dice,*

(34) Según el proyecto colombino, las distancias del Océano serían las siguientes: a unas 750 leguas se encontrarían las primeras islas; la mayor y más deseada sería el legendario Cipango (actual Japón); y entre el Cipango y la tierra continental asiática (Catay o China) había una distancia de 1.500 millas o 375 leguas, noticia recogida de Marco Polo y Toscanelli. Como acaba de dejar de lado el Cipango, quiere aprovechar el fuerte viento de popa y llegar directamente al Catay. Empleará este razonamiento el 6 de octubre.

muchas gracias sean dadas». El aire muy dulce y templado. Hierba ninguna; aves pardelas muchas; peces golondrinos volaron en la nao muchos.

Sábado, 6 de octubre

Navegó su camino al Vueste u Oueste, que es lo mismo. Anduvieron 40 leguas entre día y noche; contó a la gente 33 leguas. Esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del Oueste a la parte de Sudueste (35), y al Almirante pareció que no. Decía esto Martín Alonso por la Isla de Cipango, y el Almirante veía que si la erraban que no pudieran tan presto tomar tierra, y que era mejor una vez ir a tierra firme y después a las Islas.

Domingo, 7 de octubre

Navegó a su camino al Oueste. Anduvieron 12 millas por hora dos horas, y después 8 millas por hora; y andarían hasta una hora de sol 23 leguas; contó a la gente 18. En este día, al levantar del sol, la carabela *Niña*, que iba delante por ser velera, y andaban quien más podía por ver primero tierra, por gozar de la merced que los reyes a quien primero la viese había (n) prometido, levantó una bandera en el topo del mástil, y tiró una lombarda por señal que veían tierra, porque así lo había ordenado el Almirante. Tenía también ordenado que al salir del sol y al ponerse se juntasen todos los navíos con él, porque estos dos tiempos son más propios para que los humores den más lugar a ver más lejos.

Como en la tarde no viesen tierra, la que pensaban los de

(35) Hernando, en el resumen que hace del Diario (*Historia del Almirante*, c. XXI) habla de murmuraciones, conjuras y deseos de amotinarse la gente el 3 de octubre y *se le olvida* contar lo que de verdad sucedió el día 6. Todo parece indicar que se trata de una maniobra de despiste y confusión, de modo que ese malestar corresponde al primer motín que se produce en este viaje: el de los vizcaínos de la nao *Santa María* (Manzano, *Colón y su secreto*, p. 285). En relación con este hecho de insubordinación por parte de los marineros de la nao capitana, hay que situar la intervención resolutiva de Martín Alonso Pinzón en defensa del Almirante, seguido del consejo de modificar el rumbo: *Sudoeste cuarta del Oeste.*

la carabela *Niña* que habían visto, y porque pasaban gran multitud de aves de la parte del norte al Sudueste, por lo cual era de creer que se iban a dormir a tierra, o huían quizá del invierno, que en las tierras de donde venían debía que querer venir, por esto el Almirante acordó dejar el camino del Oueste, y pone la proa hacia Ouesu(du)este (36) con determinación de andar dos días por aquella vía. Esto comenzó antes una hora del sol puesto.

Andaría(n) en toda la noche obra de cinco leguas y veintitrés del día; fueron por todas veinte y ocho leguas noche y día.

Lunes, 8 de octubre

Navegó al Ouesudueste y andarían entre día y noche once leguas y media o doce, y a ratos parece que anduvieron en la noche quince millas por hora, si no está mentirosa la letra. Tuvieron la mar como el río de Sevilla; *Gracias a Dios*, dice el Almirante. Los aires muy dulces, como en abril en Sevilla, que es placer estar a ellos, tan olorosos son. Pareció la hierba muy fresca; muchos pajaritos (de campo, y tomaron uno), que iban huyendo al sudueste, grajaos y ánades y un alcatraz.

Martes, 9 de octubre

Navegó al Sudueste. Anduvo 5 leguas. Mudóse el viento y corrió al Oueste cuarta al Norueste, y anduvo 4 leguas; después con todas once leguas de día y a la noche 20 leguas y media; contó a la gente 17 leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.

Miércoles, 10 de octubre

Navegó al Ouesudueste. Anduvieron a diez millas por hora y a ratos 12 y algún rato a 7, y entre día y noche 59 leguas; con-

(36) En el transcurso de unas horas Colón ha pasado de justificar la no conveniencia de cambiar el rumbo a decidir que así se haga. Suena a justificación de mando. Quiere dejar patente que no lo hace por consejo de Pinzón sino por decisión propia, fiado en las bandadas de aves. En honor a la verdad, este cambio de rumbo hay que cargarlo en el haber de Martín Alonso Pinzón, con mayor prestigio y fuerza ante los marineros.

tó a la gente 44 leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje (37). Pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber, y añadía que por demás era quejarse, pues que él había venido a las Indias, y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de Nuestro Señor.

Jueves, 11 de octubre

Navegó al Ouesudueste. Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela *Pinta* una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela *Niña* también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramojos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el Sol, 27 leguas.

Después del sol puesto, navegó a su primer camino al Oueste. Andarían doce millas cada hora, y hasta dos horas después de media noche andarían 90 millas, que son 22 leguas y media. Y porque la carabela *Pinta* era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas que el Almirante había mandado. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de Triana (38). Puesto que el Almirante, a las diez de la no-

(37) Este fue el momento más crítico de todo el viaje. El motín del 6-7 de octubre, localizado sólo en la *Santa María,* se hace ahora general a toda la Armada, incluyendo a los Pinzones. Desprestigiado como estaba el Almirante después de tanta promesa fallida, su posición era delicadísima. Los Pinzones dieron tres días de plazo para encontrar tierra, y si no, regresar, según se desprende de testimonios posteriores contenidos en los Pleitos Colombinos. El profesor Manzano defiende que Colón, ante tanta contrariedad, se vio obligado a revelarles el conocimiento que tenía de las nuevas tierras y sus riquezas.

(38) Su verdadero nombre era, como bien se sabe, el de Juan Rodríguez Bermejo, vecino de los Molinos, en tierra de Sevilla. Sobre este marinero pesa la leyenda —sólo leyenda— de que era judío y que despechado con los reyes por no haberle concedido el premio de 10.000 maravedís prometidos a quien primero viera tierra, se pasó a Africa, haciéndose mahometano (la leyenda la recoge Oviedo, *Historia,* lib. II, c. VI). La explicación de que la historia haya acuñado el nombre de Rodrigo de Triana en lugar del de Juan Rodríguez Bermejo hay que buscarla en la anarquía ortográfica de esa época. Y así el apelli-

che, estando en el castillo de popa, vio lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del Rey, e díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vídola. Díjole también a Rodrigo Sánchez de Segovia, que el Rey y la Reyna enviaban en el armada por veedor (39), el cual no vio nada porque no estaba en lugar do la pudiese ver. Después que el Almirante lo dijo, se vio una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba (40), lo cual a pocos pareciera ser indicios de tierra; pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dijeron la *Salve*, que la acostumbraban decir e cantar a su manera todos los marineros y se hallan todos, rogó y amonestóles el Almirante que hiciesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que veía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los reyes habían prometido, que eran diez mil maravedís de juro a quien primero la viese (41). A las dos horas después de media noche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amaynaron todas las velas, y quedaron con el treo, que es la vela grande, sin bonetas, y pusiéronse a la corda (42), temporizando hasta el día viernes que lle-

do Rodríguez pudo derivar, con el consiguiente error ortográfico, en Rodrigue = Rodriguo = Rodrigo. Cualquier extranjero ha encontrado siempre dificultades a la hora de captar ciertas diferencias ortográficas (gue/ge y por extensión guo/go). No se olvide que quien transcribió esto fue el extranjero Cristóbal Colón (Varela, *Cristóbal Colón, Textos y documentos*, Madrid, 1982, p. XLI).

(39) Inspector real encargado de vigilar el buen funcionamiento económico de una empresa.

(40) A las 10 de la noche podrían estar como mínimo a unas 35 ó 40 millas de tierra (unos 50/60 kms.). A esa distancia ni fuego, ni lumbre, ni candelas, ni nada pudo ver Colón. Lo vio en su imaginación, eso sí.

(41) Este juro o pensión perpetua con cargo a las rentas del Estado —en este caso sobre las carnicerías de Córdoba— fue concedido a Cristóbal Colón, quien, a su vez, cedió su disfrute a Beatriz Enríquez de Arana, madre de Hernando Colón. Para valorar comparativamente la cantidad de 10.000 maravedís, téngase en cuenta que un marinero de esta expedición cobró 12.000 maravedís al año y un grumete 8.000.

(42) *Ponerse o estar a la corda*, *ponerse al pairo*, *estar a la capa o capear* es la misma maniobra que se pone en práctica cuando se desea permanecer por algún tiempo en la misma posición. Hernando habla también de *quedarse al reparo*, *barloventear* o *voltejear*: dar bordadas cortas con paño reducido y viento por el través, casi siempre sobre el mismo rumbo. Esta operación es más molesta que *estar a la capa* porque hay que gobernar y maniobrar con

garon a una isleta de los Lucayos, que se llamaba en lengua de Indios Guanahani (43). Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera real, y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña, con una F y una Y, encima de cada letra su corona, una de un cabo de la + y otra de otro. Puesto en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron por escrito (44). Luego se juntó allí mucha gente de la Isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento de estas Indias: «*Yo* dice él, *porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a Nuestra Santa Fe con Amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos*

las velas, pero el navío está siempre bajo control y no hay peligro de derivar sobre algún bajío desconocido. Morison (*El Almirante...*, p. 15) sostiene que esto es lo que hizo Colón en esta ocasión.

(43) Bautizada por Colón como San Salvador y hoy día llamada Watlings Island, en el archipiélago de las Bahamas. El nombre Guanahaní deriva de la palabra indígena iguana, reptil o lagarto de América.

(44) Aunque no conocemos el documento de toma de posesión de la primera tierra americana, no sería muy distinto de otros posteriores. Para cualquier descubridor se convertirá en adelante en un rito cuidadosamente transcrito por el escribano de turno. En él nunca faltaban el pregón y la bandera real extendida, la fórmula pomposa y detallada de cuanto se tomaba posesión, el corte con la espada de árboles y ramas seguido del gesto simbólico de volverlos a plantar, las cruces sembradas por el terreno y en las cortezas de los árboles. etc. (F. Morales Padrón, *Descubrimiento y toma de posesión*, A.E.A., XXI (1955), p. 321). La legislación de principios romanistas vigentes en la España cristiana justifica la legitimidad de tal hecho.

a donde nos estábamos, nadando y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuenticillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de 30 años, muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos casi como sedas de cola de caballos y cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. De ellos se pintan de prieto (45), y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y de ellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y de ellos de lo que hallan; y se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y de ellos solos los ojos, y de ellos sólo la nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algún hierro; sus azagayas son unas varas sin hierro, y algunas de ellos tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza y buenos gestos, bien hechos. Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hize señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban cerca y los querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vi, salvo papagayos en esta Isla.» Todas son palabras del Almirante.

Sábado, 13 de octubre

«*Luego que amaneció, vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo, y todos de buena estatura, gente muy hermosa; los cabellos no crespos, salvo*

(45) Negro.

corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que hasta aquí haya visto; y los ojos muy hermosos y no pequeños; y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues está Lesteoueste con la Isla de Hierro en Canarias, so una línea; las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. Ellos vinieron a la nao con almadías (46), que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, en que en algunos venían 40 y 45 hombres, y otras más pequeñas, hasta haber de ellas en que venían un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero, y anda a maravilla, y si se le trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón hilado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro. Y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado con un agujero que tienen a la nariz. Y por señas pude entender que, yendo al Sur o volviendo la Isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vi que no entendían en la ida. Determiné de aguardar hasta mañana en la tarde y después partir para el Sudueste, que según muchos de ellos me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste; y que estas del Norueste les venían a combatir muchas veces, y así ir al Sudueste a buscar el oro y piedras preciosas. Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla. Y esta gente harto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar, mas todo lo que tiene(n) lo dan por cualquier cosa que les den, que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban (47), hasta que vi dar 16 ovillos de algodón por tres ceotís de Portugal (48),

(46) La palabra almadía que Colón emplea para referirse a las canoas, es la misma que emplearon los portugueses al referirse a las piraguas del Africa Occidental. Cita expresamente a las canoas el día 26 de octubre.

(47) Rescatar o resgatar es la operación de obtener mercancías por trueque.

(48) Moneda de cobre portuguesa acuñada en tiempos de Juan I para conmemorar la toma de Ceuta en 1415.

que es una blanca de Castilla (49) y en ellos habría más de una arroba de algodón hilado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para Vuestras Altezas, si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta Isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe. Y también aquí nace el oro que traen colgado a la nariz, mas, por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango (50). Ahora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías.

Domingo, 14 de octubre

«En amanecido mandé aderezar el batel (51) de la nao y las barcas de las carabelas, y fue al luengo de la Isla en el camino del Nornordeste, para ver la otra parte, que era de la parte del Leste, qué había. Y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres, y la gente que venía todos a la playa llamándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros otras cosas de comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venido(s) del Cielo (52). Y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos, hombres y mujeres: "venid a ver los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y beber." Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios echándose al suelo, y levantaban las manos al Cielo, y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra, mas yo temía de ver una grande restinga (53) de piedras que cerca toda aquella isla alrededor y entremedias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad, y la entrada de ello muy angosta. Es verdad que dentro de esta cinta hay algunas bajas, mas la mar no se mueve más que dentro en un pozo. Y para ver todo esto me moví esta mañana, porque supiese dar de todo relación a Vuestras Altezas, y también adónde pudiera ha-

(49) Moneda de cobre que valía medio maravedí.

(50) Este es el principal objetivo colombino. Desde Marco Polo, la isla de Cipango es sinónimo de oro, mucho oro.

(51) Barco pequeño empleado para saltar a tierra.

(52) En las mitologías de algunos pueblos, tanto de las Antillas (taínos) como del Continente (aztecas, mayas) quedaba recogida esta creencia.

(53) Restinga o restringa: conjunto de piedras cerca de la costa, cordón de rocas. Para Las Casas es un arrecife que cerca toda la isla en redondo.

cer fortaleza, y vi un pedazo de tierra que se hace como isla, aunque no lo es, en que había seis casas, el cual se pudiera atajar en dos días por isla, aunque yo no veo ser necesario, porque esta gente es muy simplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hice tomar para les llevar y aprender nuestra habla y volverlos, salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puedenlos todos llevar a Castilla o tenerlos en la misma Isla cautivos, porque con cincuenta hombres los tendrá(n) todos sojuzgados, y los hará(n) hacer todo lo que quisiere(n). Y después, junto a la dicha isleta, están huertas de árboles, las más hermosas que yo vi, e tan verdes y con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de mayo, y mucha agua. Yo miré todo aquel puerto y después me volví a la nao y di la vela, y vide tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía tomado, me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número y nombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande y aquella determiné andar, y así hago, y será lejos desta de San Salvador cinco leguas; y las otras dellas más, dellas menos. Todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque estos son muy símplices y muy lindos cuerpos de hombres.»

Lunes, 15 de octubre

Había temporejado (55) esta noche con temor de no llegar a tierra a surgir antes de la mañana, por no saber si la costa era limpia de bajas (56), y en amaneciendo cargar velas (56). Y como la isla fuese más lejos de cinco leguas, antes será siete, y la marea me detuvo, sería mediodía cuando llegué a la dicha isla, y hallé que aquella haz que es de la parte de la isla de San Salvador se corre Norte Sur y han en ella 5 leguas, y la otra que yo seguí se corría Leste Oueste, y han en ella más de diez leguas. Y como de esta isla vide otra mayor al Oueste, cargué las velas por andar todo aquel día hasta la noche, porque aun no

(54) También en esto tuvo suerte Colón, puesto que el primer contacto con indígenas americanos se produjo ante el pueblo más pacífico y simple de todo ese área.

(55) Temporejar o capear (nota 42).

(56) Desplegar las velas.

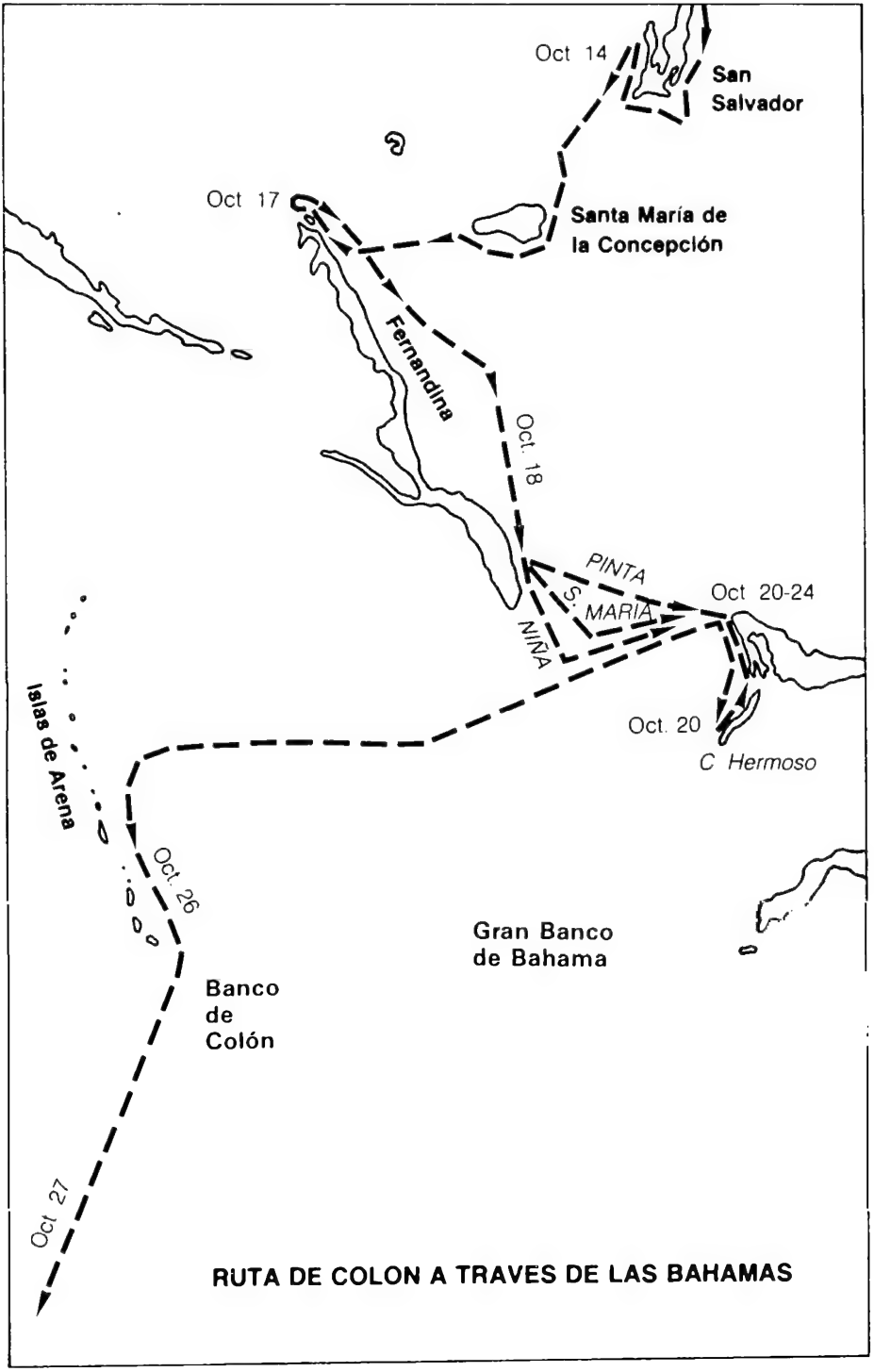
pudiera haber andado al cabo del Oueste, a la cual puse nombre la isla de Santa María de la Concepción (43). Y casi al poner del Sol surgía acerca del dicho cabo por saber si había allí oro, porque estos que yo había hecho tomar en la Isla de San Salvador me decían que ahí traían manillas de oro muy grandes a las piernas y a los brazos. Yo bien creí que todo lo que decían era burla para se huir. Con todo, mi voluntad era de no pasar por ninguna isla de que no tomase posesión, puesto que, tomado de una, se puede decir de todas. Y surgí e estuve hasta hoy martes que, en amaneciendo, fui a tierra con las barcas armadas, y salí; y ellos, que eran muchos, así desnudos y de la misma condición de la otra isla de San Salvador, nos dejaron ir por la isla y nos daban lo que les pedía. Y porque el viento cargaba a la traviesa Sueste, no me quise detener y partí para la nao, y una almadía grande estaba a bordo de la carabela Niña *y uno de los hombres de la Isla de San Salvador, que en ella era, se echó a la mar, y se fue en ella; y la noche de antes, a medio echado el otro y fue atrás la almadía, la cual huyó que jamás fue barca que le pudiese alcanzar, puesto que le teníamos grande (58); con todo, dio en tierra y dejaron la almadía; y algunos de los de mi compañía salieron en tierra tras ellos, y todos huyeron como gallinas. Y la almadía que habían dejado la llevamos a bordo de la carabela* Niña, *adonde ya de otro cabo venía otra almadía pequeña con un hombre que venía a rescatar un ovillo de algodón; y se echaron algunos marineros a la mar, porque él no quería entrar en la carabela, y le tomaron. Y yo que estaba a la popa de la nao, que vide todo, envié por él y le di un bonete colorado y unas cuentas de vidrio verdes, pequeñas, que le puse al brazo, y dos cascabeles que le puse a las orejas, y le mandé volver a su almadia, que también tenía en la barca, y le envié a tierra. Y di luego la vela para ir a la otra isla grande que yo veía al Oueste, y mandé largar también la otra almadía que traía la carabela* Niña *por popa; y vide después en tierra, al tiempo de la llegada del otro a quien yo había dado las cosas susodichas y no le había querido tomar el ovillo de algodón, puesto que me lo quería dar, y todos se llegaron a él, y tenía a gran maravilla, e bien le pareció que éramos buena gente, y que el otro que se había huido nos había hecho algún daño y que por esto lo llevábamos. Y a esta razón*

(57) El nombre moderno parece ser Cayo Rum.
(58) Muy lejos, muy adelante.

usé esto con él, de le mandar alargar, y le di las dichas cosas, porque nos tuviese en estima, porque otra vez cuando Vuestras Altezas aquí tornen a enviar no hagan mala compañía; y todo lo que yo le di no valía cuatro maravedís. Y así partí, que serían las diez horas, con el viento Sueste, y tocaba de sur para pasar a esta otra isla, la cual es grandísima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hacen señas que hay muy mucho oro, y que lo traen en los brazos en manillas, y a las piernas, y a las orejas, y al nariz y al pescuezo. Y había de esta Isla de Santa María a esta otra nueve leguas Leste Oueste, y se corre toda esta parte de la isla Norueste Sueste. Y se parece que bien habría en esta costa más de veintiocho leguas en esta faz. Y es muy llana, sin montaña ninguna, así como aquella de Sant Salvador y de Santa María, y todas playas sin roquedos, salvo que a todas hay algunas peñas acerca de tierra debajo del agua, por donde es menester abrir el ojo cuando se quiere surgir e no surgir mucho aunque cerca de tierra, las aguas son siempre muy claras y se ve el fondo. Y desviado de tierra dos tiros de lombarda, hay en todas estas islas tanto fondo, que no se puede llegar a él. Son estas islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces, y puede haber muchas cosas que yo no sé, porque no me quiero detener por calar y andar muchas islas para hallar oro. Y pues éstas dan así estas señas, que lo traen a los brazos y a las piernas, y es oro, porque les mostré algunos pedazos del que yo tengo, no puedo errar con el ayuda de Nuestro Señor, que yo no le halle adonde nace. Y estando a medio golfo de estas dos islas —es de saber, de aquella de Santa María y de esta grande, a la cual pongo nombre la Fernandina (59)—, hallé un hombre solo en una almadía que se pasaba de la isla de Santa María a la Fernandina, y traía un poco de su pan, que sería tanto como el puño y una calabaza de agua y un pedazo de tierra bermeja hecha en polvo y después amasada, y unas hojas secas (60) que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trajeron en San Salvador de ellas en presente; y traía un cestillo a su guisa en que tenía un ramalejo de cuentecillas de vidrio y dos blancas, por las cuales conocí que él venía de la isla de San Salvador, y habí(a) pasado a aquella de Santa María y se pasaba a la Fernandina; el cual se llegó a la nao; yo le hice en-

(59) Bautizada así en honor del rey Fernando. Actual isla Long, haciendo honor a su forma geográfica: muy larga y estrecha.

(60) Parece ser que se refiere al tabaco (ver nota 94).



RUTA DE COLON A TRAVES DE LAS BAHAMAS

trar, que así lo demandaba él, y le hize poner su almadía en la nao y guardar todo lo que él traía; y le mandé dar de comer pan y miel y de beber. Y así le pasaré a la Fernandina y le daré todo lo suyo, porque dé buenas nuevas de nos, por (que) a Nuestro Señor aplaciendo, cuando Vuestras Altezas envíen acá, que aquellos que vinieren reciban honra y nos den de todo lo que hubiere.»

Martes, 16 de octubre

«Partí de las islas de Santa María de Concepción, que sería ya cerca de medio día, para la isla Fernandina, la cual muestra ser grandísima al Oueste, y navegué todo aquel día con calmería. No pude llegar a tiempo de poder ver el fondo para surgir en limpio, porque es en esto mucho de haber gran diligencia por no perder las anclas; y así temporicé toda esta noche hasta el día, que vine a una población, adonde yo surgí y adonde había venido aquel hombre que yo hallé ayer en aquella almadía a medio golfo, el cual había dado tantas buenas nuevas de nos, que toda esta noche no faltó almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, es a saber, algunas cuentecillas, diez o doce de ellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón de estas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también les mandaba dar, para que comiesen cuando venían en la nao, y miel de azúcar. Y después, a horas de tercia, envié el batel de la nao en tierra por agua; y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adónde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel y se holgaban mucho de nos hacer placer. Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque según puedo entender, en ella o acerca de ella hay mina de oro. Esta isla está desviada de la de Santa María ocho leguas casi Leste Oueste; y este cabo adonde yo vine y toda esta costa se corre Norueste y Sur sudueste, y vide bien veinte leguas de ella, más ahí no acababa. Ahora, escribiendo esto, di la vela con el viento Sur para pasar a rodear toda la isla y trabajar hasta que halle Samaet, que es la isla o ciudad adonde es el oro, que así lo dicen todos estos que aquí vienen en la nao, y nos lo decían los de la isla de San Salvador y de Santa María. Esta gente es semejante a aquellas de las dichas islas, y una habla y unas costum-

bres, salvo que éstos ya me parecen algún tanto más doméstica gente y de trato y más sutiles, porque veo que han traído algodón aquí a la nao y otras cositas, que saben mejor refetar (61) el pagamento que no hacían los otros. Y aun en esta isla vide paños de algodón hechos como mantillos, y la gente más dispuesta, y las mujeres traen por delante su cuerpo una cosita de algodón que escasamente les cobija su natural. Ella es isla muy verde y llana y fertilísima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo (62) y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diferentes de los nuestros, y de ellos muchos que tenían los ramos de muchas y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra. Verbigracia: un ramo tenía las hojas de manera de cañas, y otro de manera de lentisco, y así en un solo árbol de cinco a seis de estas maneras, y todos tan diversos ni éstos son inferidos, porque se pueda decir que el injerto lo hace; antes son por los montes, ni cura dellos esta gente. No le conozco secta ninguna, y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender. Aquí son los peces tan disformes de los nuestros, que es maravilla. Hay algunos hechos como gallos, de los más finos colores del mundo, azules, amarillos, colorados y de todos colores, y otros pintados de mil maneras, y las colores son tan finas, que no hay hombre que no se maraville y no tome gran descanso a verlos; también hay ballenas. Bestias en tierra no vide ninguna de ninguna manera, salvo papagayos y lagartos. Un mozo me dijo que vio una gran culebra. Ovejas ni cabras ni otra ninguna bestia vide aunque yo he estado aquí muy poco, que es medio día; mas si las hubiese, no pudiera errar de ver alguna. El cerco de esta isla escribiré después que yo la hubiere rodeado.»

Miércoles, 17 de octubre

«A mediodía partí de la población adonde yo estaba surgidio y adonde tomé agua para ir a rodear esta isla Fernandina, y el viento era Sudueste y Sur. Y como mi voluntad fuese de seguir esta costa de esta isla adonde yo estaba al Sueste, porque así se corre toda Nornorueste y Sursueste, y quería llevar el di-

(61) Discurrir, regatear.
(62) Parece ser que es el sembrado de maíz.

cho camino de Sur y Sueste, porque aquella parte todos estos indios (63) que traigo y otro de quien hube señas en esta parte del Sur a la isla a que ellos llaman Samaet (64), a donde es el oro, y Martín Alonso Pinzón, capitán de la carabela Pinta, *en la cual yo mandé a tres de estos indios, vino a mí y me dijo que uno de ellos muy certificadamente le había dado a entender que por la parte del Nornorueste muy más presto arrodearía la isla. Yo vi que el viento no me ayudaba por el camino que yo quería llevar, y era bueno por el otro; di la vela al Nornorueste, y cuando fue a cerca del cabo de la isla, a dos leguas, hallé un muy maravilloso puerto con una boca, aunque dos bocas se le puede decir, porque tiene un isleo en medio y son ambas muy angostas y dentro muy ancho para cien navíos si fuera hondo y limpio y hondo a la entrada. Parecióme razón de lo ver bien y sondear, y así surgí fuera dél y fui en él con todas las barcas de los navíos y vimos que no había fondo. Y porque pensé cuando yo le vi que era boca de algún río, había mandado llevar barriles para tomar agua, y en tierra hallé unos ocho o diez hombres que luego vinieron a nos y nos mostraron muy cerca la población, adonde yo envié la gente por agua, parte con armas, otras con barriles; y así la tomaron. Y porque era lejuelos me detuve por espacio de dos horas. En este tiempo anduve así por aquellos árboles, que eran la cosa más hermosa de ver que otra que se haya visto, viendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de mayo en el Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas y así las hierbas y las piedras y todas las naturalezas de otros que hay en Castilla; por ende había muy grande diferencia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda decir ni asemejar a otros de Castilla. La gente toda era una con los otros ya dichos, de las mismas condiciones y así desnudos y de la misma estatura, y daban de lo que tenían por cualquier cosa que les diesen; y aquí vi que unos mozos de los navíos les trocaron azagayas (por) unos pedazuelos de escudillas rotas y de vidrio, y los otros que fueron por el agua me dijeron cómo habían estado en sus casas, y que eran de dentro muy barridas y limpias, y sus camas y paramentos, de cosas que son como redes de algodón (65); ellas, las ca-*

(63) Es la primera vez que llama indios a los indígemas americanos.

(64) La bautiza con el nombre de Isabela, en recuerdo de la reina. Actualmente es la isla Crooked.

(65) Hamacas.

sas, son todas a manera de alfaneques y muy altas y buenas chimeneas, mas no vide entre muchas poblaciones que yo vide ninguna que pasase de doce hasta quince casas. Aquí hallaron que las mujeres casadas traían bragas de algodón, las mozas no, sino salvo algunas que eran ya de edad de diez y ocho años. Y ahí había perros mastines y branchetes (66), *y ahí hallaron uno que había al nariz un pedazo de oro que sería la mitad de un castellano* (67), *en el cual vieron letras. Reñí yo de ellos porque no se lo rescataron y dieron cuanto pedía, por ver qué era y cuya esta moneda era, y ellos me respondieron que nunca se lo osó rescatar. Después de tomada el agua, volví a la nao, y di la vela y salí al Norueste, tanto que yo descubrí toda aquella parte de la isla hasta la costa que se corre Leste Oueste, y después todos estos indios tornaron a decir que esta isla era más pequeña que no la isla Samaet y que sería bien volver atrás por ser en ellas más presto. El viento allí luego nos calmó y comenzó a ventar Ouesnorueste, el cual era contrario para donde habíamos venido, y así tomé la vuelta y navegué toda esta noche pasada al Leste Sueste, y cuándo al Leste todo, cuándo al Sueste, y esto para apartarme de la tierra, porque hacía muy gran cerrazón y el tiempo muy cargado; el era poco y no me dejó llegar a tierra a surgir. Así que esta noche llovió muy fuerte después de media noche hasta casi el día, y aún está nublado para llover, y nos, al cabo de la isla de la parte de Sueste, adonde espero surgir hasta que aclarezca, para ver las otras islas adonde tengo de ir. Y así todos estos días, después que en estas Indias estoy, ha llovido poco o mucho. Crean Vuestras Mercedes Altezas que es esta tierra la mejor y más fértil y temperada y llana y buena que halla en el mundo.»*

Jueves, 18 de octubre

Después que aclareció seguí el viento, y fui en derredor de la isla cuanto pude, y surgí al tiempo que ya no era de navegar, mas no fui en tierra, y en amaneciendo di la vela.

Viernes, 19 de octubre

En amaneciendo levanté las anclas y envié la carabela Pinta al Leste y Sueste, y la carabela Niña al Sursueste, y yo con la

(66) Es una falsa información, porque en el Nuevo Mundo no existían perros así (ver nota 74).

(67) Moneda de oro con un valor de 435 maravedís.

nao fui al Sueste, y dado orden que llevasen aquella vuelta hasta mediodía, y después que ambas se mudasen las derrotas, y se recogieran para mí. Y luego, antes que andásemos tres horas, vimos una isla al Leste sobre la cual descargamos. Y llegamos a ella todos tres los navíos antes de mediodía a la punta del Norte, adonde hace un isleo y una restringa de piedra fuera de él al Norte, y otro entre él y la isla grande, la cual nombraron estos hombres de San Salvador que yo traigo la isla Saomete, a la cual puse nombre la Islabela (68). El viento era Norte, y quedaba el dicho isleo en derrota de la isla Fernandina, de adonde yo había partido Leste Oueste, y se corría después la costa desde el isleo al Oueste, y había en ella doce leguas hasta un cabo, y aquí yo llamé el Cabo Hermoso que es de la parte del Oueste. Y así es hermoso, redondo y muy hondo, sin bajas fuera de él, y al comienzo es de piedra y bajo y más adentro es playa de arena como casi la dicha costa es. Y ahí surgí esta noche viernes hasta la mañana. Esta costa toda y la parte de la isla que yo vi, es toda casi playa, y la isla, la más hermosa cosa que yo vi, que si las otras son muy hermosas, ésta es más. Es de muchos árboles y muy verdes y muy grandes, y esta tierra es más alta que las otras islas halladas, y en ella algún altillo, no que se le pueda llamar montaña, más cosa que hermosea lo otro, y parece de muchas aguas. Allá, al medio de la isla, de esta parte al Nordeste hace una grande angla, y ha muchos arboledos y muy espesos y muy grandes. Yo quise ir a surgir en ella para salir a tierra y ver tanta hermosura, mas era el fondo bajo y no podía surgir salvo largo de tierra, y el viento era muy bueno para venir a este cabo, adonde yo surgí ahora, al cal puse nombre Cabo Hermoso, porque así lo es. Y así no surgí en aquella angla, y aún porque vi este cabo de allá tan verde y tan hermoso, así como todas las otras cosas y tierras de estas islas que yo no sé adónde me vaya primero, ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aún creo que ha en ellas muchas hierbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especiería, mas yo no los conozco, de que llevo grande pena. Y llegando yo aquí a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo. De mañana, antes que yo de aquí vaya, iré en tierra a ver qué es; aquí en

(68) Aunque en el manuscrito aparece de esta manera y puede conducir a error, se trata de Isabela.

el cabo no es la población salvo allá más adentro, adonde dicen estos hombres que yo traigo, que está el rey y que trae mucho oro. Y yo de mañana quiero ir tanto avante que halle la población y vea o haya lengua con este rey que, según éstos, dan las señas, él señorea todas estas islas comarcanas, y va vestido y trae sobre sí mucho oro, aunque no doy mucha fe a sus decires, así por no·les entender yo bien, como en conocer que ellos son tan pobres de oro que cualquiera poco que este rey traiga los parece a ellos mucho. Este, al que yo digo Cabo Hermoso, creo que es isla apartada de Saometo y aún hay ya otra entremedias pequeña. Yo no curo así de ver tanto por menudo, porque no lo podría hacer en cincuenta años, porque quiero ver y descubrir lo más que yo pudiere para volver a Vuestras Altezas, a Nuestro Señor aplaciendo, en abril. Verdad es que, hallando adonde haya oro o especiería en cantidad, me detendré hasta que yo haya de ello cuanto pudiere; y por esto no hago sino andar para ver de topar en ello».

Sábado, 20 de octubre

«Hoy, al Sol salido, levanté las anclas de donde yo estaba con la nao surgido en esta isla de Saometo al cabo del Sudueste, adonde yo puse nombre el Cabo de la Laguna, y a la Isla la Isabela, para navegar al Nordeste y al Leste de la parte del Sueste y Sur, adonde entendí de estos hombres que yo traigo que era la población y el rey de ella. Y hallé todo tan bajo el fondo, que no pude entrar ni navegar a ella, y vide que siguiendo el camino del Sudueste era muy gran rodeo; y por esto determiné de me volver por el camino que yo había traído de Nornordeste de la parte del Oueste, y rodear esta isla para ahí. Y el viento me fue tan escaso, que yo no nunca pude haber la tierra al largo de la costa, salvo en la noche. Y, porque es peligro surgir en estas islas, salvo en el día que se vea con el ojo adónde se echa el ancla, porque es todo manchas, una de limpio y otra de non, yo me puse a temporejar a la vela toda esta noche del domingo. Las carabelas surgieron porque (se) hallaron en tierra temprano y pensaron que a sus señas, que eran acostumbradas de hacer, iría a surgir, mas no quise.»

Domingo, 21 de octubre

«A las diez horas llegué aquí, a este cabo del isleo y surgí, y asimismo las carabelas. Y después de haber comido fui en tierra, adonde aquí no había otra población que una casa, en la cual no hallé a nadie, que creo que con temor se habían huido, porque en ella estaban todos sus aderezos de casa. Yo no le dejé tocar nada, salvo que me salí con estos capitanes y gente a ver la isla, que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledas y muy verdes. Aquí es unas grandes lagunas, y sobre ellas y a la rueda es el arboleado en maravilla, y aquí y en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla. Y después hay árboles de mil maneras y todos dan de su manera fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los conoscer, porque soy bien cierto que todos son cosa de valía y de ellos traigo la demuestra, y asimismo de las hierbas. Andando así en cerco de una de estas lagunas, vi una sierpe (69), la cual matamos y traigo el cuero a Vuestras Altezas. Ella como nos vio se echó en la laguna, nos le seguimos dentro, porque no era muy honda, hasta que con lanzas la matamos; es de siete palmos en largo; creo que de estas semejantes hay aquí en estas lagunas muchas. Aquí conocí del lignaloe y mañana he determinado de hacer traer a la nao diez quintales, porque me dicen que vale mucho. También andando en busca de muy buena agua, fuimos a una población aquí cerca, adonde estoy surto media legua, y la gente de ella, como nos sintieron, dieron todos a huir y dejaron las cosas y escondieron su ropa y lo que tenían por el monte. Yo no dejé tomar nada, ni la valía de un alfiler. Después se llegaron a nos unos hombres de ellos, y uno se llegó aquí. Yo di unos cascabeles y unas cuentecillas de vidrio y quedo muy contento y muy alegre; y porque la amistad creciese más y los requiriese algo, le hice pedir agua, y ellos, después que fui en la nao, vinieron luego a la playa con sus calabazas llenas y holgaron mucho de dárnosla. Y yo les mandé dar otro ramalejo de cuentecillas de vidrio, y dijeron que mañana ven-

(69) Una *iguana debió ser ésta*, dice Las Casas al margen.

drían acá. Yo quería henchir aquí toda la vasija de los navíos de agua; por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla hasta que yo haya lengua con este rey y ver si puedo haber del oro que oigo que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman Colba (70), en la cual dicen que hay naos y mareantes muchos y muy grandes, y desta isla hay otra que llaman Bohio (71), que también dicen que es muy grande. Y a las otras que son entremedio veré así de pasada, y según yo hallare recaudo de oro o especería determinaré lo que he de hacer. Mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay (72), y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella.»

Lunes, 22 de octubre

«Toda esta noche y hoy estuve aquí aguardando si el rey de aquí o otras personas traerían oro o otra cosa de sustancia, y vinieron muchos de esta gente, semejantes a los otros de las otras islas, así desnudos y así pintados, de ellos de blanco, de ellos de colorado, de ellos de prieto y así de muchas maneras. Traían azagayas y algunos ovillos de algodón a resgatar, el cual trocaban aquí con algunos marineros por pedazos de vidrio, de tazas quebradas, y por pedazos de escudillas de barro. Algunos de ellos traían algunos pedazos de oro colgado al nariz, el cual de buena gana daban por un cascabel de estos de pie de gavilano y por cuentecillas de vidrio, mas es tan poco que no es nada. Que es verdad que cualquier poca cosa que se les dé, ellos también tenían a gran maravilla nuestra venida, y creían que éramos venidos del cielo. Tomamos agua para los navíos en una laguna que aquí está acerca del cabo del isleo, que así ha nombre; y en la dicha laguna Martín Alonso Pinzón, capitán de la

(70) Cuba.

(71) Haití o La Española, compartida en la actualidad por los estados de Haití y de República Dominicana.

(72) Quinsay se había convertido en un símbolo de riqueza desde que Marco Polo cantara sus excelencias. El objetivo asiático era tan claro en Colón que entre los documentos dados por los reyes castellanos estaba una carta de amistad para el Gran Khan.

Pinta, mató una sierpe, tal como la otra de ayer de siete palmos. Y fice tomar aquí el liñaloe cuanto se halló».

Martes, 23 de octubre

«Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza de ella y riqueza, y no me detendré más aquí ni iré esta isla alrededor para ir a la población, como tenía determinado, para haber lengua con este Rey o Señor, que es por no me detener mucho, pues veo que aquí no hay mina de oro, y al rodear de estas islas ha menester muchas maneras de viento, y no vienta así como los hombres querrían. Y pues he de andar adonde haya trato grande, digo que no es razón de se detener, salvo ir a camino y calar mucha tierra hasta topar en tierra muy provechosa, aunque mi entender es que ésta sea muy provechosa de especiería, mas que yo no la conozco, que llevo la mayor pena del mundo, que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta y verde ahora como en España en el mes de mayo y junio y mil maneras de hierbas, eso mismo con flores, y de todo no se conoció salvo este liñaloe de que hoy mandé también traer a la nao mucho para llevar a Vuestras Altezas. Y no he dado ni doy la vela para Cuba porque no hay viento, salvo calma muerta, y llueve mucho y llovió ayer mucho sin hacer ningún frío; antes el día hacer calor y las noches temparadas como en mayo en España en el Andalucía».

Miércoles, 24 de octubre

«Esta noche a media noche levanté las anclas de la Isla Isabela del cabo del Isleo, que es de la parte del Norte, adonde yo estaba posado para ir a la Isla de Cuba, a donde oí de esta gente que era muy grande y de gran trato y había en ella oro y especierías y naos grandes y mercaderes, y me mostró que al Ouessudueste iría a ella; y yo así lo tengo, porque creo que si es así como por señas que me hicieron todos los indios de estas islas y aquellos que llevo yo en los navíos, porque por lengua no los entiendo, es la Isla de Cipango, de que se cuentan cosas maravillosas; y en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca. Y así navegué hasta el día

al Ouesudeste, y amaneciendo calmó el viento y llovió, y así casi toda la noche. Y estuve así con poco viento hasta que pasaba de medio día y entonces tornó a ventar muy amoroso, y llevaba todas mis velas de la nao: maestra y dos bonetas y trinquete y cebadera y mesana y vela de gabia, y el batel por popa. Así anduve el camino hasta que anocheció, y entonces me quedaba el Cabo Verde de la Isla Fernandina, el cual es de la parte de Sur a la parte de Oueste, me quedaba al Norueste, y hacía de mí a el siete leguas. Y porque ventaba ya recio y no sabía yo cuanto camino hubiese hasta la dicha Isla de Cuba, y por no la ir a demandar de noche, porque todas estas islas son muy hondas a no hallar fondo todo enderredor salvo a tiro de dos lombardas, y esto es todo manchado: un pedazo de roquedo y otro de arena, y por esto no se puede seguramente surgir salvo a vista de ojo. Y por tanto acordé de amainar las velas todas, salvo el trinquete, y andar con él, y de a un rato crecía mucho el viento y hacía mucho camino de que dudaba, y era muy gran cerrazón y llovía. Mandé amainar el trinquete y no anduvimos esta noche dos leguas, etc.».

Jueves, 25 de octubre

Navegó después del Sol salido al Oueste Sudueste hasta las nueve horas; andarían 5 leguas. Después mudó el camino al Oueste. Andaban 8 millas por hora hasta la una después de medio día, y de allí hasta las tres y andarían 44 millas. Entonces vieron tierra, y eran siete u ocho islas, en luengo todas de Norte a Sur; distaban de ellas 5 leguas, etc.

Viernes, 26 de octubre

Estuvo de las dichas islas de la parte del Sur. Era todo bajo cinco o seis leguas; surgió por allí. Dijeron los indios que llevaba que había de ellas a Cuba andadura de día y medio con sus almadias, que son navetas de un madero a donde no llevan vela. Estas son las canoas.Partió de allí para Cuba, porque por las señas que los indios le daban de la grandeza y del oro y perlas de ella, pensaba que era ella, conviene a saber, Cipango.

Sábado, 27 de octubre

Levantó los anclas salido el sol, de aquellas islas, que llamó las islas de arena (73), por el poco fondo que tenían de la parte del Sur hasta seis leguas. Anduvo ocho millas por hora hasta la una del día al Sursudueste, y habrían andado 40 millas, y hasta la noche andarían 28 millas al mismo camino, y antes de noche vieron tierra. Estuvieron la noche al reparo con mucha lluvia que llovió. Anduvieron el sábado hasta el poner del sol 17 leguas al Sursudueste.

Domingo, 28 de octubre

Fué de allí en demanda de la Isla de Cuba al Sursudueste, a la tierra de ella más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de bajas ni de otros inconvenientes, y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y muy limpio hasta tierra. Tenía la boca del río doce brazas, y es bien ancha para barloventear. Surgió dentro, diz que a tiro de lombarda. Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, hermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana. Saltó el Almirante en la barca y fue a tierra y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró (74); y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles y anzuelo de cuerno y fisgas de hueso y otros aparejos de pescar y muchos huegos dentro, y creyó que en cada una casa se ayuntaban muchas personas. Mandó que no se tocase en cosa de todo ello, y así se hizo. La hierba era grande como en el Andalucía

(73) Llamado Banco de Colón en honor suyo. Hoy lo ocupan las islas Brulle.

(74) Sorprendió a todos los españoles encontrarse con un tipo de perro pequeño, domesticado, bien cebado y silencioso, tan diferente a los lebreles castellanos. Los indios utilizaban su carne como alimento. Los españoles los tendrán en gran estima cuando el hambre los agobie.

por abril y mayo. Halló verdolagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato y era diz que gran placer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dejarlas para se volver. Dice que es aquella isla la más hermosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos, y la mar que parecía que nunca se debía de alzar, porque la hierba de la playa llegaba hasta casi el agua, la cual no suele llegar adonde la mar es brava. Hasta entonces no había esperimentado en todas aquellas islas que la mar fuese brava. La isla dice que es llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo altas, y toda la otra tierra es alta de la manera de Sicilia. Llena es de muchas aguas, según puedo entender de los indios que consigo lleva, que tomó en la isla de Guanahani, los cuales le dicen por señas que hay diez ríos grandes y que con sus canoas no la pueden cercar en 20 días. Cuando iba a tierra con los navíos, salieron dos almadias o canoas, y como vieron que los marineros entraban en la barca y remaban para ir a ver el fondo del río para saber donde habían de surgir, huyeron las canoas. Decían los indios que en aquella isla había minas de oro y perlas, y vido el Almirante lugar apto para ellas y almejas, que es señal de ellas. Y entendía el Almirante que allí venían naos del gran Can, y grandes y que de allí a tierra firme había jornada de diez días (75). Llamó el Almirante aquel río y puerto de San Salvador (76).

Lunes, 29 de octubre

Alzó las anclas de aquel puerto y navegó al Poniente para ir diz que a la ciudad donde le parecía que le decían los indios que estaba aquel rey. Una punta de la isla le salía al Norueste seis leguas de allí; otra punta le salía al Leste diez leguas. Andada otra legua, vió un río no tan grande de entrada, al cual puso nombre el río de la Luna. Anduvo hasta hora de vísperas. Vió otro río muy más grande que los otros, y así se lo dijeron

(75) Sorprende esta afirmación colombina cuando está harto de repetir que no entiende a los indios. Ha sido interpretada como prueba de que Colón tenía informaciones anteriores a este viaje.

(76) Divisaron Cuba el día 27 y arribaron a la costa nordoriental (actual bahía Bariay) el 28. Colón la llamará Juana en memoria del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos. Sin embargo, el nombre de Cuba sobrevivirá a ese y a otros dos dados posteriormente (Santiago y Fernandina).

por señas los indios, y cerca de él vió buenas poblaciones de casas; llamó al río el río de Mares (77). Envió dos barcas a una población por haber lengua, y a una de ellas un indio de los que traía, porque ya los entendían algo y mostraban estar contentos con los cristianos; de las cuales todos los hombres y mujeres y criaturas huyeron, desamparando las casas con todo lo que tenían; y mandó el Almirante que no se tocase en cosa. Las casas diz que eran ya más hermosas que las que había visto, y creía que cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores. Eran hechas a manera de alfaneques muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá y de dentro muy barridas y limpias y sus aderezos muy compuestos. Todas son de ramos de palma, muy hermosos. Hallaron muchas estatuas en figura de mujeres y muchas cabezas en manera de carantona muy bien labradas; no sé si esto tienen por hermosura o adoran en ellas. Había perros que jamás ladraron. Había avecitas salvajes mansas por sus casas. Había maravillosos aderezos de redes y anzuelos y artificios de pescar. No le tocaron en cosa de ello. Creyó que todos los de la costa debían de ser pescadores que llevan el pescado la tierra dentro, porque aquella isla es muy grande y tan hermosa que no se hartaba de decir bien de ella. Dice que halló árboles y frutas de muy maravilloso sabor; y dice que debe haber vacas en ella y otros ganados, porque vió cabezas en hueso que le parecieron de vaca (78). Aves y pajaritos y el cantar de los grillos en toda la noche con que se holgaban todos. Los aires sabrosos y dulces de toda la noche, ni frío ni caliente; mas por el camino de las otras islas aquella dice que hacía gran calor y allí no, salvo templado como en mayo. Atribuye el calor de las otras islas por ser muy llanas y por el viento que traían hasta allí ser Levante y por eso cálido. El agua de aquellos ríos era salada a la boca; no supieron de donde bebían los indios, aunque tenían en sus casas agua dulce. En este río podían los navíos voltejear para entrar y para salir; y tienen muy buenas señas o marcas; tienen siete u ocho brazas de fondo a la boca y dentro cinco. Toda aquella mar dice que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla, y el agua aparejada para criar perlas. Halló caracoles gran-

(77) Actual puerto Gibara. Las Casas lo identifica con el puerto de Baracoa. En Río de Mares, Colón se detendrá casi dos semanas.

(78) Según Las Casas debe tratarse del manatí: *un pescado muy grande, como grandes terneras, que tienen el cuerpo sin escama como el de ballena y la cabeza cuasi como de vaca* (Las Casas, *Historia* lib. I, cap. 44).

des, sin sabor, no como los de España. Señala la disposición del río y del puerto que arriba dijo y nombró San Salvador, que tiene sus montañas hermosas y altas como la Peña de los Enamorados (79), y una de ellas tiene encima otro montecillo a manera de una hermosa mezquita. Este otro río y puerto en que ahora estaba tiene de la parte del Sueste dos montañas así redondas, y de la parte del Oueste Norueste un hermoso cabo llano que sale fuera.

Martes, 30 de octubre

Salió del río de Mares al Norueste, y vió cabo lleno de palmas y púsole Cabo de Palmas, después de haber andado quince leguas. Los indios que iban en la carabela *Pinta* dijeron que detrás de aquel Cabo había un río, y del río a Cuba había cuatro jornadas, y dijo el Capitán de la *Pinta* que entendía que esta Cuba era ciudad y que aquella tierra era tierra firme muy grande, que va mucho al Norte y que el rey de aquella tierra tenía guerra con el Gran Can (80), al cual ellos llamaban Camy, y a su tierra o ciudad, Saba, y otros muchos nombres. Determinó el Almirante de llegar a aquel río y enviar un presente al rey de la tierra y enviarle la carta de los reyes, y para ella tenía un marinero, que había andado en Guinea en lo mismo, y ciertos indios de Guanahani que querían ir con él, con que después los tornasen a su tierra. Al parecer del Almirante, distaba de la línea equinoccial 42 grados hacia la banda del Norte (81), si no está corrupta la letra de donde trasladé esto; y dice que había de trabajar de ir al Gran Can, que pensaba que estaba por allí o a la ciudad de Catay, que es del Gran Can, que dice que es muy grande, según le fué dicho antes que partiese de España. Toda aquella tierra dice ser baja, y hermosa y honda la mar.

(79) Cerca de Antequera.

(80) Pareció confundirles la referencia que los indios hacían de una provincia interior que llamaban *Cubanacán*.

(81) Su latitud real es 21°06'N. El intento de explicar tan descomunal error ofrece versiones para todos los gustos. Unos lo achacan a los escasos conocimientos colombinos sobre navegación de altura; mientras que otros lo consideran intencionado para mantener en secreto la situación de las nuevas tierras descubiertas ante las naciones rivales —Portugal— o ante sus propios compañeros de navegación.

Miércoles, 31 de octubre

Toda la noche martes anduvo barloventeando, y vió un río donde no pudo entrar por ser baja la entrada, y pensaron los indios que pudieran entrar los navíos como entraban sus canoas. Y navegando adelante, halló un cabo que salía muy fuera y cercado de bajos, y vido una concha o bahía donde podían estar navíos pequeños; y no lo pudo encabalgar porque el viento se había tirado del todo al Norte y toda la costa se corría al Nornoroeste y Sueste, y otro cabo que vió adelante le salía más afuera. Por esto y porque el cielo mostraba de ventar recio se hubo de tornar al río de Mares.

Jueves, 1 de noviembre

En saliendo el Sol, envió el Almirante las barcas a tierra a las casas que allí estaban, y hallaron que era toda la gente huída; y desde a buen rato pareció un hombre y mandó el Almirante que lo dejasen asegurar, y volviéronse las barcas. Y después de comer tornó a enviar a tierra uno de los indios que llevaba, el cual desde lejos le dió voces diciendo que no tuviesen miedo porque eran buena gente y no hacían mal a nadie, ni eran del Gran Can, antes daban de lo suyo en muchas islas que habían estado; y echóse a nadar el indio y fue a tierra, y dos de los de allí lo tomaron de brazos y llevároнlo a una casa donde se informaron de él. Y como fueron ciertos que no se les había de hacer mal, se aseguraron y vinieron luego a los navíos más de diez y seis almadías o canoas con algodón hilado y otras cosillas suyas, de las cuales mandó el Almirante que no se tomase nada, porque supiesen que no buscaba el Almirante salvo oro, a que ellos llaman nucay (82). Y así en todo el día anduvieron y vinieron de tierra a los navíos, y fueron de los cristianos a tierra muy seguramente. El Almirante no vió a algunos de ellos, pero dice el Almirante que vió a uno de ellos un pedazo de plata labrado colgado a la nariz, que tuvo por señal que en la tierra había plata. Dijeron por señas que antes de tres días vendrían muchos mercaderes de la tierra adentro a comprar de las cosas que allí llevan los cristianos y darían nuevas del rey de

(82) Las Casas cree que no entendían a los indios porque éstos al oro lo llamaban *caona* y no *nucay*.

aquella tierra, el cual, según se pudo entender por las señas que daban, que estaba de allí cuatro jornadas, porque ellos habían enviado muchos por toda la tierra a le hacer saber del Almirante. «*Esta gente,* dice el Almirante, *es de la misma calidad y costumbre de los otros hallados, sin ninguna secta que yo conozca; que hasta hoy a aquestos que traigo no he visto hacer ninguna oración, antes dicen la Salve y el Ave María con las manos al Cielo como le amuestran, y hacen la señal de la cruz. Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas estas islas, y que tengan guerra con el Gran Can, a que ellos llaman Cavila y a la Provincia Bafan. Y así andan también desnudos como los otros*». Esto dice el Almirante. El río dice que es muy hondo, y en la boca pueden llegar los navíos con el bordo (83) hasta tierra; no llega el agua dulce a la boca con una legua, y es muy dulce. «*Y es cierto,* dice el Almirante, *que esta es la tierra firme, y que estoy,* dice él, *ante Zayto y Quinsay cien leguas poco más o poco menos lejos de lo uno y de lo otro, y bien se demuestra por la mar que viene de otra suerte que hasta aquí no ha venido, y ayer que iba al Norueste hallé que hacía frío* (84).

Viernes, 2 de noviembre

Acordó el Almirante enviar dos hombres españoles: el uno se llamaba Rodrigo de Xerez, que vivía en Ayamonte, y el otro era Luis de Torres, que había vivido con el Adelantado de Murcia y había sido judío, y sabía dice que hebraico y caldeo y aun algo arábigo; y con estos envió dos indios: uno de los que consigo traía de Guanahani, y el otro de aquellas casas que en el río estaban poblados. Dióles sartas de cuentas para comprar de comer si les faltaba, y seis días de término para que volviesen. Dióles muestras de especería para ver si alguna de ellas topasen. Dióles instrucción de como habían de preguntar por el rey de aquella tierra y lo que le habían de hablar de parte de los Reyes de Castilla, cómo enviaban al Almirante para que les diese de su parte sus cartas y un presente y para saber de su estado y cobrar amistad con él, y favorecerle en lo que hubiese de ellos menes-

(83) Bordo es el *costado del navío de la parte de fuera.*

(84) La mejor opinión sobre este pasaje la escribe al margen Las Casas cuando dice: *esta algarabía no entiendo yo.*

ter, etc., y que supiesen de ciertas provincias y puertos y ríos de que el Almirante tenía noticia y cuanto distaban de allí, etc. Aquí tomó el Almirante la altura con un cuadrante esta noche, y halló que estaba 42 grados de la línea equinocial, y dice que por su cuenta halló que había andado desde la isla del Hierro mil y ciento y cuarenta y dos leguas, y todavía afirma que aquella es tierra firme (85).

Sábado, 3 de noviembre

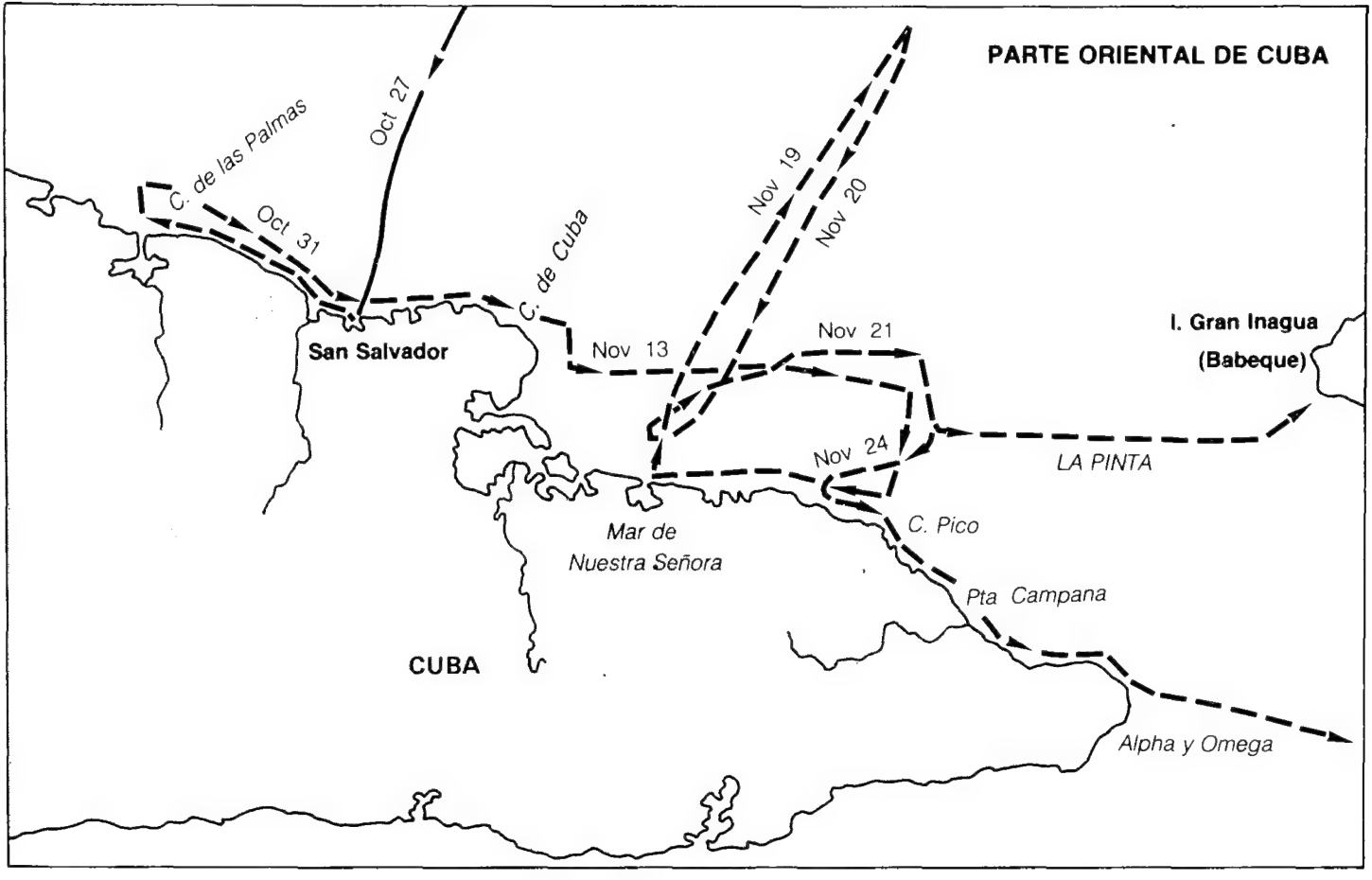
En la mañana entró en la barca el Almirante, y porque hace el río en la boca un gran lago, el cual hace un singularísimo puerto muy hondo y limpio de piedras, muy buena playa para poner navíos a monte (86) y mucha leña, entró por el río arriba hasta llegar al agua dulce, que sería cerca de dos leguas, y subió en un montecillo por descubrir algo de la tierra, y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales [eran] muy frescas, odoríferas, por lo cual dice no tener duda que no haya hierbas aromáticas. Dice que todo era tan hermoso lo que veía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y pajaritos. Vinieron en aquel día muchas almadías o canoas a los navíos a rescatar cosas de algodón hilado y redes en que dormían, que son hamacas.

Domingo, 4 de noviembre

Luego, en amaneciendo, entró el Almirante en la barca y salió a tierra a cazar de las aves que el día antes había visto. Después de vuelto, vino a él Martín Alonso Pinzón con dos pedazos de canela, y dijo que un portugués que tenía en su navío había visto a un indio que traía dos manojos de ella grandes, pero que no se la osó rescatar por la pena que el Almirante tenía puesta que nadie rescatase. Decía más: que aquel indio traía unas cosas bermejas como nuezes. El contramaestre de la *Pinta* dijo que había hallado árboles de canela. Fue el Almirante luego allá y halló que no eran. Mostró el Almirante a unos indios

(85) Según los cálculos previos todo ajustaba (ver nota 34).

(86) Poner los navíos en tierra para carenar y limpiar su casco. La más necesitada debía ser la *Santa María.*


PARTE ORIENTAL DE CUBA
C. de las Palmas
Oct 27
Oct 31
C. de Cuba
Nov 19
Nov 20
San Salvador
Nov 13
Nov 21
I. Gran Inagua
(Babeque)
Nov 24
LA PINTA
C. Pico
Mar de
Nuestra Señora
Pta Campana
CUBA
Alpha y Omega

de allí canela y pimienta (87) —parece que de la que llevaba de Castilla para muestra— y conociéronla, dice que, y dijeron por señas que cerca de allí había mucho de aquello al camino del Sudeste. Mostróles oro y perlas y respondieron ciertos viejos que en un lugar que llamaban Bohío (88) había infinito y que lo traían al cuello y a las orejas y a los brazos y a las piernas, y también perlas. Entendió más, que decían que había naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sueste. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían la sangre y le cortaban su natura (89). Determinó de volver a la nao el Almirante a esperar los dos hombres que habían enviado, para determinar de partirse a buscar aquellas tierras, si no trajesen aquéllos alguna buena nueva de lo que deseaban. Dice más el Almirante: «*esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley. Estas tierras son muy fértiles, ellos las tienen llenas de mames* (90), *que son como zanahorias, que tiene sabor de castañas, y tienen faxones* (91) *y habas muy diversas de las nuestras, y mucho algodón, el cual no siembran, y nacen por los montes árboles grandes, y creo que en todo tiempo lo haya para coger, porque vi los capullos abiertos y otros que se abrían y flores, todo en un árbol, y otras mil maneras de frutas que no me es posible escribir, y todo debe ser cosa provechosa*». Todo esto dice el Almirante.

Lunes, 5 de noviembre

En amaneciendo, mandó poner la nao a monte y los otros navíos, pero no todos juntos, sino que quedasen siempre dos en el lugar donde estaban, por la seguridad, aunque dice que aquella gente era muy segura, y sin temor se pudieran poner

(87) Dice Las Casas que debían mentir los indios, porque aquí nunca se encontró canela. La pimienta de las Indias se llamaba ají.

(88) Bohío o Haití es la futura isla Española. También llamaban bohío los indios a sus casas.

(89) He aquí un ejemplo de las leyendas medievales, en la línea de lo que la fantasía de John Mandavila había divulgado. También se recogerá en la carta del Descubrimiento.

(90) Según Las Casas, son ajes o batatas.

(91) Faxones o faxoes, se trata de frísoles o fríjoles.

todos los navíos juntos en el monte. Estando así vino el contramaestre de la *Niña* a pedir albricias al Almirante porque había hallada almáciga, mas no traía la muestra porque se le había caído. Prometióselas el Almirante y envió a Rodrigo Sánchez y a Maestre Diego a los árboles y trajeron un poco de ella, la cual guardó para llevar a los reyes y también del árbol; y dice que se conoció que era almáciga, aunque se ha de coger a sus tiempos, y que había en aquella comarca para sacar mil quintales cada año. Halló, dice, que allí mucho de aquel palo que le pareció lignaloe. Dice más, que aquel puerto de Mares es de los mejores del mundo, y mejores aires y más mansa gente, y porque tiene un cabo de peña altillo, se puede hacer una fortaleza, para que, si aquello saliese rico y cosa grande, estarían allí los moradores seguros de cualquiera otras naciones. Y dice: «*Nuestro Señor, en cuyas manos están todas las victorias, adereza todo lo que fuere su servicio*». Dice que dijo un indio por señas que el almáciga era buena para cuando les dolía el estómago.

Martes, 6 de noviembre

Ayer en la noche, dice el Almirante, vinieron los dos hombres que había enviado a ver la tierra dentro, y le dijeron como habían andado doce leguas que había hasta una población de cincuenta casas, donde dice que habría mil vecinos porque viven muchos en una casa. Estas casas son de manera de alfaneques (92) grandísimos. Dijeron que los habían recibido con gran solemnidad, según su costumbre, y todos, así hombres como mujeres, los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban y los besaban las manos y los pies maravillándose y creyendo que venían del Cielo, y así se lo daban a entender. Dábanles de comer de lo que tenían. Dijeron que en llegando los llevaron de brazos los más honrados del pueblo a la casa principal, y diéronles dos sillas (93) en que se sentaron, y ellos todos se sentaron en el suelo en derredor de ellos. El indio que con ellos iba les notificó la manera de vivir de los cristianos y cómo eran buena gente. Después, saliéronse los hombres, y entraron las mujeres y sentáronse de la misma manera

(92) Tienda de campaña. Palabra de origen árabe.

(93) Se trata de *duhos*. Hernando Colón, en su *Historia* (cap. 28) los describe con bastante detalle. Eran asientos reservados a los grandes señores.

en derredor de ellos, besándoles las manos y los pies, palpándolos, atentándolos si eran de carne y de hueso como ellos. Rogábanles que se estuviesen allí con ellos al menos por cinco días. Mostraron la canela y pimienta y otras especias que el Almirante les había dado, y dijéronles por señas que mucha de ella había cerca de allí al Sueste, pero que en allí no sabían si la había. Visto como no tenían recaudo de ciudad, se volvieron, y que si quisieran dar lugar a los que con ellos se querían venir, que más de quinientos hombres y mujeres vinieran con ellos, porque pensaban que se volvían al cielo. Vino, empero, con ellos un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo. Habló con ellos el Almirante, hízoles mucha honra, señalóle muchas tierras e islas que había en aquellas partes. Pensó de traerlo a los Reyes, y dice que no supo qué se le antojó parece que de miedo, y de noche oscuro quísose ir a tierra. Y el Almirante dice que porque tenía la nao en seco en tierra, no le queriendo enojar, le dejó ir, diciendo que en amaneciendo lo tornaría; el cual nunca tornó. Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, con un tizón en la mano (94), hierbas para tomar sus sahumerios que acostumbraban. No hallaron población por el camino de más de cinco casas, y todos les hacían el mismo acatamiento. Vieron muchas maneras de árboles e hierbas y flores odoríferas. Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdices y ruiseñores que cantaban y ánsares, que de estos hay allí hartos; bestias de cuatro pies no vieron, salvo perros que no ladraban. La tierra muy fértil y muy labrada de aquellos mames y fexoes y habas muy diversas de las nuestras, eso mismo panizo y mucha cantidad de algodón cogido y hilado y obrado; y que

(94) Es la primera vez que se hace referencia expresa al tabaco. Las Casas (*Historia* lib. I, cap. 46) dice sobre esto lo siguiente: *Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaban a sus pueblos, mujeres y hombres, siempre los hombres con un tizõn en las manos y ciertas hierbas para tomar sus sahumerios, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquete hecho de papel... y encendido por la una parte dél, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como les nombraremos, llaman ellos tabacos. Españoles cognoscí yo en esta isla Española, que los acostumbraron a tomar, que siendo reprendidos por ello, diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejallos de tomar; no sé qué sabor o provecho hallaban en ellos.* El uso del tabaco se generalizará en Europa un siglo después.

en una sola casa habían visto más de quinientas arrobas y que se pudiera haber allí cada año cuatro mil quintales. Dice el Almirante que le parecía que no lo sembraban y que da fruto todo el año: es muy fino, tiene el capullo grande. Todo lo que aquella gente tenía dice que daba por muy vil precio, y que una gran espuerta de algodón daba por cabo de agujeta (o otra cosa que se le dé). Son gente, dice el Almirante, muy sin mal ni de guerra, desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura y no más. Y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias. «*Tengo por dicho, serenísimos príncipes,* dice el Almirante, *que sabiendo la lengua dispuesta suya personas devotas religiosas, que luego todos se tornarían cristianos, y así espero en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se determinarán a ello con mucha diligencia para tornar a la Iglesia tan grandes pueblos, y los convertirán, así como han destruído aquellos que no quisieron confesar el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo; y después de sus días, que todos somos mortales, dejarán sus reinos en muy tranquilo estado y limpios de herejía y maldad, y serán bien recibidos delante del Eterno Criador, al cual plega de les dar larga vida y acrecentamiento grande de mayores reinos y señoríos, y voluntad y disposición para acrecentar la santa religión cristiana, así como hasta aquí tienen hecho. Amén. Hoy tiré la nao de monte* (95) *y me despacho para partir el jueves en nombre de Dios e ir a la Sueste a buscar del oro y especierías y descubrir tierra*». Estas todas son palabras del Almirante, el cual pensó partir el jueves, pero porque lo hizo el viento contrario no pudo partir hasta doce días de noviembre.

Lunes, 12 de noviembre

Partió del puerto y río de Mares al rendir del cuarto de alba, para ir a una isla que mucho afirmaban los indios que traía, que se llamaba Babeque (96), adonde, según dicen por señas, que la gente de ella coge el oro con candelas de noche en la

(95) Botar la nao, tras la limpieza del casco (ver nota 86).

(96) Babeque o Baneque queda en una completa bruma tanto en el *Diario* como en Las Casas y Hernando, quienes la imaginan en Haití o Jamaica.

playa, y después con martillo diz que hacían vergas de ello, y para ir a ella era menester poner la proa al Leste cuarta del Sueste. Después de haber andado ocho leguas por la costa delante halló un río, y después de andadas otras cuatro halló otro río que parecía muy caudaloso y mayor que ninguno de los otros que había de ellos por dos respectos; el uno y principal, porque el tiempo y viento era bueno para ir en demanda de la dicha isla de Babeque; lo otro, porque si en él hubiera alguna populosa o famosa ciudad cerca de la mar se pareciera, y para ir por el río arriba eran menester navíos pequeños, lo que no eran los que llevaba; y así se perdiera también mucho tiempo, y los semejantes ríos son cosa para descubrirse por sí. Toda aquella costa era poblada mayormente cerca del río, a quien puso por nombre el río del Sol. Dijo que el domingo antes, once de noviembre, le había parecido que fuera bien tomar algunas personas de las de aquel río para llevar a los reyes porque aprendieran nuestra lengua, para saber lo que hay en la tierra y porque volviendo sean lenguas de los cristianos y tomen nuestras costumbres y las cosas de la Fe, «*porque yo vi e conozco,* dice el Almirante, *que esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber que sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan temerosos que a una persona de los nuestros huyen ciento de ellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y conocedores que hay Dios en el cielo, y firmes que nosotros hemos venido del cielo, y muy prestos a cualquiera oración que nos les digamos que digan y hacen señal de la cruz. Así que deben Vuestras Altezas determinarse a los hacer cristianos, que creo que sí comienzan, en poco tiempo acabarán de los haber convertido a nuestra Santa Fe multidumbre de pueblos, y cobrando grandes señoríos y riquezas, y todos sus pueblos de la España, porque sin duda es en estas tierras grandísima suma de oro, que no sin causa dicen estos indios que yo traigo, que hay en estas islas lugares adonde cavan el oro y lo traen al pescuezo, a las orejas y a los brazos y a las piedras, y son manillas muy gruesas, y también hay piedras y hay perlas preciosas y infinita especería. Y en este río de los Mares, de adonde partí esta noche, sin duda hay grandísima cantidad de almáciga y mayor si mayor se quisiere hacer, porque los mismos árboles plantándolos prenden de ligero y hay muchos y muy grandes, y tie-*

Morison la identifica con la actual Gran Inagua; Pérez de Tudela se inclina por Borinquen (Puerto Rico).

nen la hoja como lentisco y el fruto, salvo que es mayor, así los árboles como la hoja, como dice Plinio (97), *y yo he visto en la isla de Xio* (98), *en el archipiélago, y mandé sangrar muchos de estos árboles para ver si echarían resina para la traer, y como haya siempre llovido el tiempo que yo he estado en el dicho río, no he podido haber de ella, salvo muy poquita que traigo a Vuestras Altezas; y también puede ser que no es tiempo para los sangrar, que esto creo que conviene al tiempo que los árboles comienzan a salir del invierno y quieren echar la flor, y acá ya tienen el fruto cuasi maduro agora. Y también aquí se habría grande suma de algodón y creo que se vendería muy bien acá sin le llevar a España, salvo a las grandes ciudades del Gran Can que se descubrirán sin duda y otras muchas de otros señores que habrán en dicha servir a Vuestras Altezas, y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues éstas son a nos en Poniente. Y aquí hay también infinito linâloe, aunque no es cosa para hacer gran caudal; mas del almáciga es de entender bien, porque no la hay, salvo en la dicha isla de Xio, y creo que sacan de ello bien cincuenta mil ducados, si mal no me acuerdo. Y hay aquí, en la boca del dicho río, el mejor puerto que hasta hoy vi, limpio y ancho y fondo y buen lugar y asiento para hacer una villa y fuerte, y que cualesquier navíos se puedan llegar el bordo a los muros, y tierra muy temperada y alta y muy buenas aguas. Así que ayer vino a bordo de la nao una almadía con seis mancebos, y los cinco entraron en la nao; estos mandé detener y los traigo. Y después envié a una casa que es de la parte del río del Poniente, y trajeron siete cabezas de mujeres entre chicas y grandes y tres niños. Esto hice porque mejor se comportan los hombres en España habiendo mujeres de su tierra que sin ellas, porque ya otras muchas veces se acaeció traer hombres de Guinea para que aprendiesen la lengua en Portugal, y después que volvían y pensaban de se aprovechar de ellos en su tierra por la buena compañía que le habían hecho y dádivas que se les habían dado, en llegando en tierra jamás parecían. Otros no lo hacían así. Así que, teniendo sus mujeres tendrán gana de negociar lo que se les encargare, y también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas las islas de India, y todos se entienden y todas las andan con sus almadías, lo que*

(97) Plinio, *Historia Natural*, caps. XIII y XXIII.

(98) Xío o Quíos es una isla del Mediterráneo oriental junto a la costa de Turquía asiática. Pertenecía a la Señoría de Génova.

no han en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra. Esta noche vino a bordo en una almadía el marido de una de estas mujeres y padre de tres hijos, un macho y dos hembras, y dijo que yo le dejase venir con ellos, y a mí me plugo mucho, y quedan agora todos consolados con él, que deben todos ser parientes, y él es ya hombre de 45 años». Todas estas palabras son formales del Almirante. Dice también arriba que hacía algún frío, y por esto que no le fuera buen consejo en invierno navegar al Norte para descubrir. Navegó este lunes hasta el sol puesto 18 leguas al Leste cuarta del Sueste, hasta un cabo al que puso por nombre el Cabo de Cuba.

Martes, 13 de noviembre

Esta noche toda estuvo a la corda, como dicen los marineros, que es andar barloventeando, y no andar nada, por ver un abra, que es una abertura de sierras como entre sierra y sierra, que le comenzó a ver al poner del sol, adonde se mostraban dos grandísimas montañas, y parecía que se apartaba la tierra de Cuba con aquella de Bohío; y esto decían los indios que consigo llevaban por señas. Venido el día claro, dio las velas sobre la tierra y pasó una punta que le pareció anoche obra de dos leguas, y entró en un grande golfo cinco leguas al sursudueste, y le quedaban otras cinco para llegar al cabo, adonde en medio de dos grandes montes, hacían un degollado (99), el cual no pudo determinar si era entrada de mar. Y porque deseaba ir a la isla que llamaban Baneque, adonde tenía nueva, según él entendía, que había mucho oro, la cual isla le salía al Leste, como no vido que le crecía más que nunca hasta allí, acordó de hacerse a la mar y andar al Leste con el viento que era Norte; y andaba 8 millas cada hora, y desde las diez del día que tomó aquella derrota hasta el poner del sol anduvo 56 millas, que son 14 leguas al Leste desde el Cabo de Cuba. Y de la otra tierra de Bohío que le quedaba a sotaviento (100) comenzando del cabo del sobredicho golfo, descubrió a su parecer ochenta millas, que son veinte leguas, y corríase toda aquella costa Lesueste y Ouesnoroeste.

(99) Garganta, estrechamiento entre dos montes (el mismo sentido el 19 de diciembre).

(100) Parte opuesta a donde sopla el viento, frente a *barlovento* que es la parte de donde el viento sopla.

Miércoles, 14 de noviembre

Toda la noche de ayer anduvo al reparo y barloventeando, porque decía que no era razón de navegar entre aquellas islas de noche hasta que las hobiese descubierto; y porque los indios que traía le dijeron ayer martes que habría tres jornadas desde el río de Mares hasta la isla de Baneque, que se debe entender jornadas de sus almadías, que pueden andar siete leguas, y el viento también le escaseaba, y habiendo de ir al Leste, no podía sino a la cuarta del Sueste, y por otros inconvenientes que allí refiere se hubo [de] detener hasta la mañana. Al salir del sol determinó de ir a buscar puerto, porque de Norte se había mudado el viento al Nordeste, y si puerto no hallara fuérale necesario volver atrás a los puertos que dejaba en la isla de Cuba. Llegó a tierra habiendo andado aquella noche veinticuatro millas al Leste cuarta del Sueste. Anduvo al Sur (101) millas hasta tierra, adonde vio muchas entradas y muchas isletas y puertos; y porque el viento era mucho y la mar muy alterada no osó acometer a entrar, antes corrió por la costa al Norueste cuarta del Oeste, mirando si había puerto; y vido que había muchos, pero no muy claros. Después de haber andado así sesenta y cuatro millas halló una entrada muy honda, ancha un cuarto de milla, y buen puerto y río, donde entró y puso la proa al Sursudueste y después al Sur hasta llegar al Sueste, todo de buena anchura y muy hondo, donde vido tantas islas que no las pudo contar todas, de buena grandeza, y muy altas tierras llenas de diversos árboles de mil maneras e infinitas palmas. Maravillóse en gran manera de ver tantas islas y tan altas y certifica a los Reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las de estas islas, pero que le parece que no las hay más altas en el mundo ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie de ellas grandísimo fondo; y dice que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapamundos en fin de Oriente se ponen. Y dijo que creía que había grandísimas riquezas y piedras preciosas y especería en ellas, y que duran muy mucho al Sur y se ensanchan a toda parte. Púsoles nombre la mar de Nuestra Señora. Dice tantas y tales cosas de la fertilidad y hermosura y altura de estas islas que halló en este puerto, que dice a los Reyes que no se maravillen de encarecerlas tanto, porque los certifica que cree que no dice la centésima parte: algunas

(101) En blanco en el original.

de ellas que parecía que llegan al Cielo y hechas como puntas de diamantes; otras que sobre su gran altura tienen encima como una mesa, y al pie de ellas fondo grandísimo, que podrá llegar a ellas una grandísima carraca, todas llenas de arboledas y sin peñas.

Jueves, 15 de noviembre

Acordó de andallas estas islas con las barcas de los navíos, y dice maravillas de ellas y que halló almáciga e infinito lináloe, y algunas de ellas eran labradas de las raíces de que hacen su pan (102) los indios, y halló haber encendido fuego en algunos lugares. Agua dulce no vido; gente había alguna y huyeron. En todo lo que anduvo halló hondo de quince y diez y seis brazas, y todo basa, que quiere decir que el suelo de abajo es arena y no peñas, lo que mucho desean los marineros, porque las peñas cortan los cables de las anclas de las naos.

Viernes, 16 de noviembre

Porque en todas las partes, islas y tierras donde entraba dejaba siempre puesta una cruz entró en la barca y fue a la boca de aquellos puertos, y en una punta de la tierra halló dos maderos muy grandes, uno más largo que el otro, y el uno sobre el otro hechos cruz, que diz que un carpintero no los pudiera poner más proporcionados; y, adorada aquella cruz, mandó hacer de los mismos maderos una muy grande y alta cruz. Halló cañas por aquella playa, que no sabía donde nacían, y creía que las traería algún río y las echaba a la playa, y tenía en esto razón. Fue a una cala dentro de la entrada del puerto de la parte del Sueste (cala es una entrada angosta que entra el agua del mar en la tierra). Allí hacía un alto de piedra y peña como cabo, y al pie de él era muy hondo, que la mayor carraca del mundo pudiera poner el bordo en tierra, y había un lugar o rincón donde podían estar seis navíos sin anclas como en una sala. Parecióle que se podía hacer allí una fortaleza a poca costa, si en algún tiempo en aquella mar de islas resultase algún resgate famoso. Volviéndose a la nao, halló los indios que consigo traía

(102) Raíces de yuca, que sirven para elaborar el pan cazabe.

que pescaban caracoles muy grandes que en aquellas mares hay; y hizo entrar la gente allí y buscar si había nácaras, que son las ostras donde crían las perlas, y hallaron muchas, pero no perlas, y atribuyólo a que no debía de ser el tiempo de ellas, que creía él que era por mayo y junio. Hallaron los marineros un animal que parecía taso o taxo. Pescaron también con redes y hallaron un pece, entre otros muchos, que parecía propio puerco, no como tonina, el cual diz que era todo concha muy tiesta, y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos, y un agujero debajo de ella para expeler sus superfluidades. Mandólo salar para llevar que lo viesen los Reyes.

Sábado, 17 de noviembre

Entró en la barca por la mañana y fue a ver las islas que no había visto por la banda del Sudueste. Vido muchas otras y muy fértiles y muy graciosas, y entre medio de ellas muy gran fondo. Algunas de ellas dividían arroyos de agua dulce, y creía que aquella agua y arroyos salían de algunas fuentes que manaban en los altos de las sierras de las islas. De aquí yendo adelante halló una ribera de agua muy hermosa y dulce, y salía muy fría por lo enjuto de ella; había un prado muy lindo y palmas y muchas y altísimas más que las que había visto. Halló nueces grandes de las de la India, creo que dice, y ratones grandes (103) de los de India también, y cangrejos grandísimos. Aves vido muchas y olor vehemente de almizcle, y creyó que lo debía de haber allí. Este día, de seis mancebos que tomó en el río de Mares, que mandó que fuesen en la carabela *Niña*, se huyeron los dos más viejos.

Domingo, 18 de noviembre

Salió en las barcas otra vez con mucha gente de los navíos y fue a poner la gran cruz que había mandado hacer de los dichos dos maderos a la boca de la entrada del dicho puerto del Príncipe, en un lugar vistoso y descubierto de árboles, ella muy alta y muy hermosa vista. Dice que la mar crece y descrece allí mucho más que en otro puerto de lo que por aquella tierra ha-

(103) Se trata de la hutía, mamífero roedor semejante a una gran rata o a un conejo.

ya visto, y que no es más maravilla por las muchas islas, y que la marea es al revés de las nuestras (104), porque allí la luna al Suduese cuarta del Sur es baja mar en aquel puesto. No partió de aquí por ser domingo.

Lunes, 19 de noviembre

Partió antes que el sol saliese y con calma; y después al mediodía ventó algo el Leste y navegó al Nornordeste. Al poner del Sol le quedaba el puerto del Príncipe al Sursudueste, y estaría de él siete leguas. Vido la isla de Baneque al Leste justo, de la cual estaría sesenta millas. Navegó toda esta noche al Nordeste; escaso andaría sesenta millas y hasta las diez del día martes otras doce, que son por todas dieciocho leguas, y al Nordeste cuarta del Norte.

Martes, 20 de noviembre

Quedábanle el Baneque o las islas de Baneque al Lesueste, de donde salía el viento que llevaba contrario. Y viendo que no se mudaba y la mar se alteraba, determinó de dar la vuelta al puerto del Príncipe, de donde habían salido, que le quedaba veinticinco leguas. No quiso ir a la isleta que llamó Isabela, que le estaba doce leguas que pudiera ir a surgir aquel día, por dos razones: la una porque vido dos islas al Sur, las quería ver; la otra, porque los indios que traía, que había tomado en Guanahany, que llamó San Salvador, que estaba ocho leguas de aquella Isabela, no se le fuesen, de los cuales diz que tenía necesidad y por traellos a Castilla, etc. Tenían diz que entendido que en hallando oro los había el Almirante de dejar tornar a su tierra. Llegó en paraje del puerto del Príncipe, pero no lo pudo tomar, porque era de noche y porque lo decayeron (105) las corrientes al Norueste. Tornó a dar la vuelta y puso la proa al Nordeste con viento recio; amansó y mudóse el viento al tercero cuarto de la noche; el viento era Susueste y mudóse al alba de todo en Sur, y tocaba en el Sueste. Salido el sol marcó el puerto del

(104) Aquí de nuevo demuestra sus dotes de observación sobre las mareas lunares.

(105) Separar del rumbo.

Príncipe, y quedábale al Sudueste y cuasi a la cuarta del Oueste, y estaría de él 48 millas que son doce leguas.

Miércoles, 21 de noviembre

Al sol salido, navegó al Leste con viento Sur. Anduvo poco por la mar contraria. Hasta horas de vísperas hubo andado veinticuatro millas; después se mudó el viento al Leste y anduvo al Sur cuarta del Sueste, y al poner del sol habían andado doce millas. Aquí se halló el Almirante en 42 grados de la línea equinocial a la parte del Norte, como en el puerto de Mares, pero aquí dice que tiene suspenso el cuadrante hasta llegar a tierra que lo adobe. Por manera que le parecía que no debían distar tanto, y tenían razón, porque no era posible como no estén estas islas sino en [21] grados (106). Para creer que el cuadrante andaba bueno, le movía ver, diez que el Nòrte tan alto como en Castilla, y si esto es verdad mucho allegado y alto andaba con la Florida; pero ¿dónde están luego agora estas islas que entre manos traía? Ayudaba a esto que hacía diz que gran calor, pero claro es que si estuviera en la cosa de la Florida que no hobiera calor, sino frío. Y es también manifiesto que en cuarenta y dos grados en ninguna parte de la tierra se cree hacer calor, si no fuese por alguna causa de *per accidens*, lo que hasta hoy no creo yo que se sabe. Por este calor que allí el Almirante dice que padecía, arguye que en estas Indias y por allí donde andaba debía de haber mucho oro. Este día se apartó Martín Alonso Pinzón (107) con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia, diz que pensando que un indio que el Almirante había mandado poner en aquella carabela le había de dar mucho oro, y así se fue sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso. Y dice aquí el Almirante: «*otras muchas me tiene hecho y dicho*».

Jueves, 22 de noviembre

Miércoles en la noche navegó al Sur cuarta del Sueste con el viento Leste, y era cuasi calma. Al tercero cuarto ventó Nor-

(106) Vacío en el texto original. De nuevo vuelve a repetir errores anteriores (ver notas 81 y 123).

(107) Con esta deserción del paleño afloran por primera vez en el *Diario* las suspicacias y rivalidades entre Martín Alonso Pinzón y el Almirante. Permanecerán separados hasta el 6 de enero. Colón nunca se lo perdonaría.

nordeste. Todavía iba al Sur por ver aquella tierra que allí le quedaba, y cuando salió el sol se halló tan lejos como el día pasado por la corrientes contrarias, y quedábale la tierra cuarenta millas. Esta noche Martín Alonso siguió el camino del Leste para ir a la Isla de Baneque, donde dicen los indios que hay mucho oro, el cual iba a vista del Almirante, y habría hasta él 16 millas. Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra y hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venía hacia él, y la noche hizo muy clara y el venticillo bueno para venir a él si quisiera.

Viernes, 23 de noviembre

Navegó el Almirante todo el día hacia la tierra del Sur, siempre con poco viento, y la corriente nunca le dejó llegar a ella, antes estaba hoy tan lejos de ella al poner del sol como en la mañana. El viento era Lesnordeste y razonable para ir al Sur, sino que era poco, y sobre este cabo encabalga otra tierra o cabo que va también al Leste, a quien aquellos indios que llevaba llamaban Bohio, la cual decían que era muy grande y que había en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales (108), a quien mostraban tener gran miedo. Y des que vieron que lleva este camino, dice que no podían hablar porque los comían y que son gente muy armada. El Almirante dice que bien cree que había algo de ello, mas que, pues eran armados, sería gente de razón, y creía que habrían cautivado algunos y que, porque no volvían a sus tierras, dirían que los comían. Lo mismo creían de los cristianos y del Almirante, al principio que algunos los vieron.

Sábado, 24 de noviembre

Navegó aquella noche toda, y a la hora de tercia del día tomó la tierra sobre la isla llana (109), en aquel mismo lugar don-

(108) A la llegada de los españoles, los caníbales, *caniba* o *caribes* eran un pueblo en plena expansión. Dominaban las pequeñas Antillas y con sus incursiones sobre el resto de las islas tenían atemorizados a los pacíficos taínos o arauacos. Se les acusa de antropófagos.

(109) Actual Cayo Moa Grande.

de había arribado la semana pasada cuando iba a la isla de Baneque. Al principio no osó llegar a la tierra, porque le pareció que en aquella abra de sierras rompía la mar mucho en ella. Y, en fin, llegó a la mar de Nuestra Señora, donde había las muchas islas, y entró en el puerto que está junto a la boca de la entrada de las islas. Y dice que si él antes supiera este puerto y no se ocupara en ver las islas de la mar de Nuestra Señora, no le fuera necesario volver atrás, aunque dice que lo da por bien empleado, por haber visto las dichas islas. Así que llegando a tierra envió la barca y tentó el puerto y halló muy buena barra, honda de seis brazos, y hasta veinte y limpio, todo basa. Entró en él, poniendo la proa al Sudueste y después volviendo al Oueste, quedando la isla llana de la parte del Norte; la cual, con otra su vecina, hace una laguna de mar en que cabrían todas las naos de España y podían estar seguras, sin amarras de todos los vientos. Y esta entrada de la parte del Sueste, que se entra poniendo la proa al Susudueste, tiene la salida al Oueste muy honda y muy ancha, así que se puede pasar entremedio de las dichas islas. Y por conocimiento de ellas a quien viniese de la mar de la parte del Norte, que es su travesía de esta costa, están las dichas islas al pie de una grande montaña, que es su longura de Leste Oueste, y es harto luenga y más alta que ninguna de todas las otras que están en esta costa, adonde hay infinitas; y hace fuera una restinga al luengo de la dicha montaña como un banco que llega hasta la entrada; todo esto de la parte del Sueste; y también de la parte de la isla llana hace otra restinga, aunque ésta es pequeña, y así entremedias de ambas hay gran anchura y fondo grande, como dicho es. Luego a la entrada, a la parte del sueste, dentro en el mismo puerto, vieron un río grande y muy hermoso, y de más agua que hasta entonces habían visto, y que venía el agua dulce hasta la mar. A la entrada tiene un banco, mas después, dentro es muy hondo, de ocho y nueve brazas. Está todo lleno de palmas y de muchas arboledas como los otros.

Domingo, 25 de noviembre

Antes del sol salido, entró en la barca y fue a ver un cabo o punta de tierra al Sueste de la isleta llana, obra de una legua y media, porque le parecía que debía de haber algún río bueno. Luego, a la entrada del cabo, de la parte del Sueste, andan-

do dos tiros de ballesta, vio venir un grande arroyo de muy linda agua que descendía de una montaña abajo, y hacía gran ruido. Fue al río y vio en él unas piedras a relucir, con unas manchas en ellas de color de oro, y acordóse que, en el río Tejo al pie de él, junto a la mar, se halla oro, y parecióle que cierto debía de tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los Reyes. Estando así, dan voces los mozos grumetes, diciendo que veían pinares. Miró por la sierra y vídolos tan grandes y tan maravillosos, que no podía encarecer su altura y derechura como husos, gordos y delgados, donde conoció que se podían hacer navíos e infinitas tablazón y mástiles para las mayores naos de España. Vido robles y madroños, y un buen río y aparejo para hacer sierras de agua. La tierra y los aires más templados que hasta allí, por la altura y hermosura de las sierras. Vido por la playa muchas otras piedras de color de hierro, y otras que decían algunos que eran minas de plata, todas las cuales trae el río. Allí cogió una entena y mastel para la mesana de la carabela *Niña*. Llegó a la boca del río y entró en una cala, al pie de aquel cabo de la parte del Sueste, muy honda y grande, en que cabrían cien naos sin alguna amarra ni anclas; y el puerto, que los ojos otro tal nunca vieron. Las sierras altísimas, de las cuales descendían muchas aguas lindísimas; todas las sierras llenas de pinos y por todo aquellos diversísimas y hermosísimas florestas de árboles. Otros dos o tres ríos les quedaban atrás. Encarece todo esto en gran manera a los Reyes y muestra haber recibido de verlo, y mayormente los pinos, inestimable alegría y gozo, porque se podrán hacer allí cuantos navíos desearen, trayendo los aderezos si no fuere madera y pez, que allí te hará harta, afirma no encarecerlo la centésima parte de lo que es, y que plugo a Nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra, y siempre en lo que hasta allí había descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas y hierbas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera. Y así en un lugar como en otro, lo mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dice que, cuando al que lo ve es tan grande admiración, cuánto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere.

Lunes, 26 de noviembre

Al salir el sol levantó las anclas del puerto de Santa Catalina, adonde estaba dentro de la isla llana, y navegó de luengo

de la costa con poco viento Sudueste al camino del Cabo del Pico, que era al Sueste. Llegó al Cabo tarde, porque le calmó el viento; y, llegado, vido al Sueste cuarta del Leste otra cabo que estaría de él sesenta millas; y de allí vido otro cabo que estaría hacia el navío al Sueste cuarta del Sur, y parecióle que estaría de él veinte millas, al cual puso nombre el Cabo de Campana, al cual no pudo llegar de día porque le tornó a calmar del todo el viento. Andaría en todo aquel día treinta y dos millas, que son ocho leguas; dentro de las cuales notó y marcó nueve puertos muy señalados, los cuales todos los marineros hacían maravillas, y cinco ríos grandes, porque iba siempre junto con tierra para verlo bien todo. Toda aquella tierra es montañas altísimas muy hermosas, y no secas ni de peñas, sino todas andables y valles hermosísimos; y así los valles como las montañas eran llenos de árboles altos y frescos, que era gloria mirarlos, y parecía que eran muchos pinares. Y también detrás del dicho cabo del Pico, de la parte del Sueste, están dos isletas que tendrá cada una en cerco dos leguas, y dentro de ellas tres maravillosos puertos y dos grandes ríos. En toda esta costa no vido poblado ninguno desde la mar; podría ser haberlo, y hay señales de ello, porque donde quiera que saltaban en tierra hallaban señales de haber gente y fuegos muchos. Estimaba que la tierra que hoy vido de la parte de Sueste del cabo de Campana era la isla que llamaban los indios Bohio. Y parécelo porque dicho cabo está apartado de aquella tierra. Toda la gente que hasta hoy ha hallado diz que tiene grandísimo temor de los de los Caniba o Canima, y dicen que viven en esta isla de Bohio, la cual debe de ser muy grande, según le parece, y cree que van a tomar a aquellos a sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas; y a esta causa les parece que aquellos indios que traía no suelen poblarse a la costa de la mar, por ser vecinos de esta tierra, los cuales diz que después que le vieron tomar la vuelta de esta tierra no podían hablar, temiendo que los habían de comer, y no les podía quitar el temor, y decían que no tenían sino un ojo y la cara de perro; y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante que debían de ser del señorío del Gran Can, que los cautivaban.

Martes, 27 de noviembre

Ayer, al poner del sol, llegó cerca de un cabo que llamó Campana, y porque el cielo claro y el viento poco, no quiso ir a tie-

rra a surgir, aunque tenía de sotavento cinco o seis puertos maravillosos, porque se detenía más de lo que quería por el apetito y delectación que tenía y recibía de ver y mirar la hermosura y frescura de aquellas tierras donde quiera que entraba, y por no se tardar en proseguir lo que pretendía. Por estas razones se tuvo aquella noche a la corda y temporejar hasta el día. Y porque los aguajes y corrientes lo habían echado aquella noche más de cinco o seis leguas al Sueste adelante de donde había anochecido, y le había parecido la tierra de Campana; y allende aquel cabo parecía una grande entrada que mostraba dividir una tierra de otra y hacía como isla en medio, acordó volver atrás con viento Sudueste, y vino adonde le había parecido el abertura, y halló que no era sino una grande bahía, y al cabo de ella, de la parte del sueste, un cabo en el cual hay una montaña alta y cuadrada que parecía isla. Saltó el viento en el Norte y tornó a tomar la vuelta del Sueste, por correr la costa y descubrir todo lo que por allí hubiese. Y vido luego al pie de aquel cabo de Campana un puerto maravilloso y un gran río, y de a un cuarto de legua, otro río, y de allí a media legua, otro río y dende a otra legua, otro río grande, desde el cual hasta el cabo de Campana habría veinte millas y le quedan al Sueste. Y los más de estos ríos tenían grandes entradas y anchas y limpias, con sus puertos maravillosos para naos grandísimas, sin bancos de arena ni de piedras ni restringas. Viniendo así por la costa a la parte del Sueste del dicho postrero río, halló una grande población, la mayor que hasta hoy haya hallado, y vido venir infinita gente a la ribera de la mar dando grandes voces, todos desnudos, con sus azagayas en la mano. Deseó de hablar con ellos y amainó las velas y surgió, y envió las barcas de la nao y de la carabela, por manera ordenados que no hiciesen daño alguno a los indios ni lo recibiesen, mandando que les diesen algunas cosillas de aquellos rescates. Los indios hicieron ademanes de no los dejar saltar en tierra y resistirlos. Y viendo que las barcas se allegaban más a tierra y que no les habían miedo, se apartaron de la mar; y creyendo que saliendo dos o tres hombres de las barcas no temieran, salieron tres cristianos diciendo que no hubiesen miedo en su lengua, porque sabían algo de ella, por la conversación de los que traen consigo. En fin, dieron todos a huir, que ni grande ni chico quedó. Fueron los tres cristianos a las casas, que son de paja y de la hechura de las otras que habían visto, y no hallaron a nadie ni cosa en alguna de ellas. Volviéronse a los navíos y alzaron velas a mediodía para ir a un ca-

bo hermoso que quedaba al Leste, que habría hasta él ocho leguas. Habiendo andado media legua por la misma bahía, vio el Almirante a la parte del Sur un singularísimo puerto, y de la parte del Sueste unas tierras hermosas a maravilla, así como una vega montuosa dentro en estas montañas; y parecían grandes humos y grandes poblaciones en ella, y las tierras muy labradas; por lo cual determinó de se bajar a este puerto y probar si podía haber lengua o plática con ellos, el cual era tal que, si a los otros puertos había alabado, éste dice que alababa más con las tierras y templanza y comarca de ellas y población. Dice maravillas de la lindeza de la tierra y de los árboles, donde hay pinos y palmas, y de la grande vega, que aunque no es llana de llano que va al Sursueste, pero es llana de montes llanos y bajos, la más hermosa cosa del mundo, y salen por ella muchas riberas de aguas que descienden de estas montañas. Después de surgida la nao, saltó el Almirante en la barca para sondar el puerto, que es como una escudilla; y cuando fue frontero de la boca al Sur halló una entrada de un río que tenía de anchura que podía entrar una galera por ella, y de tal manera que no se veía hasta que se llegase a ella, y, entrando por ella tanto como longura de la barca tenían cinco brazas y de ocho de hondo. Andando por ella fue cosa maravillosa, y las arboledas y frescuras, y el agua clarísima, y las aves y amenidad, que dice que le parecía que no quisiera salir de allí. Iba diciendo a los hombres que llevaba en su compañía que, para hacer relación a los Reyes de las cosas que veían, no bastarán mil lenguas a referirlo, ni su mano para lo escribir, que le parecían que estaba encantado. Deseaba que aquello vieran muchas otras personas prudentes y de crédito, de las cuales dice ser cierto que no encarecieran estas cosas menos que él. Dice más el Almirante aquí estas palabras: *«Cuánto será el beneficio que de aquí se pueda haber, yo no lo escribo. Es cierto, Señores Príncipes, que donde hay tales tierras que debe haber infinitas cosas de provecho, mas yo no me detengo en ningún puerto, porque querría ver todas las tierras que yo pudiese, para hacer relación de ellas a Vuestras Altezas; y también no sé la lengua, y la gente de estas tierras no me entienden, ni yo ni otro que yo tenga a ellos; y estos indios que yo traigo, muchas veces les entiendo una cosa por otra al contrario; ni fío mucho de ellos, porque muchas veces han probado a huir. Mas agora, placiendo a Nuestro Señor, veré lo más que yo pudiere, y poco a poco andaré entendiendo y conociendo y haré enseñar esta lengua a personas de mi casa, por-*

que veo que es toda lengua una basta aquí. Y después se sabrán los beneficios y se trabajará de hacer todos estos pueblos cristianos, porque de ligero se hará, porque ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras. Y Vuestras Altezas mandarán hacer en estas partes ciudad e fortaleza, y se convertirán estas tierras. Y certifico a Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las pueda haber mejores en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas, y no como los ríos de Guinea, que son todos pestilencia, porque, loado Nuestro Señor, hasta hoy de toda mi gente no ha habido persona que le haya mal la cabeza ni estado en cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra, de que él estaba toda su vida apasionado, y luego sanó al cabo de dos días. Esto que digo es en todos los tres navíos. Así que placerá a Dios que Vuestras Altezas enviarán acá o vendrán hombres doctos, y verán después la verdad de todo. Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa y fortaleza en el río de Mares, por el buen puerto y por la comarca, es cierto que todo es verdad lo que yo dije; mas no ha ninguna comparación de allá aquí, ni de la mar de Nuestra Señora, porque aquí debe haber infra la tierra grandes poblaciones y gente innumerable y cosas de grande provecho, porque aquí y en todo lo otro descubierto y tengo esperanza de descubrir antes que yo vaya a Castilla, digo que tendrá toda la cristiandad negociación en ellas, cuanto más la España, a quien debe estar sujeto todo. Y digo que Vuestras Altezas no deben consentir que aquí trate ni faga pie ningún extranjero, salvo católicos cristianos, pues esto fue el fin y el comienzo del propósito, que fuese por acrecentamiento y gloria de la religión cristiana, ni venir a estas partes ninguno que no sea buen cristiano». Todas son sus palabras. Subió allí por el río arriba y halló unos brazos del río, y rodeando el puerto, halló a la boca del río estaban unas arboledas muy graciosas, como una muy deleitable huerta; y allí halló una almadía o canoa hecha de un madero tan grande como una fusta de doce bancos, muy hermosa, varada debajo de una atarazana o ramada hecha de madera y cubierta de grandes hojas de palma, por manera que ni el sol ni el agua le podían hacer daño. Y dice que allí era el propio lugar para hacer una villa o ciudad y fortaleza por el buen puerto, buenas aguas, buenas tierras, buenas comarcas y mucha leña.

Miércoles, 28 de noviembre

Estúvose en aquel puerto aquel día porque llovía y hacía gran cerrazón, aunque podía correr toda la costa con el viento, que era Sudueste, y fuera a popa; pero porque no pudiera ver bien la tierra, y no sabiéndola es peligroso a los navíos, no se partió. Salieron a tierra la gente de los navíos a lavar su ropa. Entraron algunos de ellos un rato por la tierra dentro. Hallaron grandes poblaciones y las casas vacías, porque se habían huido todos. Tornáronse por otro río abajo, mayor que aquel donde estaban en el puerto.

Jueves, 29 de noviembre

Porque llovía y el cielo estaba de la manera cerrado, que ayer no se partió, llegaron algunos de los cristianos a otra población cerca de la parte de Norueste, y no hallaron en las casas a nadie ni nada. Y en el camino toparon con un viejo que no les pudo huir; tomáronle y dijéronle que no le querían hacer mal, y diéronle algunas cosillas del rescate y dejáronlo. El Almirante quisiera vello para vestillo y tomar lengua de él, porque le contentaba mucho la felicidad de aquella tierra y disposición que para poblar en ella había, y juzgaba que debía de haber grandes poblaciones. Hallaron en una casa un pan de cera, que trujo a los Reyes, y dice que adonde cera hay también debe haber otras mil cosas buenas. Hallaron también los marineros en casa una cabeza de hombre dentro en un cestillo cubierto con otro cestillo y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otra en otra población. Creyó el Almirante que debía ser de algunos principales del linaje, porque aquellas casas eran de manera que se acogen en ellas mucha gente en una sola, y deben ser parientes descendientes de uno solo.

Viernes, 30 de noviembre

No se pudo partir, porque el viento era Levante, muy contario a su camino. Envió ocho hombres bien armados y con ellos dos indios de los que traía para que viesen aquellos pueblos de la tierra dentro y por haber lengua. Llegaron a muchas casas y

no hallaron a nadie ni nada, que todos se habían huido. Vieron cuatro mancebos que estaban cavando en sus heredades; así como vieron los cristianos dieron a huir; no los pudieron alcanzar. Anduvieron diz que mucho camino. Vieron muchas poblaciones y tierra fertilísima, y toda labrada, y grandes riberas de agua; y cerca de una vieron una almadía o canoa de noventa y cinco palmos de longura de un solo madero, muy hermosa, y que en ella cabrían y navegarían ciento cincuenta personas.

Sábado, 1.º día de diciembre

No se partió por la misma causa del viento contrario y porque llovía mucho. Asentó una cruz grande a la entrada de aquel puerto, que creo llamó el Puerto Santo, sobre unas peñas vivas. La punta es aquella que está de la parte del Sueste, a la entrada del puerto, y quien hubiere de entrar en este puerto se debe llegar más sobre la parte del Norueste de aquella punta que sobre la otra del Sueste, puesto que al pie de ambas, junto con la peña, hay doce brazas de hondo y muy limpio. Mas a la entrada del puerto, sobre la punta del Sueste, hay una baja que sobreagua, la cual dista de la punta tanto que se podría pasar entremedias, habiendo necesidad, porque al pie de la baja y del cabo todo es fondo de doce y de quince brazas, y a la entrada se ha de poner la proa al Sudueste.

Domingo, 2 de diciembre

Todavía fue contrario el viento y no pudo partir. Dice que todas las noches del mundo vienta terral y que todas las naos que allí estuvieren no hayan miedo de toda la tormenta del mundo, porque no puede recalar dentro por una baja que está al principio del puerto, etc. En la boca de aquel río diz que halló un grumete ciertas piedras que parecen tener oro. Trújolas para mostrar a los Reyes. Dice que hay por allí, a tiro de lombarda, grandes ríos.

Lunes, 3 de diciembre

Por causa de que hacía siempre tiempo contrario no partía de aquel puerto, y acordó de ir a ver un cabo muy hermoso un

cuarto de legua del puerto de la parte del Sueste. Fue con las barcas y alguna gente armada; al pie del cabo había una boca de un buen río, puesta la proa al Sueste para entrar, y tenía cien pasos de anchura; tenían una braza de fondo a la entrada o en la boca, pero dentro había doce brazas y cinco y cuatro y dos, y cabrían en él cuantos navíos hay en España. Dejando un brazo de aquel río fue al Sueste y halló una caleta, en que vido cinco muy grandes almadías que los indios llaman canoas, como fustas, muy hermosas y labradas, que eran, diz que era placer vellas, y al pie del monte vido todo labrado. Estaban debajo de árboles muy espesos, y yendo por un camino que salía a ellas, fueron a dar a una atarazana muy bien ordenada y cubierta, que ni sol ni agua no les podía hacer daño, y debajo de ella había otra canoa hecha de un madero como las otras, como una fusta de diez [y] siete bancos, que era placer ver las labores que tenía y su hermosura. Subió una montaña arriba y después hallóla toda llana y sembrada de muchas cosas de la tierra y calabazas, que era gloria verla; y en medio de ella estaba una gran población; dio de súbito sobre la gente del pueblo, y como los vieron, hombres y mujeres dan de huir. Aseguróles el indio que llevaba consigo de los que traía, diciendo que no hubiesen miedo, que gente buena era. Hízolos dar el Almirante cascabeles y sortijas de latón y contezuelas de vidrio verdes y amarillas, con que fueron muy contentos. Visto que no tenían oro ni otra cosa preciosa y que bastaba dejarlos seguros, y que toda la comarca era poblada y huidos los demás de miedo (y certifica el Almirante a los Reyes que diez hombres hagan huir a diez mil; tan cobardes y medrosos son, que ni traen armas, salvo unas varas y en el cabo de ellos un palillo agudo tostado), acordó volverse. Dice que las varas se las quitó todas con buena maña, rescatándoselas, de manera que todas las dieron. Tornados adonde habían dejado las barcas, envió ciertos cristianos al lugar por donde subieron, porque le había parecido que había visto un gran colmenar. Antes que viniesen los que había enviado, ayuntáronse muchos indios y vinieron a las barcas, donde ya se había el Almirante recogido con su gente toda. Uno de ellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca e hizo una grande plática que el Almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo aseguraban y que les placía de su venida, pero vido al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblaba mucho, diciendo

por señas que el Almirante se fuese del río, que los querían matar, y llegóse a un cristiano que tenían una ballesta armada y mostróla a los indios; y entendió el Almirante que les decía que los matarían todos, porque aquella ballesta tiraba lejos y mataba. También tomó una espada y la sacó de la vaina, mostrándosela, diciendo lo mismo. Lo cual, oído por ellos, dieron todos a huir, quedando todavía temblando el dicho indio de cobardía y poco corazón, y era hombre de buena estatura y recio. No quiso el Almirante salir del río, antes hizo remar en tierra hacia donde ellos estaban, que eran muy muchos, todos teñidos de colorado y desnudos como sus madres les parió, y algunos de ellos con penachos en la cabeza y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas. «*Lleguéme a ellos y diles algunos bocados de pan y demandéles las azagayas, y dábales por ellas a unos un cascabelito, a otros una sortija de latón, a otros unas contezuelas, por manera que todos se apaciguaron y vinieron todos a las barcas y daban cuanto tenían por quequiera que les daban. Los marineros habían muerto una tortuga, y la cáscara estaba en la barca en pedazos, y los grumetes dábanles de ella como la uña, y los indios les daba un manojo de azagayas. Ellos son gente como los otros que he hallado* —dice el Almirante—, *y de la misma creencia, y creían que veníamos del Cielo, y de lo que tienen luego lo dan por cualquier cosa que les den, sin decir que es poco, y creo que así harían de especería y de oro si lo tuviesen. Vide una cosa hermosa no muy grande y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría decir, y colgado al cielo de ella, caracoles y otras cosas. Yo pensé que era templo, y los llamé y dije por señas si hacían en ella oración; dijeron que no, y subió uno de ellos arriba, y me daba todo cuanto allí había, y de ello tomé algo.*»

Martes, 4 de diciembre

Hízose a la vela con poco viento y salió de aquel puerto que nombró Puerto Santo. A las dos leguas vido un buen río de que ayer habló. Fue de luengo de costa, y corríase toda la tierra, pasado el dicho cabo, Lesueste y Ouesnoroeste hasta el Cabo Lindo, que está al cabo del Monte al Leste cuarta del Sueste, y hay de uno a otro cinco leguas. Del Cabo del Monte a legua y media hay un gran río algo angosto. Pareció que tenía buena en-

trada y era muy hondo. Y de allí a tres cuartos de legua vido otro grandísimo río, y debe venir de muy lejos. En la boca tenían bien cien pasos y en ella ningún banco, y en la boca ocho brazas y buena entrada, porque lo envió a ver y sondar con la barca; y viene el agua dulce hasta dentro en la mar, y es de los caudalosos que había hallado y debe haber grandes poblaciones. Después del Cabo Lindo hay una grande bahía que sería buen pozo por Lesnordeste y Sueste y Sursudueste.

Miércoles, 5 de diciembre

Toda esta noche anduvo a la corda sobre el cabo Lindo, adonde anocheció, por ver la tierra que iba al Leste, y al salir del sol vido otro cabo al Leste, a dos leguas y media. Pasado aquel, vido que la costa volvía al Sur y tomaba Sudueste, y vido luego un cabo muy hermoso y alto (110) a la dicha derrota, y distaba de este otro siete leguas. Quisiera ir allá, pero por el deseo que tenía de ir a la isla de Baneque, que le quedaba, según decían los indios que llevaba, al Nordeste, lo dejó. Tampoco pudo ir al Baneque, porque el viento que llevaba era Nordeste. Yendo así, miró al Sueste y vido tierra y era una isla muy grande, de la cual ya tenía diz que información de los indios, a que llamaban ellos Bohio (111), poblada de gente. De esta gente dice que los de Cuba o Juana y de todas esotras islas tienen gran miedo, porque diz que comían los hombres. Otras cosas le contaban los dichos indios, por señas, muy maravillosas; mas el Almirante no diz que las creía, sino que debían tener más astucia y mejor ingenio que los de aquella isla Bohio para los cautivar que ellos, porque eran muy flacos de corazón. Así que porque el tiempo era Nordeste y tomaba del Norte, determinó de dejar a Cuba o Juana, que hasta entonces había tenido por tierra firme por su grandeza, porque bien habría andado en un paraje ciento y veinte leguas, y partió al Sueste cuarta del Leste. Puesto que la tierra que él había visto se hacía al Sueste, daba este resguardo (112), porque siempre el viento rodea del Norte para

(110) Lo llamó *Cabo Alfa y Omega* para indicar que era principio y fin del continente euroasiático. Aunque no aparece en el *Diario,* queda señalado así por Las Casas y Hernando. Corresponde a la punta de Maicí, que queda separada de Haití o isla Española por unas 15-18 leguas de mar.

(111) A esta isla de Bohío o Haití, que sufría igual que las demás las incursiones caribes, la denominará el 9 de diciembre isla Española.

(112) Cuidado, vigilancia, prevención.

el Nordeste y de allí al Leste y Sueste. Cargó mucho el viento y llevaba todas sus velas, la mar llana y la corriente que le ayudaba, por manera que hasta la una después de mediodía desde la mañana hacía de camino ocho millas por hora, y eran seis horas aún no cumplidas, porque dicen que allí eran las noches cerca de quince horas. Después anduvo diez millas por hora, y así andaría hasta el poner del sol unas 88 millas, que son 22 leguas, todo al Sueste. Y porque se hacía de noche, mandó a la carabela *Niña* que se adelantase para ver con día el puerto, porque era velera; y llegando a la boca del puerto, que era como la bahía de Cádiz, y porque era ya de noche, envió a su barca que sondase el puerto, la cual llevó lumbre de candela; y antes que el Almirante llegase adonde la carabela estaba barloventeando y esperando que la barca le hiciese señas para entrar en el puerto, apagósele la lumbre a la barca. La carabela, como no vido lumbre, corrió de largo y hizo lumbre al Almirante, y, llegado a ella, contaron lo que había acaecido. Estando en esto, los de la barca hicieron otra lumbre: la carabela fue a ella, y el Almirante no pudo, y estuvo toda aquella noche barloventeando.

Jueves, 6 de diciembre

Cuando amaneció se halló cuatro leguas del puerto. Púsole nombre Puerto María (113), y vido un cabo hermoso y al Sur cuarta del Sudueste, al cual puso nombre Cabo de Estrella, y parecióle que era la postrera tierra de aquella isla hacia el Sur, y estaría el Almirante de él veintiocho millas. Parecióle otra tierra como isla (114) no grande al Leste, y estaría de él cuarenta millas. Quedábale otro cabo muy hermoso y bien hecho, a quien puso nombre Cabo del Elefante, al Leste cuarta del Sueste, y distaba ya 54 millas. Quedábale otro cabo al Lessueste, al que puso nombre el Cabo de Cinquin; estaría de él veintiocho millas. Quedábale una gran escisura o abertura o abra a la mar, que le pareció ser río, al Sueste, y tomaba de la cuarta del Leste, habría de él a la abra veinte millas. Parecióle que entre el Cabo del

(113) Es el mismo Puerto de San Nicolás que aparece líneas más abajo. Las Casas hace notar con extrañeza esta duplicidad de nombres.

(114) La isla de la Tortuga. Este nombre no ha cambiado desde que se lo asignara Colón.

Elefante del de Cinquin habría una grandísima entrada, y algunos de los marineros decían que eran apartamiento de la isla; a aquella puso por nombre la isla de la Tortuga. Aquella isla grande parecía altísima tierra, no cerrada con montes, sino rasa como hermosas campiñas, y parece toda labrada o grande parte de ella, y parecían las sementeras como trigo en el mes de mayo en la campiña de Córdoba. Viéronse muchos fuegos aquella noche, y de día muchos humos como atalayas, que parecía estar sobre aviso de alguna gente con quien tuviesen guerra. Toda la costa de esta tierra va al Leste. A horas de vísperas entró en el puerto dicho, y púsole nombre Puerto de San Nicolás, porque era día de San Nicolás, por honra suya, y a la entrada de él se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda dice él que no es menos éste, antes los sobrepuja y ninguno le es semejante. En boca y entrada tiene legua y media de ancho, y se pone la proa al Sursueste, puesto que por la grande anchura se puede poner la proa adonde quisieren. Va de esta manera al Surueste dos leguas, y a la entrada de él, por la parte del Sur, se hace como un angla, y de allí se sigue así igual hasta el cabo, adonde está una playa muy hermosa y un campo de árboles de mil maneras y todos cargados de frutas, que creía el Almirante ser de especerías y nueces moscadas, sino que no estaban maduras y no se conocían, y un río en medio de la playa. El hondo de este puerto es maravilloso, que hasta llegar a la tierra es longura de una [nao] (115) no llegó la sondaresca o plomada (116) al fondo con cuarenta brazas, y hay hasta esta longura el hondo de quince brazas y muy limpio; y así es todo el dicho puerto de cada cabo, hondo dentro una pasada de tierra de 15 brazas, y limpio; y de esta manera es toda la costa, muy hondable y limpia, que no parece una sola baja, y al pie de ella, tanto como longura de un remo de barca de tierra, tiene cinco brazas, y después de la longura del dicho puerto, yendo al Sursueste, en la cual longura pueden barloventear mil carracas; bojó (117) un brazo del puerto al Nordeste por la tierra dentro una grande media legua, y siempre en una misma anchura, como que lo hicieran por un cordel; el cual queda de manera que estando en aquel brazo,

(115) En blanco en el texto original.

(116) Sonda para medir la profundidad. Sondaresa es palabra lusa, mientras que plomada es castellana.

(117) Rodear.

que será de anchura de veinticinco pasos, no se puede ver la boca en la entrada grande, de manera que queda puerto cerrado, y el fondo de este brazo es así en el comienzo hasta el fin de once brazas, y todo basa o arena limpia, y hasta tierra y poner los bordos en las hierbas tiene ocho brazas. Es todo el puerto muy airoso y desabahado de árboles, raso. Toda esta isla le pareció de más peñas que ninguna otra que haya hallado. Los árboles más pequeños, y muchos de ellos de la naturaleza de España, como carrascos y madroños y otros, y lo mismo de las hierbas. Es tierra muy alta, y toda campiña o rasa y de muy buenos aires, y no se ha visto tanto frío como allí, aunque no es de contar por frío, mas díjolo al respecto de las otras tierras. Hacia enfrente de aquel puerto una hermosa vega y en medio de ella el río susodicho; y en aquella comarca, dice, debe haber grandes poblaciones, según se veían las almadías con que navegan, tantas y tan grandes, de ellas como una fusta de quince bancos. Todos los indios huyeron y huían como veían los navíos. Los que consigo de las isletas traía tenían tanta gana de ir a su tierra que pensaba, dice el Almirante, que, después que se partiese de allí, los tenía de llevar a sus casas, y que ya lo tenían por sospechoso, porque no lleva el camino de su casa, por lo cual dice que ni les creía lo que le decían, ni los entendía bien, ni ellos a él, y diz que habían el mayor miedo del mundo de la gente de aquella isla, así que, por querer haber lengua con la gente de aquella isla, le fuera necesario detenerse algunos días en aquel puerto, pero no lo hacía por ver mucha tierra, y por dudar que el tiempo el duraría. Esperaba en Nuestro Señor que los indios que traía sabrían su lengua y él la suya, y después tornaría, y hablará con aquella gente, y placerá a Su Magestad, dice él, que hallará algún buen rescate de oro antes que vuelva.

Viernes, 7 de diciembre

Al rendir del cuarto del alba, dio las velas y salió de aquel puerto de San Nicolás y navegó con el viento Sudueste al Nordeste dos leguas hasta un cabo que hace el Cheranero (118), y quedábale al Sueste un angla y el Cabo de la Estrella al Sudueste, y distaba del Almirante veinticuatro millas. De allí navegó al Leste, luengo de costa hasta el Cabo Cinquin, que sería 48 mi-

(118) Parece que es el actual Carenero o Carénage.

llas; verdad es que las veinte fueron del Leste cuarta del Nordeste. Y aquella costa es tierra toda muy alta y muy grande fondo; hasta dar en tierra es de veinte y treinta brazas, y fuera tanto como un tiro de lombarda no se halla fondo, lo cual todo lo probó el Almirante aquel día por la costa, mucho a su placer con el viento Sudueste. El angla que arriba dijo llega diz que al Puerto de San Nicolás tanto como tiro de una lombarda, que si aquel espacio no se atajase o cortase quedaría hecha isla, lo demás bojaría en el cerco treinta y cuatro millas. Toda aquella tierra era muy alta y no de árboles grandes, sino como carrascas y madroños, propia, diz, que tierra de Castilla. Antes que llegase al dicho Cabo Cinquin con dos leguas, halló un agrezuela como la abertura de una montaña, por la cual descubrió un valle grandísimo, y vídolo todo sembrado como cebadas, y sintió que debía de haber en aquel valle grandes poblaciones, y a las espaldas de él había grandes montañas y muy altas. Y cuando llegó al Cabo Cinquin, le demoraba el cabo de la isla Tortuga al Nordeste, y habría treinta y dos millas; y sobre este Cabo Cinquin, a tiro de una lombarda, está una peña en la mar que sale en alto que se puede ver bien. Y estando el Almirante sobre el dicho Cabo, le demoraba el Cabo del Elefante al Leste, cuarta del Sueste, y habría hasta él setenta millas, y toda tierra muy alta. Y a cabo de seis leguas, halló una grande angla, y vido por la tierra dentro muy grandes valles y campiñas y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla. Y dende a ocho millas halló un río muy hondo, sino que era angosto, aunque bien pudiera entrar en él una carraca, y la boca toda limpia, sin banco ni bajas. Y dende a diez y seis millas, halló un puerto muy ancho y muy hondo, hasta no hallar fondo en la entrada ni a las bordas a tres pasos, salvo quince brazas, y va dentro un cuarto de legua. Y puesto que fuese aún muy temprano, como la una después del medio día, y el viento era a popa y recio, pero porque el cielo mostraba querer llover mucho y había gran cerrazón, que es peligrosa aún para la tierra que se sabe, cuanto más en la que no se sabe, acordó de entrar en el puerto, al cual llamó Puerto de la Concepción. Y salió a tierra en un río no muy grande que está al cabo del puerto, que viene por unas vegas y campiñas que era una maravilla ver su hermosura. Llevó redes para pescar, y antes que llegase a tierra saltó una lisa como las de España propia en la barca, que hasta entonces no había visto pez que pareciese a los de Castilla. Los marineros pescaron y mataron otras, y lenguados y otros peces como los de Castilla. An-

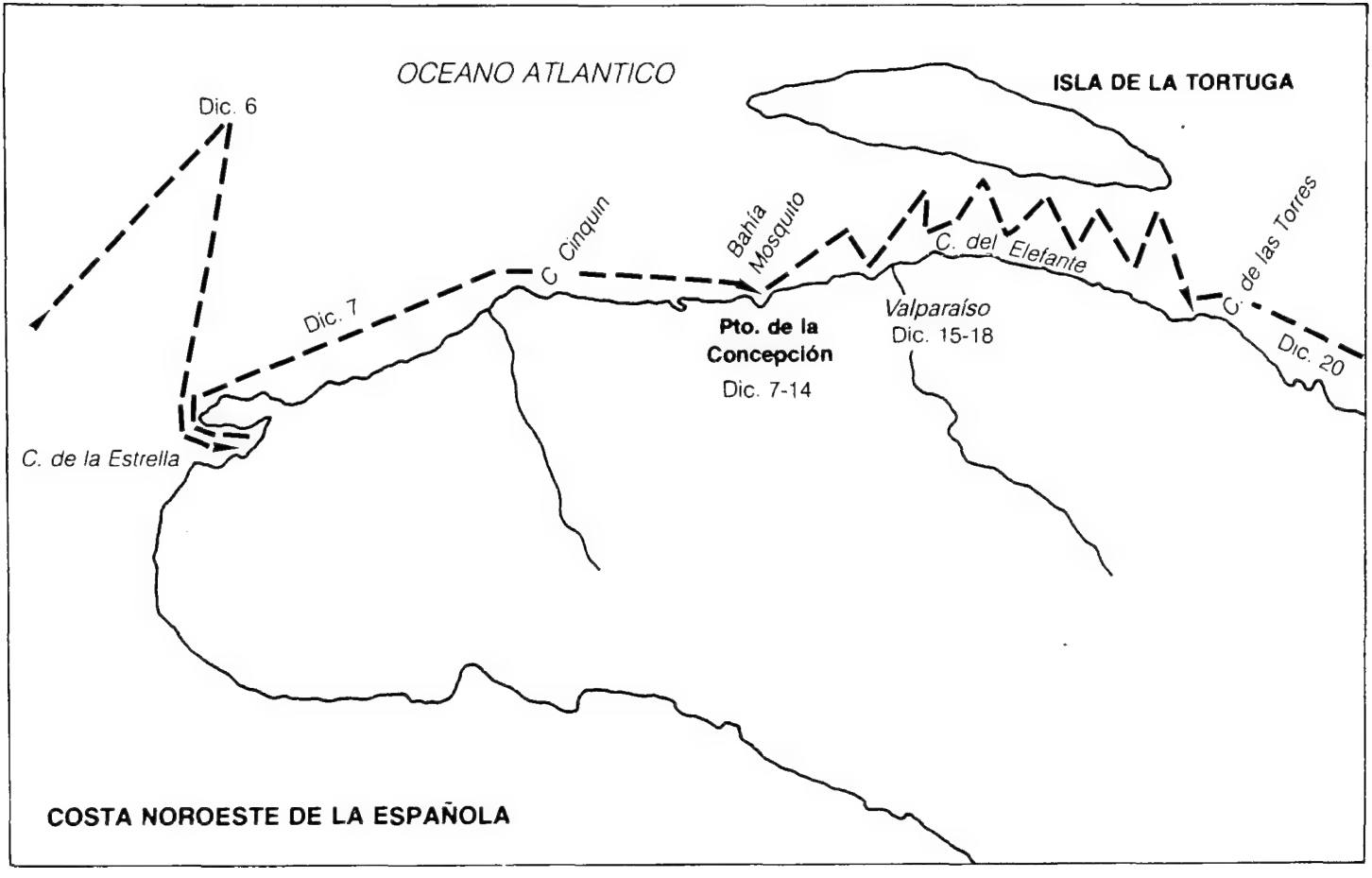
duvo un poco por aquella tierra, que es toda labrada, y oyó cantar el ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla. Vieron cinco hombres, mas no les quisieron aguardar, sino huir. Halló arrayán y otros árboles y hierbas como los de Castilla, y así es la tierra y las montañas.

Sábado, 8 de diciembre

Allí en aquel puerto les llovió mucho con viento Norte muy recio. El puerto es seguro de todos los vientos excepto Norte, puesto que no le puede hacer daño alguno, porque la resaca, es grande que no da lugar a que la nao labore sobre las amarras ni el agua del río. Después de media noche se tornó el viento al Nordeste y después al Leste, de los cuales vientos es aquel puerto bien abrigado por la isla de la Tortuga, que está frontera a treinte y seis millas.

Domingo, 9 de diciembre

Este día llovió e hizo tiempo de invierno como en Castilla por octubre. No había visto población, sino una casa muy hermosa en el puerto de San Nicolás, y mejor hecha que en otras partes de las que había visto. La isla es muy grande, y dice el Almirante no será mucho que boje doscientas leguas. Ha visto que es toda muy labrada; creerá que debían ser las poblaciones lejos de la mar, de donde ven cuándo llegaba, y así huían todos y llevaban consigo todo lo que tenían y hacían ahumadas como gente de guerra. Este puerto tiene en la boca mil pasos, que es un cuarto de legua; en ella ni hay banco ni baja, antes no se halla cuasi fondo hasta en tierra a la orilla del mar, y hacia dentro en luengo, va de tres mil pasos todo limpio y base que cualquiera nao puede surgir en él sin miedo y entrar sin resguardo; al cabo de él tiene dos bocas de ríos que traen poca agua; enfrente de él hay unas vegas las más hermosas del mundo y cuasi semejables a las tierras de Castilla, antes éstas tienen ventaja, por lo cual puso nombre a la dicha isla la Isla Española.


OCEANO ATLANTICO
ISLA DE LA TORTUGA
Dic. 6
Dic. 7
C. Cinquin
Bahía Mosquito
C. del Elefante
C. de las Torres
Dic. 20
Pto. de la Concepción
Dic. 7-14
Valparaíso
Dic. 15-18
C. de la Estrella
COSTA NOROESTE DE LA ESPAÑOLA

Lunes, 10 de diciembre

Ventó mucho el Nordeste, y hízole garrar las anclas (119) medio cable, de que se maravilló el Almirante, y echólo a que las anclas estaban mucho a tierra y venía sobre ella el viento. Y visto que era contrario para ir donde pretendía, envió seis hombres bien aderezados de armas a tierra, que fuesen dos o tres leguas dentro en la tierra para ver si pudieran haber lengua. Fueron y volvieron no habiendo hallado gente ni casas; hallaron, empero, unas cabañas y caminos muy anchos y lugares donde habían hecho lumbre muchos; vieron las mejores tierras del mundo y hallaron árboles de almáciga muchos, y trujeron de ella y dijeron que había mucha, salvo que no es agora el tiempo para cogerla, porque no cuaja.

Martes, 11 de diciembre

No partió por el viento, que todavía era Leste y Nordeste. Frontero de aquel puerto, como está dicho, está la isla de la Tortuga, y parece grande isla, y va la costa de ella cuasi como la Española, y puede haber de la una a la otra, a lo más diez leguas, conviene, a saber, desde el Cabo de Cinquin a la cabeza de la Tortuga; la cual está al Norte de la Española; después la costa de ella se corre al Sur. Dice que quería ver aquel entremedio destas dos islas, por ver la isla Española, que es la más hermosa cosa del mundo, y porque, según le decían que era isla muy grande y de muy grandes montañas y ríos y valles, y decían que la isla de Bohio era mayor que la Juana, a que llaman Cuba, y que no está cercada de agua, y parece dar a entender ser tierra firme, que es aquí detrás de esta Española, a que ellos llaman Caritaba, y que es cosa infinita, y cuasi traen razón que ellos sean trabajados de gente astuta, porque todas estas islas viven con gran miedo de los de Caniba, «*y así torno a decir como otras veces dije,* dice él, *que Caniba* (120) *no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino; y tendrá navíos y vendrán a cautivarlos, y como no vuelven creen*

(119) Ir hacia atrás arrastrando el ancla que se ha sujetado mal o se ha soltado.

(120) Su obsesión por el Gran Khan le permitiría reafirmarse en sus viejas ideas cuando oía palabras de sonido ligeramente aproximado.

que se los han comido. Cada día entendemos más a estos indios y ellos a nosotros, puestos que muchas veces hayan entendido uno por otro», dice el Almirante. Envió gente a tierra. Hallaron mucha almáciga sin cuajarse; dice que las aguas lo deben hacer, y que en Xío la cogen por marzo, y que en enero la cogerían en aquestas tierras, por ser tan templadas. Pescaron muchos pescados como los de Castilla: albures, salmones, pijotas, gallos, pámpanos, lisas, corbinas, camarones, y vieron sardinas. Hallaron mucho lignáloe.

Miércoles, 12 de diciembre

No partió aqueste día por la misma causa del viento contrario dicha. Puso una gran cruz a la entrada del puerto de la parte del Oueste en un alto muy vistoso, «*en señal,* dice él, *que Vuestras Altezas tienen la tierra por suya, y principalmente por señal de Jesucristo Nuestro Señor y honra de la Cristiandad*»; la cual puesta, tres marineros metiéronse por el monte a ver los árboles y hierbas; y oyeron un gran golpe de gente, todos desnudos como los de atrás, a los cuales llamaron e fueron tras ellos, pero dieron los indios a huir. Y, finalmente, tomaron una mujer, que no pudieron más, «*porque yo,* él dice, *les había mandado que tomasen algunos para honrallos y hacelles perder el miedo y se hobiese alguna cosa de provecho, como no parecer poder ser otra cosa, según la hermosura de la tierra; y así trujeron la mujer, muy moza y hermosa, a la nao, y habló con aquellos indios, porque todos tenían una lengua*». Hízola el Almirante vestir y dióle cuentas de vidrio y cascabeles y sortijas de latón, y tornóla enviar a tierra muy honradamente según su costumbre, y envió algunas personas de la nao con ella, y tres de los indios que llevaba consigo, porque hablasen con aquella gente. Los marineros que iban en la barca, cuando la llevaban a tierra, dijeron al Almirante que ya no quisiera salir de la nao, sino quedarse con las otras mujeres indias que había hecho tomar en el puerto de Mares de la isla Juana de Cuba. Todos estos indios que venían con aquella india dice que venían en una canoa, que es su carabela en que navegan de alguna parte, y cuando asomaron a la entrada del puerto y vieron los navíos, volviéronse atrás y dejaron la canoa por allí en algún lugar y fuéronse camino de su población. Ella mostraba el paraje de la población. Traía esta mujer un pedacito de oro en la nariz, que era señal que había en aquella isla oro.

Volviéronse los tres hombres que había enviado el Almirante con la mujer a tres horas de la noche, y no fueron con ella hasta la población, porque les pareció lejos, o porque tuvieron miedo. Dijeron que otro día vendrían mucha gente a los navíos, porque ya debían de estar asegurados por las nuevas que daría la mujer. El Almirante, con deseo de saber si habían alguna cosa de provecho en aquella tierra y por haber alguna lengua con aquella gente, por ser la tierra tan hermosa y fértil, y tomasen gana de servir a los Reyes, determinó de tornar a enviar a la población, confiando en las nuevas que la india habría dado de los cristianos ser buena gente, para lo cual escogió nueve hombres bien aderezados de armas y aptos para semejante negocio, con los cuales fue un indio de los que traía. Estos fueron a la población que estaba a cuatro leguas y media al Sueste, la cual hallaron en un grandísimo valle, y vacía, porque como sintieron ir los cristianos todos huyeron dejando cuanto tenían la tierra dentro. La población era de mil casas y de más de tres mil hombres. El indio que llevaban los cristianos corrió tras ellos dando voces, diciendo que no hubiesen miedo, que los cristianos no eran de Caniba, mas antes eran del cielo, y que daban muchas cosas hermosas a todos los que hallaban. Tanto les imprimió lo que decía, que se aseguraron y vinieron juntos de ellos más de dos mil, y todos venían a los cristianos y les ponían las manos sobre la cabeza, que era señal de gran reverencia y amistad, los cuales estaban todos temblando hasta que mucho los aseguraron. Dijeron los cristianos que, después que ya estaban sin temor, iban todos a sus casas y cada uno les traía de lo que tenía de comer, que es pan de niamas, que son unas raíces como rábanos grandes que nacen, que siembran y nacen y plantan en todas estas tierras, y es su vida, y hacen de ellas pan y cuecen y asan y tienen sabor propio de castañas, y no hay quien no crea, que no sean castañas. Dábanles pan y pescados y de lo que tenían. Y porque los indios que traía en el navío tenían entendido que el Almirante deseaba tener algún papagayo, parece que aquel indio que iba con los cristianos díjoles algo de esto, y así les trujeron papagayos y les daban cuanto les pedían, sin querer nada por ello. Rogábanles que no se viniesen aquella noche y que les darían cras (121) muchas cosas que tenían en

(121) Cras: mañana.

la sierra. Al tiempo que toda aquella gente estaba junta con los cristianos, vieron venir una gran batalla o multitud de gente con el marido de la mujer que había el Almirante honrado y enviado, la cual traían caballera sobre sus hombros y venían a dar gracias a los cristianos por la honra que el Almirante le había hecho y dádivas que le había dado. Dijeron los cristianos al Almirante que era toda gente más hermosa y de mejor condición que ninguna otra de las que habían hasta allí hallado; pero dice el Almirante que no sabe cómo puedan ser de mejor condición que las otras, dando a entender que todas las que habían en las otras islas hallado eran de muy buena condición. Cuanto a la hermosura, decían los cristianos que no había comparación, así en los hombres como en las mujeres, y que son blancos más que los otros, y que entre los otros vieron dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España. Dijeron también de la hermosura de las tierras que vieron, que ninguna comparación tienen las de Castilla, las mejores en hermosura y en bondad, y el Almirante así lo veía por las que ha visto y por las que tenía presentes, y decíanle que las que veía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba a aquella con tanta diferencia como tiene el día de la noche. Decían que todas aquellas tierras estaban labradas y que por medio de aquel valle pasaba un río muy ancho y grande que podía regar todas las tierras. Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las hierbas todas floridas y muy altas; los caminos muy anchos y buenos; los aires eran como en abril en Castilla; cantaba el ruiseñor y otros pajaritos como en el dicho mes en España, que dicen que era la mayor dulzura del mundo; las noches cantaban algunos pajaritos suavemente; los grillos y ranas se oían muchas; los pescados, como en España. Vieron muchos almácigos y lignáloe y algodonales; oro no hallaron, y no es maravilla en tan poco tiempo no se halle. Tomó aquí el Almirante experiencia de qué horas era el día y la noche, y del sol a sol halló que pasaron veinte ampolletas (122), que son de a media hora, aunque dice que allí puede haber defecto, porque o no la vuelven tan presto o deja de pasar algo. Dice también que halló por el cuadrante que estaba de la línea equinocial 34 grados (123).

(122) Reloj de arena.

(123) La latitud real es de 19° 35'. Es la única observación de altura registrada en Haití.

Viernes, 14 de diciembre

Salió de aquel puerto de la Concepción con terral, y luego desde a poco calmó, y así lo experimentó cada día de los que por allí estuvo. Después vino viento Levante; navegó con él al Nornordeste; llegó a la isla de la Tortuga; vido una punta de ella que llamó la Punta Pierna, que estaba al Lesnordeste de la cabeza de la isla, y habría 12 millas; y de allí descubrió otra punta que llamó la Punta Lanzada, en la misma derrota del Nordeste, que habría diez y seis millas. Y así, desde la cabeza de la Tortuga hasta la Punta Aguda, habría cuarenta y cuatro millas, que son once leguas al Lesnordeste. En aquel camino había algunos pedazos de playa grandes. Esta isla de la Tortuga es tierra muy alta, pero no montañosa, y es muy hermosa y muy poblada de gente como la de la Isla Española, y la tierra así toda labrada, que parecía ver la campiña de Córdoba. Visto que el viento le era contrario y no podía ir a la isla Baneque, acordó tornarse al Puerto de la Concepción, de donde había salido, y no pudo cobrar un río que está de la parte del Leste del dicho puerto dos leguas.

Sábado, 15 de diciembre

Salió del puerto de la Concepción otra vez para su camino, pero en saliendo del puerto, ventó Leste recio su contrario, y tomó la vuelta de la Tortuga hasta ella; y de allí dio vuelta para ver aquel río que ayer quisiera ver y tomar y no pudo, y de esta vuelta tampoco lo pudo tomar, aunque surgió media legua de sotaviento en una playa, buen surgidero y limpio. Amarrados sus navíos, fue con las barcas a ver el río, y entró por un brazo de mar que está antes de media legua, y no era la boca. Volvió y halló la boca que no tenían aún una braza, y venía muy recio; entró con las barcas por él, para llegar a las poblaciones que los que antier había.enviado habían visto, y mandó echar la sirga en tierra; y tirando los marineros de ella, subieron las barcas dos tiros de lombarda, y no pudo andar más por la reciura de la corriente del río. Vido algunas casas y el valle grande donde están las poblaciones, y dijo que otra cosa más hermosa no había visto, por medio del cual valle viene aquel río. Vido también gente a la entrada del río, mas todos dieron a huir. Dice más, que aquella gente debe ser muy cazada, pues viven con tanto

temor, porque en llegando que llegan a cualquiera parte, luego hacen ahumadas de las atalayas por toda la tierra, y esto más en esta isla Española y en la Tortuga, que también es grande isla, que en las otras que atrás dejaba. Puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque diz que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas de él, playa de piedras muy hermosas y todo andable.

Domingo, 16 de diciembre

A la media noche, con el ventezuelo de tierra, dio las velas por salir de aquel golfo, y vinieron del bordo de la isla Española yendo a la bolina, porque luego a hora de tercia ventó Leste, a medio golfo halló una canoa con un indio solo en ella, de que se maravillaba el Almirante cómo se podía tener sobre el agua siendo el viento grande. Hízolo meter en la nao a él y a su canoa, y halagado, dióle cuentas de vidrio, cascabeles y sortijas de latón, y llevóle en la nao hasta tierra a una población que estaba a diez y seis millas junto a la mar, donde surgió el Almirante y halló buen surgidero en la playa junto a la población, que parecía ser de nuevo hecha, porque todas las casas eran nuevas. El indio fuese luego con su canoa a tierra y da nuevas del Almirante y de los cristianos ser gente buena, puesto que ya las tenían por lo pasado de las otras donde habían ido los seis cristianos; y luego vinieron más de quinientos hombres, y desde a poco vino el rey de ellos, todos en la playa junto a los navíos, porque estaban surgidos muy cerca de tierra. Luego uno a uno y muchos a muchos venían a la nao sin traer consigo cosa alguna, puesto que algunos traían algunos granos de oro finísimo a las orejas o en la nariz, el cual luego daban de buena gana. Mandó hacer honra a todos el Almirante, y dice él, «*porque son la mejor gente del mundo y más mansa; y sobre todo,* dice él, *que tengo mucha esperanza en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo*». Vido también que el dicho rey estaba en la playa, y que todos le hacían acatamiento. Envióle un presente el Almirante, el cual diz que recibió con mucho estado, y que será mozo de hasta veintiún años, y que tenía un ayo viejo y otros consejeros que le aconsejaban y respondían, y que él hablaba muy pocas palabras. Uno de los indios que traía el Almirante habló con él, y le dijo que cómo venían los cristianos del Cielo,

y que andaba en busca de oro y que quería ir a la isla de Baneque, y él respondió que bien era, y que en la dicha Isla había mucho oro; el cual mostró al alguacil del Almirante, que le llevó el presente, el camino que habían de llevar, y que en dos días iría de allí a ella, y que si de su tierra habían menester algo lo daría de muy buena voluntad. Este rey y todos los otros andaban desnudos como sus madres los parieron, y así las mujeres sin algún empacho, y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado: harto blancos, que si vestidos anduviesen y se guardasen del sol y del aire, serían cuasi tan blancos como en España, porque esta tierra es harto fría y la mejor que lengua pueda decir. Es muy alta, y sobre el mayor monte podrían arar bueyes, y hecha toda a campiñas y valles. En toda Castilla no hay tierra que se pueda comparar a ella en hermosura y bondad. Toda esta isla y la de la Tortuga son todas labradas como la campiña de Córdoba. Tienen sembrado en ellas ajes, que son unos ramillos que plantan, y al pie de ellos nacen unas raíces como zanahorias, que sirven por pan, y rallan y amasan y hacen pan de ellas, y después tornan a plantar el mismo ramillo en otra parte y tornan a dar cuatro y cinco de aquellas raíces que son muy sabrosas: propio gusto de castañas. Aquí hay las más gordas y buenas que había visto en ninguna [tierra] porque también diz que de aquellas había en Guinea; las de aquel lugar eran tan gordas como la pierna, y aquella gente todos diz que eran gordos y valientes y no flacos, como los otros que antes había hallado, y de muy dulce conversación, sin secta. Y los árboles de allí diz que eran tan viciosos que las hojas dejaban de ser verdes y eran prietas de verduras. Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los ríos y buenas aguas y las tierras para pan, para ganado de toda suerte, de que ellos no tienen alguna, para huertas y para todas las cosas del mundo que el hombre sepa pedir. Después a la tarde vino el rey a la nao. El Almirante le hizo la honra que debía y le hizo decir cómo era de los Reyes de Castilla, los cuales eran los mayores príncipes del mundo. Mas ni los indios que el Almirante traía, que eran los intérpretes, creían nada, ni el rey tampoco, sino creían que venían del cielo, y que los reinos de los Reyes de Castilla eran en el cielo y no en este mundo. Pusiéronle de comer al rey de las cosas de Castilla y él comía un bocado y después dábalo a sus consejeros y al ayo y a los demás que metió consigo. «*Crean Vuestras Altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles y en especial estas de esta isla Española, que no hay persona que*

lo sepa decir, y nadie lo puede creer si no lo viese. Y crean que esta isla y todas las otras son así suyas como Castilla, que aquí no falta salvo asiento y mandarles hacer lo que quisieren, porque yo con esta gente que traigo, que no son muchos, correría todas estas islas sin afrenta, que ya he visto solos tres de estos marineros descender en tierra y haber multitud de estos indios y todos huir, sin que les quisieren hacer mal. Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mil no aguardarán tres, y así son buenos para les mandar y les hacer trabajar y sembrar, y hacer todo lo otro que fuese menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres.»

Lunes, 17 de diciembre

Ventó aquella noche reciamente viento Lesnordeste; no se alteró mucho la mar porque lo estorba y escuda la isla de la Tortuga que está frontera y hace abrigo. Así estuvo allí aqueste día. Envió a pescar los marineros con redes. Holgáronse mucho con los cristianos los indios, y trujéronles ciertas flechas de los de los Caniba o de los canibales, y son de las espigas de caña, y engiérenles unos palillos tostados y agudos, y son muy largos. Mostráronles dos hombres que les faltaban algunos pedazos de carne de su cuerpo e hiciéronles entender que los caníbales los habían comido a bocados; el Almirante no lo creyó. Tornó a enviar ciertos cristianos a la población, y a trueque de contezuelas de vidrio rescataron algunos pedazos de oro labrado en hoja delgada. Vieron a uno que tuvo el Almirante por gobernador de aquella provincia, que llamaban cacique (124), un pedazo tan grande como la mano de aquella hoja de oro, y parecía que lo quería resgatar; el cual se fue a su casa y los otros quedaron en la plaza; y él hacía hacer pedazuelos de aquella pieza y, trayendo cada vez un pedazuelo, resgatábalo. Después que no hubo más, dijo por señas que el había enviado por más y que otro día lo traerían. «*Estas cosas todas y la manera de ellos y sus costumbres y mansedumbre y consejo muestra de ser gente más despierta y entendida que otros que hasta allí hubiese halla-*

(124) Máxima autoridad entre los indígenas antillanos. Es la primera vez que Colón utiliza esta palabra.

do», dice el Almirante. En la tarde vino allí una canoa de la isla de la Tortuga con bien cuarenta hombres y, en llegando a la playa, toda la gente del pueblo que estaba junta se asentaron todos en señal de paz, y algunos de la canoa y cuasi todos descendieron en tierra. El cacique se levantó solo y con palabras que parecían de amenaza los hizo volver a la canoa y les echaba agua, y tomaba piedras de la playa y las echaba en el agua; y después que ya todos con mucha obediencia se pusieron y embarcaron en la canoa, él tomó una piedra y la puso en la mano a mi alguacil para que la tirase, y al cual yo había enviado a tierra y al escribano y a otros para ver si traían algo que aprovechase, y el alguacil no les quiso tirar. Allí mostró mucho el cacique que se favorecía con el Almirante. La canoa se fue luego, y dijeron al Almirante, después de ida, que en la Tortuga había más oro que en la isla Española, porque es más cerca de Baneque. Dijo el Almirante que no creía que en aquella isla Española ni en la Tortuga hubiese minas de oro, sino que lo traían de Baneque, y que traen poco, porque no tienen aquellos qué dar por ello. Y aquella tierra es tan gruesa que no ha menester que trabajasen mucho para sustentarse ni para vertirse, como anden desnudos. Y creía el Almirante que estaba muy cerca de la fuente, y que Nuestro Señor le había de mostrar donde nace el oro. Tenía nueva que de allí al Baneque había cuatro jornadas, que podrían ser treinta o cuarenta leguas, que en un día de buen tiempo se podían andar.

Martes, 18 de diciembre

Estuvo en aquella playa surto este día porque no había viento, y también porque había dicho el cacique que había de traer oro, no porque tuviese en mucho el Almirante el oro diz que podía traer, pues allí no había minas, sino por saber mejor de dónde lo traían. Luego, en amaneciendo, mandó ataviar la nao y la carabela de armas y banderal por la fiesta que era este día de Santa María de la O, o conmemoración de la Anunciación. Tiráronse muchos tiros de lombardas, y el rey de aquella isla Española (125), dice el Almirante, había madrugado en su casa, que

(125) No se llamaba rey sino cacique. En la isla Española había cinco grandes cacicazgos; la comarca a la que acaba de llegar Colón pertenecía al cacicazgo del Marién, al frente del cual estaba Guacanagarí. No parece que el reyezuelo al que se refiere el texto sea el mismo Guacanagarí, sino otro.

debía de distar cinco leguas de allí, según pudo juzgar, y llegó a hora de tercia a aquella población, donde ya estaban algunos de la nao que el Almirante había enviado para ver si venía oro; los cuales dijeron que venían con el rey más de doscientos hombres y que lo traían en unas andas cuatro hombres, y era mozo como arriba se dijo. Hoy, estando el Almirante comiendo debajo del castillo, llegó a la nao con toda su gente. Y dice el Almirante a los Reyes: «*Sin duda pareciera bien a Vuestras Altezas su estado y acatamiento que todos le tienen, puesto que todos andan desnudos. El, así como entró en la nao, halló que estaba comiendo a la mesa debajo del castillo de popa, y él, a buen andar, se vino a sentar a par de mí y no me quiso dar lugar que yo me saliese a él ni me levantase de la mesa, salvo que yo comiese. Yo pensé que él tenía a bien de comer de nuestras viandas; mandé luego traerle cosas que él comiese. Y, cuando entró debajo del castillo, hizo señas con la mano que todos los suyos quedasen fuera, y así lo hicieron con la mayor priesa y acatamiento del mundo, y se asentaron todos en la cubierta, salvo dos hombres de una edad madura, que yo estimé por sus consejeros y ayo, que vinieron y se sentaron a sus pies, y de las viandas que yo le puse delante, tomaba de cada una tanto como se toma para hacer la salva* (126), *y después luego lo demás enviábalo a los suyos, y todos comían de ella; y así hizo en el beber, que solamente llegaba a la boca y después así lo daba a los otros, y todo con un estado maravilloso y muy pocas palabras; y aquellas que él decía, según yo podía entender, eran muy asentadas y de seso, y aquellos dos le miraban a la boca y hablaban por él y con él y con mucho acatamiento. Después de comido, un escudero traía un cinto, que es propio como los de Castilla en la hechura, salvo que es de otra obra, que él tomó y me lo dio, y dos pedazos de oro labrados que eran muy delgados, que creo que aquí alcanzan poco de él, puesto que tengo que están muy vecinos de donde nace y hay mucho. Yo vide que le agradaba un arambel* (127) *que yo tenía sobre mi cama; yo se lo di y unas cuentas muy buenas de ámbar que yo traía al pescuezo, y unos zapatos colorados y una almarraja* (128) *de agua de azahar, de*

(126) Aquí está en la acepción de comer poco. Jurídicamente significó *dar garantía* porque el acto de probar da a entender que está a salvo de toda traición y engaño. En Castilla era un privilegio reservado sólo a reyes y grandes nobles.

(127) Colcha, cobertor. Es un arabismo.

(128) Vasija de vidrio, a manera de garrafa.

que quedó tan contento que fue maravilla; y él y su ayo y consejeros llevan grande pena porque no me entendían ni yo a ellos. Con todo, le conocí que me dijo que si me compliese algo de aquí, que toda la isla estaba a mi mandar. Yo envié por unas cuentas mías adonde por un señal tenga un excelente de oro (129) *en que están esculpidos Vuestras Altezas y se la mostré, y le dije otra vez como ayer que Vuestras Altezas mandaban y señoreaban todo lo mejor del mundo, y que no había tan grandes príncipes; y le mostré las banderas reales y las otras de la Cruz, de que él tuvo en mucho; «y ¡qué grandes señores serían Vuestras Altezas!», decía él contra sus consejeros, «pues de tal lejos y del cielo me habían enviado hasta aquí sin miedo». Y otras cosas muchas pasaron que yo no entendía, salvo que bien veía que todo tenía a grande maravilla».* Después que ya fue tarde y él se quiso ir, el Almirante le envió en la barca muy honradamente e hizo tirar muchas lombardas. Y puesto en tierra, subió en sus andas y se fue con sus más de doscientos hombres; y su hijo le llevaban atrás en los hombros de un indio, hombre muy honrado. A todos los marineros y gente de los navíos donde quiera que los topaba les mandaba dar de comer y hacer mucha honra. Dijo un marinero que le había topado en el camino y visto, que todas las cosas que le había dado el Almirante y cada una de ellas llevaba delante del rey un hombre, a lo que parecía, de los más honrados. Iba su hijo atrás del rey buen rato, con tanta compañía de gente como él, y otro tanto un hermano del mismo rey, salvo que iba el hermano a pie, y llevábanlo del brazo dos hombres honrados. Este vino a la nao después del rey, al cual dio el Almirante algunas cosas de los dichos rescates, y allí supo el Almirante que al rey llamaban en su lengua cacique. En este día se rescató diz que poco oro, pero supo el Almirante de un hombre viejo que había muchas isla comarcanas a cien leguas y más, según pudo entender, en las cuales nace muy mucho oro, hasta decirle que había islr que era todo oro, y en las otras que hay tanta cantidad que lo cogen y ciernen como con cedazo y lo funden y hacen vergas y mil labores; figuraba por señal la hechura. Este viejo señaló al Almirante la derrota y el paraje donde estaba. Determinóse el Almirante de ir allí, y dijo que, si no fuera el dicho viejo tan principal persona de aquel rey, que lo detuviera y llevara consigo,

(129) Moneda de oro acuñada por los Reyes Católicos que equivalía a la dobla y, por tanto, a 2 castellanos.

o si supiera la lengua que se lo rogara; y creía, según estaba bien con él y con los cristianos, que se fuera con él de buena gana; pero, porque ya tenía aquellas gentes por de los Reyes de Castilla, y no era razón de hacerles agravio, acordó de dejarlo. Puso una cruz muy poderosa en medio de la plaza de aquella población, a lo cual ayudaron los indios mucho, e hicieron diz que oración y la adoraron; y por la muestra que dan, espera en Nuestro Señor el Almirante que todas aquellas islas han de ser cristianas.

Miércoles, 19 de diciembre

Esta noche se hizo a la vela por salir de aquel golfo que hace allí la isla de la Tortuga con la Española, y siendo de día tornó el viento Levante, y con el cual todo este día no pudo salir de entre aquellas dos islas, y a la noche no pudo tomar un puerto que por allí parecía. Vido por allí cuatro cabos de tierra y una grande bahía y río, y de allí vido una angla muy grande y tenía una población y a las espaldas un valle entre muchas montañas altísimas, llenas de árboles que juzgó ser pinos; y sobre los dos Hermanos hay una montaña muy alta y gorda que va de Nordeste al Sudueste, y del cabo de Torres al Lesueste está una isla pequeña, a la cual puso nombre Santo Tomás, porque es mañana su vigilia. Todo el cerco de aquella isla tiene cabos y puertos maravillosos, según juzgaba él desde la mar. Antes de la isla de la parte del Oueste hay un cabo que entra mucho en la mar alto y bajo, y por eso le puso nombre Cabo Alto y Bajo. Del cabo de Torres al Leste cuarta del Sueste hay sesenta millas hasta una montaña más alto que otra, que entra en la mar, y parece desde lejos isla por sí, por un degollado que tiene de la parte de tierra; púsole nombre Monte Caribata (130), porque aquella provincia se llamaba Caribata. Es muy hermoso y lleno de árboles verdes y claros, sin nieve y sin niebla, y era entonces por allí el tiempo, cuanto a los aires y templanza, como por marzo en Castilla, y en cuanto a los árboles y hierbas, como por mayo. Las noches diz que eran de catorce horas.

(130) Actualmente, cabo Haitiano.

Jueves, 20 de diciembre

Hoy, al poner del sol, entró en un puerto que estaba entre la isla de Santo Tomás y el Cabo de Caribata y surgió. Este puerto es hermosísimo y que cabrían en él cuantas naos hay en cristianos. La entrada de él parecía desde la mar imposible a los que no hubiesen en él entrado, por unas restringas de peñas que pasan desde el monte hasta cuasi la isla, y no puestas por orden, sino unas acá y otras acullá, unas a la mar y otras a la tierra; por lo cual es menester estar despiertos para entrar por unas entradas que tiene muy anchas y buenas para entrar sin temor, y todo muy fondo de siete brazas. Puede la nao estar con una cuerda cualquiera amarrada contra cualesquiera vientos que haya (131). A la entrada de este puerto diz que había un cañal (132), que queda a la parte del Oueste de una isleta de arena, y en ella muchos árboles, y hasta al pie de ella hay siete brazas; pero hay muchas bajas en aquella comarca, y conviene abrir el ojo hasta entrar en el puerto; después no hayan miedo a toda la tormenta del mundo. De aquel puerto se parecía un valle grandísimo y todo labrado, que desciende a él del Sueste, todo cercado con montañas altísimas que parece que llegan al cielo, y hermosísimas, llenas de árboles verdes; y sin duda que allí hay montañas más altas que la isla de Tenerife en Canaria (133), que es tenida por de las más altas que puede hallarse. De esta parte de la isla de Santo Tomás está otra isleta a una legua, y dentro de ella otra, y en todas hay puertos maravillosos, mas cumple mirar por las bajas. Vido también poblaciones y ahumadas que se hacían.

Viernes, 21 de diciembre

Hoy fue con las barcas de los navíos a ver aquel puerto; el cual vido ser tal que afirmó que ninguno se le iguala de cuantos haya jamás visto, y excúsase diciendo que ha loado los pasados tanto que no sabe cómo lo encarecer, y que teme que sea juzgado por manificador excesivo más de lo que es la verdad.

(131) Estas precisiones y consejos son exactos y sumamente útiles para los que naveguen en la actualidad por esa zona, dice un marino experimentado.

(132) Apostilla al margen Las Casas: *creo quiere decir cañaveral.*

(133) Está exagerando, quizá por excesivo entusiasmo. La más alta de estas montañas tiene mil metros menos que el Teide.

A esto satisface diciendo que él trae consigo marineros antiguos, y estos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar, conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todos ser asimismo verdad. Dice más de esta manera: «*Yo he andado veintitrés años en la mar, sin salir de ella tiempo que se haya de contar* (134), *y vi todo el Levante y Poniente, que hice ir al camino de Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea, mas en todas estas partidas no se hallará la perfección de los puertos...* (135) *fallados siempre lo mejor del otro; que yo con buen tiento miraba mi escribir, y torno a decir que afirmo haber bien escrito, y que agora éste es sobre todos y cabrían en él todas las naos del mundo, y cerrado, que con una cuerda, la más vieja de la nao, la tuviese amarrada*». Desde la entrada hasta el fondo habrá cinco leguas. Vido unas tierras muy labradas, aunque todas son así, y mandó salir dos hombres fuera de las barcas que fuesen a un alto para que viesen si había población, porque de la mar no se veía ninguna, puesto que aquella noche, cerca de las diez horas, vinieron a la nao en una canoa ciertos indios a ver al Almirante y a los cristianos por maravilla, y les dio de los resgates, con que se holgaron mucho. Los dos cristianos volvieron y dijeron dónde habían visto una población grande, un poco desviada de la mar. Mandó el Almirante remar hacia la parte donde la población estaba hasta llegar cerca de tierra, y vio unos indios que venían a la orilla de la mar; y parecía que verían con temor, por lo cual mandó detener las barcas y que les hablasen los indios que traía en la nao, que no les haría mal alguno. Entonces se allegaron más a la mar, y el Almirante más a tierra; y después que del todo perdieron el miedo, venían tantos que cubrían la tierra, dando mil gracias, así hombres como mujeres y niños; los unos corrían de acá y los otros de allá a nos traer pan que hacen de niames, a que ellos llaman ajes, que es muy blanco y bueno, y nos traían agua en calabazas y en cántaros de barro de la hechura de las de Castilla, y nos traían cuanto en el mundo tenían y sabían que el Almirante quería y todo

(134) Es de suponer que prescinda de los sicte años que pasó en Castilla antes de iniciar el viaje de descubrimiento; lo que significaría que desde los 11-12 años está navegando. Precisiones del Almirante sobre los años que lleva en el mar se encuentran también en el *Libro de las Profecías* y en cartas de 1501 y 1503.

(135) En blanco una línea, y parte de la otra en el manuscrito lascasiano.

con un corazón tan largo y tan contento que era maravilla: «*y no se diga que porque lo que daban valía poco por eso lo daban liberalmente,* dice el Almirante, *porque lo mismo hacían y tan liberalmente los que daban pedazos de oro como los que daban la calabaza de agua; y fácil cosa es de cognocer,* dice el Almirante, *cuándo se da una cosa con muy deseoso corazón de dar*». Estas son sus palabras: «*Esta gente no tiene varas ni azagayas ni otras ningunas armas, ni los otros de toda esta isla, y tengo que es grandísima. Son así desnudos como su madre los parió, así mujeres como hombres, que en las otras tierras de la Juana y las otras de las otras islas traían las mujeres delante de sí unas cosas de algodón con que cobijan su natura, tanto como una bragueta de calzas de hombre, en especial después que pasan de la edad de doce años; mas aquí ni moza ni vieja; y en los otros lugares todos los hombres hacían esconder sus mujeres de los cristianos por celos, mas allí no; y hay muy lindos cuerpos de mujeres, y ellas las primeras que venían a dar gracias al cielo y traer cuanto tenían, en especial cosas de comer, pan de ajes y gonza avellanada* (136) *y de cinco o seis maneras frutas*», de las cuales mandó curar el Almirante para traer a los Reyes. No menos diz que hacían las mujeres en las otras partes antes que se escondiesen; y el Almirante mandaba en todas partes estar todos los suyos sobre aviso que no enojasen a alguno en cosa ninguna y que nada les tomasen contra su voluntad, y así les pagaban todo lo que de ellos recibían. Finalmente dice el Almirante que no puede creer que haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar y tan temerosos, que ellos se deshacían todos por dar a los cristianos cuanto tenían y, en llegando los cristianos, luego corrían a traerlo todo. Después envió el Almirante seis cristianos a la población, para que la viesen qué era; a los cuales hicieron cuanta honra podían y sabían y les daban cuanto tenían, porque ninguna duda les queda, sino que creían el Almirante y toda su gente haber venido del cielo; lo mismo creían los indios que consigo el Almirante traía de las otras islas, puesto que ya se les había dicho lo que debían de tener. Después de haber ido los seis cristianos, vinieron ciertas canoas con gente a rogar al Almirante, de parte de un señor, que fuese a su pueblo, cuando [de] allí se partiese. (Canoa es una barca en que navegan, y son de ellas grandes y de ellas pe-

(136) Se trata del cacahuet (palabra de origen nahua) que los indios antilllanos llamaban maní, según Las Casas.

queñas) (137). Y visto que el pueblo de aquel señor estaba en el camino sobre una punta de tierra, esperando con mucha gente al Almirante, fue allá. Y antes que se partiese vino a la playa tanta gente que era espanto, hombres y mujeres y niños dando voces que no se fuese, sino que se quedase con ellos. Los mensajeros del otro señor que había venido a convidar estaban aguardando con sus canoas, porque no se fuese sin ir a ver al señor. Y así lo hizo; y en llegando que llegó el Almirante adonde aquel señor le estaba esperando y tenían muchas cosas de comer, mandó asentar toda su gente, manda que lleven lo que tenían de comer a las barcas donde estaba el Almirante, junto a la orilla de la mar. Y como vido que el Almirante había recibido lo que le habían llevado, todos o los más de los indios dieron a correr al pueblo, que debía estar cerca, para traerle más comida y papagayos y otras cosas de lo que tenían con tan franco corazón que era maravilla. El Almirante les dio cuentas de vidrio y sortijas de latón y cascabeles, no porque ellos demandasen algo, sino porque le parecía que era razón, y sobre todo, dice el Almirante, porque los tiene ya por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla, y dice que otra cosa no falta salvo saber la lengua y mandarles, porque todo lo que se les mandare harán sin contradicción alguna. Partióse de allí el Almirante para los navíos, y los indios daban voces, así hombres como mujeres y niños, que no se fuesen y se quedasen con ellos los cristianos. Después que se partían venían tras ellos a la nao canoas llenas de ellos, a los cuales hizo hacer mucha honra y darles de comer y otras cosas que llevaron. Había también venido antes otro señor de la parte del Oueste, y aun a nado venían muy mucha gente, y estaba la nao más de grande media legua de tierra. El señor que dije se había tornado; envióle ciertas personas para que le viesen y le preguntasen de estas islas; él los recibió muy bien, y los llevó consigo a su pueblo para darles ciertos pedazos grandes de oro, y llegaron a un gran río, el cual los indios pasaron a nado; los cristianos no pudieron; y así se tornaron. En toda esta comarca hay montañas altísimas, que parecen llegar al Cielo, que la de la isla de Tenerife parece nada en comparación de ellas en altura y en hermosura, y todas son verdes, llenas de arboledas, que es una cosa de maravilla. Entre medias de ellas hay vegas muy graciosas, y al pie de este puerto,

(137) Parece una aclaración personal de Las Casas sin que venga mucho a cuento.

al Sur, hay una vega tan grande (138) que los ojos no pueden llegar con la vista al cabo, sin que tenga impedimento de montaña, que parece que debe tener quince o veinte leguas, por la cual viene un río, y es toda poblada y labrada y está tan verde agora como si fuera en Castilla por mayo o por junio, puesto que las noches tienen catorce horas y sea la tierra tanto septentrional. Así, este puerto es muy bueno para todos los vientos que puedan ventar, cerrado y hondo, y todo poblado de gente muy buena y mansa, y sin armas buenas ni malas; y puede cualquier navío estar sin miedo en él que otros navíos que vengan de noche a los saltear, porque, puesto que la boca sea bien ancha, de más de dos leguas, es muy cerrada de dos restringas de piedra que escasamente la ven sobre agua, salvo una entrada muy angosta en esta restringa, que no parece sino que fue hecho a mano y que dejaron una puerta abierta cuanto los navíos puedan entrar. En la boca hay siete brazas de hondo hasta el pie de una isleta llana que tiene una playa y árboles; al pie de ella de la parte del Oueste tiene la entrada, y se puede llegar una nao sin miedo hasta poner el bordo junto a la peña. Hay de la parte del Norueste hay tres islas y un gran río a una legua del cabo de este puerto; es el mejor del mundo; púsole nombre el Puerto de la Mar de Santo Tomás, porque era hoy su día; díjole mar por su grandeza.

Sábado, 22 de diciembre

En amaneciendo, dio las velas para ir su camino a buscar las islas que los indios le decían que tenían mucho oro, y de algunas que tenían más oro que tierra. No le hizo tiempo, y hubo de tornar a surgir, y envió la barca a pescar con la red. El señor de aquella tierra (139), que tenía un lugar cerca de allí, le envió una grande canoa llena de gente, y en ella un principal criado suyo a rogar al Almirante que fuese con los navíos a su tierra y que le daría cuanto tuviese; envióle con aquél un cinto que en lugar de bolsa traía una carátula que tenía dos orejas grandes de oro de martillo, y la lengua y la nariz. *Y, como sea esta gente de muy franco corazón que cuanto le piden dan con la*

(138) Se refiere a la que más adelante pondrá nombre de Vega Real.

(139) El cacique del Marién Guacanagarí, amigo y protector de los cristianos.

mejor voluntad del mundo, que les parece que pidiéndoles algo les hacen grande merced, esto dice el Almirante, toparon la barca y dieron el cinto a un grumete, y vinieron con su canoa a bordo de la nao con su embajada. Primero que los entendiese, pasó alguna parte del día; ni los indios que él traía los entendían bien, porque tienen alguna diversidad de vocablos en nombres de las cosas. En fin, acabó de entender por señas su convite. El cual determinó de partir el domingo para allá, aunque no solía partir de puerto en domingo, sólo por su devoción y no por superstición alguna, pero con esperanza, dice él, que aquellos pueblos han de ser cristianos por la voluntad que muestran y de los Reyes de Castilla, y porque los tiene ya por suyos; y porque le sirvan con amor, les quiere y trabaja hacer todo placer. Antes que partiese hoy, envió seis hombres a una población muy grande, tres leguas de allí de la parte del Oueste, porque el señor de ella vino el sábado pasado al Almirante y dijo que tenía ciertos pedazos de oro. En llegando allá los cristianos, tomó el señor de la mano al escribano del Almirante, que era uno de ellos, el cual enviaba el Almirante para que no consintiese hacer a los demás cosa indebida a los indios, porque como fuesen tan francos los indios y los españoles tan codiciosos y desmedidos, que no les basta que por un cabo de agujeta y aun por un pedazo de vidrio y de escudilla y por otras cosas de no nada les deban los indios cuanto querían, pero, aunque sin darles algo se los querrían todo haber y tomar, lo que el Almirante siempre prohibía, y aunque también eran muchas cosas de poco valor, sino era el oro, las que daban a los cristianos, pero el Almirante, mirando al franco corazón de los indios, que por seis contezuelas de vidrio darían y daban un pedazo de oro, por eso mandaba que ninguna cosa se recibiese de ellos que no se les diese algo en pago. Así qué tomó por la mano el señor al escribano y lo llevó a su casa con todo el pueblo, que era muy grande, que le acompañaba, y les hizo dar de comer, y todos los indios les traían muchas cosas de algodón labradas y en ovillos hilado. Después que fue tarde, dióles tres ánsares muy gordas el señor y unos pedacitos de oro, y vinieron con ellos mucho número de gente, y les traían todas las cosas que allá habían resgatado, y ellos mismos porfiaban de traellos a cuestas, y de hecho lo hicieron por algunos ríos y por algunos lugares lodosos. El Almirante mandó dar al señor algunas cosas, y quedó él y toda su gente con gran contentamiento, creyendo verdaderamente que habían venido del cielo, y en ver los cristianos

que tenían por bienaventurados. Vinieron este día más de ciento y veinte canoas a los navíos, todas cargadas de gente, y todos traen algo, especialmente de su pan y pescado y agua en cantarillos de barro y simientes de muchas simientes que son buenas especias. Echaban un grano (140) en una escudilla de agua y bébenla, y decían los indios que consigo traía el Almirante que era cosa sanísima.

Domingo, 23 de diciembre

No pudo partir con los navíos a la tierra de aquel señor que lo había enviado a rogar y convidar por falta de viento, pero envió con los tres mensajeros que allí esperaban las barcas con gente y al escribano. Entretanto que aquéllos iban, envió dos de los indios que consigo traía a las poblaciones que estaban por allí cerca del paraje de los navíos, y volvieron con un señor a la nao con nuevas que en aquella isla Española había gran cantidad de oro, y que a ella lo venían a comprar de otras partes, y dijéronle que allí haría cuanto quisiese. Vinieron otros que confirmaban haber en ella mucho oro, y mostrábanle la manera que se tenía en cogerlo. Todo aquello entendía el Almirante con pena, pero todavía tenía por cierto que en aquellas partes había grandísima cantidad de ello, y que, hallando el lugar donde se saca, habrá gran barato de ello, y según imaginaba que por no nada. Y torna a decir que cree que debe haber mucho, porque en tres días que había que estaba en aquel puerto, había habido buenos pedazos de oro, y no puede creer que allí lo traigan de otra tierra. «*Nuestro Señor, que tiene en las manos todas las cosas, vea de me remediar y dar como fuere su servicio*». Estas son palabras del Almirante.

Dice que aquella hora cree haber venido a la nao más de mil personas, y que todas traían algo de lo que poseen, y antes que lleguen a la nao con medio tiro de ballesta, se levantan en sus canoas en pie y toman en las manos lo que traen, diciendo: «Tomad, tomad». También cree que más de quinientos vinieron a la nao nadando por no tener canoas, y estaba surta cerca de una legua de tierra. Juzgaba que habían venido cinco señores, y hijos de señores, con toda su casa, mujeres y niños a ver a los cristianos. A todos mandaba dar el Almirante, porque diz que

(140) Puede tratarse del cacao.

era bien empleado, y dice: «*Nuestro Señor me aderece, por su piedad que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que dicen que la saben*». Estas son sus palabras. En la noche llegaron las barcas, y dijeron que había gran camino hasta donde venían, y que al monte de Caribatán hallaron muchas canoas con muy mucha gente que venían a ver al Almirante y a los cristianos del lugar donde ellos iban. Y tenía por cierto que si aquella fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto, viniera toda la gente de aquella isla, que estima ya por mayor que Inglaterra (141), por verlos; los cuales se volvieron todos con los cristianos a la población, la cual diz que afirmaban ser la mayor y la más concertada de calles que otras de las pasadas y halladas hasta allí, la cual diz que es de parte de la Punta Santa, al Sueste cuasi tres leguas. Y como las canoas andan mucho de remos, fuéronse adelante a hacer saber al cacique, que ellos llamaban allí. Hasta entonces no había podido entender el Almirante si lo dicen por Rey o por Gobernador. También dicen otro nombre por grande que llaman Nitayno (142); no sabía si lo decían por hidalgo o gobernador o juez. Finalmente el cacique vino a ellos y se ayuntaron en la plaza, que estaba muy barrida, todo el pueblo, que había más de dos mil hombres. Este rey hizo mucha honra a la gente de los navíos, y los populares cada uno les traía algo de comer y de beber. Después el rey dio a cada uno unos paños de algodón que visten las mujeres y papagayos para el Almirante y ciertos pedazos de oro; daban también los populares de los mismos paños y otras cosas de sus casas a los marineros, por pequeña cosa que les daban, la cual, según la recibían, parecía que la estimaban por reliquias. Ya a la tarde, queriendo despedir, el rey les rogaba que aguardasen hasta otro día, lo mismo todo el pueblo. Visto que determinaban su venida, vinieron con ellos mucho del camino, trayéndoles a cuestas lo que el cacique y los otros les habían dado hasta las barcas, que quedaban a la entrada del río.

Lunes, 24 de diciembre

Antes de salido el sol levantó las anclas, con el viento terral. Entre los muchos indios que ayer habían venido a la nao, que

(141) Estas comparaciones exageradas, fruto de primeras impresiones, son muy colombinas.

(142) *Nitayno era principal y señor después del rey, como grande del reino*, aclara al margen Las Casas.

les habían dado señales de haber en aquella isla oro y nombrado los lugares donde lo cogían, vido uno parece que más dispuesto y aficionado o que con más alegría le hablaba, y halagólo rogándole que se fuese con él a mostrarle las minas del oro. Esto trujo otro compañero o pariente consigo entre los otros lugares que nombraban donde se cogía el oro, dijeron de Cipango, al cual ellos llaman Cibao (143), y allí afirman que hay gran candidad de oro, y que el cacique trae las banderas de oro de martillo, salvo que está muy lejos, al Leste. El Almirante dice aquí estas palabras a los Reyes: «*Crean Vuestras Altezas que en el mundo no puede haber mejor gente ni más mansa. Deben tomar Vuestras Altezas grande alegría porque luego los harán cristianos y los habrán enseñado en buenas costumbres de sus reinos, que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba; porque yo he hablado en superlativo grado* (de) *la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia de ellos y de ella a ésta en todo como del día a la noche, ni creo que otro ninguno, que esto hobiese hecho ni dijese menos de lo que yo tengo dicho; y digo que es verdad que es maravilla las cosas de acá y los pueblos grandes de esta isla Española, que así la llamé, y ellos le llaman Bohio, y todos de muy singularísimo trato amoroso y habla dulce, no como los otros, que parece cuando hablan que amenazan, y de buena estatura hombres y mujeres, y no negros. Verdad es que todos se tiñen, algunos de negro y otros de otra color, y los más de colorado. He sabido que lo hacen por el sol, que no les haga tanto mal; y las casas y lugares tan hermosos, y con señorío en todos, como juez o señor de ellos, y todos le obedecen que es maravilla, y todos estos señores son de pocas palabras y muy lindas costumbres, y su mandado es lo más con hacer señas con la mano, y luego es entendido que es maravilla*». Todas son palabras del Almirante. Quien hubiere de entrar en la mar de Santo Tomé, se debe meter una buena legua sobre la boca de la entrada sobre una isleta llana que en el medio hay, que le puso nombre la Amiga, llevando la proa en ella; y después que llegare a ella con el [ti-

(143) Cibao es una comarca situada unas leguas al Este, hacia el interior de la isla Española, donde más tarde se encontrarán ricas minas de oro. El parecido fónico entre ambas palabras: Cibao-Cipango mantendrá a Colón expectante y dubitativo durante unos días.

ro] (144) de una piedra, pase de la parte del Oueste y quédele ella al Leste, y se llegue a ella y no a la otra parte, porque viene una restringa muy grande del Oueste, e aún en la mar fuera de ella hay unas tres bajas, y esta restringa se llega a la Amiga un tiro de lombarda; y entremedias pasará y hallará a lo más bajo siete brazas, y cascajos abajo, y dentro hallará puerto para todas las naos del mundo y que estén sin amarras. Otra restringa y bajas vienen de la parte del Leste a la dicha isla Amiga, y son muy grandes y salen en la mar mucho y llega hasta el cabo cuasi dos leguas; pero entre ellas pareció que había entrada a tiro de dos lombardas. De la Amiga, y al pie del monte Caribatán, de la parte del Oueste, hay un buen puerto y muy grande.

Martes 25 de diciembre, día de Navidad

Navegando con poco viento el día de ayer desde la mar de Santo Tomé hasta la Punta Santa, sobre la cual a una legua estuvo así hasta pasado el primer cuarto, que serían a las once horas de la noche, acordó echarse a dormir porque había dos días y una noche que no había dormido. Como fuese calma, el marinero que gobernaba la nao acordó irse a dormir y dejó el gobernario a un mozo grumete, lo que mucho siempre había el Almirante prohibido en todo el viaje, que hobiese viento o que hobiese calma, conviene a saber, que no dejasen gobernar a los grumetes. El Almirante estaba seguro de bancos y de peñas, porque el domingo, cuando envió las barcas a aquel rey, habían pasado al Leste de la dicha Punta Santa bien tres leguas y media, y habían visto los marineros toda la costa y los bajos que hay desde la dicha Punta Santa al Leste Sueste bien tres leguas, y vieron por dónde se podía pasar, lo que todo este viaje no hizo. Quiso Nuestro Señor que a las doce horas de la noche, como habían visto acostar y reposar al Almirante y veían que era calma muerta y la mar como en una escudilla, todos se acostaron a dormir, y quedó el gobernalle en la mano de aquel muchacho, y las aguas que corrían llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos; los cuales, puesto que fuese de noche, sonaban que de una grande legua se oyeran y vieran, y fue sobre él tan mansamente que casi no se sentía. El mozo, que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dio voces, a las cuales salió el Almirante, y fue tan presto que aún ninguno había sentido que es-

(144) Palabra ininteligible.

tuviesen encallados (145). Luego, el maestre (146) de la nao, cuya era la guardia, salió, y díjoles el Almirante a él y a los otros que halasen el batel que traían por popa y tomasen un ancla y la echasen por popa; y con él otros muchos saltaron en el batel, y pensaba el Almirante que hacían lo que les había mandado. Ellos no curaron sino de huir a la carabela, que estaba a barlovento media legua. La carabela no los quiso recibir haciéndolo virtuosamente, y por esto volvieron a la nao, pero primero fue a ella la barca de la carabela. Cuando el Almirante vido que se huían y que era su gente, y las aguas menguaban y estaba ya la nao la mar de través, no viendo otro remedio, mandó cortar el mástel y alijar de la nao todo cuanto pudieron para ver si podían sacarla; y como todavía las aguas menguasen, no se pudo remediar, y tomó lado hacia la mar traviesa, puesto que la mar era poco o nada, y entonces se abrieron los conventos (147) y no la nao. El Almirante fué a la carabela para poner en cobro la gente de la nao en la carabela, y como ventase ya ventecillo de la tierra y también aún quedaba mucho de la noche, ni supiesen cuánto duraban los bancos, temporejó a la corda hasta que fue de día, y luego fue a la nao por de dentro de la restringa del banco. Primero había enviado el batel a tierra con Diego de Arana (148), de Córdoba, alguacil de la Armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de la Casa Real, a hacer saber al Rey que los había enviado a convidar y rogar el sábado que se fuese con los navíos a su puerto; el cual tenía su villa adelante, obra de una legua y media del dicho banco; el cual como lo supo diz que lloró y envió toda su gente de la villa con canoas muy grandes y muchas a descargar todo lo de la nao. Y así se hizo y se descargó todo lo de las cubiertas en muy breve espacio; tanto fue el grande aviamiento y diligencia que aquel rey dio. Y él con su persona, con hermanos y parientes, estaban poniendo diligencia, así en la nao como en la guarda de lo que se sacaba a tierra, para que todo estuviese a muy buen recaudo. De cuando en cuando enviaba uno de sus parientes al Almirante llorando a lo consolar, diciendo que no recibiese pena ni enojo, que

(145) La *Santa María* encalló por la parte de proa en un arrecife de la actual bahía Caracol.

(146) Juan de la Cosa, maestre y propietario de la *Santa María*, al que Colón culpa sin paliativos. Ver lo que dice el día 26 de diciembre.

(147) Abrirse las costuras de los tablones.

(148) Era primo de Beatriz Enríquez de Arana, madre de Hernando Colón.

él le daría cuanto tuviese. Certifica el Almirante a los Reyes que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar un agujeta. Mandólo poner todo junto con las casas, entretanto que se vaciaban algunas casas que quería dar, donde se pusiese y guardase todo. Mandó poner hombres armados en rededor de todo, que velasen toda la noche. «*El, con todo el pueblo, lloraban, tanto,* dice el Almirante, *son gente de amor y sin codicia y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra; ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron, mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo, y la memoria que tienen, y todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué*». Todo esto dice así el Almirante.

Miércoles, 26 de diciembre

Hoy, al salir del sol, vino el rey de aquella tierra, que estaba en aquel lugar, a la carabela *Niña* donde estaba el Almirante, y cuasi llorando le dijo que no tuviese pena, que él le daría cuanto tenía, y que había dado a los cristianos que estaban en tierra dos muy grandes casas, y que más les daría si fuesen menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao, y poner en tierra cuanta gente quisiese, y que así lo había hecho ayer, sin que se tomase una migaja de pan ni otra cosa alguna, *tanto,* dice el Almirante, *son fieles y sin cudicia de lo ajeno,* y así era sobre todos aquel rey virtuoso. En tanto que el Almirante estaba hablando con él, vino otra canoa de otro lugar que traía ciertos pedazos de oro, los cuales quería dar por un cascabel, porque otra cosa tanto no deseaban como cascabeles, que aún no llega la canoa a bordo cuando llamaban y mostraban los pedazos de oro diciendo «chuq chuq» por cascabeles, que están en puntos de se tornar locos por ellos. Después de haber visto esto, y partiéndose estas canoas que eran de los otros lugares, llamaron al Almirante y le rogaron que les mandase guardar un cascabel hasta otro día, porque él traería cuatro pedazos de oro tan grandes como la mano. Holgó el Almirante al oír esto. Y después un marinero que venía de tierra dijo al Almirante que era cosa de

maravilla las piezas de oro que los cristianos que estaban en tierra resgataban por no nada; por una agujeta daban pedazos que serían más de dos castellanos, y que entonces no era nada al respecto de lo que sería dende a un mes. El rey se holgó mucho con ver al Almirante alegre, y entendió que deseaba mucho oro, y díjole por señas que él sabía cerca de allí adónde había de ello muy mucho en grande suma, y que estuviese de buen corazón, que él daría cuanto oro quisiese; y de ello diz que le daba razón, y en especial que lo había en Cipango, a que ellos llamaban Cibao, en tanto grado que ellos no lo tienen en nada, y que él lo traería allí, aunque también en aquella isla Española, a quien llaman Bohio, y en aquella provincia Caribata lo había mucho más. El rey comió en la carabela con el Almirante y después salió con él en tierra, donde hizo al Almirante mucha honra y le dio colación de dos o tres maneras de ajes y con camarones y caza y otras viandas que ellos tenían, y de su pan que llamaban cazabí (149); donde lo llevó a ver unas verduras de árboles junto a las casas. Y andaban con él bien mil personas, todos desnudos; el señor ya traía camisa y guantes, que el Almirante le había dado, y por los guantes hizo mayor fiesta que por cosa de las que le dio. En su comer, con su honestidad y hermosa manera de limpieza, se mostraba bien ser de linaje. Después de haber comido, que tardó buen rato estar a la mesa, trujeron ciertas hierbas con que se fregó mucho las manos, creyó el Almirante que lo hacía para ablandarlas, y diéronle aguamanos. Después que acabaron de comer, llevó a la playa al Almirante, y el Almirante envió por un arco turquesco y un manojo de flechas, y el Almirante hizo tirar a un hombre de su compañía que sabía de ello; y el señor, como no sepa que sean armas, porque no las tienen ni las usan, le pareció gran cosa, aunque diz que el comienzo fue sobre habla de los de Caniba que ellos llaman caribes, que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro, que en todas aquellas tierras no había memoria de él y de acero ni de otro metal salvo de oro y de cobre, aunque cobre no había visto sino poco el Almirante. El Almirante le dijo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los Caribes y que a todos se los mandarían traer las manos atadas. Mandó el Almirante tirar una lombarda y una espingarda, y viendo el efecto que su fuerza hacían y lo que penetraban, quedó maravillado, y cuando su gente oyó los tiros cayeron to-

(149) Se elaboraba con raíces de yuca y era el alimento básico del antillano.

dos en tierra. Trujeron al Almirante una gran carátula que tenía grandes pedazos de oro en las orejas y en los ojos y en otras partes, la cual le dio con otras joyas de oro que el mismo rey había puesto al Almirante en la cabeza y al pescuezo; y a otros cristianos que con él estaban dio también muchas. El Almirante recibió mucho placer y consolación de estas cosas que veía, y se le templó el angustia y pena que había recibido y tenía de la pérdida de la nao, y conoció que Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao porque hiciese allí asiento. «*Y a esto,* dice él, *vinieron tantas cosas a la mano, que verdaderamente no fue aquel desastre salvo gran ventura, porque es cierto,* dice él, *que si yo no encallara, que yo fuera de largo sin surgir en este lugar, porque él está metido acá dentro en una grande bahía y en ella dos o más restringas de bajas, ni este viaje dejara aquí gente, ni aunque yo quisiera dejarla no les pudiera dar tan buen aviamiento ni tantos pertrechos ni tantos mantenimientos ni aderezo para fortaleza; y bien es verdad que mucha gente de esta que va aquí me habían rogado y hecho rogar que les quisiese dar licencia para quedarse. Agora tengo ordenado de hacer una torre y fortaleza* (150), *todo muy bien, y una grande cava, no porque crea que haya esto menester por esta gente, porque tengo por dicho que con esta gente que yo traigo sojuzgaría toda esta isla, la cual creo que es mayor que Portugal y más gente al doblo, mas son desnudos y sin armas y muy cobardes fuera de remedio, mas es razón que se haga esta torre y se esté como se ha de estar, estando tan lejos de Vuestras Altezas, y porque conozcan el ingenio de la gente de Vuestras Altezas y lo que pueden hacer, porque con amor y temor le obedezcan; y así tendrán tablas para hacer toda la fortaleza de ellas y mantenimientos de pan y vino para más de un año y simientes para sembrar y la barca de la nao y un calafate y un carpintero y un lombardero y un tonelero y muchos entre ellos hombres que desean mucho, por servicio de Vuestras Altezas y me hacer placer, de saber la mina adonde se coge el oro. Así que todo es venido mucho a pelo, para que se faga este comienzo; sobre todo que, cuando encalló la nao, fue tan paso que cuasi no se sintió ni había ola ni viento*». Todo esto dice el Almirante. Y añade más para mostrar que fue gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nao allí encallase porque dejase allí gente (151), que si no fuera

(150) El fuerte de la Navidad, primer asiento en el Nuevo Mundo.

(151) Quedarán 39 hombres bajo el mando de Diego de Arana (ver lo que dice el 2 de enero).

por la traición del maestre y de la gente, que eran todos o los más de su tierra, de no querer echar el ancla por popa para sacar la nao, como el Almirante les mandaba, la nao se salvara, y así no pudiera saberse la tierra, dice él, como se supo aquellos días que allí estuvo, y adelante por los que allí entendía dejar, porque él iba siempre con intención de descubrir y no parar en parte más de un día, si no era por falta de los vientos, porque la nao diz que era muy pesada y no para el oficio de descubrir. Y llevar tal nao diz que causaron los de Palos, que no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían prometido: dar navíos convenientes para aquella jornada, y no lo hicieron. Concluye el Almirante diciendo que de todo lo que en la nao había no se perdió una agujeta ni tabla ni clavo, porque ella quedó sana como cuando partió, salvo que se cortó y rajó algo para sacar la vasija y todas las mercaderías; y pusiéronlas todas en tierra y bien guardadas, como está dicho. Y dice que espera en Dios que, a la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro, que habrían resgatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina de oro y la especería, y aquello en tanta cantidad que los Reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la casa santa (152), «*que así,* dice él, *protesté a Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana*». Estas son palabras del Almirante.

Jueves, 27 de diciembre

En saliendo el sol, vino a la carabela el rey de aquella tierra, y dijo al Almirante que había enviado por oro, y que lo quería cubrir todo de oro antes que se fuese, antes le rogaba que no se fuese; y comieron con el Almirante el rey y un hermano suyo y otro su pariente muy privado, los cuales dos le dijeron que querían ir a Castilla con él. Estando en esto, vinieron [*ciertos*

(152) Para unos, la Casa Santa es Jerusalén o Ciudad Santa, dentro de un sincero mesianismo de cruzada muy en boga en la corte de los Reyes Católicos (A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*, Valladolid, 1983). Otros enfocan estas alusiones en un sentido literal: la Casa Santa se refiere al Templo de Jerusalén, eterna obsesión judaica, y en este caso de Colón debido a su herencia y formación judaica (J. Gil, *Colón y la Casa Santa*, Historiografía y Bibliografía Americanistas, Sevilla, 1977, vol. XXI).

COSTA NORTE DE LA ESPAÑOLA
OCEANO ATLANTICO
Banco Monte Cristi
C. Alto y Bajo
Dic. 24
Naufragio
dic. 25
NIÑA En. 4
Santo
Tomás
Punta
Santa
Barrera de Arrecifes
Puerto
Navidad
Dic. 25
En. 3

indios con nuevas] (153) cómo la carabela *Pinta* (154) estaba en un río al cabo de aquella isla; luego envió el cacique allá una canoa y en ella el Almirante un marinero, porque amaba tanto al Almirante que era maravilla. Ya entendía el Almirante con cuanta priesa podía por despacharse para la vuelta de Castilla.

Viernes, 28 de diciembre

Para dar orden y priesa en el acabar de hacer la fortaleza y en la gente que en ella había de quedar, salió el Almirante en tierra y parecióle que el rey le había visto cuando iba en la barca; el cual se entró presto en su casa disimulando, y envió a un hermano que recibiese al Almirante, y llevólo a una de las casas que tenía dadas a la gente del Almirante, la cual era la mayor y mejor de aquella villa. En ella le tenían aparejado un estrado de camisas de palma donde le hicieron asentar. Después el hermano envió un escudero suyo a decir al rey que el Almirante estaba allí, como que era el rey no sabía que era venido, puesto que el Almirante creía que lo disimulaba por hacelle mucha más honra. Como el escudero se lo dijo, dio el cacique diz que a correr para el Almirante, y púsole al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano. Estuvo allí con él hasta la tarde, deliberando lo que había de hacer.

Sábado, 29 de diciembre

En saliendo el sol, vino a la carabela un sobrino del rey muy mozo y de buen entendimiento y buenos *hígados*, como dice el Almirante; y como siempre trabajase por saber adonde se cogía el oro, preguntaba a cada uno, porque por señas ya entendía algo; y así aquel mancebo le dijo que a cuatro jornadas había una isla al Leste que se llamaba Guarionex, y otras que se llamaban Macorix, Mayonic, Fuma, y Cibao y Corvay (155), en

(153) En el original se escribe *vinieron como*. Lo que está entre corchetes se toma de Las Casas (*Historia,* Lib. I, cap. 61).

(154) Ciertamente, estaba a no muchas leguas de allí: en la costa más cercana al Cibao. En el segundo viaje, Colón fundará en esa misma costa la villa de la Isabela. Hasta el 6 de enero no se reencontrarán los dos navegantes.

(155) Estas no eran islas sino provincias de la isla Española, puntualiza Las Casas al margen.

las cuales había infinito oro, los cuales nombres escribió el Almirante y supo esto que le había dicho un hermano del rey, e riño con él, según el Almirante entendió. También otras veces había el Almirante entendido que el rey trabajaba porque no entendiese donde nacía y se cogía el oro, porque no lo fuese a resgatar o comprar a otra parte. *Mas es tanto y en tantos lugares y en esta misma isla Española*, dice el Almirante, *que es maravilla.* Siendo ya de noche le envió el rey una gran carátula de oro y envióle a pedir un bacín de aguamanos y un jarro. Creyó el Almirante que lo pedía por mandar hacer otro y así se lo envió.

Domingo, 30 de diciembre

Salió el Almirante a comer a tierra, y llegó a tiempo que habían venido cinco reyes sujetos a aqueste que se llama Guacanagari, todos con sus coronas, representando muy buen estado, que dice el Almirante a los Reyes que *Sus Altezas hubieran placer de ver la manera de ellos.* En llegando en tierra, el rey vino a recibir al Almirante, y lo llevó de brazos a la misma casa de ayer, a donde tenía un estrado y sillas en que se asentó al Almirante, y luego se quitó la corona de la cabeza y se la puso al Almirante, y el Almirante se quitó del pescuezo un collar de buenos alaqueques y cuentas muy hermosas de muy lindos colores, que parecía muy bien en toda parte, y se lo puso a él, y se desnudó un capuz de fina grana, que aquel día se había vestido, y se lo vistió, y envió por unos borceguíes de color que le hizo calzar, y le puso en el dedo un grande anillo de plata, porque habían dicho que vieron una sortija de plata a un marinero y que había hecho mucho por ella. Quedó muy alegre y muy contento, y dos de aquellos reyes que estaban con él vinieron adonde el Almirante estaba con él y trujeron al Almirante dos grandes plastas de oro, cada uno la suya. Y estando así vino un indio diciendo que había dos días que dejara la carabela *Pinta* al Leste en un puerto. Tornóse el Almirante a la carabela, y Vicente Yañez, capitán de ella, afirmó que había visto ruibarbo, y que lo había en la isla Amiga, que está a la entrada de la mar de Santo Tomé, que estaba seis leguas de allí, y que había conocido los ramos y raíz. Dicen que el ruibarbo echa unos ramitos fuera de tierra y unos frutos que parecen moras verdes, cuasi secas, y el palillo que está cerca de la raíz es tan amarillo y tan fino, como la mejor color que puede ser para pintar, y debajo de la tierra hace la raíz como una grande pera.

Lunes, 31 de diciembre

Aqueste día se ocupó en mandar tomar agua y leña para la partida a España, por dar noticia presto a los Reyes, para que enviasen navíos que descubriesen lo que quedaba por descubrir, porque *ya el negocio parecía tan grande y de tanto tomo que es maravilla*, dijo el Almirante, y dice que no quisiera partirse hasta que hubiera visto toda aquella tierra que iba hacia el Leste, y andarla toda por la costa, por saber también diz que el tránsito de Castilla a ella, para traer ganados y otras cosas. Mas como hubiese quedado con un solo navío, no le parecía razonable cosa ponerse a los peligros que le pudieran ocurrir descubriendo. Y quejábase que todo aquel e inconveniente [provenía] de haberse apartado de la carabela *Pinta*.

Martes, 1.º de enero

A media noche despachó la barca que fuese a la isleta Amiga para traer el ruibarbo. Volvió a vísperas con un serón de ello; no trujeron más porque no llevaron azada para cavar; aquello llevó por muestra a los Reyes. El rey de aquella tierra diz que había enviado muchas canoas por oro. Vino la canoa que fue a saber de la *Pinta* y el marinero y no la hallaron. Dijo aquel marinero que veinte leguas de allí habían visto un rey que traía en la cabeza dos grandes plastas de oro, y luego que los indios de la canoa le hablaron se las quitó, y vido también mucho oro a otras personas. Creyó el Almirante que el rey Guacanagarí debía de haber prohibido a todos los que no vendiesen oro a los cristianos, que pasase todo por su mano. Mas él había sabido los lugares, como dije antier, donde lo había en tanta cantidad que no lo tenían en precio. También la especiería que como comen, dice el Almirante, es mucha y más vale que pimienta y manegueta (156). Dejaba encomendados a los que allí quería dejar que hobiesen cuanta pudiesen.

(156) La *manegueta, malagueta* o *melegueta* era un fruto de color de canela y de olor y sabor aromático. Se llamó también grano del Paraíso. El nombre está relacionado con la costa de la Malagueta, a la entrada del golfo de Guinea, en las actuales costas de Liberia y Sierra Leona. (Ver también lo que dice el 9 de enero.)

Salió de mañana en tierra para se despedir del rey Guacanagari e partirse en el nombre del Señor, e dióle una camisa suya, y mostróle la fuerza que tenían y efecto que hacían las lombardas, por lo cual mandó armar una y tirar al costado de la nao que estaba en tierra, porque vino a propósito de plática sobre los caribes, con quien tienen guerra, y vido hasta dónde llegó la lombarda y cómo pasó el costado de la nao y fue muy lejos la piedra por la mar. Hizo hacer también un escaramuza con la gente de los navíos armada, diciendo al cacique que no hobiese miedo a los caribes aunque viniesen. Todo esto diz que hizo el Almirante porque tuviese por amigos a los cristianos que dejaba, y por ponerle miedo que los temiese. Llevólo el Almirante a comer consigo a la casa donde estaba aposentado, y a los otros que iban con él. Encomendóle mucho el Almirante a Diego de Arana y a Pedro Gutiérrez y a Rodrigo Escobedo, que dejaba juntamente por sus tenientes de aquella gente que allí dejaba, porque todo fuese bien regido y gobernado a servicio de Dios y de Sus Altezas. Mostró mucho amor el cacique al Almirante y gran sentimiento en su partida, mayormente cuando lo vido ir a embarcarse. Dijo al Almirante un privado de aquel rey, que había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el mismo Almirante, y que de desde a diez días le habían de traer. Embarcóse el Almirante con propósito de se partir luego, mas el viento no le dio lugar.

Dejó en aquella isla Española, que los indios diz que llamaban Bohio, treinta y nueve hombres con la fortaleza, y diz que muchos amigos de aquel rey Guacanagari, e sobre aquellos por sus tenientes a Diego de Arana, natural de Córdoba, y a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, criado del despensero mayor, e a Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia, sobrino de Fr. Rodrigo Pérez, con todos sus poderes que de los Reyes tenía. Dejóles todas las mercaderías que los Reyes mandaron comprar para los resgates, que eran muchas, para que las trocasen y resgatasen por oro, con todo lo que traía la nao. Dejóles también pan bizcocho para un año y vino y mucha artillería, y la barca de la nao para que ellos, como marineros que eran los más, fuesen, cuando viesen que convenía, a descubrir la mina del oro, porque a la vuelta que volviese el Almirante hallase mucho oro; y lugar donde se asentase una villa, porque aquel no era puerto a su voluntad, mayormente que el oro que

allí traían venía diz que del Leste, y cuando más fuesen al Leste tanto estaban cercanos de España. Dejóles también simientes para sembrar, y sus oficiales, escribano y alguacil, y un carpintero de naos y calafate y un buen lombardero, que sabe bien de ingenios, y un tonelero y un físico y un sastre, y todos diz que hombres de la mar.

Jueves, 3 de enero

No partió hoy porque anoche diz que vinieron tres de los indios que traía de las islas que se habían quedado, y dijéronle que los otros y sus mugeres venían al salir del sol. La mar también fue algo alterada, y no pudo la barca estar en tierra. Determinó partir mañana mediante la gracia de Dios. Dijo que si él tuviera consigo la carabela *Pinta*, tuviera por cierto de llevar un tonel de oro, porque osara seguir las costas de estas islas, lo que no osaba hacer por ser solo, porque no le acaeciese algún inconveniente y se impidiese su vuelta a Castilla y la noticia que debía dar a los Reyes de todas las cosas que había hallado. Y si fuera cierto que la carabela *Pinta* llegaba a salvamento en España con aquel Martín Alonso Pinzón, dijo que no dejara de hacer lo que deseaba; pero porque no sabía de él, y porque, ya que vaya, podrá informar a los Reyes de mentiras porque no le manden dar la pena que él merecía, como quien tanto mal había hecho y hacía en haberse ido sin licencia y estorbar los bienes que pudieran hacerse y saberse de aquella vez, dice el Almirante, confiaba que Nuestro Señor le daría buen tiempo y se podría remediar todo.

Viernes, 4 de enero

Saliendo el sol, levantó las anclas con poco viento, con la barca por proa, el camino del Norueste para salir fuera de la restringa, por otra canal más ancha de la que entró, la cual y otras son muy buenas para ir por delante de la villa de la Navidad, y por todo aquello el más bajo fondo que halló fueron tres brazas hasta nueve y estas dos van de Norueste al Sueste, según aquellas restringas eran grandes que duran desde el Cabo Santo hasta el Cabo de Sierpe, que son más de seis leguas, y fuera en la mar bien tres, y sobre el Cabo Santo una legua no hay

más de ocho brazas de fondo, y dentro del dicho cabo, de la parte del Leste, hay muchos bajos y canales para entrar por ellos; y toda aquella costa se corre Norueste Sueste y es toda playa, y la tierra muy llana hasta bien cuatro leguas adentro. Después hay montañas muy altas, y es toda muy poblada de poblaciones grandes y buena gente, según se mostraban con los cristianos. Navegó así al Leste camino de un monte muy alto, que quiere parecer isla pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja, el cual tiene forma de un alfaneque muy hermoso, al cual puso nombre Monte-Cristi (157), el cual está justamente al Este del Cabo Santo, y habrá diez y ocho leguas. Aquel día, por ser el viento muy poco, no pudo llegar al Monte-Cristi con seis leguas. Halló cuatro isletas de arena muy bajas, con una restringa que salía mucho al Norueste y andaba mucho al Sueste. Dentro hay un grande golfo que va desde el dicho Monte al Sueste bien veinte leguas, el cual debe ser todo de poco fondo y muchos bancos, y dentro de él en toda la costa muchos ríos no navegables, aunque aquel marinero que el Almirante envió con la canoa a saber nuevas de la *Pinta*, dijo que vido un río (158) en el cual podían entrar naos. Surgió por allí el Almirante seis leguas de [Monte-Cristi] en diez y nueve brazas, dando la vuelta a la mar por apartarse de muchos bajos y restringas que por allí había, donde estuvo aquella noche. Da el Almirante aviso, que el que hobiere de ir a la villa de Navidad, que cognosciere al Monte-Cristi, debe meterse en la mar dos leguas, etc.; pero porque ya se sabe la tierra y más por allí no se pone aquí. Concluye que Cipango estaba en aquella isla (159) y que hay mucho oro y especería y almáciga y ruybarbo (160).

(157) Desde entonces conserva el mismo nombre.

(158) Río Yaque del Norte, largo y caudaloso, al que el Almirante llamará pronto Río del Oro (ver 8 de enero).

(159) Esta afirmación tan rotunda como sorprendente, unida a la seguridad y conocimientos que a partir de este día demostrará el Almirante, ha servido a Manzano (*Colón y su secreto*, p. 350) para convertir Monte Cristi en un hito para Colón. Dada su inconfundible forma, pudo ser una de las claves del predescubridor de América a la hora de orientar y localizar adecuadamento los conocimientos colombinos sobre las nuevas tierras.

(160) Prácticamente no ha encontrado aún nada de esto. Sin embargo, como el Cipango está asociado a tales riquezas, localizado aquél en la isla Española —Cibao—, lo demás se tiene que incluir sin más.

Cuando el sol quería salir, dio la vela con el terral; después ventó Leste, y vido que de la parte del Susueste del Monte-Cristi, entre él y una isleta, parecía ser buen puerto para surgir esta noche, y tomó el camino al Lesueste, y después al Sursueste, bien seis leguas a cerca del monte; y halló, andadas las seis leguas, diez y siete brazas de hondo y muy limpio, y anduvo así tres leguas con el mismo fondo. Después abajó a doce brazas hasta el morro del monte, y sobre el morro del monte a una legua halló nueve, y limpio todo, arena menuda. Siguió así el camino hasta que entró entre el monte y la isleta (161), adonde halló tres brazas y media de fondo con bajamar, muy singular puerto, adonde surgió. Fue con la barca a la isleta, donde halló fuego y rastro que habían estado allí pescadores. Vido allí muchas piedras pintadas de colores, o cantera de piedras tales de labores naturales, muy hermosas diz que para edificios de iglesia o de otras obras reales, como las que halló en la isleta de San Salvador. Halló también en esta isleta muchos pies de almáciga. Este Monte-Cristi diz que es muy hermoso y alto y andable, de muy linda hechura, y toda la tierra cerca de él es baja, muy linda campiña, y él queda así alto, que viéndolo de lejos, parece isla que no comunique con alguna tierra (162). Después del dicho monte, al Leste, vido un cabo a veinticuatro millas, al cual llamó Cabo del Becerro, desde el cual hasta el dicho monte pasan en la mar bien dos leguas unas retringas de bajos, aunque le pareció que había entre ellas canales para poder entrar; pero conviene que sea de día y vaya sondando con la barca primero. Desde el dicho monte al Leste hacia el Cabo del Becerro, las cuatro leguas es todo playa y tierra muy baja y hermosa, y lo otro es todo tierra muy alta y grandes montañas labradas y hermosas; y dentro de la tierra va una sierra de Nordeste al Sueste, la más hermosa que había visto, que parece propia como la sierra de Córdoba. Parecen también muy lejos otras montañas muy altas hacia el Sur y del Sueste y muy grandes valles y muy verdes y muy hermosos y muy muchos ríos de agua; todo esto en tanta cantidad apacible que no creía encarecerlo la milésima parte. Después vido, al Leste de dicho monte, una tierra que pare-

(161) La isla Cabra.

(162) Y añade Las Casas: *dice verdad, que por mar y por tierra parece isla como un montón de trigo.*

cía otro monte, así como aquel de Cristi en grandeza y hermosura. Y dende a la cuarta del Leste al Nordeste es tierra no tan alta, y habría bien cien millas o cerca.

Domingo, 6 de enero

Aquel puerto es abrigado de todos los vientos, salvo de Norte y Norueste, y dice que poco reinan por aquella tierra (163), y aún de éstos se pueden guarecer detrás de la isleta; tiene tres hasta cuatro brazas. Salido el sol, dio la vela por ir la costa delante, la cual toda corría al Leste, salvo que es menester dar resguardo a muchas restringas de piedras y arena que hay en la dicha costa. Verdad es que dentro de ellas hay buenos puertos y buenas entradas por sus canales. Después de medio día ventó Leste recio, y mandó subir a un marinero al topo del mástil para mirar los bajos, y vido venir la carabela *Pinta* con Leste a popa, y llegó al Almirante; y porque no había donde surgir por se bajo, volvióse el Almirante al Monte-Cristi a desandar diez leguas atrás que había andado, y la *Pinta* con él. Vino Martín Alonso Pinzón a la carabela *Niña*, donde iba el Almirante, a se excusar diciendo que se había partido de él contra su voluntad, dando razones para ello. Pero el Almirante dice que eran falsas todas, y que con mucha soberbia y cudicia se había apartado aquella noche que se apartó de él, y que no sabía, dice el Almirante, de dónde le hubiese venido las soberbias y deshonestidad que había usado con él aquel viáje, las cuales quiso el Almirante disimular por no dar lugar a las malas obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje, como hasta entonces había hecho, sino que por dicho de un indio de los que el Almirante le había encomendado con otros que lleva(ba) en su carabela, el cual le había dicho que en una isla que se llamaba Baneque había mucho oro, y como tenía el navío sotil y ligero, se quiso apartar y ir por sí dejando al Almirante. Pero el Almirante quísose detener y costear la isla Juana y la Española; pues todo era un camino del Leste. Después que Martín Alonso fue a la isla Baneque diz que y no halló nada de oro, se vino a la costa de la Española por información de otros indios que le dijeron haber en aquella isla Española, que los indios llamaban

(163) Es la bahía de Monte Cristi. A esta impresión colombina apostillará al margen Las Casas: *No había experimentado la ira de estos dos vientos.*

Bohio, mucha cantidad de oro y muchas minas; y por esta causa llegó cerca de la villa de la Navidad, obra de quince leguas, y había entonces más de veinte días; por lo cual parece que fueron verdad las nuevas que los indios daban, por las cuales envió el rey Guacanagari la canoa, y el Almirante el marinero, y debía de ser ida cuando la canoa llegó. Y dice aquí el Almirante que resgató la carabela mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos y a veces como la mano, y llevaba el Martín Alonso la mitad y la otra mitad se repartía por la gente. Añade el Almirante, diciendo a los Reyes: «*Así que, Señores Príncipes, que yo conozco que milagrosamente mando quedar allí aquella nao Nuestro Señor, porque es el mejor lugar de toda la isla para hacer el asiento y más acerca de las minas de oro.*» También diz que supo que detrás de la isla Juana, de la pate del Sur, hay otra isla grande, en que hay muy mayor cantidad de oro que en ésta, en tanto grado que cogían los pedazos mayores que habas, y en la isla Española se cogían los pedazos de oro de las minas como granos de trigo. Llamábase diz que aquella isla Yamaye (164). También diz que supo el Almirante que allí, hacia el Leste, había una isla a donde no había sino solas mujeres (165), y esto diz que de muchas personas lo sabía. Y que aquella isla Española o la otra isla Yamaye, estaba cerca de tierra firme diez jornadas de canoa, que podía ser sesenta o setenta leguas, y que era la gente vestida allí (166).

Lunes, 7 de enero

Este día hizo tomar una agua (167) que hacía la carabela (y) calafetalla (168), y fueron los marineros en tierra a traer leña, y diz que hallaron muchos almácigos y linaloe.

(164) Jamaica.

(165) Se refiere a las Amazonas.

(166) Después de recorrer los parajes de Monte Cristi sorprende lo mucho que sabe Colón, al mismo tiempo que se nota en él como un extraño deseo por demostrarlo. Debe ser una respuesta a la deserción de Martín Alonso Pinzón.

(167) Hacer lo necesario para impedir su entrada por los fondos de un buque.

(168) Calafatearla suponía cerrar las junturas con estopa y brea.

Martes, 8 de enero

Por el viento Leste y Sueste mucho que ventaba no partió este día, por lo cual mandó que se guarneciese la carabela de agua y leña y de todo lo necesario para todo el viaje, porque, aunque tenía voluntad de costear toda la costa de aquella Española que andando el camino pudiese; pero, porque los que puso en las carabelas por capitanes, que eran hermanos, conviene a saber, Martín Alonso Pinzón y Vicente Yañez, y otros que le seguían con soberbia y cudicia, estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les había hecho y dado, no habían obedecido ni obedecían sus mandamientos, antes hacían y decían muchas cosas no debidas contra él, y el Martín Alonso lo dejó desde el 21 de noviembre hasta 6 de enero sin causa ni razón, sino por su desobediencia, todo lo cual el Almirante había sufrido y callado por dar buen fin a su viaje; así que, por salir de tan mala compañía, con los cuales dice que cumplía disimular, aunque gente desmandada, y aunque tenía diz que consigo muchos hombres de bien, pero no era tiempo de entender en castigo, acordó volverse y no parar más con la mayor priesa que le fuese posible. Entró en la barca y fue al río, que es allí junto hacia el Sursueste del Monte-Cristi una grande legua, donde iban los marineros a tomar agua para el navío, y halló que el arena de la boca del río, el cual es muy grande y hondo, era diz que toda llena de oro, y en tanto grado que era maravilla, puesto que era muy menudo. Creía el Almirante que por venir por aquel río abajo se desmenuzaba por el camino, puesto, que dice, que en poco espacio halló muchos granos tan grandes como lentejas, mas de lo menudito dice que había mucha cantidad. Y porque la mar era llena y entraba el agua salada con la dulce, mandó subir con la barca el río arriba un tiro de piedra, hincheron los barriles desde la barca, y volviéndose a la carabela, hallaban metidos por los aros de los barriles pedacitos de oro, y lo mismo en los aros de la pipa. Puso por nombre el Almirante al río del Oro, el cual de dentro pasada la entrada muy hondo, aunque la entrada es baja y la boca muy ancha; y de él a la villa de la Navidad, diez y siete leguas. Entremedias hay otros muchos ríos grandes, en especial tres los cuales creía que debían tener mucho más oro que aquél, porque son más grandes, puesto que éste es cuasi tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y de ellos a las minas del oro no hay

veinte leguas (169). Dice más el Almirante, que no quiso tomar de la dicha arena que tenía tanto oro, pues Sus Altezas lo tenían todo en casa y a la puerta de su villa de la Navidad, sino venirse a más andar por llevalles las nuevas y por quitarse de la mala compañía que tenía y que siempre había dicho que era gente desmandada.

Miércoles, 9 de enero

A media noche levantó las velas con el viento Sueste y navegó al Lesnordeste; llegó a una punta que llamó Punta Roja, que está justamente al Leste del Monte-Cristi sesenta millas. Y al abrigo de ella surgió a la tarde, que serían tres horas antes que anocheciese. No osó salir de allí de noche, porque había muchas restringas, hasta que se sepan, porque después serán provechosas si tienen, como deben tener, canales, y tienen mucho fondo y buen surgidero seguro de todos vientos. Estas tierras, desde Monte-Cristi hasta allí donde surgió, son tierras altas y llanas y muy lindas campiñas, y a las espaldas muy hermosos montes que van de Leste a Oueste, y son todos labrados y verdes, que es cosa de maravilla ver su hermosura, y tienen muchas riberas de agua. En toda esta tierra hay muchas tortugas, de las cuales tomaron los marineros en el Monte-Cristi que venían a desovar en tierra, y eran muy grandes, como una grande tablachina (170). El día pasado, cuando el Almirante iba al Río del Oro, dijo que vido tres sirenas (171) que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de la Manegueta. Dice que esta noche, con el nombre de Nuestro Señor, partiría a su viaje, sin más detenerse en cosa alguna, pues había hallado lo que buscaba, porque no quiere más enojo con aquel Martín Alonso hasta que Sus Altezas supiesen las nuevas de su viaje y de lo que ha hecho. «*Y después no sufriré, dice él, hechos de malas personas y de poca virtud, las cuales contra quien*

(169) Se refiere a las minas del Cibao.

(170) Broquel o escudo de madera.

(171) Estas sirenas haitianas debían ser los manatíes o vacas marinas, cuya cabeza articulada y miembros anteriores en forma de brazos tienen cierta apariencia humana (Morison, *El Almirante...* p. 380).

les dio aquella honra presumen hacer su voluntad con poco acatamiento.»

Jueves, 10 de enero

Partióse de donde había surgido y, al sol puesto, llegó a un río, al cùal puso nombre Río de Gracia (172); está de la parte del Sueste tres leguas. Surgió a la boca, que es buen surgidero, a la parte del Leste. Para entrar dentro tiene un banco, que no tiene sino dos brazas de agua y muy angosto; dentro es buen puerto cerrado, sino que tiene mucha bruma. Y de ella iba la carabela *Pinta,* donde iba a Martín Alonso, muy maltratada, porque diz que estuvo allí resgatando diez y seis días, donde resgataron mucho oro, que era lo que deseba Martín Alonso. El cual, después que supo de los indios que el Almirante estaba en la costa de la misma isla Española y que no lo podía errar, se vino para él. Y diz que quisiera que toda la gente del navío jurara que no había estado allí sino seis días. Mas diz que era cosa tan pública su maldad, que no podía encubrir. *El cual,* dice el Almirante, *tenía hechas leyes que fuese para él la mitad del oro que se resgatase o se hobiese.* Y cuando hobo de partirse de allí, tomó cuatro hombres indios y dos mozos por fuerza, a los cuales el Almirante mandó dar de vestir y tornar en tierra que se fuesen a sus casas; «*lo cual* —dice— *es servicio de Vuestras Altezas, porque hombres y mujeres son todos de Vuestras Altezas, así de esta isla en especial como de las otras. Mas, aquí donde tienen ya asiento Vuestras Altezas, se debe hacer honra y favor a los pueblos, pues que en esta isla hay tanto oro y buenas tierras y especería*».

Viernes, 11 de enero

A media noche salió del río de Gracia con el terral. Navegó al Leste hasta un cabo que llamó Belprado cuatro leguas; y de allí al Sueste está el monte a quien puso Monte de Plata (173),

(172) Río de Gracia, donde estuvo Martín Alonso Pinzón 16 días. Esta denominación colombina no tuvo éxito y *antes se llamó siempre y se llama hoy el río de Martín Alonso Pinzón* (Las Casas, *Historia*, lib. I, cap. 66).

(173) *Este monte llamó de Plata porque es muy alto y está siempre sobre su cumbre de una niebla que lo hace blanco o plateado, y al pie de él está el puerto que se dice por aquel Monte de Plata.* Explicación al margen de Las Casas.

y dice que hay ocho leguas. De allí al cabo que dijo del Belprado, al Leste cuarta del Sueste, está el cabo que dijo del Angel, y hay diez y ocho leguas; y de este cabo al Monte de Plata hay un golfo y tierras las mejores y más lindas del mundo, todas campiñas altas y hermosas, que van mucho la tierra adentro, y después hay una sierra que va de Leste a Oueste, muy grande y muy hermosa; y al pie del monte hay un puerto muy bueno, y en la entrada tiene catorce brazas. Y este monte es muy alto y hermoso, y todo esto es poblado mucho. Y creía el Almirante debía haber buenos ríos y mucho oro. Del Cabo del Angel al Leste cuarta del Sueste hay cuatro leguas a una punta que puso del Hierro, y al mismo camino, cuatro leguas, está una punta que llamó la Punta Seca. Y de allí al mismo camino, a seis leguas, está el cabo que dijo Redondo, y de allí al Leste está el Cabo Francés, y en este cabo, de la parte de Leste, hay una ancla grande, mas no le pareció haber surgidero. De allí una legua está el Cabo del Buen Tiempo; de éste al Sur cuarta del Sueste hay un cabo que llamó Tajado, una grande legua; de éste hacia el Sur vido otro cabo, y parecióle que habría quince leguas. Hoy hizo gran camino, por (que) el viento y las corrientes iban con él. No osó surgir por miedo de los bajos, y así estuvo a la corda toda la noche.

Sábado, 12 de enero

Al cuarto del alba, navegó al Leste con viento fresco y anduvo así hasta el día, y en este tiempo veinte millas, y en dos horas después andaría veinticuatro millas. De allí vido al Sur tierra, y fue hacia ella, y estaría de ella cuarenta y ocho millas, y dice que, dando resguardo al navío, andaría esta noche 28 millas al Nornordeste. Cuando vido la tierra, llamó a un cabo que vido el Cabo de Padre e Hijo, porque a la punta de la parte del Este tiene dos farallones (174), mayor el uno que el otro. Después al Leste dos leguas vido una grande abra y muy hermosa entre dos grandes montañas, y vido que era grandísimo puerto, bueno y de muy buena entrada, pero, por ser muy de mañana y no perder camino, porque por la mayor parte del tiempo hace por allí Leste y entonces le lleva Nornorueste, no quiso detenerse, mas, siguió su camino al Leste hasta un cabo muy alto y muy

(174) Farallón es una *roca alta y tajada que sobresale en el mar.*

hermoso y todo de piedra tajado, a quien puso por nombre Cabo del Enamorado, el cual estaba al Leste de aquel puerto a quien llamó Puerto Sacro treinta y dos millas. Y en llegando a él, descubrió otro muy más hermoso y más alto y redondo, de peña todo, así como el Cabo de San Vicente en Portugal, y estaba del Enamorado al Leste doce millas. Después que llegó a emparejarse con el del Enamorado, vido, entremedias de él y de otro, vido que se hacía una grandísima bahía que tiene de ancho tres leguas, y en medio de ella está una isleta pequeñuela (175); el fondo es mucho a la entrada hasta tierra. Surgió allí en doce brazas; envió la barca en tierra por agua y por ver si habían lengua, pero la gente toda huyó. Surgió también por ver si toda era aquella una tierra con la Española. Y lo que dijo ser golfo sospechaba no fuese otra isla por sí. Quedaba espantado de ser tan grande la isla Española.

Domingo, 13 enero

No salió de este puerto por no hacer terral con que saliese. Quisiera salir por ir a otro mejor puerto, porque aquél era algo descubierto y porque quería ver en qué paraba la conjunción de la Luna con el Sol, que esperaba a 17 de este mes, y la oposición de ella con Júpiter y conjunción con Mercurio y el Sol en oposición con Júpiter, que es causa de grandes vientos (176). Envió la barca a tierra en una hermosa playa para que tomasen de los ajes para comer, y hallaron ciertos hombres con arcos y flechas, con los cuales se pararon a hablar y los compraron dos arcos y muchas flechas y rogaron a uno de ellos que fuese a hablar al Almirante a la carabela, y vino; el cual diz que era muy disforme en el acatadura (177) más que otros que hubiese visto (178): tenía el rostro todo tiznado de carbón, puesto que en to-

(175) Es la isleta Cayo Levantado, a la entrada de la Bahía de Samaná o Golfo de las Flechas.

(176) Nunca olvidaba estas observaciones si se le presentaba la oportunidad. El almanaque Regiomontano: *Ephemerides Astronomicae,* que lleva Colón las anunciaba para esa fecha.

(177) Semblante, gesto.

(178) *Estos debían ser los que llaman Ciguayos, que todos traían los cabellos así muy largos*, aclara Las Casas al margen. La apariencia externa hizo que muchos los confundieran con los caribes antropófagos, pero no lo eran. Acaso su cercanía les hizo adoptar modos y costumbres propios de aquellos.

das partes acostumbran de se teñir de diversos colores; traia todos los cabellos muy largos y encogidos y atados atrás, y después puestos en una redecilla de plumas de papagayos, y él así desnudo como los otros. Juzgó el Almirante que debía de ser de los caribes que comen los hombres, y que aquel golfo que ayer había visto, que hacía apartamiento de tierra y que sería isla por sí. Preguntóle por los caribes y señalóle al Leste, cerca de allí; la cual diz que ayer vio el Almirante antes que entrase en aquella bahía, y díjole el indio que en ella había muy mucho oro, señalándole la popa de la carabela, que era bien grande, y que pedazos había tan grandes. Llamaba al oro tuob y no entendía por caona, como le llaman en la primera parte de la isla, ni por nocay, como le nombraban en San Salvador y en las otras islas. Al alambre (179) o a un oro bajo llaman en la Española tuob. De la isla de Matinino (180) dijo aquel indio que era toda poblada de mujeres sin hombres, y que en ella hay muy mucho tuob que es oro o alambre, y que es mas al Leste de Carib (181). También dijo de la isla de Goanin (182), adonde hay mucho tuob. De estas islas, dice el Almirante, que por muchas personas (hace) días había noticias. Dice más el Almirante, que en las islas pasadas estaban con gran temor de Carib, y en algunas le llamaban Caniba, pero en la Española Carib; y que debe de ser gente arriscada, pues andan por todas estas islas y comen la gente que pueden haber. Dice que entendían algunas palabras, y por ellas diz que saca otras cosas, y que los indios que consigo traía entendían más, puesto que hallaba diferencia de lenguas por la gran distancia de las tierras. Mandó dar al indio de comer, y dióle pedazos de paño verde y colorado y cuentezuelas de vidrio, a que ellos son muy aficionados; y tornóle a enviar a tierra y díjole que trujese oro si lo había, lo cual creía por algunas cositas suyas que él traía. En llegando la barca a tierra, estaban detrás los árboles bien cincuenta y cinco hombres desnudos, con los cabellos muy largos, así como las mujeres los traen en Castilla, detrás de la cabeza traían penachos de

(179) Cobre.

(180) Identificar esta isla poblada sólo por mujeres —amazonas— ha provocado hondas discusiones entre los historiadores del predescubrimiento de América. Para Manzano se trata de la actual Guadalupe; para Pérez de Tudela, sin embargo, de la Martinica.

(181) Sobre *Carib* o isla de los Caribes hay más unanimidad: la Dominica.

(182) Nadie ha relacionado este nombre con una isla. Guanín era oro bajo: aleación de oro, plata y cobre.

plumas de papagayos y de otras aves y cada uno traía su arco. Descendió el indio en tierra e hizo que los otros dejasen sus arcos y flechas, y un pedazo de palo que es como un hierro (183) muy pesado que traen en lugar de la espada; los cuales después se llegaron a la barca, y la gente de la barca salió a tierra y comenzáronles a comprar los arcos y flechas y las otras armas, porque el Almirante así lo tenía ordenado. Vendidos dos arcos, no quisieron dar más, antes se aparejaron de arremeter a los cristianos y prendellos. Fueron corriendo a tomar sus arcos y flechas donde los tenían apartados y tornaron con cuerdas en las manos para diz que atar a los cristianos. Viéndolos venir corriendo a ellos, estando los cristianos apercibidos, porque siempre los avisaba de este el Almirante, arremetieron los cristianos a ellos (184), y dieron a un indio una gran cuchillada en las nalgas y a otro por los pechos hirieron con una saetada; a lo cual, visto que podían ganar poco, aunque no eran los cristianos sino siete y ellos cincuenta y tantos dieron a huir que no quedó ninguno, dejando uno aquí las flechas y otro allí los arcos. Mataran diz que los cristianos muchos de ellos, si el piloto que iba por capitán de ellos no lo estorbara. Volviéronse luego a la carabela los cristianos con su barca, y sabido por el Almirante, dijo que por una parte le había plazido y por otra no, porque hayan miedo a los cristianos, porque sin duda, dice él, la gente de allí es diz que de mal hacer y que creía que eran los de Carib y que comiesen los hombres, y porque viniendo por allí la barca que dejó a los treinta y nueve hombres en la fortaleza y Villa de la Navidad, tengan miedo de hacerles algún mal: y que si no son de los caribes, al menos deben ser fronteros y de las mismas costumbres y gente sin miedo, no como los otros de las otras islas, que son cobardes y sin armas fuera de razón. Todo esto dice el Almirante y que querría tomar algunos de ellos. Diz que hacían muchas ahumadas como acostumbraban en aquella isla Española.

Lunes, 14 de enero

Quisiera enviar esta noche a buscar las casas de aquellos indios por tomar algunos de ellos, creyendo que eran caribes, y

(183) En blanco en el manuscrito. Las Casas escribe hierro en su *Historia*, I, cap. 67.

(184) Comenta al margen Las Casas que esta fue *la primera pelea que*

... (no lo hizo) (185) por el mucho Leste y Nordeste y mucha ola que hizo en la mar, pero, ya de día vieron mucha gente de indios en tierra, por lo cual mandó el Almirante ir allá la barca con gente bien aderezada, los cuales luego vinieron todos a la popa de la barca, y especialmente el indio que el día antes había venido a la carabela y el Almirante le había dado las cosillas de resgate. Con este diz que venía un rey, el cual había dado al indio dicho unas cuentas que diese a los de la barca en señal de seguro y de paz. Este rey, con tres de los suyos, entraron en la barca y vinieron a la carabela. Mandóles el Almirante dar de comer bizcocho y miel, y dióle un bonete colorado y cuentas y un pedazo de paño colorado, y a los otros también pedazos de paño; el cual dijo que traería mañana una carátula de oro, afirmando que allí había mucho, y en Carib y en Mantinino. Después los envió a tierra bien contentos. Dice más el Almirante; que le hacían agua mucha las carabelas por la quilla, y quéjase mucho de los calafates, que en Palos las calafatearon muy mal y que cuando vieron que el Almirante había entendido el defecto de su obra y los quisiera constreñir a que la enmendaran, huyeron. Pero no obstante la mucha agua que las carabelas hacían, confía en Nuestro Señor que lo trujo lo tornará por su piedra y misericordia, que bien sabía su Alta Majestad cuánta controversia tuvo primero antes que se pudiese expedir de Castilla, que ninguno otro fue en su favor sino El, porque El sabía su corazón, y después de Dios, Sus Altezas, y todo lo demás le había sido contrario sin razón alguna. Y dice más así: «*y han seído causa que la Corona Real de Vuestras Altezas no tenga cien cuentos de renta más de la que tiene después que yo vine a los servir, que son siete años agora, a 20 días de enero* (186) *este mismo mes, y más lo que acrecentado sería de aquí en adelante. Mas aquel poderoso Dios remediará todo*». Estas son sus palabras.

se hubo entre indios y tristianos en la isla Española. De esta relación tan poco amistosa procede el nombre de Golfo o Bahía de las Flechas.

(185) Esta expresión encontrada en la *Historia* de Las Casas (I, cap. 67) completa el sentido de la frase.

(186) Siete años antes nos traslada a 1486, fecha de la primera entrevista de Colón con los Reyes, celebrada en Alcalá de Henares el 20 de enero de 1486 (Manzano, *Siete años*... Madrid, 1964, cap. III). Su llegada a Castilla se había producido unos meses antes: en la primavera de 1485.

Dice que se quiere partir porque ya no aprovecha nada detenerse, por haber pasado aquellos desconciertos (debe decir del escándalo de los indios). Dice también que hoy ha salido que toda la fuerza del oro estaba en la comarca de la Villa de la Navidad de Sus Altezas, y que en la isla de Carib había mucho alambre y en Matinino, puesto que será dificultoso en Carib, porque aquella gente diz que come carne humana, y que de allí se parecía la isla de ellos, y que tenía determinado de ir a ella, pues está en el camino, y a la de Matinino, que diz que era poblada toda de mujeres sin hombres, y ver la una y la otra, y tomar diz que algunos de ellos. Envió el Almirante la barca a tierra, y el rey de aquella tierra no había venido porque diz que la población estaba lejos, mas envió su corona de oro como había prometido, y vieron otros muchos hombres con algodón y con pan y ajes, todos con sus arcos y flechas. Después que todo lo hubieron resgatado, vinieron diz que cuatro mancebos a la carabela, y pareciéronle al Almirante dar tan buena cuenta de todas aquellas islas que estaban hacia el Leste, en el mismo camino que el Almirante había de llevar, que determinó de traer a Castilla consigo. Allí diz que no tenían hierros ni otro metal que se hobiese visto, aunque en pocos días no se puede saber de una tierra mucho, así por la dificultad de la lengua, que no entendía el Almirante, sino por discreción, como porque ellos no saben lo que él pretendía en pocos días. Los arcos de aquella gente diz que eran tan grandes como los de Francia e Inglaterra; las flechas son propias como las azagayas de las otras gentes que hasta allí había visto, que son de los pimpollos de las cañas cuando son simiente, que quedan muy derechas y de longura de una vara y media y de dos, y después ponen al cabo un pedazo de palo agudo de un palmo y medio; y encima de este palillo, algunos le inxieren (187) un diente de pescado, y algunos y los más le ponen allí hierba, y no tiran como en otras partes, salvo por una cierta manera que no pueden mucho ofender. Allí había muy mucho algodón y muy fino y luengo, y hay muchas almácigas, y parecíale que los arcos eran de tejo, y que hay oro y cobre. También hay mucho aji, que es su pimienta, della que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana; puédense cargar cincuenta carabelas cada año en aquella Española. Dice que halló mucha hierba

(187) Meter, introducir.

en aquella bahía de la que hallaban en el golfo cuando venía al descubrimiento, por lo cual creía que había islas al Leste hasta en derecho de donde las comenzó a hallar, porque tiene por cierto que aquella hierba nace en poco fondo, junto a tierra; y dice que si así es, muy cerca estaban estas Indias de las islas de Canarias, y por esta razón creía que distaban menos de cuatrocientas leguas.

Miércoles, 16 de enero

Partió antes del día, tres horas, del golfo que llamó el golfo de las Flechas con viento de la tierra, después con viento Oueste llevando la proa al Leste cuarta del Nordeste, para ir diz que a la isla de Carib donde estaba la gente a quien todas aquellas islas y tierras tanto miedo tenían; porque diz que con sus canoas sinnúmero andaban todas aquellas mares, y diz que comían los hombres que pueden haber. La derrota diz que le habían mostrado unos indios de aquellos cuatro que tomó ayer en el Puerto de las Flechas. Después de haber andado a su parecer sesenta y cuatro millas señaláronle los indios que daría la dicha isla al Sueste. Quiso llevar aquel camino y mandó templar las velas (188), y después de haber andado dos leguas refrescó el viento que comenzó a entristecerse por desviarse del camino derecho, por la mucha agua que hacían ambas carabelas, y no tenían algún remedio salvo el de Dios. Hubo de dejar el camino que creía que lleva de la isla y volvió al derecho de España, Nordeste cuarta del Leste (189), y anduvo así hasta el sol puesto cuarenta y ocho millas, que son doce leguas. Dijéronle los indios que por aquella vía hallaría la isla de Matinino, que diz era poblada de mujeres sin hombres, lo cual el Almirante mucho quisiera (ver) por llevar diz que a los Reyes cinco o seis de ellas; pero dudaba que los indios supiesen bien la derrota, y él no se podía detener por el peligro del agua que cogían las carabelas, mas diz que era cierto que las había y que a cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que diz que estaba de ellas diez o doce leguas, y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña, dejábanla consigo. Dice el Almirante que aquellas dos islas no

(188) Ajustar las velas al tiempo de cada momento.

(189) Inicia el retorno a España y define el rumbo a seguir: *Nordeste cuarta del Este*, en busca de los vientos y corrientes del Oeste.

debían distar de donde había partido quince o veinte leguas, y creía que eran al Sueste, y que los indios no le supieron señalar la derrota. Después de perder de vista el cabo que nombró de San Theramo de la isla Española, que le quedaba al oueste diez y seis leguas, anduvo doce leguas al Este cuarta del Nordeste. Llevaba muy buen tiempo.

Este cabo de San Theramo cree cierto que es el que llaman ahora el cabo del Engaño.

Jueves, 17 de enero

Ayer, al poner del sol, calmóle algo el viento; andaría catorce ampolletas, que tenía cada una media hora o poco menos, hasta el rendir del primer cuarto, y andaría cuatro millas por hora, que son veintiocho millas. Después refrescó el viento y anduvo así todo aquel cuarto, que fueron diez ampolletas, y después otras seis, hasta salido el sol, ocho millas por hora, y así andaría por todas ochenta y cuatro millas, que son veintiuna leguas, al Nordeste cuarta del Leste, y hasta el sol puesto andaría más cuarenta y cuatro millas, que son once leguas al Leste. Aquí vino un alcatraz a la carabela, y después otro, y vido mucha hierba de la que está en la mar.

Viernes, 18 de enero

Navegó con poco viento esta noche al Leste cuarta del Sueste cuarenta millas, que son diez leguas, y después al Sueste cuarta del Leste treinta millas, que son siete leguas y media, hasta salido el sol. Después de salido (el) sol navegó todo el día con poco viento Lesnordeste y Nordeste y con Leste más y menos, puesta la proa a veces al Norte y a veces a la cuarta del Nordeste y al nornordeste; y así, contando lo uno y lo otro, creyó que andaría sesenta millas, que son quince leguas. Pareció poca hierba en la mar, pero diz que ayer y hoy pareció la mar cuajada de atunes, y creyó el Almirante que de allí debían de ir a las almadrabas del Duque de Conil y de Cádiz. Por un pescado que se llama rabiforcado que anduvo alrededor de la carabela y después se fue la vía del Sursueste, creyó el Almirante que había por allí algunas islas. Y al Lesueste de la isla Española dijo que quedaba la isla de Carib y la de Matinino y otras muchas.

Sábado, 19 de enero

Anduvo esta noche cincuenta y seis millas al Norte cuarta del Nordeste, y sesenta y cuatro al Nordeste cuarta del Norte. Después del sol salido, navegó al Nordeste con el viento Lesueste con viento fresco, y después a la cuarta del Norte, y andaría ochenta y cuatro millas, que son veinte y una leguas. Vido la mar cuajada de atunes pequeños; hubo alcatraces, rabos de juncos y rabiforcados.

Domingo, 20 de enero

Calmó el viento esta noche, y a ratos ventaba unos balzos de viento, y andaría por todo veinte millas al Nordeste. Después del sol salido, andaría once millas al Sueste, después al Nornordeste 36 millas, que son nueve leguas. Vido infinitos atunes pequeños los aires diz que muy suaves y dulces, como en Sevilla por abril o mayo, y la mar dice, a Dios sean dadas muchas gracias, siempre muy llana. Rabiforcados y pardelas, y otras aves muchas parecieron.

Lunes, 21 de enero

Ayer después del sol puesto, navegó al Norte cuarta del Nordeste, con el viento Leste y Nordeste; andaría ocho millas por hora hasta media noche, que serían cincuenta y seis millas. Después anduvo al Nornordeste ocho millas por hora, y así serían en toda la noche ciento y cuatro millas, que son veintiséis leguas, a la cuarta del Norte de la parte del Nordeste. Después del sol salido, navegó al Nornordeste con el mismo viento Leste, y a veces a la cuarta del Nordeste, y andaría ochenta y ocho millas en once horas que tenía el día, que son veintiuna leguas, sacada una que perdió porque arribó sobre la carabela *Pinta* por hablalle. Hallaba los aires más fríos y pensaba diz que hallarlos más cada día cuanto más se llegase al Norte, y también por las noches ser más grandes por la angostura de la esfera. Parecieron muchos rabos de juncos y pardelas y otras aves; pero no tantos peces, diz que por ser el agua más fría. Vido mucha hierba.

Martes, 22 de enero

Ayer después del sol puesto, navegó al Nornordeste con viento Leste y tomaba del Sueste; andaba ocho millas por hora hasta pasadas cinco ampolletas, y tres de antes que se comenzase la guardia, que eran ocho ampolletas; y así habría andado setenta y dos millas, que son diez y ocho leguas. Después anduvo a la cuarta del Nordeste al Norte seis ampolletas, que serían otras dieciocho millas. Después, hasta el salir el sol, anduvo al Lesnordeste once ampollas, seis leguas por hora, que son siete leguas. Después al Lesnordeste hasta las once horas del día treinta y dos millas. Y así calmó el viento y no anduvo más en aquel día. Nadaron los indios. Vieron rabos de juncos y mucha hierba.

Miércoles, 23 de enero

Esta noche tuvo muchos mudamientos en los vientos; tanteando todo y dado los resguardos que los marineros buenos suelen y deben dar, dicen que andaría esta noche al Nordeste cuarta del Norte ochenta y cuatro millas, que son veintiuna leguas. Esperaba muchas veces a la carabela *Pinta*, porque andaba mal de la bolina, porque se ayudaba poco de la mesana por el mástil no ser bueno; y dice que si el capitán de ella, que es Martín Alonso Pinzón, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mástil en las Indias, donde tantos y tales había como fue cudicioso de se apartar de él, pensando de henchir el navío de oro, él lo pusiera bueno. Parecieron muchos rabos de juncos y mucha hierba; el cielo todo turbado estos días, pero no había llovido, y la mar siempre muy llana como en un río. A Dios sean dadas muchas gracias. Después del sol salido, andaría al Nordeste franco cierta parte del día treinta millas, que son siete leguas y media, y después lo demás anduvo al Lesnordeste otras treinta millas que son siete leguas y media.

Jueves, 24 de enero

Andaría esta noche toda, consideradas muchas mudanzas que hizo el viento, al Nordeste cuarenta y cuatro millas, que fueron once leguas. Después de salido el sol hasta puesto, andaría al Lesnordeste catorce leguas.

Viernes, 25 de enero

Navegó esta noche al Lesnordeste un pedazo de la noche, que fueron trece ampolletas, nueve leguas y media; después anduvo al Nornordeste otras seis millas. Salido el sol todo el día, porque calmó el viento, andaría al Lesnordeste veintiocho millas, que son siete leguas. Mataron los marineros una tonina y un grandísimo tiburón, y diz que lo habían bien menester, porque no traían ya de comer sino pan y vino y ajes de las Indias.

Sábado, 26 de enero

Esta noche anduvo al Leste cuarta del Sueste cincuenta y seis millas, que son catorce leguas. Después del sol salido, navegó a las veces al Lesueste y a las veces al Sueste; andaría hasta las once horas del día cuarenta millas. Después hizo otro bordo (190), y después anduvo a la relinga, y hasta la noche anduvo hacia el Norte veinticuatro millas, que son seis leguas.

Domingo, 27 de enero

Ayer después del sol puesto, anduvo al Nordeste y al Norte y al Norte cuarta del Nordeste, y andaría cinco millas por hora, y en trece horas serían sesenta y cinco millas, que son diez y seis leguas y media. Después del sol salido, anduvo hacia el Nordeste veinticuatro millas, que son seis leguas hasta mediodía, y de allí hasta el sol puesto andaría tres leguas al Lesnordeste.

Lunes, 28 de enero

Esta noche toda navegó al Lesnordeste, y andaría treinta y seis millas, que son nueve leguas. Después del sol salido, anduvo hasta el sol puesto al Lesnordeste veinte millas, que son cinco leguas. Los aires halló templados y dulces. Vido rabos de juncos y pardelas, y mucha hierba.

Martes, 29 de enero

Navegó al Lesnordeste, y andaría en la noche con Sur y Sudueste treinta y nueve millas, que son nueve leguas y media.

(190) Mudar diferente camino que llevaba.

En todo el día andaría ocho leguas. Los aires muy templados, como en abril en Castilla. La mar muy llana. Peces que llaman dorados vinieron a bordo.

Miércoles, 30 de enero

En toda esta noche andaría siete leguas al Lesnordeste. De día corrió al Sur cuarta al Sueste trece leguas y media. Vido rabos de juncos y mucha hierba y muchas toninas.

Jueves, 31 de enero

Navegó esta noche al Norte cuarta del Nordeste treinta millas, y después al Nordeste treinta y cinco millas, que son diez y seis leguas. Salido el sol hasta la noche anduvo al Lesnordeste trece leguas y media. Vieron rabos de junco y pardelas.

Viernes, 1.º de febrero

Anduvo esta noche al Lesnordeste diez y seis leguas y media. El día corrió al mismo camino veintinueve leguas y un cuarto. La mar muy llana, a Dios gracias.

Sábado, 2 de febrero

Anduvo esta noche al Lesnordeste cuarenta millas, que son diez leguas. De día con el mismo viento a popa corrió siete millas por hora, por manera que en once horas anduvo setenta y siete millas, que son diecinueve leguas y cuarta. La mar muy llana, gracias a Dios, y los aires muy dulces. Vieron tan cuajada la mar de hierba, que si no la hubieran visto, temieran ser bajos. Pardelas vieron.

Domingo, 3 de febrero

Esta noche, yendo a popa con la mar muy llana, a Dios gracias, andaría veintinueve leguas. Parecióle la estrella del Norte

muy alta, como en el Cabo de San Vicente. No pudo tomar el altura con el astrolabio ni cuadrante, porque la ola no le dio lugar. El día navegó al Lesnordeste su camino, y andaría diez millas por hora, y así en once horas, veintisiete leguas.

Lunes, 4 de febrero

Esta noche navegó al Leste cuarta del Nordeste; parte anduvo doce millas por hora y parte diez, y así andaría ciento treinta millas, que son treinta y dos leguas y media. Tuvo el cielo muy turbado y lluvioso y hizo algún frío, por lo cual diz que conocía que nó había llegado a las islas de los Azores. Después del sol levantado, mudó el camino y fue al Leste (191). Anduvo en todo el día setenta y siete millas, que son diecinueve leguas y cuarta.

Martes, 5 de febrero

Esta noche navegó al Leste; andaría toda ella cincuenta y cuatro millas, que son catorce leguas menos media. El día corrió diez millas por hora, y así en once horas fueron ciento diez millas, que son veintisiete leguas y media. Vieron pardelas y unos palillos, que era señal que estaban cerca de tierra.

Miércoles, 6 de febrero

Navegó esta noche al Leste; andaría once millas por hora. En trece horas de la noche andaría ciento cuarenta y tres millas, que son treinta y cinco leguas y cuarta. Vieron muchas aves y pardelas. El día corrió catorce millas por hora, y así anduvo aquel día ciento cincuenta y cuatro millas que son treinta y ocho leguas y media; de manera que fueron, entre día y noche, setenta y cuatro leguas, poco más o menos. Vicente Yañez [halló] que hoy por la mañana le quedaba la isla de Flores al Norte y la de la Madera al Leste. Roldán dijo que la isla del Fayal o la de San Gregorio le quedaba al Nornordeste, y el Puerto Santo al Leste. Pareció mucha hierba.

(191) Cambio definitivo del rumbo cogiendo de lleno los vientos del Oeste.

Jueves, 7 de febrero

Navegó esta noche al Leste; andaría diez millas por hora, y así en trece horas ciento treinta millas, que son treinta y dos leguas y media. El día, ocho millas por hora, en once horas ochenta y ocho millas, que son veintidós leguas. En esta mañana, estaba el Almirante al Sur de la isla de Flores setenta y cinco leguas, y el piloto Pedro Alonso yendo al Norte pasaba entre la Tercera y la Santa María, y al Leste pasaba de barlovento de la isla de la Madera doce leguas de la parte del Norte. Vieron los marineros yerba de otra manera de la pasada, de la que hay mucha en las islas de los Azores. Después se vido de la pasada.

Viernes, 8 de febrero

Anduvo esta noche tres millas por hora al Leste por un rato y después caminó a la cuarta del Sueste. Anduvo toda la noche doce leguas. Salido el sol, hasta medio día corrió veintisiete millas; después hasta el sol puesto otras tantas, que son trece leguas al Sursueste.

Sábado, 9 de febrero

Un rato de esta noche andaría tres leguas al Sursueste; y después al Sur cuarta del Sueste; después al Nordeste hasta las diez horas del día otras cinco leguas, y después hasta la noche anduvo nueve leguas al Leste.

Domingo, 10 de febrero

Después del sol puesto, navegó al Leste toda la noche ciento treinta millas, que son 32 leguas y media. El sol salido, hasta la noche anduvo nueve millas por hora, y así anduvo en once horas noventa y nueve millas, que son veinticuatro leguas y media y una cuarta. En la carabela del Almirante carteaban y echaban punto (192) Vicente Yáñez y los pilotos Sancho Ruiz y Pe-

(192) Situar en la carta de marear el paraje en que se considera que está la nave. En esta prospectiva todos anduvieron bastante desorientados. No obstante, fue Colón el que se acercó más a la posición real.

dro Alonso Niño y Rondán, y todos ellos pasaban mucho adelante de las islas de los Azores al Leste por sus cartas; y navegando al Norte, ninguno tomara la isla de Santa María, que es la postrera de todas las de los Azores, antes serían delante con cinco leguas, y fueran en la comarca de la isla de la Madera o en el Puerto Santo. Pero el Almirante se hallaba muy desviado de su camino, hallándose mucho más atrás que ellos porque esta noche le quedaba la isla de Flores al Norte, y al Leste iba en demanda a Nafe en Africa, y pasaba a barlovento de la isla de la Madera de la parte del Norte (193) leguas, así que ellos estaban más cerca de Castilla que el Almirante con ciento cincuenta leguas. Dice que mediante la gracia de Dios, desde que vean tierra se sabrá quién andaba más cierto. Dice aquí también que primero anduvo doscienta sesenta y tres leguas de la isla de Hierro a la venida que viese la primera hierba, etc.

Lunes, 11 de febrero

Anduvo esta noche doce millas por hora a su camino, y así en toda ella contó treinta y nueve leguas, y en todo el día corrió diez y seis leguas y media. Vido muchas aves, de donde creyó estar cerca de tierra.

Martes, 12 de febrero

Navegó al Leste seis millas por hora esta noche, y andaría hasta setenta y tres millas, que son dieciocho leguas y un cuarto. Aquí comenzó a tener grande mar y tormenta (194); y si no fuera la carabela diz que muy buena y bien aderezada, temiera perderse. El día correría once o doce leguas, con mucho trabajo y peligro.

Miércoles, 13 de febrero

Después del sol puesto hasta el día, tuvo gran trabajo del viento y de la mar muy alta y tormenta; relampagueó hacia el

(193) Falta en el texto original el número de leguas.

(194) Aquí les asalta una borrasca bastante frecuente en las Azores, en que los *frentes* de una masa de aire frío chocan con otra de aire caliente.

Nornordeste tres veces; dijo ser señal de gran tempestad que había de venir de aquella parte o de su contrario. Anduvo a árbol seco (195) lo más de la noche, después dio una poca de vela y andaría 52 millas, que son trece leguas. En este día blandeó un poco el viento, pero luego creció y la mar se hizo terrible, y cruzaban las olas que atormentaban los navíos. Andaría 55 millas, que son trece leguas y media.

Jueves, 14 de febrero

Esta noche creció el viento y las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarazaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entremedias de ellas y quebraban en él; llevaba el papahigo (196) muy bajo, para que solamente lo sacase algo de las ondas; andaría así tres horas y correría veinte millas. Crecía mucho la mar y el viento; y viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento le llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela *Pinta* en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles (197) el Almirante y el otro le respondía, hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante. Anduvo el Almirante esta noche al Nordeste cuarta del Leste cincuenta y cuatro millas, que son trece leguas. Salido el sol, fue mayor el viento y la mar cruzando más terrible; que llevaba el papahigo solo y bajo, para que el navío saliese de entre las ondas que cruzaban, porque no lo hundiesen. Andaba el camino del Lesnordeste y después a la cuarta hasta el Nordeste; andaría seis horas así, y en ellas siete leguas y media. El ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiciesen voto todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío tenían y señalar uno con un cuchillo, haciendo una cruz, y metellos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el Almirante y sacó el garbanzo de la cruz; y así cayó sobre él la suerte y desde luego se tuvo

(195) Con las velas recogidas.

(196) Cualquiera de las velas mayores excepto la *mesana,* cuando se navega con ellas solas.

(197) Hacer señales con la luz.

por romero y deudor de ir a cumplir el voto. Echóse otra vez la suerte para enviar romero a Santa María de Loreto, que está en la marca de Ancona, tierra del Papa, que es casa donde Nuestra Señora ha hecho y hace muchos y grandes milagros, y cayó la suerte a un marinero del Puerto de Santa María que se llamaba Pedro de Villa, y el almirante le prometió de le dar dineros para las costas. Otro romero acordó que se enviase a que velase una noche en Santa Clara de Moguer e hiciese decir una misa, para lo cual se tornaron a echar los garbanzos con el de la cruz, y cayó la suerte al mismo Almirante. Después de esto el Almirante y toda la gente hicieron voto de, en llegando a la primera tierra, ir todos en camisa en procesión a hacer oración en una Iglesia que fuese de la invocación de Nuestra Señora. Allende los votos generales o comunes, cada uno hacía en especial su voto, porque ninguno pensaba escapar, teniéndose todos por perdidos, según la terrible tormenta que padecían. Ayudaba a acrecentar el peligro que venía el navío con falta de lastre, por haberse alivianado la carga, siendo ya comidos los bastimentos y el agua y vino bebido, lo cual, por cudicia del próspero tiempo que entre las islas tuvieron, no proveyó el Almirante, teniendo propósito de lo mandar lastrar en la isla de las Mujeres, adonde lleva(ba) propósito de ir. El remedio que para esta necesidad tuvo fue, cuando hacerlo pudieron, henchir las pilas que tenían, vacías de agua y vino, de agua de la mar, y con esto en ella se remediaron. Escribe aquí el Almirante las causas que le ponían temor de que allí Nuestro Señor no quisiese que pereciese y otras que le daban esperanza de que Dios lo había de llevar en salvamento para que tales nuevas como llevaba a los Reyes no pereciesen. Parecíale que el deseo grande que tenía de llevar estas nuevas tan grandes y mostrar que había salido verdadero en lo que había dicho y proferídose a descubrir, le ponía grandísimo miedo de no lo conseguir, y que cada mosquito diz que le podía perturbar e impedir. Atribúyelo esto a su poca fe y desfallecimiento de confianza de la Providencia divina. Confortábale, por otra parte, las mercedes que Dios le había hecho en dalle tanta victoria, descubriendo lo que descubierto había y cumplídole Dios todos sus deseos, habiendo pasado en Castilla en sus despachos muchas adversidades y contrariedades. Y que como antes hubiese puesto su fin y enderezado todo su negocio a Dios y le había oído y dado todo lo que le había pedido, debía creer que le daría cumplimiento de lo comenzado y le llevaría en Salvamento; mayormente que,

pues le había librado a la ida, cuando tenía mayor razón de temer de los trabajos que con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos a una voz estaban determinados de se volver, y alzarse contra él, haciendo prestaciones, y el eterno Dios le dio esfuerzo y valor contra todos y otras cosas de mucha maravilla que Dios había mostrado en él y por él en aquel viaje, allende aquellas que sus Altezas sabían de las personas de su casa. Así que dice que no debiera temer la dicha tormenta; mas su flaqueza y congoja, dice él, «*no me dejaba asensar la anima*». Dice más, que también le daba gran pena dos hijos que tenía en Córdoba al estudio (198), que los dejaba huérfanos de padre y madre en tierra extraña, y los Reyes no sabían los servicios que les había en aquel viaje hecho y nuevas tan prósperas que les llevaba para que se moviesen a los remediar. Por eso y porque supiesen sus Altezas cómo Nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que deseaba de las Indias y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes, lo cual dice que se puede cognoscer por la hierba y árboles que están nacidos y crecidos hasta dentro en la mar, los Reyes hubiesen noticia de su viaje, tomó un pergamino y escribió en él todo lo que pudo de todo lo que había hallado, rogando mucho a quien lo hallase (199) que le llevase a los reyes. Este pergamino envolvió en un paño encerado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que era alguna devoción; y así lo mandó echar en la mar. Después, con los aguaceros y turbionadas, se mudó el viento al Oueste y andaría así a popa sólo con el trinquete cinco horas con la mar muy desconcertada, y andaría dos leguas y media al Nordeste. Había quitado el papahigo de la vela mayor, por miedo que alguna onda de la mar no se lo llevase del todo.

(198) Diego y Hernando Colón habían quedado con Beatriz Enríquez de Arana, madre del menor de los hijos del Almirante. Es la referencia más clara que observamos acerca del cuidado y ocupación de sus hijos durante su ausencia.

(199) Ni qué decir tiene que se perdió. Sólo de vez en cuando alguno, demasiado listo, hace su agosto a costa de los demasiado crédulos y brinda al mundo entero su genial descubrimiento. Hace un siglo un avispado inglés engañó a muchos con esta treta; y para más *inri* el *original* de nuestro Almirante estaba escrito en inglés. ¡Debía suponer —don Cristóbal, por cierto— que en el futuro el idioma universal sería el inglés! Este y otros muchos hechos similares han convertido a Colón y lo colombino en un tema de periódica actualidad.

Viernes, 15 de febrero

Ayer, después del sol puesto, comenzó a mostrarse claro el cielo de la banda del Oueste, y mostraba que quería de hacia allí ventar. Dio la boneta a la vela mayor; todavía la mar era altísima, aunque iba algo bajándose. Anduvo al Lesnordeste cuatro millas por hora, y en trece horas de noche fueron trece leguas. Después del sol salido, vieron tierra; parecíales por proa al Lesnordeste; algunos decían que era la isla de la Madera, otros que era la Roca de Cintra en Portugal, junto a Lisboa. Saltó luego el viento por proa Lesnordeste, y la mar venía muy alta al Oueste; habría de la carabela a la tierra cinco leguas. El Almirante, por su navegación, se hallaba estar con las islas de los Azores, y creía que aquella era una de ellas. Los pilotos y marineros se hallaban ya en tierra de Castilla.

Sábado, 16 de febrero

Toda esta noche anduvo dando bordos (200) por encabalgar la tierra (201) que ya se conocía ser isla. A veces iba al Nordeste, otras al Nornordeste, hasta que salió el sol, que tomó la vuelta del Sur por llegar a la isla que ya no vían por la gran cerrazón, y vido por popa otra isla que distaría ocho leguas. Después del sol salido hasta la noche anduvo dando vueltas por llegarse a la tierra con el mucho viento y mar que llevaba. Al decir de la Salve, que es a boca de noche (202), algunos vieron lumbre de sotavento y parecía que debía ser la isla que vieron ayer primero, y toda la noche anduvo barloventeando y allegándose lo más que podía para ver si al salir del sol veía alguna de las islas. Esta noche reposó el Almirante algo, porque desde el miércoles no había dormido ni podido dormir y quedaba muy tullido de las piernas por estar siempre desabrigado al frío y al agua y por el poco comer. El sol salido, navegó al Sursudueste y a la noche llegó a la isla, y por la gran cerrazón no pudo conocer qué isla era.

(200) Dar vueltas de una a otra parte con muchos trabajos y peligros cuando el mar está tormentoso.

(201) Alcanzar la tierra.

(202) Anochecer.

Lunes, 18 de febrero

Después, ayer, del sol puesto, anduvo rodeando la isla para ver donde había de surgir (203) y tomar lengua. Surgió con una ancla que luego perdió. Tornó a dar la vela y barloventeó toda la noche. Después del sol salido, llegó otra vez de la parte Norte de la isla, y donde le pareció surgió con un ancla y envió la barca en tierra y hobieron habla con la gente de la isla, y supieron cómo era la isla de Santa María, una de las de los Azores, y enseñáronles el puerto donde habían de poner la carabela; y dijo la gente de la isla que jamás habían visto tanta tormenta como la que había hecho los quince días pasados y que se maravillaban cómo habían escapado; los cuales diz que dieron muchas gracias a Dios y hicieron muchas alegrías por las nuevas que sabían de haber al Almirante descubierto las Indias. Dice el Almirante que aquella su navegación había sido muy cierta y que había carteado bien, que fuesen dadas muchas gracias a Nuestro Señor, aunque se hacía algo delantero, pero tenía por cierto que estaba en la comarca de las islas de los Azores y que aquélla era una de ellas. Y diz que fingió haber andado más camino por desatinar a los pilotos y marineros que carteaban, por quedar él señor de aquella derrota de las Indias, como de hecho queda, porque ninguno de todos ellos traía su camino cierto, por lo cual ninguno puede estar seguro de su derrota para las Indias.

Martes, 19 de febrero

Después del sol puesto, vinieron a la ribera tres hombres de la isla y llamaron. Envióles la barca, en la cual vinieron y trujeron gallinas y pan fresco; y era día de Carnestolendas, y trujeron otras cosas que enviaba el capitán de la isla, que se llama Juan de Castañeda, diciéndolo que lo conocía muy bien y que por ser de noche no venía a verlo, pero que, en amaneciendo, vendría y traería más refresco, y traería consigo tres hombres que allá quedaban de la carabela, y que no los enviaba por el gran placer que con ellos tenía oyendo las cosas de su viaje. El Almirante mandó hacer mucha honra a los mensajeros y mandóles

(203) Fondear. La isla de Santa María de las Azores no posee ningún puerto natural; tan sólo cuenta con algunos fondeadores, poco seguros cuando el viento sopla hacia la costa.

dar camas en que durmiesen aquella noche, porque era tarde y estaba la población lejos. Y porque el jueves pasado, cuando se vio en la angustia de la tormenta, hicieron el voto y votos susodichos y el de que en la primera tierra donde hubiese casa de Nuestra Señora saliesen en camisa, etc., acordó que la mitad de la gente fuese a cumplirlo a una casita que estaba junto con la mar como ermita, y él iría después con la otra mitad. Viendo que era tierra segura y confiando en las ofertas del capitán y en la paz que tenía Portugal con Castilla, rogó a los tres hombres que se fuesen a la población y hiciesen venir un clérigo para que les diese una misa. Los cuales, idos en camisa, en cumplimiento de su romería, y estando en su oración, saltó contra ellos todo el pueblo a caballo y a pie con el capitán y prendiéronlos a todos. Después, estando el Almirante sin sospecha esperando la barca para salir él a cumplir su romería con la otra gente hasta las once del día, viendo que no venían, sospechó que los detenían o que la barca se había quebrado, por[que] toda la isla está cercada de peñas muy altas. Esto no podía ver el Almirante porque la ermita estaba detrás de una punta. Levantó el ancla y dio la vela hasta en derecho de la ermita y vido muchos de caballo que se apearon y entraron en la barca con armas y vinieron a la carabela para prender al Almirante. Levantóse el capitán en la barca y pidió seguro al Almirante. Dijo que se lo daba, pero ¿qué innovación era aquella que no veía ninguna de su gente en la barca? y añadió el Almirante que viniese y entrase en la carabela, que él haría todo lo que él quisiese. Y pretendía el Almirante con buenas palabras traello por prenderlo para recuperar su gente, no creyendo que violaba la fe dándole seguro, pues él, habiéndole ofrecido paz y seguridad, lo había quebrantado. El capitán como diz que traía mal propósito, no se fió a entrar; visto que no se llegaba a la carabela, rogóle que le dijese la causa porque detenía su gente, y que de ello pesaría al Rey de Portugal, y que en tierra de los Reyes de Castilla recibían los portugueses mucha honra y entraban y estaban seguros como en Lisboa, y que los Reyes habían[le] dado cartas de recomendación para todos los príncipes y señores y hombres del mundo, las cuales le mostraría si se quisiese llegar, y que él era su Almirante del mar Océano y Visorrey de las Indias, que agora eran de sus Altezas, de lo cual mostraría las provisiones firmadas de sus firmas y selladas con sus sellos, las cuales le enseñó de lejos, y que los Reyes estaban en mucho amor y amistad con el Rey de Portugal y le habían mandado que hiciese toda

la honra que pudiese a los navíos que topase de Portugal, y que, dado que no le quisiese darle su gente, no por eso dejaría de ir a Castilla, pues tenía harta gente para navegar hasta Sevilla, y serían él y su gente bien castigados, haciéndole aquel agravio. Entonces respondió el capitán y los demás no conocer acá Rey e Reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes le darían a saber qué era Portugal, cuasi amenazando. Lo cual oído, el Almirante hubo mucho sentimiento y diz que pensó si había pasado algún desconcierto entre un reino y otro después de su partida, y no se pudo sufrir que no les respondiese lo que era razón. Después tornóse diz que a levantar aquel capitán desde lejos y dijo al Almirante que se fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que él hacía y había hecho, el Rey su Señor se lo había enviado demandar; de lo cual el Almirante tomó testigos los que en la carabela estaban y tornó el Almirante a llamar al capitán y a todos ellos y les dio su fe y prometió, como quien era, de no descender ni salir de la carabela hasta que llevase un ciento de portugueses a Castilla y despoblar toda aquella isla. Y así se volvió a surgir en el puerto donde estaba primero, porque el tiempo y viento era muy malo para hacer otra cosa.

Miércoles, 20 de febrero

Mandó aderezar el navío y henchir las pipas de agua de las mar por lastre, porque estaba en muy mal puerto y temió que se le cortasen las amarras; y así fue, por lo cual dio la vela hacia la isla de San Miguel, aunque en ninguna de la de los Azores hay buen puerto para el tiempo que entonces hacía, y no tenía otro remedio sino huir a la mar.

Jueves, 21 de febrero

Partió ayer de aquella isla de Santa María para la isla de San Miguel, para ver si hallara puerto para poder sufrir tan mal tiempo como hacía, con mucho viento y mucha mar, y anduvo hasta la noche sin poder ver tierra una ni otra por la gran cerrazón y oscurana (204) que el viento y la mar causaban. El Almirante dice que estaba con poco placer, porque no tenía sino tres ma-

(204) Niebla.

rineros solos de los que supiesen de la mar, porque los que más allí estaban no sabían de la mar nada. Estuvo a la corda toda esta noche con muy mucha tormenta y grande peligro y trabajo, y en lo que Nuestro Señor le hizo merced fue que la mar o las ondas de ella venían de sola una parte, porque si cruzaran como las pasadas, muy mayor mal padeciera. Después del sol salido, visto que no veía la isla de San Miguel, acordó tornarse a la Santa María por ver si podía cobrar su gente y la barca y las amarras y anclas que allá dejaba. Dice que estaba maravillado de tan mal tiempo como había en aquellas islas y partes, porque en las Indias navegó todo aquel invierno sin surgir, e había siempre buenos tiempos, e que una sola hora no vido la mar que no se pudiese bien navegar, y en aquellas islas había padecido tan grave tormenta, y lo mismo le acaeció a la ida hasta las Islas de Canaria; pero, pasado de ellas, siempre halló los aires y la mar con gran templanza. Concluyendo, dice el Almirante que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal (205) está en el fin de Oriente, porque, es lugar temperadísimo. Así que aquellas tierras que agora él había descubierto, es —dice él— el fin del Oriente.

Viernes, 22 de febrero

Ayer surgió en la isla de Santa María en el lugar o puerto donde primero había surgido, y luego vino un hombre a capear desde unas peñas que allí estaban fronteras, diciendo que no se fuesen de allí. Luego vino la barca con cinco marineros y dos clérigos y un escribano; pidieron seguro, y dado por el Almirante, subieron a la carabela; y porque era noche durmieron allí, y el Almirante les hizo la honra que pudo. A la mañana le requirieron que les mostrase poder de los Reyes de Castilla para que a ellos les constase cómo con poder de ellos había hecho aquel viaje. Sintió el Almirante que aquello hacían por mostrar color que no habían en lo hecho errado, sino que tuvieron razón, porque no habían podido haber la persona del Almirante,

(205) Las deducciones que Colón hace en este sentido serán todo lo simples y fantásticas que se quiera, pero muy arraigadas a lo largo de toda su vida. Semejante convencimiento le llevará a interpretar la realidad geográfica del descubrimiento del Nuevo Mundo bajo este prisma. (Ver también las notas 26 y 28.)

la cual debieran pretender coger a las manos, *pues vinieron con la barca armada, sino que no vieron que el juego les saliera bien*, y con temor de lo que el Almirante les había dicho y amenazado; lo cual tenía propósito de hacer, y creía que saliera con ello. Finalmente, por haber la gente que le tenían, hubo de mostrarles la carta general de los Reyes para todos los príncipes y señores de encomienda y otras provisiones; y dióles de lo que tenía y fuéronse a tierra contentos, y luego dejaron toda la gente con la barca, de los cuales supo que, si tomaran al Almirante, nunca lo dejaran libre, porque dijo el capitán que el Rey su señor se lo había así mandado.

Sábado, 23 de febrero

Ayer comenzó a querer abonanzar el tiempo. Levantó las anclas y fue a rodear la isla para buscar algún buen surgidero (206) para tomar leña y piedra para lastre, y no pudo tomar surgidero hasta horas de completas (207).

Domingo, 24 de febrero

Surgió ayer en la tarde para tomar leña y piedra, y porque la mar era muy alta no pudo la barca llegar en tierra; y al rendir de la primera guardia de noche (208), comenzó a ventar Oueste y Sudueste. Mandó levantar las velas por el gran peligro que en aquellas islas hay en esperar el viento Sur sobre el ancla, y en ventando Sudueste luego vienta Sur. Y visto que era buen tiempo para ir a Castilla, dejó de tomar leña y piedra y hizo que gobernasen al Leste; y andaría hasta el sol salido, que habría seis horas y media, siete millas por hora, que son cuarenta y cinco millas y media. Después del sol salido hasta el ponerse, anduvo seis millas por hora, que en once horas fueron sesenta y seis millas, y cuarenta y cinco y media de la noche fueron ciento once y media, y, por consiguiente, veintiocho leguas.

(206) Abrigo.

(207) Ultima parte del oficio divino, con que se terminan las horas canónicas del día. Variaba de una estación a otra. En esta ocasión es sobre las 6 de la tarde.

(208) Terminar la primera guadia de noche. Cada una duraba 8 ampolletas ó 4 horas. Según Morison, la primera se ocupaba de 7 a 11 de la noche.

Lunes, 25 de febrero

Ayer, después del sol puesto, navegó al Leste su camino cinco millas por hora; en trece horas de esta noche andaría sesenta y cinco millas, que son diez y seis leguas y cuarta. Después del sol salido, hasta ponerse, anduvo otras diez y seis leguas y media, con la mar llana, gracias a Dios. Vino a la carabela un ave muy grande que parecía águila.

Martes, 26 de febrero

Esta noche y día anduvo fuera de camino por los vientos contrarios y grandes olas y mar (209), y hallábase ciento veinticinco leguas del cabo de San Vicente y ochenta de la isla de la Madera y ciento y seis de la Santa María. Estaba muy penado con tanta tormenta agora que estaba a la puerta de casa.

Jueves, 28 de febrero

Anduvo de la mesma manera esta noche con diversos vientos al Sur y al Sueste y a una parte y a otra, y al Nordeste y al Lesnordeste, y de esta manera todo este día.

Viernes, 1 de marzo

Anduvo esta noche al Leste cuarta al Nordeste doce leguas; el día corrió al Leste cuarta del Nordeste veintitrés leguas y media.

Sábado, 2 de marzo

Anduvo esta noche a su camino al Leste cuarta del Nordeste, veintiocho leguas, y el día corrió veinte leguas.

Domingo, 3 de marzo

Después del sol puesto, navegó a su camino al Leste; vínole una turbiada (210) que le rompió todas las velas, y vídose en

(209) Comienza a sufrir otra nueva borrasca, que resultará, si cabe, más peligrosa que la de Azores.

(210) Tormenta repentina.

gran peligro, mas Dios los quiso librar. Echó suertes para enviar un peregrino diz que a Santa María de la Cinta en Huelva, que fuese en camisa, y cayó la suerte al Almirante. Hicieron todos también voto de ayunar el primer sábado que llegasen, a pan y agua. Andaría sesenta millas antes que se le rompiesen las velas; después anduvieron a árbol seco, por la gran tempestad del viento y la mar que de dos partes los comía. Vieron señales de estar cerca de tierra. Hallábanse todo cerca de Lisboa.

Lunes, 4 de marzo

Anoche padecieron terrible tormenta, que se pensaron perder de los mares de dos partes que venían y los vientos, que parecía que levantaban la carabela en los aires, y agua del cielo y relámpagos de muchas partes; plugo a Nuestro Señor de lo sostener, y anduvo así hasta la primera guardia, que Nuestro Señor le mostró tierra viéndola los marineros. Y entonces por no llegar a ella hasta conocerla, por ver si hallaban algún puerto o lugar donde se salvar, dio el papahigo por no tener otro remedio y andar algo (211), aunque con gran peligro, haciéndose a la mar; y así los guardó Dios hasta el día que diz que fue con infinito trabajo y espanto. Venido el día, conoció la tierra, que era la Roca de Sintra, que es junto con el río de Lisboa, adonde determinó entrar, porque no podía hacer otra cosa; tan terrible era la tormenta que hacía en la villa de Cascaes, que es a la entrada del río. Los del pueblo diz que estuvieron toda aquella mañana haciendo plegarias por ellos, y después que estuvo dentro, venía la gente a verlos, por maravilla de como habían escapado; y así, a hora de tercia, vino a pasar a Rastelo (212) dentro del río de Lisboa, donde supo de la gente de la mar que jamás hizo invierno de tantas tormentas y que se habían perdido veinticinco naos en Flandes y otras señalaban allí que había cuatro meses que no habían podido salir. Luego escribió el Almirante al Rey de Portugal, que estaba nueve leguas de allí, de cómo los Reyes de Castilla le habían mandado que no dejase de entrar en los puertos de Su Alteza a pedir lo que hubiese menester por sus dineros, y que el Rey le mandase dar lugar pa-

(211) Esta decisión de excelente marino salvó a la *Niña* de estrellarse contra las rocas.

(212) A la hora de tercia (hacia las 8-9 de la mañana) llegaba Colón a Rastelo, actual Belem, antepuerto de Lisboa.

ra ir con la carabela a la ciudad de Lisboa, porque algunos ruines, pensado que traía mucho oro, estando en puerto despoblado, se pusiesen a cometer alguna ruindad, y también porque supiese que no venía de Guinea, sino de las Indias.

Martes, 5 de marzo

Hoy, después que el patrón de la nao grande del Rey de Portugal, la cual estaba también surta en Rastelo y la más bien artillada de artillería y armas que diz que nunca nao se vido, vino el patrón de ella, que se llamaba Bartolomé Díaz (213) de Lisboa, con el batel armado a la carabela, y dijo al Almirante que entrase en el batel para ir a dar cuenta a los hacedores del Rey y al capitán de la dicha nao. Respondió el Almirante que él era Almirante de los Reyes de Castilla y que no daba él tales cuentas a tales personas, ni saldría de las naos ni navíos donde estuviese si no fuese por fuerza de no poder sufrir las armas. Respondió el patrón que enviase al maestre de la carabela. Dijo el Almirante que ni al maestre ni a otra persona, si no fuese por fuerza, porque en tanto tenía el dar persona que fuese como ir él, y que ésta era la costumbre de los Almirantes de los Reyes de Castilla, de antes morir que se dar ni dar gente suya. El patrón se moderó y dijo que, pues estaba en aquella determinación, que fuese como él quisiese; pero que le rogaba que le mandase mostrar las cartas de los Reyes de Castilla, si las tenía. El Almirante plugo de mostrárselas, y luego se volvió a la nao e hizo relación al capitán que se llamaba Alvaro Damán, el cual con mucha orden, con atabales y trompetas y añafiles, haciendo gran fiesta, vino a la carabela y habló con el Almirante y le ofreció de hacer todo lo que él mandase.

Miércoles, 6 de marzo

Sabido como el Almirante venía de las Indias, hoy vino tanta gente a verlo y a ver los indios, de la ciudad de Lisboa, que era cosa de admiración, y las maravillas que todos hacían dando gracias a Nuestro Señor y diciendo que, por la gran fe que

(213) El primero que dobló la punta más meridional de Africa o Cabo de Buena Esperanza en 1488.

los Reyes de Castilla tenían y deseo de servir a Dios, que Su Alta Magestad los daba todo esto.

Jueves, 7 de marzo

Hoy vino infinitísima gente a la carabela y muchos caballeros, y entre ellos los hacedores del Rey, y todos daban infinitísimas gracias a Nuestro Señor por tanto bien y acrecentamiento de la Cristiandad que Nuestro Señor había dado a los Reyes de Castilla, el cual diz que apropinaban porque Sus Altezas se trabajaban y ejercitaban en el acrecentamiento de la religión de Cristo.

Viernes, 8 de marzo

Hoy recibió el Almirante una carta del Rey de Portugal (214) con don Martín de Noroña, por lo cual le rogaba que se llegase adonde él estaba, pues el tiempo no era para partir con la carabela; y así lo hizo, por quitar sospecha, puesto que no quisiera ir, y fue a dormir a Sacanben. Mandó el rey a sus hacedores que todo lo que hubiese el Almirante menester y su gente y la carabela se le diese sin dineros y se hiciese todo como el Almirante quisiese.

Sábado, 9 de marzo

Hoy partió de Sacanben para ir adonde el Rey estaba que era el valle del Paraíso, nueve leguas de Lisboa; porque llovió no pudo llegar hasta la noche. El Rey le mandó recibir a los principales de su casa muy honradamente, y el Rey también le recibió con mucha honra, y le hizo mucho favor y mandó sentar y habló muy bien, ofreciéndole que mandaría hacer todo lo que a los Reyes de Castilla y a su servicio cumpliese cumplidamente y más que por cosa suya; y mostró haber mucho placer del viaje haber habido buen término y se haber hecho; mas que entendía que en la capitulación que había entre los Reyes y él que aquella conquista le pertenecía. A lo cual respondió el Almirante que no había visto la capitulación ni sabía otra cosa, sino

(214) Don Juan II.

que los Reyes le habían mandado que no fuese a la Mina (215) ni en toda Guinea (216), y que así se había mandado apregonar en todos los puertos del Andalucía antes que para el viaje partiese. El Rey graciosamente respondió que tenía él por cierto que no habría en esto menester terceros. Dióle por huésped al prior del Crato, que era la más principal persona que allí estaba, del cual el Almirante recibió muy muchas honras y favores.

Domingo, 10 de marzo

Hoy, después de misa, le tornó a decir el Rey, si había menester algo que luego se le daría, y departió mucho con el Almirante sobre su viaje, y siempre le mandaba estar sentado y hacer mucha honra.

Lunes, 11 de marzo

Hoy se despidió del Rey, y le dijo algunas cosas que dijese de su parte a los Reyes, mostrándole siempre mucho amor. Partióse después de comer, y envió con él a D. Martín de Noroña, y todos aquellos caballeros le vinieron a acompañar y hacer honra buen rato. Después vino a un monasterio de San Antonio, que es sobre un lugar que se llama Villafranca, donde estaba la Reina, y fuéle a hacer reverencia y besarle las manos, porque le había enviado a decir que no se fuese hasta que la viese, con la cual estaba el Duque y el Marqués, donde recibió el Almirante mucha honra. Partióse de ella el Almirante, de noche, y fue a dormir a Llandra.

Martes, 12 de marzo

Hoy, estando para partir de Llandra para la carabela, llegó un escudero del Rey que le ofreció de su parte que, si quisiese ir a Castilla por tierra, que aquel fuese con él para lo aposentar y mandar dar bestias y todo lo que hubiese menester. Cuando

(215) San Jorge de la Mina, en la costa del golfo de Guinea.

(216) Por Guinea los portugueses entendían todo el mar y costa africana al sur de las Canarias. Estas condiciones habían sido concertadas entre Castilla y Portugal en el Tratado de Alcaçova (1479).

el Almirante de él se partió, le mandó dar una mula y otra a su piloto, que llevaba consigo y diz que al piloto mandó hacer merced de veinte espadines, según supo el Almirante. Todo diz que se decía que lo hacía porque los Reyes lo supiesen. Llegó a la carabela en la noche.

Miércoles, 13 de marzo

Hoy, a las ocho horas, con la marea de ingente (217) y el viento Nornorueste, levantó las anclas y dio la vela para ir a Sevilla.

Jueves, 14 de marzo

Ayer, después del sol puesto, siguió su camino al Sur, y antes del sol salido se halló sobre el Cabo de San Vicente, que es en Portugal. Después navegó al Leste para ir a Saltés, y anduvo todo el día con poco viento hasta agora que está sobre Faro.

Viernes, 15 de marzo

Ayer, después del sol puesto, navegó a su camino hasta el día con poco viento, y al salir del sol se halló sobre Saltés, y a hora de medio día, con la marea de montante, entró por la barra de Saltés hasta dentro del puerto de donde había partido a tres de agosto del año pasado. Y así dice él que acababa agora esta escritura, salvo que estaba de propósito de ir a Barcelona por la mar, en la cual ciudad le daban nuevas que sus Altezas estaban, y esto para les hacer relación de todo su viaje que Nuestro Señor le había dejado hacer y le quiso alumbrar en él. Porque ciertamente, allende que él sabía y tenía firme y fuerte sin escrúpulo que Su Alta Majestad hace todas las cosas buenas y que todo es bueno salvo el pecado y que no se puede abalar ni pensar cosa que no sea con su consentimiento, «*esto de este viaje conozco*, dice el Almirante, *que milagrosamente lo ha mostrado, así como se puede comprender por esta escriptura, por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje, y de*

(217) Marea de *ingente* o de *montante* es marea alta y que sube.

mí, que ha tanto tiempo que estoy en la Corte de Vuestras Altezas con opósito y contra sentencia de tantas personas principales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla, el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente haya jamás aparecido». Estas son finales palabras del Almirante don Cristóbal Colón, de su primer viaje a las Indias y al descubrimiento de ellas.

DEO GRACIAS

CARTA DE COLON

Carta de Colón a Luis de Santángel (1)
15 de febrero - 14 de marzo de 1493

Porque sé que habréis placer de la grand victoria que Nuestro Señor me ha dado en mi viaje, vos escribo esta, por la cual sabréis cómo en 33 (2) días pasé a las Indias (3) con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina, nuestros señores, me dieron,

(1) Colón escribió varias cartas anunciando al mundo el descubrimiento de las Indias. Una de ellas se la dirigió al escribano de ración de los Reyes Católicos, Luis de Santángel, con fecha 15 de febrero de 1493 y con un postescripto al final de 14 de marzo. Otra de carácter muy similar se la envió al tesorero de Aragón Gabriel Sánchez. Ambos personajes habían demostrado ser buenos amigos y protecctores eficaces del descubridor, en especial Santángel, gracias a cuya intervención de última hora pudo iniciar Colón tan memorable viaje.

Por su interés oficial e informativo pronto se hicieron copias y se dio a componer a la imprenta. Una buena copia coetánea se guarda en el *Archivo General de Simancas, Estado, leg. 1-2ª*; y la primera edición impresa salió de los talleres barceloneses de Pedro Posa en abril de 1493. Ambas piezas —la copia manuscrita y la impresa—, con escasas variantes entre sí, se ajustaban a un mismo original colombino, hoy perdido. Partiendo de la edición impresa de Barcelona (1493) se hicieron otras latinas, italianas, alemanas y nuevamente en castellano en 1497.

(2) Tanto en la copia manuscrita como en el original impreso pone *veinte* por error que corrige al final en el *anima* o *postescriptum*.

(3) Cuando un europeo se refería a India o Indias apenas podía concretar geográficamente. Se imaginaba una zona ancha del Asia Oriental donde ubicaba el imperio poderoso del Gran Khan, riquezas, especias y muchas leyendas medievales. Colón publica que ha localizado el Cipango (en la isla Española). Por primera vez, aparece en *letra impresa* la palabra *Indias*.

donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número (4), y dellas todas he tomado posesión por sus Altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho (5).

A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de Su Alta Magestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los Indios la llaman Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción; a la tercera, Fernandina; a la cuarta, la Isabela (6); a la quinta, la isla Juana (7), y así a cada una nombre nuevo.

Cuando yo llegué a la Juana seguí yo la costa della al poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme, la provincia de Catayo; y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales no podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de no errar grandes Ciudades o villas; y al cabo de muchas leguas, visto que no había innovación, y que la costa me llevaba al septentrión, de adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado, y yo tenía propósito de hacer del al austro, y también el viento me dio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres (8) por la tierra para saber si había rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gente sin número, mas no cosa de regimiento (9), por lo cual se volvieron.

Yo entendía harto de otros indios, que ya tenía tomados, cómo continuamente esta tierra era Isla; y así seguí la costa della al Oriente ciento y siete leguas hasta donde hacía fin (10);

(4) Exageración triunfalista del Almirante de cara a lectores bien dispuestos —que eran casi todos—. Para recorrer el mismísimo Oriente, harto pocos se encontró.

(5) Véase también el relato del *Diario* (11 de octubre y nota 44). A los indios, esa ceremonia les dejó estupefactos. Ahora importa mucho la reacción de los Estados cristianos europeos.

(6) En el original impreso pone Isla Bella, lo mismo que en el *Diario* (19 de octubre). En la copia de Simancas, Isabela.

(7) Isla de Cuba.

(8) Se trata de Rodrigo de Jerez y de Luis de Torres, que había sido judío y sabía hebreo, caldeo y algo de árabe (*Diario,* 2 de noviembre).

(9) Organización y gobierno. No era esa la idea difundida por Europa sobre el avanzado Catay.

(10) Aquí rectifica lo expuesto en el *Diario* el 5 de diciembre cuando afirmaba que Cuba era tierra firme. Su razonamiento era muy simple: si la tierra

del cual cabo vi otra isla al Oriente distante desta diez e ocho leguas, a la cual luego puse nombre la Española (11); y fui allí, y seguí la parte del septentrión, así como de la Juana, al Oriente ciento e ochenta y ocho (12) grandes leguas por línea recta, la cual y todas las otras son fertilísimas (13) en demasiado grado, y está en extremo; en ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes que es maravilla; las tierras della son altas y en ella muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Tenerife de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parecen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo pude comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Y dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según es su calidad; y cantaban el ruiseñor y otros pajaricos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba. Hay palmas de seis o de ocho maneras, que es admiración verlas, por la diformidad fermosa dellas, mas así como los otros árboles y frutos e yerbas; en ella hay pinares a maravilla, y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales y hay gente *instimabile número*.

La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar, aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes y buenas aguas; los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos y hierbas hay gran-

continental (Catay) distaba de la isla del Cipango 1.500 millas ó 375 leguas, según Marco Polo y Toscanelli, una vez que localiza Cipango en la isla Española, Cuba no puede ser ya Tierra Firme pues las dos estaban separadas tan sólo por 18 leguas de mar.

(11) Isla Española o Santo Domingo, actualmente compartida por Haití y República Dominicana.

(12) En el original impreso y en la copia manuscrita pone 178. Pero es un error que se corrige más adelante.

(13) *Fortissima* en los textos castellanos. La transcripción latina da fertilísimas. Algunos dudan sobre una y otra acepción, porque no está del todo claro que se refiera a la tierra o a la costa.

des diferencias de aquellas de la Juana: en esta hay muchas especierías y grandes minas de oro y de otros metales.

La gente desta isla y de todas las otras que he hallado y habido he noticia, andan todos desnudos, hombres y mugeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mugeres se cobran (14) un solo lugar con una hoja de hierba o una cosa de algodón que para ello hacen. Ellos no tienen hierro ni acero ni armas ni son para ello; no porque no sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla. No tienen otras armas salvo las armas de las cañas cuando están con la simiente, a [la] cual ponen al caballo un palillo agudo, y no osan usar de aquellas; que muchas veces me acaeció enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa para haber habla, y salir a ellos dellos sin número, y después que los veían llegar huían a no aguardar padre a hijo; y esto no porque a ninguno se haya hecho mal, antes a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber habla, les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas, sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que, después que se aseguran y pierden este miedo, ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no, antes convidan la persona con ello, y muestran tanto amor que darían los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego por cualquiera cosica de cualquiera manera que sea que se les dé por ello son contentos.

Yo defendí que no se les diesen cosas tan viles como pedazos de escudillas rotas y pedazos de vidrio roto y cabos de agujetas; aunque cuando ellos esto podían [a]llegar, los parecía haber la mejor joya del mundo: que se acertó haber un marinero, por una agujeta, de oro de peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas que muy menos valían, mucho más. Ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los arcos rotos de las pipas tomaban y daban lo que tenían como bestias. Así que me pareció mal e yo lo defendí. Y daba yo graciosas mil cosas buenas que yo llevaba porque tomen amor. Y allende desto se harán cristianos, que se inclinan al amor y servicio de Sus Altezas y de toda la nación castellana, y procuran de ayuntar y nos dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y

(14) En la copia de Simancas transcribe *se cobijan*.

no conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo, y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal acatamiento me recibían en todo cabo, después de haber perdido el miedo. Y esto no procede porque sean ignorantes, salvo de muy sotil ingenio, y hombres que navegan todas aquellas mares, que es maravilla la buena cuenta quellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Y luego que llegué a las Indias, en la primera isla que hallé, tomé por fuerza algunos dellos (15) para que deprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes; e así fue que luego entendieron y nos a ellos cuando por lengua o señas; y estos han aprovechado mucho. Hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo. Y estos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa y a las villas cercanas con voces altas: «Venid, venid a ver la gente del cielo». Así todos, hombres como mugeres, después de haber el corazón seguro de nos, venían que non quedaba grande ni pequeño, y todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen [en] todas las islas muy muchas canoas a manera de fustas de remo, dellas mayores, dellas menores, y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos; no son tan anchas, porque son de un solo madero, más una fusta no terná con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer; y con estas navegan todas aquellas islas que son innumerables, y traen sus mercaderías. Algunas destas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella, y cada uno con su remo.

En todas estas islas non vide mucha diversidad de la hechura de la gente, ni en las costumbres, ni en la lengua, salvo que todos se entienden que es cosa muy singular; para lo que espero que determinarán sus altezas para la conversación dellos de nuestra santa fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dije cómo yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de occidente a oriente, por la Isla Juana; según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas, dos provincias allende destas ciento siete leguas me quedan de la parte de poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman

(15) En el *Diario* (14 de octubre) dice que tomó a siete.

Avan, adonde nace la gente con cola (16). Las cuales provincias no pueden tener en longura menos de cincuenta o sesenta leguas, según pude entender destos Indios que yo tengo, los cuales saben todos las islas.

Esta otra Española en cerco tiene más que la España toda desde Colibre (17) por la costa de mar hasta Fuenterrabía en Vizcaya, pues en una cuadra anduve ciento ochenta y ocho leguas por recta línea de occidente a oriente. Esta es para desear, e [vista], es para nunca dejar; en la cual, puesto que de todas tengo tomada posesión por Sus Altezas, y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de sus altezas, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los Reinos de Castilla. En esta Española, en el lugar más convenible y mejor comarca para las minas del oro y de todo trato, así de la tierra firme de acá, como de aquella de allá del Gran Can (18), adonde habrá gran trato y ganancia, he tomado posesión de una villa grande a la cual puse nombre la Villa de Navidad, y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que basta para semejante hecho, con armas y artillería y vituallas para más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para hacer otras, y grande amistad con el Rey de aquella tierra, en tanto grado que se preciaba de me llamar y tener por hermano. Y aunque le mudase la voluntad a ofender esta gente, él ni los suyos no saben qué sean armas, y andaban desnudos, como ya he dicho. Son los más temerosos que hay en el mundo, así que solamente la gente que allá queda es para destruir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir.

(16) Esta información, más que proceder de los indios, con los que aún no se entiende según testimonio reiterado suyo, emana del hombre medieval crédulo e imaginativo que cada uno —y Colón a veces más que otros— llevaba dentro. Nadie registra ni aproximadamente la provincia de Avan.

(17) En el original impreso aparece como Colonya o Colunya. Esto ha hecho discutir si se trata de La Coruña o de Colliure, cerca de Perpignan, perteneciente entonces a Cataluña.

(18) La interpretación más completa sobre las dos tierras firmes de las Indias se debe una vez más a Manzano: la tierra firme de *allá* no presenta dudas, al identificarse con los dominios continentales del Gran Khan. Por otra parte, hace coincidir a la tierra firme de *acá* con la masa continental de América del Sur, distante de la isla Española —su Cipango— unas 60-70 leguas y cuyo conocimiento le había llegado a Colón a través de las informaciones del piloto anónimo.

En todas estas islas me parece que todos los hombres sean contentos con una muger, y a su mayoral o Rey dan hasta veinte. Las mugeres me parece que trabajan más que los hombres. Ni he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredios, y no se creían a donde hay ímpetu demasiado de los rayos solares; es verdad que el sol tiene allí gran fuerza, puesto ques distante de la línea equinocial veinte e seis grados. En estas islas, adonde hay montañas grandes, ahí tenía fuerza el frío este invierno, mas ellos lo sufren por la costumbre que con la ayuda de las viandas comen con especias muchas y muy calientes en demasía. Así que monstruos no he hallado ni noticia, salvo de una isla que es la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne humana. Estos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India roban y toman cuanto pueden. Ellos no son más diformes que los otros, salvo que tienen en costumbre de traer los cabellos largos como mugeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto del hierro que no tienen. Son feroces entre estos otros pueblos que son en demasiado grado cobardes, mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Estos son aquellos que tratan con las mugeres de Matinino (20), ques la primera isla partiendo de España para las Indias que se halla, en la cual no hay hombre ninguno. Ellas no usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas, como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con launes de arambre (21) de que tienen mucho.

Otra isla me aseguran mayor que la Española, en que las personas no tienen ningún cabello. En esta hay oro sin cuento, y destas y de las otras traigo conmigo Indios para testimonio.

En conclusión, a hablar desto solamente que se ha hecho

(19) Carib, identificada con la Dominica.

(20) Matininó, ha despertado más dudas de identificación. Para unos es Guadalupe, mientras que para otros es Martinica.

(21) *Launes de arambre* = láminas o planchas de cobre. Al arambre o alambre se le identificaba con el cobre.

este viaje, que fue así de corrida, que pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro cuanto hobieren menester con muy poquita ayuda que sus altezas me darán agora: especería y algodón cuanto sus altezas mandaren cargar, y almastiga cuanto mandarán cargar, y de la cual hasta hoy no se han hallado salvo en Grecia y en la isla de Xio, y el Señorío la vende como quiere, y lignaloe cuanto mandarán cargar, y esclavos cuantos mandarán cargar, e serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, e otras mil cosas de sustancia hallaré, que habrán hallado la gente que yo allá dejo, porque yo no me he detenido ningún cabo, en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar; solamente en la Villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado y bien asentado. E a la verdad, mucho más hiciera si los navíos me sirvieran como razón demandaba.

Esto es harto y eterno Dios nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victoria de cosas que parecen imposibles. Y esta señaladamente fue la una, porque aunque destas tierras hayan hablado o escrito, todo va por conjetura sin allegar de vista salvo comprendiendo, a tanto que los oyentes los más escuchaban y juzgaban más por habla que por poca cosa dello. Así que pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros Ilustrísimos Rey y Reina y a sus Reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales que no solamente a la España, mas a todos los cristianos ternán aquí refrigerio y ganancia (22). Esto, según el hecho, así en breve. Fecha en la carabela, sobre las Islas de Canaria (23) a XV de Febrero Año Mil CCCCL XXXXIII.

Hará lo que mandareis,
El Almirante,

(22) Este párrafo recoge con nitidez la verdadera dimensión de la Carta colombina: una información al mundo entero para regocijo espiritual y a la postre también económico.

(23) El 15 de febrero estaba divisando una isla de las Azores: Santa María. Se puede aceptar que la carta se haya escrito durante la tranquila travesía del Oceáno más que en los agitados días que preceden al 15 de febrero (del 12 al 15 sufren una terrible tempestad); y se puede aceptar igualmente que la fecha se añadiera cuando pasó todo el peligro. Sin embargo, ¿cómo explicar el error de Canarias? ¿Se trata de algo más intencionado?

Después de esta escripto y estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo sul y sueste, que me ha hecho descargar los navíos. Pero corrí aquí en este puerto de Lisbona hoy, que fue la mayor maravilla del mundo, adonde acordé escribir a sus altezas. En todas las Indias he siempre hallado los temporales como en mayo, adonde yo fui en XXXIII días, y volví en XXVIII, salvo que estas tormentas me han detenido XIII días corriendo por esta mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de naves.

Fecha a catorce días de marzo (25).

Esta Carta envió Colón al Escribano de Ración De las Islas halladas en las Indias: Contenida A otra de Sus Altezas.

(24) Postescriptum o añadido posterior.

(25) El 4 de marzo entraba en el puerto de Lisboa. En consecuencia, y siguiendo el sentido de todo el párrafo sería más propio 4 que 14. El 14 navegaba ya camino de Palos.

INDICE

	Págs.
Introducción	7
Bibliografía	65
Viernes, 3 de agosto	73
Sábado, 4 de agosto	74
Domingo, 5 de agosto	74
Lunes, 6 de agosto	74
Martes, 7 de agosto	74
Miércoles, 8 de agosto	75
Jueves, 9 de agosto	75
Jueves, 6 de septiembre	76
Viernes, 7 de septiembre	76
Sábado, 8 de septiembre	77
Domingo, 9 de septiembre	77
Lunes, 10 de septiembre	77
Martes, 11 de septiembre	77
Miércoles, 12 de septiembre	77
Jueves, 13 de septiembre	77
Viernes, 14 de septiembre	78
Sábado, 15 de septiembre	78
Domingo, 16 de septiembre	78
Lunes, 17 de septiembre	79
Martes, 18 de septiembre	80
Miércoles, 19 de septiembre	80
Jueves, 20 de septiembre	80
Viernes, 21 de septiembre	81
Sábado, 22 de septiembre	81
Domingo, 23 de septiembre	82

	Págs.
Lunes, 24 de septiembre	82
Martes, 25 de septiembre	82
Miércoles, 26 de septiembre	83
Jueves, 27 de septiembre	83
Viernes, 28 de septiembre	83
Sábado, 29 de septiembre	84
Domingo, 30 de septiembre	84
Lunes, 1 de octubre	84
Martes, 2 de octubre	84
Miércoles, 3 de octubre	85
Jueves, 4 de octubre	85
Viernes, 5 de octubre	85
Sábado, 6 de octubre	86
Domingo, 7 de octubre	86
Lunes, 8 de octubre	87
Martes, 9 de octubre	87
Miércoles, 10 de octubre	87
Jueves, 11 de octubre	88
Sábado, 13 de octubre	91
Domingo, 14 de octubre	93
Lunes, 15 de octubre	94
Martes, 16 de octubre	98
Miércoles, 17 de octubre	99
Jueves, 18 de octubre	101
Viernes, 19 de octubre	101
Sábado, 20 de octubre	103
Domingo, 21 de octubre	104
Lunes, 22 de octubre	105
Martes, 23 de octubre	106
Miércoles, 24 de octubre	106
Jueves, 25 de octubre	107
Viernes, 26 de octubre	107
Sábado, 27 de octubre	108
Domingo, 28 de octubre	108
Lunes, 29 de octubre	109
Martes, 30 de octubre	111
Miércoles, 31 de octubre	112
Jueves, 1 de noviembre	112
Viernes, 2 de noviembre	113
Sábado, 3 de noviembre	114
Domingo, 4 de noviembre	114
Lunes, 5 de noviembre	116
Martes, 6 de noviembre	119
Lunes, 12 de noviembre	120
Martes, 13 de noviembre	122

	Págs.
Miércoles, 14 de noviembre	123
Jueves, 15 de noviembre	124
Viernes, 16 de noviembre	124
Sábado, 17 de noviembre	125
Domingo, 18 de noviembre	125
Lunes, 19 de noviembre	126
Martes, 20 de noviembre	126
Miércoles, 21 de noviembre	127
Jueves, 22 de noviembre	127
Viernes, 23 de noviembre	128
Sábado, 24 de noviembre	128
Domingo, 25 de noviembre	129
Lunes, 26 de noviembre	130
Martes, 27 de noviembre	131
Miércoles, 28 de noviembre	135
Jueves, 29 de noviembre	135
Viernes, 30 de noviembre	135
Sábado, 1 de diciembre	136
Domingo, 2 de diciembre	136
Lunes, 3 de diciembre	136
Martes, 4 de diciembre	138
Miércoles, 5 de diciembre	139
Jueves, 6 de diciembre	140
Viernes, 7 de diciembre	142
Sábado, 8 de diciembre	144
Domingo, 9 de diciembre	144
Lunes, 10 de diciembre	146
Martes, 11 de diciembre	146
Miércoles, 12 de diciembre	147
Jueves, 13 de diciembre	148
Viernes, 14 de diciembre	150
Sábado, 15 de diciembre	150
Domingo, 16 de diciembre	151
Lunes, 17 de diciembre	153
Martes, 18 de diciembre	154
Miércoles, 19 de diciembre	157
Jueves, 20 de diciembre	158
Viernes, 21 de diciembre	158
Sábado, 22 de diciembre	162
Domingo, 23 de diciembre	164
Lunes, 24 de diciembre	165
Martes, 25 de diciembre	167
Miércoles, 26 de diciembre	169
Jueves, 27 de diciembre	172
Viernes, 28 de diciembre	174

	Págs.
Sábado, 29 de diciembre	174
Domingo, 30 de diciembre	175
Lunes, 31 de diciembre	176
Martes, 1 de enero	176
Miércoles, 2 de enero	177
Jueves, 3 de enero	178
Viernes, 4 de enero	178
Sábado, 5 de enero	180
Domingo, 6 de enero	181
Lunes, 7 de enero	182
Martes, 8 de enero	183
Miércoles, 9 de enero	184
Jueves, 10 de enero	185
Viernes, 11 de enero	185
Domingo, 13 de enero	187
Lunes, 14 de enero	189
Martes, 15 de enero	191
Miércoles, 16 de enero	192
Jueves, 17 de enero	193
Viernes, 18 de enero	193
Sábado, 19 de enero	194
Domingo, 20 de enero	194
Lunes, 21 de enero	194
Martes, 22 de enero	195
Miércoles, 23 de enero	195
Jueves, 24 de enero	195
Viernes, 25 de enero	196
Sábado, 26 de enero	196
Domingo, 27 de enero	196
Lunes, 28 de enero	196
Martes, 29 de enero	196
Miércoles, 30 de enero	197
Jueves, 31 de enero	197
Viernes, 1 de febrero	197
Sábado, 2 de febrero	197
Domingo, 3 de febrero	197
Lunes, 4 de febrero	198
Martes, 5 de febrero	198
Miércoles, 6 de febrero	198
Jueves, 7 de febrero	199
Viernes, 8 de febrero	199
Sábado, 9 de febrero	199
Domingo, 10 de febrero	199
Lunes, 11 de febrero	200
Martes, 12 de febrero	200

	Págs.
Miércoles, 13 de febrero	200
Jueves, 14 de febrero	201
Viernes, 15 de febrero	204
Sábado, 16 de febrero	204
Lunes, 18 de febrero	205
Martes, 19 de febrero	205
Miércoles, 20 de febrero	207
Jueves, 21 de febrero	207
Viernes, 22 de febrero	208
Sábado, 23 de febrero	209
Domingo, 24 de febrero	209
Lunes, 25 de febrero	210
Martes, 26 de febrero	210
Jueves, 28 de febrero	210
Viernes, 1 de marzo	210
Sábado, 2 de marzo	210
Domingo, 3 de marzo	210
Lunes, 4 de marzo	211
Martes, 5 de marzo	212
Miércoles, 6 de marzo	212
Jueves, 7 de marzo	213
Viernes, 8 de marzo	213
Sábado, 9 de marzo	213
Domingo, 10 de marzo	214
Lunes, 11 de marzo	214
Martes, 12 de marzo	214
Miércoles, 13 de marzo	215
Jueves, 14 de marzo	215
Viernes, 15 de marzo	215

TITULOS PUBLICADOS:

1. Hernando Colón, *Historia del Almirante* (Edición de Luis Arranz) (2ª edición).
2. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Edición de Miguel León-Portilla) (2ª edición).
3. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios* (Edición de Roberto Ferrando) (2ª edición).
4. Pedro de Cieza de León, *La crónica del Perú* (Edición de Manuel Ballesteros) (2ª edición).
5. Pedro de Cieza de León, *El señorío de los incas* (Edición de Manuel Ballesteros) (2ª edición).
6. Crónicas indígenas, *Visión de los vencidos* (Edición de Miguel León-Portilla) (2ª edición).
7. Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán* (Edición de Miguel Rivera Dorado) (2ª edición).
8. Jacinto de Carvajal, *Descubrimiento del río Apure* (Edición de José Alcina Franch) (2ª edición).

OTROS TITULOS EN PREPARACION:

Inca Garcilaso, *La Florida* (Edición de Sylvia L. Hilton).
Juan López de Velasco, *Geografía y descripción universal de las Indias* (Edición de Francisco de Solano y Pérez-Lila).
Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias* (Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois).
Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias* (Edición de Demetrio Ramos).
Felipe Guamán Poma, *Nueva Crónica* (Edición de John V. Murra).
Tito Cusi-Yupanqui, *Relación de la conquista del Perú* (Edición de Pierre Duviols).
Ruiz Díaz de Guzmán, *Historia argentina del descubrimiento, conquista y poblamiento del Río de la Plata* (Edición de Enrique de Gandía).
Fray Martín de Murúa, *Historia general del Perú* (Edición de Manuel Ballesteros Gaibrois).
Gaspar de Villagrá, *Historia de la Nueva México* (Edición de Mercedes Junquera).
Concolorcorvo, *Lazarillo de ciegos caminantes* (Edición de Antonio Domínguez Ortiz).

Gerónimo de Bibar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (Edición de Demetrio Ramos).

Francisco Hernández, *De las antigüedades de la Nueva España* (edición de Ascensión Hernández Triviño).

José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias* (Edición de José Alcina Franch).

Agustín de Zárate, *Historia del Perú* (Edición de Concepción Bravo Guerreira)

Leonardo de Argensola, *Expedición a las Molucas* (Edición de Leoncio Cabrero).

CRISTOBAL COLON (Génova, 1451 - Valladolid, 1506). Su vocación marinera le hizo navegar por el Mediterráneo, pero fue en Portugal donde aprendió los secretos del Océano y gestó su proyecto descubridor. En 1485 pasó a Castilla, desde donde emprendió cada uno de sus cuatro viajes descubridores (1492, 1493, 1498, 1502). Fracasó como Virrey y Gobernador y fue destituido de estos cargos en 1500. Murió convencido de que había llegado al extremo oriental de Asia.

LUIS ARRANZ MARQUEZ (La Aguilera, Burgos, 1945). Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, donde es profesor. Sus trabajos de investigación se han centrado en temas colombinos. Autor de **La nobleza colombina y sus relaciones con la castellana** (1975), Edición de **Historia del Almirante** (1984), y **Diego Colón** (1982).

-02--6
P.V.P.
SGEL INCLUIDO IVA